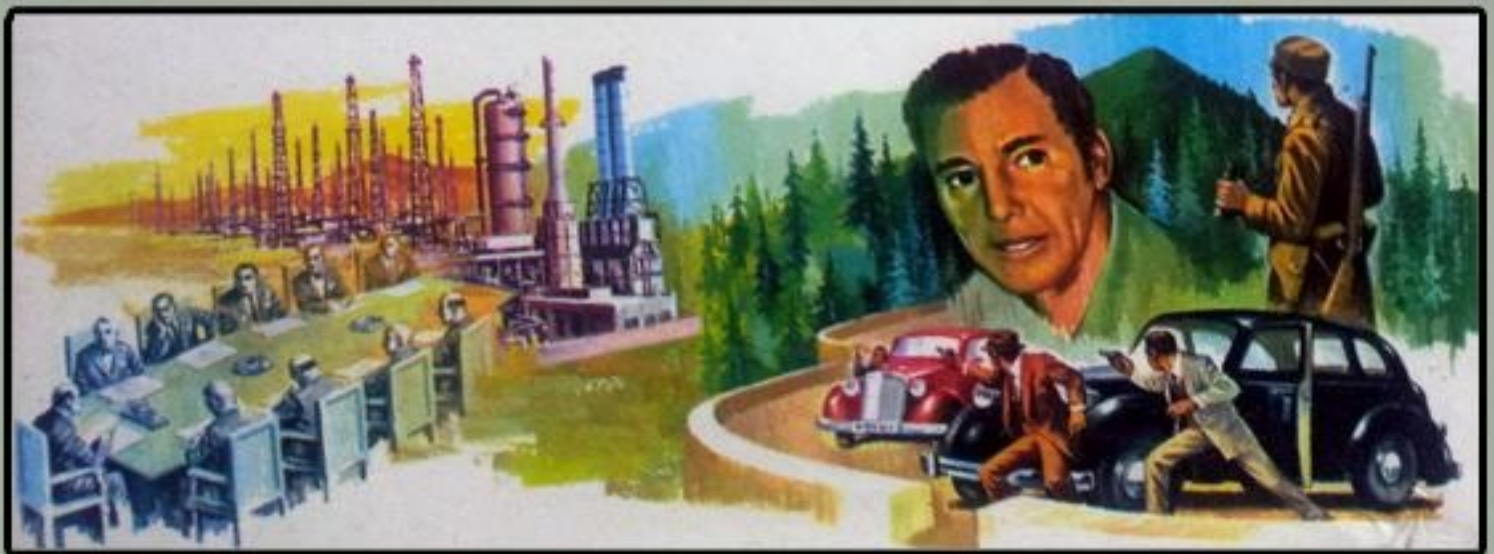


*Sin ninguna duda, el mejor escritor
del género de intriga.*

Graham Green

insólito peligro

eric ambler



Lectulandia

En la Europa de entreguerras, el periodista inglés Desmond Kenton lucha por hacerse un lugar como reportero internacional. Hábil en su oficio y con una innata capacidad para los idiomas, se mueve por el continente con facilidad, aunque a veces su insensatez le acarrea problemas. En pleno viaje por Alemania, se encuentra de repente en un serio aprieto: lo ha perdido todo en apuestas y no ve cómo rehacerse. Quizá la proposición de un misterioso judío, que le promete mucho dinero a cambio de llevarle un paquete a Austria, sea la solución que andaba buscando. Sin embargo, pronto descubre que no es una gran idea, desconociendo el contenido del paquete y moviéndose a hurtadillas por Alemania en pleno apogeo del Partido Nazi...

Lectulandia

Eric Ambler

Insólito peligro

ePub r1.0

Titivillus 28.05.16

Título original: *Uncommon danger*

Eric Ambler, 1937

Traducción: Agusti Bartra

Diseño de cubierta: J. Espinosa

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo — En la calle Gracechurch

Una mañana soleada del mes de julio el Rolls-Royce azul del señor Joseph Balterghen corría silenciosamente por el pavimento de Berkeley Square, atravesaba Piccadilly, se deslizaba en la plaza St. James y aceleraba hacia la City.

El señor Balterghen era un hombre pequeñito y, como su Rolls-Royce era un coche muy grande, las pocas personas que esperaban los autobuses en el lado norte de Trafalgar Square hubieran tenido que estirar el cuello para verlo. Ninguna de ellas se molestó en hacerlo, y fue una lástima porque, si bien el señor Balterghen no resultaba nada agradable de ver, era el presidente de la Pan-Eurasian Petroleum y de otras quince compañías y director de treinta más, incluyendo un banco. En términos de los que redactan referencias bancarias, era «altamente respetable».

Que la frase no tenía nada que ver con la asistencia a la iglesia, la hora de acostarse y el paraguas cuidadosamente plegado, era evidente en su rostro. Un descontento socio suyo en los negocios lo describió una vez diciendo que parecía «un racimo de uvas color ceniza con algunas hendiduras rellenas». Podía haber añadido que las uvas estaban, además, muy arrugadas y que un bigote negro en forma de cepillo de dientes brotaba surrealísticamente de la parte inferior del racimo.

Mientras su coche se deslizaba por la avenida Northumberland, el señor Balterghen masticaba, pensativo, su bigote. El chófer, al captar este gesto en el espejo, musitó: «Ese pelmazo va a una reunión del consejo». Aceleró a lo largo del Embankment y no volvió a mirar el espejo hasta que se detuvo frente a las nuevas oficinas de la Pan-Eurasian Petroleum Company, en la calle Gracechurch.

Dentro del edificio, el señor Balterghen dejó de morder su bigote, compuso su cara con la mirada impasible que reservaba para la hora de los negocios y fue disparado al sexto piso por un ascensor cromado. Luego entró en su despacho.

Para el segundo secretario del señor Balterghen el despacho del jefe era una fuente perenne de maravillas. Blundell había sido empleado por la Pan-Eurasian según el plan del señor Balterghen de «Reclutamiento en las Universidades» y era uno de los pocos asombrados supervivientes de la subsiguiente purga denominada «Experiencia, no Instrucción». Una vez dijo a su esposa:

—El despacho de Balterghen se parece más a la estancia de una ramera que a una oficina. Tiene una alfombra turca roja y paredes verdes moteadas, un escritorio Segundo Imperio y un armario chino de laca, una librería neobizantina y seis sillones barrocos, más un armario-bar azteca que, al apretarse un botón, se abre y muestra todas las botellas y otras cosas que tiene dentro. Aunque uno no supiera por experiencia qué clase de bicho es el hombre, aquel despacho se lo diría.

La primera cosa que hizo el señor Balterghen en aquella soleada mañana de julio fue abrir su armario-bar. Sacó de él un gran frasco de polvos estomacales y se preparó

una bebida. Luego encendió un puro, para quitarse el sabor de los polvos, y tocó el quinto de los timbres que había sobre el escritorio Segundo Imperio. Después de un breve intervalo, Blundell entró.

—¿Para qué hora se convocó la reunión, Blundell?

El señor Balterghen hablaba el inglés como si tuviera en la boca una patata caliente.

—Las once, señor Balterghen.

—Faltan cinco minutos. ¿Están aquí los otros directores?

—Todos excepto lord Welterfield.

—Empezaremos sin su señoría.

—Muy bien, señor Balterghen. Se lo diré al señor Wilson. Aquí están sus notas.

—Déjelas aquí. Espere un momento. Si un señor llamado coronel Robinson pregunta por mí hacia las doce cuarenta y cinco, no quiero que se le haga entrar aquí para esperar. Métralo en un despacho desocupado del piso de abajo. ¿Comprende?

—Sí, señor Balterghen.

Salió.

A las once y dos minutos exactamente el Consejo de directores de la Pan-Eurasian Petroleum empezó su reunión.

La orden del día estaba hecha con cierta complacencia. Todos sabían que solo había en ella un punto realmente interesante, pero este bocado había sido puesto al final. Cuando llegó lord Welterfield a las doce menos cuarto, sus profusas excusas fueron aceptadas apresuradamente. Era obvio que no importaba si lord Welterfield se hallaba presente o no.

—Veo —dijo por fin el señor Balterghen— que el siguiente punto de la orden del día se refiere a mis negociaciones rumanas.

Lo dijo con un aire de ligera sorpresa que no engañó a nadie. Los miembros del consejo se removieron en sus asientos. El Presidente continuó:

—No creo que lord Welterfield estuviera presente en la primera reunión que tuvimos sobre este tema; por lo tanto, creo mejor revisar los puntos principales que se discutieron en aquella ocasión. Recordarán ustedes que en mil novecientos veintidós la Compañía obtuvo del gobierno rumano una concesión para realizar prospecciones petrolíferas en una zona al este de Jassi, que en aquella época se consideraba muy rica en yacimientos. Recordarán también que la concesión resultó un fracaso desde el punto de vista de la Compañía. Durante los años veintitrés y veinticuatro solo se extrajeron cinco mil barriles y a principios de mil novecientos veinticinco el pozo más prometedor dejó de producir. Nuestros geólogos informaron desfavorablemente sobre las perspectivas de depósitos notablemente útiles comercialmente y la concesión, para todos los efectos, fue considerada como una pérdida. En aquel momento esto no importaba mucho, puesto que nuestras subsidiarias en Venezuela, México y el Cercano Oriente producían con provecho, y siguen haciéndolo todavía.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Pero —prosiguió el señor Balterghen— el desarrollo de la situación política en Europa durante los años mil novecientos treinta y cinco y treinta y seis sugiere que miremos una vez más en dirección a Rumanía. Las sanciones contra Italia enseñaron a Mussolini al menos una cosa: que Italia, para su seguridad, no podía depender del Caribe en cuanto a los suministros de petróleo. Irán e Irak estaban en manos de los ingleses. Rusia estaba en manos de los soviets. La flota italiana quemaba petróleo, la gran fuerza aérea italiana quedaría impotente ante una escasez de crudos y lo mismo sucedería con el ejército mecanizado. No había más que una solución: Rumanía. En este momento Italia se lleva grandes cantidades de petróleo rumano, y se llevará más. Su nuevo programa de armamento, y hablo por conocimiento personal, se basa menos en nuevos aumentos de elemento humano que en la adición de submarinos a su flota, bombarderos pesados a su fuerza aérea y una nueva clase de tanques a su ejército. Esto es importante, porque en los tres casos —golpeó la mesa con un dedo cerdoso—, en los tres casos se emplearán motores Diesel.

El consejo pareció impresionado. El Presidente se lamió los labios y continuó:

—No tuve que explicarles a ustedes, señores, que ahí había negocio que valía la pena. Estoy seguro de que lord Welterfiel lo comprenderá inmediatamente. Hace dos meses hicimos gestiones cerca del gobierno rumano, pedimos que se revisaran las concesiones existentes. Les dijimos que estábamos dispuestos a pagar y a pagar espléndidamente. Todo lo que pedíamos era un reparto justo de las zonas petrolíferas actualmente divididas entre nuestros competidores. Nuestros agentes en Bucarest se acercaron a las personas adecuadas. Se tomaron medidas, cuya naturaleza no tiene importancia para este Consejo, a fin de asegurar una favorable acogida a nuestras proposiciones en los círculos gubernamentales. Se dispuso que en la sesión del mes de noviembre de la Cámara de Diputados rumana un líder responsable presentaría nuestras proposiciones de revisión de las concesiones como una reforma necesaria..., como lo que es, naturalmente.

El Consejo manifestó su aprobación a este pensamiento.

—Hace diez días —añadió el señor Balterghen con calma— recibí noticias de que en la sesión de noviembre, la moción sobre la reforma de las concesiones sería derrotada.

Durante un momento reinó un silencio total. Luego todos empezaron a hablar a la vez. El Presidente levantó la mano.

—Puedo comprender sus sentimientos, señores —dijo amistosamente—, son muy semejantes a los míos cuando me informaron. Pero permítanme exponerles las razones de este retroceso. Quisiera decirles, ante todo, que no puede reprocharse nada a nuestros agentes en Rumanía. Han trabajado admirablemente. El fracaso proviene de una sola causa: un artículo difamatorio publicado en Bucarest. —Sacó un maltrecho periódico de la carpeta que tenía delante y lo mostró—. Esta es la hoja. Se llama, traduzco libremente, *El Pueblo Trabajador* y es publicado por el Partido Socialista Unificado de Rumanía.

—¡Rojos! —exclamó lord Welterfield con violencia.

—En realidad —dijo el señor Balterghen—, los Socialistas Unificados no están afiliados a la Internacional Comunista, pero pertenecen, lo reconozco, a la extrema izquierda.

—Es lo mismo —dijo lord Welterfield.

—Sin embargo —prosiguió el Presidente—, supongo que ninguno de ustedes, señores, lee el rumano. Yo sí. Por lo tanto, propongo leerles uno o dos extractos del artículo. Este se titula «Los buitres se unen» y, después de un preámbulo algo difuso sobre el tema de la intriga capitalista, plantea el asunto. ¿Quiénes son, pregunta, los directores de la Pan-Eurasian Petroleum Company? La pregunta es retórica, me parece, pues a continuación da nuestros nombres con el suplemento de una serie de biografías compuestas de mentiras tan obvias que no me molestaré en traducirlas.

—¿Qué dicen de mí esos pillos? —preguntó incautamente lord Welterfield.

El señor Balterghen miró el periódico y leyó:

—Lord Welterfield, dueño de minas de carbón y millonario. Famoso por su patrocinio de los deportes. Menos conocido como el hombre que empleó *agents provocateurs* para provocar un tumulto en una población minera durante una huelga, y por sus numerosas transgresiones de las leyes industriales.

—¡Embustes! —chilló lord Welterfield—. Nunca se probó quién empleó a los hombres. ¡Lo niego rotundamente!

El Presidente suspiró.

—Exactamente, lord Welterfield, estamos de acuerdo en que todo el artículo es propaganda socialista. ¿Supongo, señores, que podemos dar por leída esta parte?

Se oyeron apresurados murmullos de asentimiento.

—Muy bien. Sigue así: «Hay en marcha una acción para efectuar vastas reformas en las concesiones. ¿Qué quiere decir exactamente reforma, en este caso? Simplemente, se pide al Gobierno que rompa sus contratos con los existentes *cessionaires* del petróleo a fin de que la Pan-Eurasian Petroleum Company pueda tener la parte del león en el creciente comercio con Italia. Ahora bien, en este asunto hay tres aspectos que huelen mal. El primero es que ha habido, evidentemente, soborno en grande dentro de los círculos gubernamentales: no puede explicarse de otra manera este súbito deseo de revisión. El segundo es el espectáculo, ahora familiar, de los capitalistas extranjeros explotadores entrometiéndose en los destinos del pueblo rumano. El tercero es los evidentes peligros de semejante revisión. La Pan-Eurasian Company probablemente tiene aliados entre los intereses ingleses y norteamericanos que ya están establecidos en nuestro país; pero ¿qué hay de las otras naciones? Nicholas Titulescu, separado de su cargo por medio de maniobras y envenenado por la Guardia de Hierro fascista, ya no está aquí para proteger nuestros intereses. Pero el pueblo debe seguir luchando sin él. Nuestras alianzas extranjeras son demasiado valiosas para ser arriesgadas por culpa de los funcionarios corruptos y los peones del capitalismo...» El artículo —prosiguió el señor Balterghen— cae aquí

en el mero insulto. Todo el escrito es, naturalmente, una flagrante tergiversación de la verdad del caso. Somos hombres de negocios y deseamos hacer negocio con el gobierno rumano. No tenemos intereses políticos.

Hubo varias manifestaciones de aprobación.

—De todas maneras —siguió diciendo el Presidente—, el artículo nos ha causado serios inconvenientes. El periódico fue suspendido y sus oficinas destruidas por una banda de jóvenes armados con granadas de mano, pero demasiado tarde para impedir una vasta difusión del artículo. El fiscal se ha visto obligado a acusar a varios de nuestros amigos que pertenecen al gobierno de actos de corrupción, se ha despertado el interés público y, aunque la reforma de las concesiones está sobre la mesa, no será aprobada.

Un hombre corpulento situado al otro extremo de la mesa se aclaró ruidosamente la garganta.

—Entonces, no podemos hacer nada, a mi entender.

—Al contrario, *sir James* —replicó el señor Balterghen—, podemos hacer mucho. Yo, anticipándome a la confianza del Consejo, he contratado los servicios de un hombre que tiene una experiencia considerable en asuntos de esta clase. Trabajó para mí anteriormente. Sus servicios serán caros, pero creo poder asegurar que los resultados justificarán el gasto.

—¿Qué es lo que va a hacer? —dijo el hombre corpulento, jadeando burlonamente—, ¿matar a tiros a los socialistas? ¿Ametrallarlos, eh?

Los reunidos soltaron la carcajada y se sintieron un poco mejor.

El señor Balterghen torció ligeramente los labios. Era su manera de sonreír.

—Quizás no serán necesarias esas medidas extremas. El hombre en cuestión podría describirse mejor, supongo, diciendo que es un propagandista.

—Bueno —dijo lord Welterfield—, con tal que el individuo no sea un rojo, por mí puede calificarse como le guste.

—Entonces, señores, entiendo que tengo el permiso de ustedes para tratar con ese hombre. Sin embargo, quisiera aclarar que, de momento, propongo que demos un carácter absolutamente confidencial a las medidas a tomar.

Los reunidos tomaron una expresión de sagacidad, declararon que tenían toda la confianza en el buen juicio del Presidente sobre el asunto que llevaba entre manos y, después de unas pocas formalidades, se dispersaron pesadamente para dirigirse a comer.

El señor Balterghen volvió a su despacho. Blundell le siguió.

—El coronel Robinson está esperando en el despacho 542, señor Balterghen. ¿Le acompaño a usted?

Bajaron en el ascensor y recorrieron un pasillo.

—Aquí, señor.

El señor Balterghen abrió la puerta y entró. Blundell oyó que su jefe decía: «¡Ah, Stefan!» y observó que el brazo del coronel Robinson, al estrecharle la mano, parecía

tener una leve rigidez en el codo. Luego empezaron a hablar en un idioma que Blundell no reconoció: sonaba como mezcla de ruso e italiano.

—¡Coronel Robinson, y un cuerno! —dijo Blundell a su esposa aquella noche—. Si ese tipo se llama Robinson, yo soy Hitler. La sal, por favor.

1 — 17 de abril

Con una gruesa bufanda de lana dándole dos vueltas al cuello, los hombros encogidos y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, Kenton esperaba en Nuremberg el tren Frankfurt-Linz. Un helado viento de noviembre soplaba en la estación casi desierta, balanceando los reflectores de esmalte y haciendo bailar sombras locas en el andén. Kenton se estremeció, dejó su maleta en el suelo y se puso a pasear arriba y abajo al socaire de un pequeño edificio de la estación.

Era un hombre delgado, de faz inteligente y que aparentaba más edad que los treinta años que en realidad tenía. Se debía, quizás, a la boca: sus labios más bien carnosos tenían una agradable cualidad de humor combinado con discreción. Parecía más norteamericano que inglés y, en realidad, no era ni una cosa ni otra; su padre era originario de Belfast y su madre pertenecía a una familia bretona establecida en Lille.

Aquella noche, mientras paseaba por el andén de la estación de Nuremberg, la autocompasión que por sí mismo sentía, aumentaba proporcionalmente con la insensibilidad que iba apoderándose de sus pies. No era, se dijo para sus adentros, un juego agradable, al contrario; pero había en él una fatal temeridad, solo comparable a la del jugador que se ve impelido a jugar hasta haber perdido todo el dinero que lleva en el bolsillo. No es que le importara demasiado, pues esto ya le había sucedido en otras ocasiones, y, especialmente la falta de dinero era una de las dos principales enfermedades de los periodistas —la otra, la cirrosis del hígado—. Pero ahora, era más grave, porque aquel día había perdido toda su fortuna, más de cuatrocientos marcos.

Kenton era considerado un buen periodista. No es que poseyese aquel milagroso olfato para las noticias que hace descubrir a la estrella cinematográfica en la persona que llega tras unos anteojos oscuros y la gabardina sucia. Sus facultades eran de otro orden.

La mayoría de noticias extranjeras vienen a través de los corresponsales de los periódicos y de las agencias. El francotirador en el extranjero no tiene por lo general muchas posibilidades contra ellos. Sin embargo, Kenton tenía tres importantes ventajas: la capacidad de aprender rápidamente la jerga extranjera y hablarla sin acento inglés, un profundo conocimiento de la política europea y un rápido y agudo juicio de los nuevos valores. La primera era la más valiosa. La mayoría de hombres y mujeres ingleses que trabajan en el extranjero hablan con fluidez la lengua del país, pero son pocos los que la hablan como debe hablarse. Kenton era uno de estos pocos. Esta ventaja hacía que fuese la diferencia entre atrapar y no atrapar ocasionalmente una migaja de noticia exclusiva.

Era en busca de tales migajas que había ido a Nuremberg. Algunas de las altas personalidades nazis estaban reunidas allí y se había rumoreado que iban a tomarse

importantes decisiones. Nadie sabía sobre qué serían las decisiones, pero era casi seguro que serían desagradables y, por lo tanto, eran noticia.

El noventa por ciento de los reportajes políticos consisten en esperar que terminen las conferencias. Generalmente se pasa el tiempo en un bar. En Nuremberg era el Kaiserhof. Cuando Kenton llegó había ya instalados en el bar varios corresponsales a quienes conocía, entre ellos el de la agencia Haves, un polaco con quien simpatizaba. Este polaco fue quien sacó los dados de poker.

Kenton perdió constantemente desde el principio.

Los dados de poker no son un buen juego para aquel que no sabe detenerse, porque combinan los más peligrosos aspectos del poker con la simplicidad de los dados. Así pueden perderse, y ganarse, grandes cantidades de dinero rápidamente y sin esfuerzo.

A la hora en que se supo que la Conferencia no facilitaría ningún comunicado de prensa aquel día, sino que por la mañana siguiente daría un resumen de la reunión, a Kenton le quedaban solo cinco *pfennings* en el bolsillo. Había explicado la situación a los otros tres jugadores y tras unos murmullos de buena voluntad y lamentación se pidieron bebidas. Mientras bebía, aprovechó la oportunidad para indicar que la bancarrota era simplemente temporal y que tenía fondos en Viena. Todo lo que se requería, añadió, era llegar a Viena. El hombre de la agencia Haves le había ofrecido prontamente cien marcos. Kenton, que sentía varias clases de remordimiento, los aceptó tan decorosamente como le fue posible, pidió y pagó otra ronda y poco después salió para la estación. Allí se encontró con que el único tren para Viena que pasaba aquella noche llevaba solo primera y segunda clases. Sí *mein Herr* deseaba viajar en tercera clase había un tren lento que llegaba hasta Linz, en el norte de Austria, donde podía cambiar para dirigirse a Viena. Se resignó a esperar el tren de Linz.

Hacía tres cuartos de hora que esperaba cuando entró el Expreso nocturno de Oriente, vareteado de nieve que se derretía. Tras las empañadas ventanas de los vagones, camareros galoneados corrían hacia el vagón restaurante de primera. Oyó el repiqueteo de los platos y el tintineo de las copas. Desde donde se hallaba al abrigo del viento podía ver en el costado de uno de los coches-cama un letrero que indicaba el destino: Viena, Budapest, Belgrado, Sofía, Estambul. El Expreso de Oriente se veía cálido y lujoso por dentro; Kenton se alegró cuando el tren reemprendió su marcha. En aquel momento el expreso parecía compendiar toda la seguridad y todo el regalo —corporales, económicos y gastronómicos— que él ansiaba. Se revolcó en su propia lástima.

La cosa no hubiera sido tan mala si su alegre pretensión de tener fondos en Viena se hubiese basado en hechos, pero no era así. No tenía absolutamente ningún dinero en Viena. Se dirigía allá con la vaga esperanza de que un judío conocido suyo, constructor de instrumentos, le prestara algo. Kenton había podido ayudarlo a sacar a su familia de Munich durante aquellos días tan malos de 1934 y el constructor de

instrumentos quedó agradecido. Pero Kenton no sabía si su antiguo amigo estaría todavía en Viena y si tendría dinero para prestarle. Esto último sería mucho peor, pensó Kenton pues se vería obligado a explicar que en realidad no lo precisaba, y entonces el pobre hombre se sentiría terriblemente miserable. Los judíos son muy sensibles para estas cosas. De todas maneras, era su única posibilidad y, en todo caso, no podría estar peor en Viena de como estaba en Nuremberg.

Hundió profundamente los puños en los bolsillos de su abrigo. Después de todo, otras veces había estado sin un céntimo —aunque no siempre por culpa de su propia locura— e invariablemente algo se había presentado para ayudarlo. A veces había sido una buena información periodística, a veces un cheque inesperado de su agente de Nueva York por los derechos de reimpresión de un artículo olvidado desde hacía mucho. Una vez se encontró en la estación del ferrocarril de Sofía cuando el rey de los búlgaros salió con destino desconocido. La observación casual de un revisor dirigida a un agente de comercio alemán le hizo correr al teléfono para dar la primera noticia de un proyectado encuentro entre Boris y Carol. Acaso Hitler se encontraría en el tren de Linz para ir a reunirse con el líder de los Social Demócratas austríacos. La idea le entretuvo y se divirtió imaginando los acontecimientos que podrían hacer factible aquel fantástico encuentro. Cuando llegó el tren de Linz sentíase casi alegre.

El tren iba prácticamente vacío y Kenton tuvo un compartimiento entero para él solo. Los asientos eran duros, pero no tan duros como el andén de Nuremberg. Colocó su maleta en el portaequipaje, se acurrucó en un rincón y se durmió.

El frío le despertó cuando el tren salía de Ratisbona. Otro pasajero había entrado en el compartimiento y había abierto un poco la ventana. La corriente de aire helado junto con el humo de la máquina hizo lo que la falta de alimento y la dureza del asiento habían iniciado: despertarlo. Frío, rígido, hambriento y desdichado, todo el optimismo artificial que tanto le había costado adquirir, había desaparecido. Por primera vez tuvo conciencia de la verdadera gravedad de su situación.

Si Rosen no estaba en Viena, ¿qué tendría que hacer exactamente? Podría, naturalmente, telegrafiar a un periódico de su país pidiendo dinero; pero probablemente se lo negarían. Sus colaboradores eran forzosamente esporádicos, y si él prefería andar por el extranjero como francotirador a tener un lindo empleo fijo en Londres para redactar noticias de la policía y los tribunales, era cosa suya. Sombrío, buscó en su mente la información sobre el tema del servicio consular. ¿Cuáles eran las condiciones para convertirse en un «ciudadano británico en desgracia»? Un marinero inglés a quien conoció en cierta ocasión le habló con desdén de un «cargamento de Ciudadanos Británicos en Desgracia» que salió de la Ciudad del Cabo. Kenton se veía enviado de Viena a Londres con una etiqueta al cuello, porte pagado. Mirando a su alrededor en busca de otra cosa en qué pensar, se fijó en el otro pasajero.

Kenton había viajado lo suficiente en los trenes continentales para considerar a cualquiera que quisiese tener una ventana abierta, aunque fuese un poquito, con cierta

sospecha. El autor de esta ofensa en el caso presente, era pequeño y muy moreno; tenía la cara delgada y una barba que debería, aunque no lo era, ser afeitada dos veces por día. Llevaba cuello almidonado sucio con una enorme corbata gris floreada y un traje oscuro, a rayas, arrugado. Sobre sus rodillas descansaba una blanda cartera de tela, norteamericana, de la que sacaba unas bolsas de papel que contenían salchichón y pan. A su lado, una botella de agua de Vichy estaba apoyada contra el respaldo del asiento.

Sus ojos, castaño oscuro y brillantes, encontraron los de Kenton. Señaló la ventana abierta con un trozo de salchichón.

—¿Me hace el favor?

Kenton asintió con un movimiento de cabeza. El otro se llenó la boca de salchichón.

—Bien. Prefiero viajar *à l'anglaise*.

Masticó. Pareció que se le ocurría una idea. Indicó la cartera.

—Haga el favor: ¿aceptará usted un poco de salchichón?

La negativa automática que subió a los labios de Kenton murió en ellos. Tenía hambre.

—Es usted muy amable. Gracias.

Recibió un pedazo de salchichón y una gruesa rebanada de pan. El salchichón tenía ajo y le gustó. Su compañero le ofreció más. Kenton lo aceptó agradecido. El hombre de los ojos castaños comió un poco de pan, bebió luego un trago de agua de Vichy y empezó a hablar de su estómago.

—Los médicos están locos. No creería usted, viéndome comer ahora aquí, que hace dos años los médicos me dijeron que debía ser operado de una úlcera en el duodeno. De veras. Tengo un estómago de hierro —se lo golpeó para demostrarlo y eructó con fuerza—, pero no se lo debo a ningún médico. Le digo que están locos. Solo desean meterle a uno el cuchillo, sondear y escudriñar. Conmigo, nada de escudriñar ni sondear, amigos; tengo un sistema mejor. Me preguntan cuál es, pero yo me echo a reír. A mí no me engañan para que diga tales cosas a los médicos fisgones. Pero usted no es médico y se lo diré. *Pasta* es el secreto. Nada más que *pasta*. No comí nada más que *pasta* durante seis meses y estoy curado. No soy ningún italiano exagerado, pero le digo a usted que la *pasta* es buena para el estómago. *Macheroni, fettucine, taglatelle, spaghetti*, todos son lo mismo; todos son *pasta* y todos buenos para el estómago.

Continuó elogiando la harina y el agua, y la cara de Kenton debió revelar su atención distraída, pues el dueño del estómago de hierro se interrumpió de pronto y anunció que iba a dormir.

—Haga el favor de despertarme —dijo— cuando nos acerquemos a la frontera.

Se quitó el sombrero, lo substituyó por un ejemplar del *Völkischer Beobachter* para protegerse la cabeza de la carbonilla y enrollándose en el asiento, pareció dormirse. Kenton salió para fumar.

Eran las diez treinta en su reloj y calculó que una hora después estaría en Passau. Mientras aplastaba la colilla notó que ya no estaba solo en el pasillo. Algunos compartimientos más allá había un hombre apoyado en el pasamano, mirando las luces distantes de una aldea bavaresa. Kenton tuvo la impresión de que el hombre había vuelto la cabeza en aquel instante y que había estado observándole. Luego aquel hombre empezó a andar hacia él. Kenton observó que miraba dentro de cada compartimiento al pasar y que tenía unos ojos pequeños y opacos incrustados como guijarros en una cara fofa y malsana. Cuando se acercó, Kenton se aplanó contra la ventana para dejarle pasar, pero el otro no lo hizo. Mirando atrás, Kenton vio que el hombre estaba mirando a su compañero de viaje dormido dentro del compartimiento. Luego murmuró «*Verzeihung*», retrocedió y desapareció en el vagón contiguo. Kenton le borró de su mente y entró en el compartimiento.

El periódico se había deslizado de la cabeza del hombrecito. Sus ojos estaban cerrados. Parecía profundamente dormido. Pero cuando Kenton pasó junto a él vio que su frente brillaba de sudor.

Kenton sentóse y contempló al otro durante un rato, luego vio que los ojos castaños se abrían poco a poco y parpadeaban mirándolo.

—¿Se fue?

—¿Quién? —preguntó Kenton.

—Él... El hombre que estaba en el pasillo.

—Sí.

El otro se sentó y, después de hurgar en su bolsillo, sacó un gran pañuelo sucio. Se enjugó la frente y las palmas de las manos. Después miró a Kenton.

—¿Es usted norteamericano, quizás?

—No, inglés.

—Ah, sí. Usted comprenderá... No fue su modo de hablar, sino sus ropas que me hicieron creer...

Su voz disminuía hasta hacerse inaudible. De pronto saltó hacia el interruptor y dejó el compartimiento a oscuras. Kenton, sin saber bien lo que sucedía, permaneció en su rincón. Si tenía por compañero a un loco, la mejor actitud era probablemente no hacer ni decir nada. Un momento después se le heló la sangre al sentir que el hombre se sentaba a su lado. Le oía jadear.

—Por favor, no se alarme usted, *mein Herr*.

La voz sonaba esforzada, como si su poseedor hubiese corrido. Después empezó a hablar, lentamente al principio, luego con rapidez y sin respirar.

—Soy alemán —empezó.

—Sí —dijo Kenton, pero no lo creyó.

Había tratado de localizar el acento de aquel hombre.

—Soy alemán, judío. Mi padre era gentil, pero mi madre era judía. A causa de ella se me persigue y se me roba. No sabe usted lo que es ser alemán con una madre judía. Han arruinado mi negocio. Soy metalúrgico. Acaso dirá usted que no parezco

un obrero metalúrgico; pero se equivoca. Lo soy. He trabajado en las fundiciones de Essen y de Düsseldorf y tenía mi negocio propio; mi propia fábrica... pequeña, ¿comprende? Usted es inglés y sabrá precisamente por esto que la fábrica pequeña es la más rentable, pero ahora se acabó. Tengo un poco de dinero. Quiero abandonar el país de mis padres y empezar de nuevo en otro sitio, un pequeño negocio. Quiero llevarme mi dinero, pero esos brutos nazis dicen que no. Me está prohibido llevarme mi dinero a donde quiera. Pienso que quizás podré pasarlo en secreto al otro lado de la frontera. Todo va bien. Encuentro a un buen amigo inglés, comemos juntos, conversamos como caballeros. Luego veo a ese espía nazi y él a mí. Ahora sé lo que sucederá. Me registrarán en la frontera, me desnudarán, me mandarán a un campo de concentración donde seré azotado. Usted vio a ese espía. Se detuvo y me miró. ¿Lo vio usted? Me reconoció. Lo leí en su cara. Aquí en mi bolsillo tengo diez mil marcos en buenos valores alemanes... todo lo que tengo en el mundo. A menos que usted consienta en ayudarme, me los quitarán en Passau.

Hizo una pausa y Kenton se dio cuenta de que estaba secándose otra vez la frente.

Aquel hombre mentía, de esto no tenía ninguna duda. Metalúrgico y judío podía serlo. Alemán, ciertamente no lo era. Por un lado, su alemán no era tan bueno como el de Kenton; por otro, cualquier hombre de negocios alemán debía saber que, puesto que en aquellos momentos todos los valores alemanes estaban «bloqueados» y no eran negociables en el extranjero, la única manera de sacar dinero de Alemania era en efectivo. Además, había el cuento del espía nazi. Kenton, por lo que sabía de los nazis, no podía imaginárselos tomándose la molestia de mandar espías para vigilar a los metalúrgicos no arios en los compartimientos de tercera clase. Si hubiesen querido atrapar al hombre no le hubieran permitido abordar el tren en Ratisbona. De todas maneras, el asunto era un poco intrigante. El hombre del pasillo ciertamente se había comportado de un modo raro, y el susto de Ojos-Castaños estaba evidentemente relacionado con su aparición. Kenton empezó a oler un reportaje de alguna clase.

—No veo cómo puedo ayudarle —dijo.

El otro se inclinó hacia él. Kenton podía sentir su aliento en la mejilla.

—Podría usted pasar la frontera con mis valores.

—¿Y si a mí también me registran?

—Es usted inglés. No se atreverán. No hay ningún riesgo. Para usted es muy sencillo.

Kenton no estaba tan seguro de ello, pero lo pasó por alto.

—Me temo que no podré aceptar la responsabilidad.

—Pero se lo pagaré, *mein Herr*. —Se interrumpió, buscó en su bolsillo y atrajo a Kenton hacia la luz que venía del pasillo. Tenía una cartera en la mano—. ¡Mire!... Le daré cien, doscientos, trescientos marcos para que saque mis valores de Alemania.

En aquel momento Kenton dejó de ser por un rato un observador imparcial de los acontecimientos y se convirtió en participante. ¡Trescientos marcos! Menos cien que debía al corresponsal de la agencia Haves, quedaban doscientos. ¡Doscientos! Lo

suficiente para volver a Berlín con dinero sobrante. Ojos-Castaños podía ser cualquier cosa menos lo que pretendía ser, y él, Kenton, podía irse derecho a una cárcel alemana, pero valía la pena correr el riesgo... por trescientos marcos.

Vaciló un poco al principio y dejó que el hombre insistiera y finalmente lo persuadiera. Lágrimas de emoción brotaron de los ojos castaños cuando entregó a Kenton ciento cincuenta marcos como adelanto. El resto le sería pagado cuando devolviese los valores. El poseedor de estos se apresuró a explicar que estaban a su nombre, Herman Sachs, y no eran válidos para nadie más.

—*Mein Herr* —dijo, poniendo la mano sobre el brazo de Kenton—, le confío mis pobres ahorros. ¿No me traicionará?

Sus brillantes ojos castaños eran infinitamente tristes y suplicantes, pero sus dedos apretaban con sorprendente fuerza.

Kenton afirmó su buena fe; el apretón de *Herr Sachs* se aflojó y, dirigiendo una curiosa mirada al pasillo, entregó un largo y abultado sobre a Kenton, quien palpó dentro de él un rollo de papeles tiesos. Se metió el sobre en el bolsillo.

Sachs aspiró profundamente, se recostó en su asiento y exhaló el aire ruidosamente.

A Kenton su exhibición de alivio le pareció un poco desconcertante. Con un creciente disgusto que no podía explicarse del todo, contemplaba a Sachs mientras éste encendía un negro y corto cigarro puro y abría una gran maleta de pasta, estropeada. Parecía haber olvidado la existencia de Kenton.

Desde donde estaba sentado, Kenton podía ver el interior de la maleta. Estaba llena a rebosar de ropa sucia. Pero Sachs parecía conocer el camino a través de ella. Metió la mano hasta el fondo en una esquina de la maleta. Cuando la mano reapareció sostenía una automática de gran calibre, la cual con movimiento ligero metió en una pistolera que llevaba bajo el brazo izquierdo.

En *Herr Sachs*, pensó Kenton, había más de lo que se veía.

Pasaron las formalidades de la aduana separadamente.

Sachs se apresuró a pasar primero. Kenton, con una sensación de vacío en la región del plexo solar, llevaba el sobre metido en su calcetín de la derecha y los billetes de banco ocultos en su zapato izquierdo. Le siguió muy discretamente.

Mientras esperaba su turno en el «control» alemán, Kenton vio que franqueaban el paso a Sachs después de hacerle únicamente la pregunta habitual sobre el dinero en efectivo. El «alemán» no fue ni registrado ni detenido. Kenton otorgó a su don profético una elevada calificación cuando vio confirmadas sus dudas sobre la historia de Sachs. También vio un momento al «espía nazi» que cruzaba un patio iluminado para dirigirse a la aduana austríaca.

La revisión a que sometieron a Kenton fue ligera, pero él sintióse profundamente aliviado cuando hubo terminado. De vuelta al tren encontró a un Sachs ansioso.

—¡Ah, aquí está usted! ¿Lo tiene? Bien. ¡No, no, no, por favor! —exclamó cuando Kenton sacó el sobre—. Por favor, guárdelo. No está seguro todavía. Métaselo en el bolsillo. El espía está en el tren. Hay todavía peligro.

Al oír aquello Kenton perdió la paciencia. Tenía frío, estaba deprimido y sentía un intenso disgusto por Sachs y sus asuntos. La prueba de pasar la frontera le enervó: encontraba repugnantemente melodramática aquella charla sobre espías y peligro. Además, había decidido que los papeles consistían en una de esas cosas: a) drogas; b) valores al portador robados; c) un informe sobre la trata de blancas en Westfalia, o d) alguna otra cosa igualmente delictiva. Por añadidura, desconfiaba de Sachs. Cualquiera que fuese el negocio que el hombre llevaba entre manos, él, Kenton, ya no intervendría más en él.

—Me temo —dijo— que debo rogarle que se quede usted con sus valores. Me comprometí a pasarlos a través de la frontera. Lo hice. Y ahora, creo, me debe usted ciento cincuenta marcos.

Sachs permaneció callado por un momento. Sus ojos castaños se habían puesto ligeramente opacos. Luego se inclinó hacia adelante y tocó la rodilla del periodista.

—*Herr* Kenton —dijo rápidamente—, hágame el favor de meterse este sobre en el bolsillo. Aumentaré mi ofrecimiento. Otros trescientos marcos si lleva usted mis valores al Hotel Josef de Linz.

Kenton había abierto la boca para negarse. Entonces apareció en él aquel mismo rasgo de temeridad que ya tan caro le había resultado aquel día. ¡Seiscientos marcos! Bueno, bien podría exponerse.

—Está bien —dijo.

Pero ya mientras decía esas palabras sabía que no estaba bien, y que esta vez su debilidad le ponía en peligro.

2 — Zaleshoff y Tamara

Las oficinas de la firma *Kiessling und Pieper Maschinen G. m. b. H. Zürich* eran difíciles de encontrar. Se llega a ellas por un estrecho pasaje que lleva a una calle tranquila cerca de la estación de Zurich, abriendo una puerta estropeada pero fuerte y subiendo cinco tramos de escaleras de madera. Al final de esta escalera hay otra puerta que tiene pintado el nombre de la firma. Una flecha señala un timbre con un

letrero que dice *Bitte schellén*, «Sírvese llamar», pero este timbre no funciona. Hay otro timbre que sí funciona, pero éste se toca insertando uña llave en la cerradura, y poca gente lo sabe. La firma de Kiessling y Pieper no da facilidades para el negocio.

Aunque la casa conserva todavía su nombre original, *Kiessling und Pieper* hace mucho tiempo que no tienen ninguna relación con ella. *Herr* Kiessling murió en 1910, *Herr* Pieper en 1924. Desde entonces la firma no ha prosperado, principalmente porque sus subsiguientes propietarios han tenido siempre entre manos asuntos más importantes que la venta de taladros verticales, molinos mecánicos y tornos. Todavía decoran las paredes de la oficina fotografías amarillentas de tales cosas, pero constituyen la única prueba superviviente de la relación de la firma con el negocio que profesa. Una tarde de últimos de noviembre el propietario de *Kiessling und Pieper* estaba sentado ante su escritorio mirando pensativo una de aquellas amarillentas fotografías, que representaba un torno S.S. y S.C. de Schutte y Eberhard; pero Andreas Prokovitch Zaleshoff no lo sabía.

El representante oficioso de la U.R.S.S. en Suiza era un hombre de anchos hombros, de unos treinta y ocho años, con un pelo castaño rizado que se levantaba sobre su frente en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Su cara bien afeitada era fea, pero no desagradable. Su nariz era ancha y belicosa. Tenía el hábito de avanzar su mandíbula inferior cuando quería ser enfático. Sus ojos eran de un azul sorprendente y muy astutos. Ahora bajaron del torno cortador de tornillos que contemplaban sin verlo a una hoja de papel sobre el escritorio, después miraron hacia la puerta que conducía al otro despacho.

—Tamara, ven aquí —llamó.

Momentos después entró una muchacha.

Tamara Prokovna Zaleshoff no era hermosa según las normas de belleza ordinarias. Su cara era una versión idealizada de la de su hermano. El cutis era perfecto y las proporciones buenas, pero la estructura ósea era un poco demasiado masculina. Sus manos eran exquisitas.

—¿Has descifrado las cartas?

—Sí, Andreas; solo había dos.

No llegaba correspondencia directamente a *Kiessling und Pieper*. Los que en aquellos momentos tenían tratos con la casa siempre dirigían sus comunicaciones a *Fraülein* Rosa Neumann, en la Lista de Correos. Dos veces al día Tamara se convertía en Rosa Neumann y las recogía. Entonces era su deber traducir a un lenguaje con sentido las hileras de letras y números mezclados, y anotar los resultados en un libro de aspecto inocente que llevaba la etiqueta de Libro Mayor, en alemán, antes de pasarlas a su hermano. La mayoría de mensajes eran insípidos y la tarea rutinaria le aburría mucho.

Se quitó el abrigo y lo colgó detrás de la puerta. Luego miró a su hermano con curiosidad.

—¿Qué pasa, Andreas?

—Mientras tú ibas a recoger las cartas, Tamara, telefoneó Petroff desde Berlín.

—¡Petroff! ¿Qué quería?

—Dice que le comunicaron anoche de Moscú que Borovansky ha resultado ser un traidor.

—¿Borovansky?

—Sí, en el cuartel general descubrieron que había sacado fotografías de todas las instrucciones de movilización B2 y se dirigía a Alemania. Petroff dice que Borovansky tomó el tren en Ratisbona esta tarde y que compró billete hasta Linz. Parece que aquí ha de entregar las fotografías.

—¿Las llevaba encima?

—Sí, en el bolsillo interior de su abrigo.

—¿Pero no se puede hacer nada para detenerlo?

Zaleshoff sonrió ligeramente.

—Sí, Tamara, mucho; pero todavía no. Petroff ha encargado del trabajo a Ortega.

—¿Ortega?

—Sí, ese español. El tipo usa cuchillo, creo. Petroff, que no es, a mi entender, nada melindroso, admite que el hombre es una porquería, pero dice que es muy útil.

—¿Puede confiarse en él?

—Esta es una de sus virtudes a los ojos de Petroff. Ortega es buscado por asesinato: degolló a una mujer en Lisboa hace dos años. Petroff lo entregaría a la policía si fuese necesario.

Tamara tomó un aire pensativo.

—Nunca me gustó mucho Borovansky.

Zaleshoff sacudió la cabeza.

—A mí tampoco. Siempre pensé que confiaban demasiado en él. Pero decían que era útil porque había trabajado durante años en fábricas alemanas y conocía bien a los alemanes. ¡Solemne tontería! Borovansky podría trabajar toda su vida en un país sin ni siquiera aprender a hablar el idioma del país como un nativo, mucho menos pensar como si lo fuera. Además, yo preferiría que me sirviese un tonto en quien pudiese confiar que un experto que pudiese traicionarme.

Encendió una pipa grande y luego la dejó.

—Es inútil, Tamara —dijo, irritado—, no puedo... no fumaré en pipa. Me da mareo.

—Es mejor que esos interminables cigarrillos. Debes intentarlo.

Zaleshoff, impaciente, tomó la pipa, pero solo golpeó con la boquilla sus fuertes y blancos dientes. De pronto parecía que su atención se desviaba. La muchacha le contempló durante un minuto.

—¿Cómo es de grave este asunto, Andreas? —preguntó por fin.

Durante unos instantes la muchacha creyó que su hermano no le había oído. Luego él se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe completamente... todavía. ¿Ves la dificultad, Tamara?

Borovansky solo tomó fotografías del material y podría resultar que fuesen falsas. Pero tenemos tan poco con qué trabajar. Si supiéramos siquiera quién le pagaba, podríamos movernos. Mira, esas instrucciones B2 no son exactamente una información militar ordinaria. Si fuesen informes sobre artillería, o detalles de fortificaciones, irían probablemente a la oficina de Bruselas y sabríamos dónde estamos. Pero no es así. Intuyo que hay un objetivo político en este asunto, y no me gusta. Si Borovansky quisiera algo para vender, hay tantas otras cosas más vendibles que podría haber robado. Tamara: ¿por qué tuvo que fotografiar esas instrucciones específicas? ¿Por qué? Esto es lo que me pregunto.

—Será porque no tuvo tiempo de obtener otra cosa o porque alguien le había ofrecido dinero por ellas.

—¡Exactamente! Ahora bien, si quería simplemente robar y fotografiar cualquier cosa de valor que pudiese encontrar, hubiera comprendido que esos papeles B2 no tenían ningún valor para ese fin. ¿Arriesgaría su vida marchándose con algo que sabía carente de valor comercial? No. Alguien quería el material B2 y paga a Borovansky para obtenerlo. Lo peor es que no puede hacerse nada para detenerlo hasta que llegue a Austria. Berlín quiere una excusa para otra embestida antisoviética y no queremos proporcionársela. Debemos esperar que Borovansky no entregue la mercancía antes de salir de Alemania.

—¿Por qué no se le detuvo antes de que saliera del territorio soviético?

—Ignoraban que hubiese algo malo. Borovansky actuaba de enlace entre Moscú y nuestra gente en Riga. Si el hombre que sacó las fotografías no hubiese sospechado y decidido denunciarlo a la policía, probablemente todavía permaneceríamos en la ignorancia. Borovansky fue un tonto, además. Podía haber pasado varios días más sin hacerse sospechoso si hubiese tenido el sentido común de presentarse en Riga antes de dirigirse a Alemania.

—De todas maneras, no es cosa nuestra.

—No, supongo que no.

Pero seguía pensativo. De súbito se levantó, se dirigió a un armario que había en una esquina de la estancia, sacó de él un abultado archivador y empezó a dar vuelta a las páginas con aire ausente.

—Esta tarde llegó un informe del agente de Basilea —dijo Tamara—. Dice que el agente inglés se ha trasladado; trabajaba en un despacho de Badenstrasse que tenía por nombre *Swiss Central Import Company*; ahora se ha ido a Koenig Gustavus Platz y trabaja en el apartamento de un dentista llamado Bouchard. Es una idea muy buena. No se puede controlar a toda la gente que visita a un dentista.

Zaleshoff, absorto en el archivador, gruñó.

—¡Oh!, y los agentes de Ginebra informaron esta mañana que no es Skoda, sino Nordenfelt quien hizo el soborno referente al nuevo pedido italiano de obuses; y van a embarcarlos en Hamburgo para Génova —siguió diciendo Tamara—. También comunica que uno de los delegados de la Liga Sudamericana visita a una mujer que

se hace llamar *Madame Fleury*, la cual, dice, es en realidad una húngara llamada Putti que trabajó para Bulgaria en 1916. No dice para quién está trabajando ahora esa mujer y, de todas maneras, no comprendo cómo quiere que nosotros sigamos la huella de todas esas intrigas sudamericanas.

Su hermano siguió leyendo.

—Hay una cosa algo interesante en este informe. Dice que los ingleses, los alemanes y los italianos se reunieron en un pequeño hotel al otro lado del lago para decidir lo que los alemanes y los italianos van a contestar a la Nota que los ingleses les mandarán la semana próxima. Ha oído decir que los italianos hicieron objeciones a una cuestión de la Nota, algo que tiene que ver, cree, con las intenciones italianas en el Sudán, y que los ingleses convinieron en suprimirla si los italianos aceptan préstamos de Londres y se comprometen a emplearlos en subsidios a las industrias pesadas italianas. Esto significa que Londres quiere hacer bajar la lira uno o dos puntos. —Hizo una pausa, luego dijo—: Creo que no me escuchas, Andreas Prokovitch Zaleshoff.

—Sí, sí, Tamara, te escucho. Sigue, por favor.

Pero evidentemente encontraba un interés absorbente en el archivador.

—El agente de Ginebra comunica también —dijo Tamara— que la *Pan-Eurasian Petroleum Company* de Londres no ha conseguido obtener una revisión de su concesión petrolera por parte del gobierno rumano. Nos recuerda que la *Pan-Eurasian* es una compañía inglesa que está bajo el control de Joseph Balterghen, de Gracechurch Street, Londres, quien tiene también un treinta y cinco por ciento de las acciones ordinarias de *Cator and Bliss Limited*, la fábrica de municiones inglesa, y es director del *Imperial Armour Plating Trust*. He buscado el informe sobre Balterghen. Es armenio por nacimiento y se naturalizó inglés en 1914. Desde 1900 a 1909 vendió armas por la compañía *Nordenfelt*, pero ya desde el año siete estaba metido en el negocio del petróleo. El diecisiete se puso a negociar una concesión de los campos petroleros de Bakú con Kerensky. Se cree que llegó realmente a un acuerdo con el gobierno provisional inmediatamente antes de la caída de Kerensky. El dieciocho llegó a Odesa y otra vez trató de negociar sobre los campos de Bakú con el general Almazoff, el comandante del ejército blanco en aquel sector. Trabajaba a través de un agente llamado Talbot. Luego...

Pero Zaleshoff había saltado a través de la estancia y la sacudía por el brazo.

—¿Qué nombre dijiste, Tamara?

—Talbot.

—¿Y Odesa en mil novecientos dieciocho? ¿Balterghen estaba allí?

—Sí.

—Entonces, ¡mira esto, Tamara!

Puso el archivador en sus brazos y se precipitó al otro despacho. Uno o dos segundos después la muchacha oyó sacudir furiosamente el gancho del teléfono.

Sentóse, encendió lentamente un cigarrillo y luego, con el archivador en el

regazo, empezó a leer las tiras de escritura a máquina pegadas sobre grueso papel amarillo.

DOSSIER S8439 Copia 31 Zurich

Nombre. *Stefan Saridza.*

Lugar de nacimiento. *Adrianópolis (se supone).*

Fecha de nacimiento. *1869 (aproximadamente).*

Padres. *Se ignoran.*

Simpatías políticas. *Se ignoran.*

Observaciones. *No se ha podido obtener ninguna fotografía útil. Este hombre es conocido desde 1904. Véase abajo.*

Los siguientes detalles fueron transferidos en 1917-18 de los archivos de Ochrana (Kiev). *Consejo de guerra del general Stessel 1904. Motivo: el fracaso de Stessel en conservar la fortaleza de Fort Arthur contra las fuerzas del general japonés Nogi. Stessel alegó traición en la fortaleza. Examen de los sospechosos negativo. Stessel acusó a un búlgaro llamado Saridza (o Sarescu). No se logró hacer comparecer a Saridza. Se informó que estaba en Atenas en 1905.*

Proceso de Heinrich Grosse, en el tribunal de Winchester, Inglaterra, 1910, por espionaje. Un hombre llamado Larsen fue mencionado en el proceso como jefe de Grosse. Se cree que era Saridza. (D.24 reclamó la identificación).

Proceso del capitán Bertrand Stewart (inglés) en Berlín 1911 por espionaje. Stewart víctima de un agente provocador llamado Arséne Marte Verrue, alias Frederic Rue (véase Dossier R77356) afirmó haber sido empleado a instancias de la oficina alemana de contraespionaje por R. H. Larsen, alias Muller, alias Pieters, alias Schmidt, alias Talbot. Se cree ser Saridza.

Los siguientes detalles proporcionados por el Comisariado del Interior, Odesa. *Diciembre 1918. Se informa (K.19) que el agente llamado Talbot (véase arriba) intentó negociaciones con el general Almazoff para la concesión petrolera de Bakú. Se cree que actuaba por cuenta de los intereses petroleros ingleses.*

Comisariado de Asuntos Exteriores. *Marzo 1925. Se informa (V.37 Barcelona) que el agente llamado Luis Gómez se dedicó a la propaganda antisoviética particularmente con referencia a las importaciones de petróleo soviético en España. Se cree que actuaba por cuenta de los intereses petroleros ingleses.*

Nota. *El citado agente identificado como Saridza en 1929. Véanse observaciones abajo.*

Febrero 1930. Caso presentado ante el juez Mahoina en Nueva York. *Cator and Bliss (Nueva York) Inc. (demandado) contra Joshua L. Curtice (demandante). Curtice alegaba la falta de pago de \$100.000 de gastos en relación con el trabajo realizado en la segunda conferencia para el desarme en Ginebra. Naturaleza del trabajo: Pretendida propaganda contra el desarme. Curtice fue empleado por los directores en Londres de Cator and Bliss Limited. La vista del caso en Nueva York dispuesta por el demandante. El juicio del caso se dictó atendiéndose el acuerdo entre los litigantes. Curtice pretendía tener la ciudadanía suiza. Identificado como Saridza por B.71*

Observaciones. *Se cree que Saridza (Informe ZB356-18) posee una vasta organización, principalmente en Europa y Cercano Oriente. Actividades ahora principalmente propaganda política a beneficio de los grupos industriales y bancarios. Excelente organizador. Sin escrúpulos. Habla inglés (ligero acento), francés (mal acento), alemán, ruso y esloveno.*

Aspecto. *Estatura mediana; delgado; pelo gris, casi calvo; cutis cetrino; pequeño bigote gris recortado, manchado de nicotina. Se sabe que lleva armas de fuego. Nota importante. En todas las ocasiones en las que Saridza ha sido identificado ha sido por el hecho de que su brazo izquierdo es incapaz de articulación completa en el codo. Este defecto produce una inequívoca torpeza en el empleo del brazo.*

Instrucciones primordiales (Mayo 1926). *Todo agente que consiga información, aun de fuente no fidedigna, sobre las actividades de Saridza, lo comunicará inmediatamente.*

Tamara cerró el archivador y aplastó la colilla. A través de la puerta abierta podía oír a su hermano hablando rápidamente.

—... la *Pan-Eurasian Petroleum Company*, no hay ninguna duda, Petroff. El asunto se aclara un poco más, amigo mío, ¿no es cierto? ¿Has oído hablar del fracaso de Balterghen en Rumanía?... Sí, sí, así es... pero te dejaré para notificar a Moscú... no... sí... Iré directamente a Linz... sí... Me llevaré a Tamara. Llamaré a J. 12 de Berna para que se encargue de aquí. Ten la bondad, por favor, de advertir a Viena...

Hubo una larga pausa. Tamara sentía los latidos de su corazón.

—¿Ortega? —prosiguió Zaleshoff—. Sí, recuerdo su cara. ¿Quién podría olvidarla? Tiene una piel como de elefante y ojos como de serpiente. *Au'voir*.

Se oyó el chasquido cuando colgó el teléfono. Cuando entró, agitado, en el despacho, Tamara estaba mirando otra vez el archivador.

—¿Lo leíste? ¿Me oíste hablar con Petroff?

Parecía excitado.

—Sí. ¿Pero por qué vamos a Linz?

—Leíste el *dossier*. Fui yo quien identificó a Saridza en Nueva York. Conozco

bien su cara.

—¿Pero nuestra gente en Viena...?

—No le conocen como yo. Es una suerte para nosotros. Saridza es un enemigo importante. Sería un gran golpe a nuestro favor. Ahora, por favor, Tamara, comunícame con Berna por teléfono.

Esperando la comunicación en el oscuro despachito exterior, le oía revolver cosas furiosamente en su escritorio, mientras tarareaba *Tchoubtchik* bajito. Una vez se detuvo y lanzó un juramento; ella le llamó para preguntarle si quería algo, pero solo quería municiones para su revólver y las había encontrado. Luego:

—¡Andreas! ¿Volvemos a Moscú el mes que viene?

—Sí, Tamara, el mes que viene.

—¿Por tres meses?

—Quizás.

Ella permaneció silenciosa un momento. Trazó con el dedo una larga línea recta en el polvo del estante que tenía a su lado. Cuando volvió a hablar, su voz era ligeramente más baja.

—Andreas, ¿siempre haremos este trabajo?

—Así lo espero. Lo hacemos bien.

Le oyó cerrar de golpe un cajón del escritorio y dar vuelta a la llave. Con el teléfono contra su oído, miraba la vieja y anticuada máquina de escribir sobre la mesa. Siguió hablando:

—¿Supongo que Borovansky estará muerto cuando llegemos a Linz?

—Ortega tiene órdenes de no matar, sino obtener las fotografías a todo coste; pero no dejes que tu imaginación se absorba en esto. Borovansky no sería una gran pérdida. Hay una historia desagradable de un hombre y una mujer, en Essen.

Pensativa, Tamara oprimió una tecla de la máquina de escribir.

—¿Recuerdas sus ojos, Andreas? Nadie pensaría que un hombre con unos dulces ojos castaños como aquellos pudiera ser traidor.

—Los ojos de un hombre, su nariz, su frente, sus orejas... Ninguna de estas cosas, Tamara, tiene nada que ver con la mente que está detrás. Hombres pequeños tienen grandes cabezas y grandes hombres las tienen pequeñas. No hubo nunca dos personas en el mundo que comprendieran la mente uno del otro mirándose las caras. —Hubo una pausa y Tamara le oyó abrir un armario—. Tarda mucho esta comunicación con Berna, Tamara. Hay un tren dentro de veinte minutos.

—Debes llevarte una bufanda gruesa, Andreas. Hará frío.

Zaleshoff se acercó por la puerta que estaba detrás de ella. Llevaba una pesada chaqueta rusa y una bufanda de lana en torno al cuello. Se inclinó y la besó ligeramente en la mejilla.

—¿Tienes tu pipa, Andreas?

—No.

De pronto, el teléfono dio un chasquido.

—El agente de Berna —dijo Tamara.

3 — *Habitación 25*

Durante la mayor parte de las tres horas y media que tardaron en ir de la frontera a Linz, Sachs habló incesantemente.

—Uno debería aprender —dijo a Kenton— a juzgar a sus semejantes. —Agitó un dedo sucio—. Usted mismo, *Herr* Kenton. Al verle, desde el primer momento me dije que aquí había un hombre en quien uno podría confiar... un hombre a quien uno podría dejar con absoluta seguridad sus ahorros duramente ganados.

Hizo dramáticamente una pausa.

A Kenton se le ocurrió que Sachs debía juzgarlo como un perfecto imbécil si se imaginaba que todavía creía la historia del refugiado judío.

—¿Pero por qué —prosiguió Sachs—, por qué un hombre honrado no recibiría una paga por su honradez? —Los ojos castaños se redondeaban de asombro—. Estoy satisfecho de pagar. Es bueno.

Empezó a hurgarse los dientes con un palillo.

Kenton se agitó inquieto. Se dijo que bien se habría ganado sus seiscientos marcos. En aquel momento no estaba seguro de si Sachs estaba haciendo sutiles amenazas o si trataba por medio del halago de restablecer la autoestima de su correo. Si era esto último, fracasaba. La única cosa que intrigaba a Kenton era por qué aquel hombre estaba dispuesto a pagar seiscientos marcos a un perfecto extraño para que llevase el sobre a un hotel de Linz.

Su curiosidad sobre ese interrogante casi superaba su disgusto por el papel de mercenario alquilado al cual se había prestado. Era muy evidente que Sachs tenía miedo de algo o de alguien —su torrente de palabras era como una crispación nerviosa—, pero ¿de qué o de quién? Una cosa, y solo una cosa, estaba clara: toda esa charla sobre valores, judíos sospechosos y espías nazis era puro dislate. En sus tiempos Kenton había entrevistado a algunos de los embusteros más ágiles de Europa. Comparado con ellos, Sachs era lastimosamente inconvincente. Pero una cosa es interpretar correctamente una historia cuando uno sabe un poco más de lo que debería, y otra cosa muy distinta cuando no sabe nada en absoluto del que cuenta la historia ni de sus probables motivos. Todo el asunto era muy intrigante.

—La psicología —decía Sachs— es un trabajo extraño. Conozco muchas psicologías buenas.

Movió afirmativamente la cabeza dos veces y se sonó la nariz.

—Cuando trabajaba en las fundiciones en Essen, había un hombre que tenía una de esas psicologías. Extraña, ¿comprende usted?, rara. Hay hombres pequeños y humildes que hacen pensar que siempre están asustados. Hoff era así, pequeño y asustado. ¿Ha estado usted en una fundición, *mein Herr*? ¿No? Es una gran cosa que ver. Miles de kilos de acero fundido dentro de una gran caldera que se balancea colgando de una grúa que avanza lentamente hacia los moldes. Luego opera el control y el acero se derrama como la sangre de un puerco. Ciertamente, hay que verlo.

Cerró los ojos bajo sus recuerdos, luego los abrió de pronto con una expresión de horror en la cara.

—Pero le estoy aburriendo, *mein Herr*. Lo siento, lo lamento profundamente. —Y se disolvió en la contrición.

—¡No, no! —protestó Kenton cortésmente.

—Es usted demasiado amable. —Golpeó afectuosamente la rodilla de Kenton—. Veo que es usted un hombre de corazón como el mío. Valoramos la psicología. Es una gran cosa.

Kenton dijo que él también así lo creía.

—El caso de Hoff es muy extraño —prosiguió Sachs— y también de gran interés. Hoff era quien controlaba la caldera. Era un buen trabajador, pues obedecía las señales de los de abajo y vigilaba bien para que el trabajo no se malograra. El capataz se llamaba Bauer y odiaba a Hoff. Había quienes decían que era a causa de la mujer de Hoff, y acaso era así, pues era de buen ver y le gustaban los hombres; y Hoff, como dije, era pequeño y humilde. Bauer siempre trataba de burlarse de Hoff. Le gritaba y hablaba en contra de él al director pero no le hubiera nunca despedido... solo le amargaba la vida en la fundición. Otros hombres se hubieran marchado o hubiesen rezongado; pero Hoff no hacía más que sonreír a su manera nerviosa y decía que Bauer en realidad era un buen hombre. Algunos decían que Hoff era cobarde, pero él no hacía más que sonreír y decir que no importaba. ¿Usted, *Herr* Kenton, hubiera dicho acaso que Hoff era cobarde?

—Semejantes casos —dijo Kenton con tacto— siempre son difíciles.

Sachs tomó una expresión ladina.

—Así es. Por lo que a mí hace, siempre he meditado mucho sobre el caso de Hoff. Pero le contaré la historia —prosiguió—. El asunto, como dije, duró varios meses. Luego un día Bauer se encolerizó y pegó a Hoff en la cara con una vara de acero. Era por una nimiedad; pero era la primera vez que Bauer pegaba a Hoff. Algunos de los hombres querían esperar a la salida a Bauer y pegarle, pero Hoff de nuevo sonrió con su sonrisa nerviosa y se limpió la sangre de la cara diciendo que no importaba. Al día siguiente estábamos manejando unos recipientes pesados y Hoff

controlaba una caldera con más de diez mil kilos de metal. Bauer estaba junto a los moldes esperando que la caldera avanzase por encima de las cabezas. La grúa se movía lentamente y los hombres, abajo, se prepararon. De pronto la grúa se detuvo y vieron que la caldera se hallaba sobre la cabeza de Bauer y empezaba a inclinarse. Gritaron a Bauer, pero era demasiado tarde: un segundo después el metal se vertió. Los hombres corrieron; solo Bauer no corrió. Gritó y cayó al suelo chillando. Más tarde, aquel mismo día, murió en el hospital. Hoff dijo que el mecanismo de control no funcionaba bien, y hubo muchos que habían odiado a Bauer que juraron que se trataba de un accidente. El mecanismo de control estaba bien. —Puso la cara radiante—. Así que, *Herr* Kenton, Hoff no era cobarde, ¿ve usted?

—Entonces, ¿qué era? —Kenton no pudo menos que preguntar esto.

—Hoff —dijo Sachs con una risita ahogada— era inteligente, muy inteligente. Esperar, sonreír, tener miedo, ser humilde para los que fiscalizan, y luego pegar... esto es ser inteligente. —De pronto se puso serio. Los ojos castaños se contrajeron, los labios, tensos, se abrieron ligeramente, mostrando los dientes—. Fue bueno, aquel momento, cuando Bauer miró hacia arriba y vio la muerte ir a su encuentro... de la mano del pobre tonto Hoff. En aquel último instante, antes de verterse el metal sobre él, Bauer supo; podía verse que sabía. —*Herr* Sachs empezó a reír—. Fue una buena venganza y Hoff era muy inteligente. ¿No lo cree usted, *Herr* Kenton?

—Sí, mucho.

—Esperar, sonreír, y luego... pegar —dijo Sachs—; esto es buena psicología.

Sonrió con complacencia. Después, con un movimiento súbito, quitó el vaho de un trozo del cristal de la ventana y miró afuera.

—Hay luces sobre el Danubio —dijo—; pronto estaremos en Linz.

—Pero *Herr* Sachs —dijo Kenton, pensativo—, no me ha dicho usted qué pasó con la mujer de Hoff. Creo que esto sería todavía más interesante.

Por un momento pensó que el otro no le había oído. Luego Sachs levantó la cabeza. Sus ojos, al encontrarse con los de Kenton, tenían una extraña luz.

—La mujer de Hoff, ¡ah, sí! —dijo lentamente—. Poco después ella también murió. —Las palabras se hicieron más lentas—. Se produjo un accidente con algún ácido. Se le estropeó la cara... fue una suerte que muriera... una suerte. Pero triste para Hoff, porque se hallaba presente en aquel momento, y hubo mucho figoneo y sondeo y embuste.

Kenton vio que sus ojos se dirigían al pasillo.

—Curioso asunto murmuró.

Pero Sachs parecía haber perdido interés por el tema y no contestó. Después de lamerse los dedos de ambas manos empezó a alisarse los largos mechones de su pelo negro y lacio sobre la calva de la coronilla. Luego se puso el sombrero, se abrochó el cuello levantado de su abrigo de modo que le tapase la boca y la nariz, bajó su raída maleta del portaequipaje y anunció que ya estaba listo.

—El Hotel Josef —dijo— está cerca del río, más allá del *Weinzinger*, en la ciudad

vieja. Lo encontrará. Pero haga el favor de esperar media hora antes de ir. Tengo otras cosas que hacer primero.

—Kenton asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien. Confío en usted, *Herr* Kenton, como confiaría en mi propia madre. Irá usted allá y yo le daré el dinero que le prometí. En mí también se puede confiar. Ya lo verá. Hágame el favor —añadió— de mirar si hay alguien en el pasillo.

Cuando Kenton le aseguró que no había nadie, se escurrió por el pasillo hacia la salida. Unos tres minutos más tarde, al llegar el tren a Linz, Sachs se apeó y se alejó antes que aquél parase del todo. Kenton, desde el compartimiento, le vio dar la vuelta a unos montones de cajas de embalaje hasta que las sombras le ocultaron. Luego vio otra figura moverse bajo la luz por un momento y desaparecer detrás de Sachs. Kenton estuvo un instante inmóvil mientras se preparaba para salir, luego se encogió de hombros. Fuese o no fuese un espía nazi, el hombre de los ojos pequeños y la cara poco saludable tenía que salir de la estación con el resto de los pasajeros. El hecho de que siguiera a Sachs no significaba nada. Kenton tomó su maleta y se apeó del tren.

Pocas cosas son más desalentadoras que la estación de ferrocarril de una población extraña a primeras horas de la madrugada. Kenton, mientras avanzaba por el andén, decidió que, pudiese permitírsele o no, pernoctaría en una cama cómoda. El cielo estaba estrellado y hacía un frío horrible. En algún lugar detrás de él un hombre tosía incesantemente y el sonido de la tos le deprimía.

Encontró un *Café* abierto cerca de la estación, entró y pidió un café.

Se dice que a las dos de la madrugada la vitalidad de un hombre se halla en su punto más bajo; que es en aquellas horas tenebrosas que los suicidas llegan al nadir de la desolación, donde pensamiento y acción se unen y son oprimidos los gatillos. Puede ser cierto. Para Kenton, los minutos que transcurrieron mientras su café se enfriaba lo suficiente para tomarlo fueron de lo más lúgubres de su vida. Ahí estaba, cerca de los treinta años de edad, miembro relativamente responsable de una profesión digna, tirando su dinero como un estudiante y obligado a aceptar dudosos encargos de hombres desconocidos con «psicologías» homicidas y armas de fuego en los bolsillos. Continuó su pensamiento. ¿Supongamos que era atrapado en la frontera? Lo cual le estaría bien empleado. ¡Bueno!, basta de vacilaciones. Cumpliría el trato que había hecho, cobraría, marcharía directamente a Berlín y se pondría a trabajar de veras en algo.

Se acordó del sobre; lo sacó de su bolsillo y lo examinó; era de papel gris barato y estaba fuertemente pegado. No tenía nada escrito. El acostumbrado forro de papel oscuro de los sobres continentales cumplía su finalidad impidiéndole ver nada al trasluz. Lo palpó con cuidado. La forma y el tacto de los valores impresos no le eran familiares, pero se le ocurrió que el bulto del papel era demasiado rígido y elástico.

Volvió a meterse el sobre en el bolsillo, tomó el café y fumó un cigarrillo. Después dejó su maleta al dueño del *Café* y salió para el Hotel Josef.

La primera parte del trayecto transcurrió por calles anchas abundantemente

marcadas con ejemplares de aquella especie de arquitectura barroca de la que los austríacos tan extrañamente se sienten orgullosos. Después de cruzar un estrecho puente de acero sobre el río, mientras avanzaba hacia los muelles —el «puente» de Linz—, las calles que recorrían eran estrechas y sucias. Un policía solitario a quien preguntó el camino le miró con suspicacia y le dirigió a través de una serie de oscuros y desiertos callejones. Llegó por fin a una corta calle de casas viejas. Más o menos a la mitad de la calle un letrero débilmente iluminado anunciaba que había habitaciones de dos camas por cinco *schillings* en el Hotel Josef. Llevaba veinte minutos de retraso, pero había llegado.

La entrada del Hotel Josef no era imponente. Dos peldaños de piedra gastada llevaban a una estrecha puerta, cuya parte superior era de cristal esmerilado sobre el cual las palabras «Hotel Josef», en pintura negra, empezaban a desconcharse. A través del cristal se veía un débil resplandor. Kenton empujó la puerta y entró.

Se encontró en un pasillo estrecho. A la izquierda había un pequeño mostrador colocado en un nicho bajo, con el letrero «AUSKUNFT». A la derecha, colgado en la pared, un tablero para llaves y cartas. El hecho de que la mayoría de las llaves estuviesen en su lugar parecía indicar que el Hotel Josef no hacía gran negocio.

No había nadie tras el mostrador; Kenton estuvo parado un par de minutos buscando algún modo de llamar la atención. Entonces oyó el ruido de alguien que roncaba allí cerca. Los ronquidos parecían venir del extremo del pasillo, por lo que Kenton avanzó, un poco vacilante, para investigar.

Dos o tres pasos le llevaron a una estancia que daba al pasillo. La puerta estaba entreabierta y por ella miró. Un cabo de vela que goteaba sobre un charco de cera arrojaba una luz vacilante sobre un hombre que llevaba delantal y zapatillas de fieltro, tendido en un sofá de felpa roja. Kenton supuso que era el portero de noche.

El hombre gruñó y se revolvió en sueños cuando Kenton golpeó a la puerta. La segunda llamada le despertó y, frotándose los ojos, se incorporó y quedó sentado en el sofá.

—*Herr Sachs?* —preguntó Kenton.

El hombre se puso de pie, vacilante, y avanzó hacia Kenton. Al llegar a la puerta se apoyó pesadamente en la pared y, echando la cabeza hacia atrás, miró al periodista con los ojos entrecerrados. Olía intensamente a vino malo y Kenton vio que estaba borracho.

—*Was ist's* —preguntó con la lengua espesa.

—*Herr Sachs, bitte.*

El hombre meditó esta información por un momento, luego volvió a levantar los ojos con ademán interrogante.

—*Herr Sachs?*

—*Jawohl* —dijo Kenton, impacientemente.

El portero nocturno respiró con fuerza durante uno o dos segundos, se humedeció los labios y miró a Kenton de un modo poco más inteligente.

—*Wen darf ich melden?*

—*Herr Kenton.*

—*Herr Kenton! Ach ja! Man erwartet Sie. Wollen Sie bitte hinaufgehen?*

El portero se dispuso a volver a su sofá. Al parecer, esperaba que Kenton adivinara el número de la habitación.

—*Auf Zimmer nummer...?* —preguntó Kenton, animándole.

El hombre sentóse al borde del sofá y parpadeó mirando irritado a Kenton.

—*Zimmer fünfundzwanzig, dritter Stock* —dijo.

Y con un profundo suspiro volvió a tenderse en el sofá. Kenton, mientras empezaba a subir la escalera hacia el tercer piso, oyó de nuevo los ronquidos.

Una vez fuera del alcance de la luz del pasillo, la escalera estaba completamente a oscuras y Kenton, como no encontró ningún interruptor, tuvo que ir encendiendo cerillas para alumbrarse.

Evidentemente la casa no había sido construida para servir de hotel. Los esfuerzos del dueño para instalar el mayor número posible de habitaciones por medio de muchos tabiques había convertido el lugar en un laberinto de pequeños corredores en los cuales las puertas estaban colocadas en ángulos inesperados y abundaban los pasillos sin salida. Cuando llegó al tercer piso, Kenton necesitó varios minutos y muchas cerillas para encontrar la habitación 25.

Golpeó la puerta y ésta se entreabrió con un crujido.

Excepto por un rayo de luz cuya fuente no podía ver, la habitación estaba oscura. Parecía ser una pequeña sala. Escuchó, pero no pudo oír ningún rumor de movimientos. Pronunció en tono bajo el nombre de Sachs, pero no hubo ninguna respuesta; repitió el nombre en voz alta. Luego empujó la puerta y entró.

La luz venía, a través de una puerta de comunicación, de una bombilla sin pantalla del dormitorio. Desde donde se hallaba podía ver que las cobijas de la cama estaban retiradas, dispuestas para el ocupante. Pero de Sachs no había señales.

Volvió al pasillo y esperó dos o tres minutos. Encendió un cigarrillo, pero después de unas pocas chupadas lo aplastó. El Hotel Josef le excitaba los nervios. Volvió a entrar en la salita y se paró de cara a la luz. Llamó una vez más sin resultado y se dirigió a la puerta del dormitorio.

Al instante se quedó inmóvil. En la pequeña área del piso que se veía más allá de la cama aparecía un pie de hombre.

Su espinazo se estremeció. Con un esfuerzo permaneció quieto. Luego se inclinó hacia adelante para aumentar su campo visual. Un segundo después entró en el dormitorio.

El hombre estaba medio acostado medio arrodillado sobre un charco de sangre que todavía se escurría lentamente a lo largo de las rendijas de las tablas de madera de pino del piso. Las rodillas estaban encogidas, las manos aferradas al mango del cuchillo que se había hundido en el costado derecho, bajo las costillas. Estaba en mangas de camisa cuando cayó. En el suelo, a su lado, estaba su chaqueta con el forro

arrancado.

Kenton miró rápidamente en torno.

Al otro lado de la cama, en el suelo, había los restos de su maleta de pasta, acuchillada de arriba abajo y registrada. Luego los ojos de Kenton volvieron al cuerpo.

Avanzó un paso. El ligero movimiento fue suficiente. Sin apenas un ruido, el cuerpo cayó de espaldas.

Los ojos castaños ya no eran luminosos. Esta vez *Herr Sachs* había esperado y sonreído demasiado tiempo. Esta vez se le había hecho tarde para pegar.

4 — *Hotel Josef*

Hay personas que, como los enterradores, pueden adoptar una actitud normal ante los cadáveres: tocarlos, moverlos, cerrarles los ojos. Kenton no era de esos. Había estado en España durante los meses peores de la guerra civil y había visto muchos, demasiados cadáveres. Pero en una zona de combate, entre edificios derribados por los cañonazos y calles sembradas de lastimosos escombros de la guerra, los muertos (hombres y mujeres) formaban parte de la escena: informes manchas de color oscuro contra la vasta destrucción que les rodeaba.

En el silencio de la habitación 25 del Hotel Josef, sin embargo, la muerte ya no era incidental. Aquí era grotesca. Kenton sintió que iba a marearse y se esforzó por mirar a otro lado.

Sabía que, aunque pareciese inútil, debía asegurarse de si Sachs vivía todavía y, si era así, ir en busca de un médico. Mientras trataba de dominar sus náuseas podía oír el tic-tac de su reloj de pulsera. Le parecía que estaba allí desde hacía siglos. Luego, evitando con cuidado la sangre, se arrodilló junto al cuerpo.

Había leído sobre tales cosas, pero no podía recordar exactamente el procedimiento. Tenía idea de que «un débil latido del corazón» era lo que había que buscar, pero la mecánica de percibirlo era otro asunto. Sabía que era en vano que intentase tomar el pulso; siempre le había resultado extremadamente difícil sentir incluso el suyo propio. Quizás debería desabrochar la mugrienta camisa de Sachs y poner la mano sobre el corazón. Apretó los dientes y empezó con el chaleco. Entonces notó que sus dedos resbalaban sobre los botones y comprendió que se los

había manchado de sangre. Se levantó rápidamente. El sudor le mojaba la frente. Pasó por encima de la desgarrada maleta de Sachs hacia el lavamanos, vertió un poco de agua y se lavó las manos. Luego miró otra vez el cadáver. De pronto sintió que perdía el control. Debía dar la alarma, llamar a la policía, cualquier cosa. Esto no era asunto suyo. Debía salir lo más pronto posible. Atravesó rápidamente la salita y salió a la oscuridad del pasillo.

Sin embargo, lejos de su vista los restos de Sachs, sintió que recobraba el dominio de sí mismo. Frente a la puerta, se detuvo y empezó a pensar.

¿Qué iba a hacer, exactamente? El portero de noche estaba dormido y borracho; era inútil tratar de explicarle las cosas. El policía más cercano se encontraba probablemente varias calles más allá. Lo que debía hacer era telefonar a la policía desde el despacho de abajo.

Iba a llevar a cabo este propósito cuando se le ocurrió otro aspecto de la situación. ¿Cómo debía explicar su presencia en la escena? La policía austríaca sin duda pediría una explicación, haría ciertas preguntas.

—*¿Cuál es su profesión?*

—*Periodista.*

—*¡A, sí! ¿Y de qué periódico?*

—*Ninguno en particular... Soy un francotirador.*

—*¡Ya! ¿Y de dónde vino?*

—*De Nuremberg.*

—*¿Y con qué fin?*

—*Para pedir dinero prestado en Viena.*

—*¿Entonces, andaba escaso de dinero?*

—*Sí.*

—*¿Y por qué no se había ido a Viena?*

—*Encontré en el tren al difunto, quien me pidió que le hiciera un encargo.*

—*¿Así fue? ¿Y cuál era el encargo?*

—*Llevar un sobre que contenía documentos de valor al Hotel Josef.*

—*Pero el difunto iba al Hotel Josef. ¿Por qué desearía que los documentos de valor fueran llevados a un lugar donde él mismo se dirigía?*

—*Lo ignoro.*

—*¿Esperaba Herr Kenton un pago por su servicio?*

—*Sí. Seiscientos marcos.*

Kenton se imaginaba la incredulidad con que sería recibida esta declaración.

—*¿Y cómo sabía Herr Kenton que el difunto poseía esa suma?*

—*Herr Sachs se la había mostrado en el tren.*

—¡Ah! ¿Entonces, tuvo la oportunidad de inspeccionar la cartera del difunto?

—Sí, pero...

—¿Y Herr Kenton iba a Viena para pedir dinero prestado?

—Sí.

—¿Y por lo tanto decidió ahorrarse la molestia?

—El difunto había insistido para que aceptase el encargo.

—¿Herr Kenton, pues, siguió al difunto hasta el Hotel Josef?

—Sí, pero...

—¿Y allí Herr Kenton apuñaló al difunto?

—¡Qué tontería!

—Entonces, horrorizado por su acto y pensando en despistar a la policía, telefonea pidiéndole ayuda. ¿No es así?

—¡Absurdo!

—El portero de noche declara que Herr Kenton preguntó por Herr Sachs poco después de la llegada de este señor; añade que Herr Kenton estaba nervioso e impaciente.

—Siempre parezco nervioso y, en cuanto a mi impaciencia, ésta se explica por la estupidez del portero. Además, Herr Sachs había dejado dicho que le esperaba.

—¿De veras? El portero de noche no lo recuerda.

—El portero de noche estaba borracho.

—Quizás, pero no demasiado borracho para identificar a Herr Kenton.

Volvió a entrar en la sala. Decidió que de ninguna manera podía dejarse identificar con el asunto. Aun cuando lograra finalmente convencer a la policía de que no tenía nada que ver con la puñalada, habría inacabables demoras. Tendría que quedarse en Linz acaso durante semanas. La única cosa a hacer era marcharse mientras todavía era tiempo. Pero antes había que meditar un poco. No podía cometer errores.

Vaciló, luego entró en el dormitorio y descolgó un espejito que colgaba de un clavo en la pared. Llevándolo boca abajo, se acercó al cuerpo de Sachs, se inclinó y sostuvo el espejo contra su boca durante un minuto o dos. Cuando lo miró, el espejo no tenía ninguna huella de humedad. Convencido de que un médico no podía hacer nada por aquel hombre, puso el espejo en su lugar y volvió otra vez a la sala. Allí, cerró la puerta que daba al pasillo, sentóse cara a la puerta del dormitorio y encendió un cigarrillo.

Decidió que una cosa era evidente: quienquiera que asesinara a Sachs, buscaba el sobre que ahora estaba en el bolsillo de Kenton. La maleta destrozada, la chaqueta rasgada y la preocupación de Sachs por la seguridad del sobre conducían a esa conclusión. Segundo hecho: el asesino no había encontrado el sobre. Este pensamiento le pareció perturbador, pues significaba que el asesino podría estar

todavía en las cercanías inmediatas. Venciendo un intenso deseo de mirar bajo la cama, arrastró su silla hasta la luz que venía del dormitorio.

La primera cosa que debía mirar era el contenido del sobre. Se lo sacó del bolsillo y lo rompió apresuradamente. A primera vista creyó que el contenido era solo papel en blanco; después vio que, colocadas con cuidado entre los pliegos, había una serie de brillantes clisés fotográficos.

Los sacó uno por uno y los aplanó: eran quince en total. Dos de ellos eran de mapas seccionales a gran escala, abundantemente marcados con cruces y números; los trece restantes eran reproducciones en miniatura de hojas tamaño folio cubiertas de apretada escritura a máquina.

Los examinó con atención. El idioma era ruso. Miró al trasluz las fotografías hasta que encontró la página que evidentemente llevaba el título. Su conocimiento del ruso era somero, pero sabía lo suficiente para descifrar el encabezamiento. Decía:

COMISARIADO DE GUERRA

Principales órdenes (B2 1925) para operaciones contra Besarabia. Para ser observadas únicamente en el caso de ataque por Rumanía o sus aliados contra Ucrania en el frente Lutsk-Kamenets.

Seguían doce páginas y media de instrucciones telegráficas pero muy complicadas referentes a cabezas de puente, almacenes, comunicaciones, servicio de aguas, material ferroviario y locomotoras, combustible, carreteras y todos los demás detalles esenciales de la organización de un ejército moderno en movimiento.

Kenton echó una ojeada rápida a todas las páginas. Luego se metió las fotografías en el bolsillo. Sintió que estaba entrando en aguas profundas. Aquél que quería los «valores» de *Herr Sachs* no había vacilado en cometer un asesinato; en vista de la naturaleza de aquellos valores, no sería inverosímil que, el hombre o los hombres, estuvieran dispuestos a cometer otro. Por lo que a Kenton atañía, el asunto había adquirido un aspecto diferente. Desde su punto de vista solo había ahora un lugar adecuado para las fotografías: el consulado británico. Sin embargo, mientras tanto él y las fotografías estaban en el Hotel Josef junto a un hombre asesinado. Bien considerado, convendría reconocer la posición.

Se dirigió a la ventana; al retirar las cortinas y pegar la cara al cristal, descubrió que podía ver toda la longitud de la calle frente al hotel. La luna estaba en el menguante, pero alumbraba lo suficiente. Al otro lado, de pie en la sombra parcial de una entrada, había dos figuras inmóviles. Un poco más abajo, frente al camino que él debería seguir, había un gran automóvil. Kenton no trató de engañarse: estaba cerrado el paso de salida del hotel y él se hallaba terriblemente acorralado.

Dejó caer la cortina y permaneció un momento allí mismo. Los hombres de afuera podían pertenecer a una de las dos partes: los dueños de los documentos cuyas fotografías estaban ahora en su bolsillo, o los que querían tenerlas. ¿A qué parte

pertenecía Sachs? Suponiendo que supiera lo que contenía realmente su sobre, probablemente era de los segundos. Los verdaderos dueños hubieran destruido las fotografías. Sin embargo, puesto que él, Kenton, tenía las fotografías, sería objeto de interés para ambos bandos. ¿Sabrían los amigos de Sachs que él las poseía? Sachs dijo que tenía asuntos que atender antes de ir al Hotel Josef; entonces, pudo habérselo comunicado. De todas maneras, la fuerza de uno de los bandos estaba ahora esperando afuera. El otro bando esperaba... ¿dónde?

Kenton no se había considerado nunca como un hombre particularmente valiente. Las escenas de violencia física con las que se había encontrado en el curso de aquella misión habían trastornado su digestión y sus procesos mentales. Sin embargo, ahora no tenía tiempo para considerar su digestión y, en cuanto a sus procesos mentales, se dijo que si quería escapar incólume del presente predicamento tenía que pensar con rapidez.

Entró en el dormitorio, se puso los guantes y con el pañuelo frotó todo aquello que recordaba haber tocado. No quería dejar huellas dactilares para la policía. Luego se abrochó el abrigo y, después de dar una última mirada a su alrededor, se dispuso a marcharse.

Cuando se alejaba de la cama sintió algo blando bajo su pie; miró y vio que era la cartera de Sachs. La recogió. Iba a registrarla cuando, a través de la puerta del dormitorio, oyó el débil crujido de una tabla del piso en el pasillo. Deslizó la cartera en el bolsillo de su abrigo, entró de puntillas en la sala a oscuras y se quedó junto a la puerta. Hubo un momento de silencio, después oyó un ligero movimiento afuera y el pomo de la puerta empezó a girar lentamente.

Con el corazón palpitándole dolorosamente, vio que la puerta se abría crujiendo y tras ella se apretó contra la pared. Un hombre entró en la habitación y cerró cuidadosamente la puerta. Kenton estaba lo bastante cerca para oír la respiración del otro. El hombre le daba la espalda, pero cuando avanzó hacia la luz que venía del dormitorio el periodista vio que era bajo y grueso y llevaba una bufanda de lana que daba dos vueltas en torno a su cuello.

Desde su lugar en la sombra Kenton observaba al hombre de la bufanda entrar en el dormitorio, mirar sin sorpresa evidente al cadáver de Sachs y, lentamente, por toda la habitación. Luego desapareció de la vista de Kenton y éste oyó ruidos que indicaban que el dormitorio era registrado. Ahora era el momento de marcharse.

Con cuidado, se deslizó hacia el pomo de la puerta, llegó a él sin hacer ningún ruido y empezó a darle vuelta. El pestillo no hacía tampoco ningún ruido, pero recordó el crujido cuando la puerta se abrió poco antes; soltó el pestillo y levantó un poquito la puerta para aligerar el peso de las bisagras. Salió al pasillo sin el más leve rumor y, después de cerrar la puerta con tanto cuidado como la había abierto, avanzó, pegado a la pared para evitar las tablas sueltas del piso, hasta la escalera.

Allí se detuvo. ¿Quién era el hombre de la bufanda y qué bando representaba? Todo el asunto se complicaba muchísimo. Decidió que, por lo menos de momento,

había cosas más importantes en qué pensar. Por ejemplo: ¿cómo saldría del Hotel Josef?

Se esforzó frenéticamente para recordar algo de la geografía del lugar tal como la había visto a la luz de las cerillas al subir. Debía haber alguna salida en la parte posterior del edificio. Recordó vagamente haber sentido, cuando subía, la corriente de aire de una ventana, pero no podía acordarse de en qué piso fue. Buscó sus cerillas y encontró que solo le quedaban dos: una para cada piso. Tendría que arreglárselas como mejor pudiera y confiar en la suerte.

A tientas bajó hasta el piso siguiente y frotó la primera cerilla, cuyo palo se rompió entre sus dedos. Frotó la última, que se encendió sin dificultad; protegiendo la llama con cuidado, miró alrededor. Había dos pasillos que terminaban en paredes desnudas y otro que daba la vuelta en ángulo recto. Por lo tanto, la ventana estaba en el piso de más abajo. Trató de conservar la llama para que le sirviese en el próximo rellano, pero ardió demasiado deprisa.

Ahora debía depender del tacto para encontrar la ventana. Rozando ligeramente la pared con los dedos de una mano y el otro brazo hacia delante, avanzó con cuidado por el pasillo. Cruzó por su mente la idea de que probablemente se parecía a una vieja litografía de Florence Nikhtingale y sintió el deseo de reír, deseo que diagnosticó como nerviosismo y reprimió con firmeza.

Después de dar unos seis pasos sintió que el pasillo daba media vuelta a la izquierda. Un instante después topaba con la puerta de una habitación. Se hallaba en un corredor sin salida. Volvió sobre sus pasos, pero debió seguir la pared hasta demasiado lejos, porque no encontró la escalera. Unos pasos más le llevaron contra una pared desnuda. Había empezado a desesperar y trataba de decidir lo que debía hacer cuando sintió en la cara una brisa ligera pero muy fría. Estaba cerca de la ventana. Palpó la pared, avanzó un poco con cautela en la dirección de la corriente de aire y chocó con otra pared. A tientas la siguió hasta una esquina, dio la vuelta y vio la ventana en un nicho, frente a él.

La luna ahora se había ocultado, pero su reflejo le mostró que ya no estaba frente a la calle. Se asomó. A unos tres metros más abajo pudo percibir la forma confusa de una pequeña construcción saliente. Se subió al antepecho. Entonces se le ocurrió que el techo de abajo podía ser de vidrio. Durante un par de minutos permaneció allí agachado tratando de decidir lo que haría. Finalmente, comprendiendo que no podía pasarse toda la noche posado en el antepecho, decidió arriesgarse a encontrar un techo de vidrio y fue bajándose con cuidado hasta quedar colgado en el aire. Cerró los ojos y se soltó.

Había subestimado la distancia y el choque le cortó el aliento. Además el techo, aunque no era vidrio, estaba un poco inclinado y tuvo que agarrarse a las tejas para no rodar hasta el suelo. El ruido que hizo le pareció espantoso, por lo que se quedó varios minutos allí aferrado esperando que se diera la alarma, pero no sucedió nada y Kenton bajó gateando del techo hasta el suelo sin dificultad.

Se encontró en un pequeño patio muy oscuro. Sin embargo, sus ojos estaban ya acostumbrados a la oscuridad; se dirigió a unas sombras que parecían poder indicar una salida. Su mano derecha había tocado un muro de cemento y palpándolo avanzaba cuando oyó un ligero ruido en algún lugar más adelante.

Con el corazón desfallecido, permaneció inmóvil y escuchó. Había un silencio completo. Todavía jadeaba un poco y, mientras se esforzaba por respirar sin ruido, la sangre le golpeaba en la cabeza. Empezaba a pensar que el ruido había provenido de una rata, cuando lo oyó de nuevo. Esta vez fue más distinto: el raspar de una suela de zapato sobre una superficie áspera.

De súbito vino un suave susurro de las tinieblas, frente a Kenton:

—¿Eres tú, Andreas?

La voz era de mujer y hablaba en ruso.

Kenton retuvo el aliento. Luego llegó de la oscuridad un pequeño respingo de terror; un segundo después una luz cegadora brilló de lleno por un instante sobre su rostro y se apagó.

Se ladeó y echó a correr a ciegas. Una pared de cemento le detuvo de pronto y le magulló la mano. Permaneció donde estaba y miró, impotente, a la oscuridad, pero no vio ni oyó nada. Empezó a avanzar siguiendo la curva de la pared.

Había recorrido unos tres o cuatro metros cuando sus dedos encontraron la aldaba de una puerta de madera. La levantó poco a poco; al soltarse la aldaba hizo un débil *clic*. Kenton aspiró profundamente y luego, de un solo movimiento, abrió la puerta, se deslizó afuera y volvió a cerrar. Por un momento estuvo asido a la aldaba, luego vio que se hallaba en una calle de detrás de la casa y no esperó más: echó a correr.

5 — *Hotel Werner*

Pronto se halló perdido dentro de una red de calles y frenó para tomar un paso rápido. Una o dos veces miró hacia atrás para ver si era seguido, pero no vio a nadie. Tenía la idea de dirigirse al río y, cuando hubiese llegado a él, volver a la estación.

No abrigaba la intención de quedarse en Linz más tiempo del indispensable, pero era cosa descartada despertar al cónsul y entregarle las fotografías a aquellas horas de la madrugada. Pasaría el resto de la noche en un hotel y vería al cónsul antes de salir para Berlín. Lo primero que debía hacer era recoger su maleta en el *Café*.

El cielo empezaba a clarear cuando llegó al río; las piedras estaban blancas de escarcha. Sentíase muy cansado, pero era una fatiga puramente física. Las preguntas se atropellaban en su cerebro.

¿Cuál era el significado especial de las fotografías que tenía en el bolsillo? ¿Para quién trabajaba Sachs? ¿Quién le mató? ¿Quiénes eran los siniestros individuos que estaban frente al Hotel Josef? ¿Quién era el hombre rechoncho de la bufanda? ¿Y quién era la mujer que le había confundido con otro en el patio? Pensó que podría contestar a la primera de estas preguntas.

El comercio de secretos militares, él lo sabía muy bien, era activísimo. Con las naciones armándose tan rápidamente como podían, los espías profesionales prosperaban. Él había conocido dos casos de agregados militares que pagaban sumas fabulosas por lo que a Kenton le habían parecido informaciones triviales: en un caso, el ángulo máximo de elevación de un nuevo cañón de campaña, en el otro caso la confirmación de una ligera inexactitud en un informe anterior sobre el grueso de la plancha blindada de un nuevo tanque. Suponía que los planes rusos sobre la organización militar para el caso de una guerra con Rumanía serían bien recibidos en Bucarest.

Sin embargo, tenía la incómoda sensación de que esta respuesta no era la acertada. Sabía que la cuestión de la incorporación de Besarabia al territorio rumano había sido en el pasado la manzana de la discordia entre Bucarest y Moscú. A principios de 1918, cuando Rumanía había sido reducida a un rinconcito de su territorio por Alemania y sus aliados, cuando Bucarest fue ocupado por las potencias centrales y el gobierno rumano se trasladó a Jassi, los rumanos se establecieron en Besarabia. Como aliada de Rumanía, nominalmente a todo evento, Rusia no había hecho ninguna objeción. En aquellos momentos, de todas maneras, el gobierno ruso estaba demasiado preocupado por los ejércitos blancos en el suroeste y otros problemas para ocuparse de la situación. Pero a últimos de 1918 surgieron dificultades entre los soldados rusos y rumanos en Besarabia y el gobierno soviético pidió que Rumanía evacuase el territorio, pero ésta alegó, con cierta razón, que puesto que existía un estado de hambre extremada en lo que restaba de la nación, el regreso de un ejército sin paga y sin alimentos probablemente precipitaría una anarquía completa. Rusia se había preparado para la guerra contra Rumanía y la situación parecía desesperada cuando Rumanía logró por fin persuadir a la suspicaz Rusia de la pureza de sus intenciones. Los rusos, aunque reacios, aceptaron un tratado en el cual Rumanía prometía evacuar Besarabia en un plazo determinado, pero nunca cumplió aquella promesa y Rusia, de nuevo preocupada por problemas inmediatos, dejó que siguiera el dominio rumano sobre Besarabia sin discutirlo hasta que el *fait accompli* fue generalmente reconocido en el extranjero y resultó demasiado tarde para algo más que protestas. Bajo tales circunstancias era muy poco probable que Rumanía dejara de reconocer el hecho de que, en el caso de un conflicto general europeo, Rusia podría intentar la afirmación de sus indudables derechos legales

anexionándose Besarabia. Por otra parte, las órdenes estaban fechadas en 1925. Si Rumanía había podido prescindir durante tanto tiempo de la información que contenían, no podían ser muy valiosas. Muy raro.

Por lo que se refería a Sachs, el misterio seguía como antes. Kenton ahora sabía con certeza lo que había sospechado todo el tiempo, a saber, que el hombre no era lo que pretendía ser. El hecho de que llevara secretos militares de una naturaleza poco sensacional en vez de drogas peligrosas o billetes de banco robados no hacía más que aumentar la confusión.

El asesinato podría atribuirse, decidió Kenton, al «espía nazi». El individuo parecía por su aspecto completamente capaz de cometerlo. También era posible que, al no encontrar las fotografías, el asesino hubiera llamado a sus amigos para que esperasen la llegada o la salida de un cómplice que las tuviera. En este caso el hombre de la bufanda podía ser un aliado de Sachs.

Sin embargo, esta explicación no servía. El hombre de la bufanda había actuado como si ya supiera del asesinato de Sachs.

Después había la mujer. A juzgar por su voz, era joven y, puesto que hablaba ruso, probablemente estaba interesada por el destino de las fotografías. Lo había llamado «Andreas». ¿Quién era Andreas? ¿El asesino, el hombre de la bufanda o algún otro?

Renunció. Pero, con cierta sorpresa, se encontró especulando sobre el aspecto de la muchacha. Su voz poseía una rara cualidad atractiva. Las probabilidades de encontrarse alguna vez cara a cara con ella, pensó, eran remotas. Un patio a oscuras, una sola frase susurrada, el reflejo momentáneo de un linterna y... esto era todo. ¡Qué curioso! Posiblemente hasta el fin de su vida, en raros momentos separados quizás por intervalos de años, recordaría la voz y se preguntaría cómo era su poseedora. La imagen mental que se formaba de ella cambiaría con el tiempo. Si su vida era desdichada, imaginaría que era muy hermosa y lamentaría no haberse quedado en el patio. Cuando fuese muy viejo hablaría a otros viejos de una curiosa experiencia que tuvo una vez en Linz siendo joven y declararía que en aquel tiempo era un joven tonto romántico y que probablemente la muchacha era tan desagradable como un vaso de vino agrio.

Observaba con cierto disgusto la tendencia sentimental de esas reflexiones cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por un chirrido de frenos.

Había cruzado el río y se hallaba a pocos minutos de la estación. Miró rápidamente a su alrededor, pero no vio ningún coche y llegó a la conclusión de que el ruido de frenos había venido de una calle lateral que acababa de pasar. Anduvo un poco más y miró otra vez en torno.

La calzada era muy ancha y bien iluminada, pero estaba desierta. De pronto se oyó el zumbido de un coche haciendo brutalmente marcha atrás y un gran automóvil de lujo salió del recodo retrocediendo y se detuvo con un sacudida. Un segundo más tarde salió disparado en la dirección de donde había venido. Con un desagradable sobresalto, Kenton lo reconoció: era el coche que había visto esperando frente al

Hotel Josef.

Con alivio lo vio desaparecer por una calle lateral. Evidentemente, no le habían descubierto. Luego se aplicó mentalmente un puntapié. ¿Cómo podían «descubrirlo»? No conocían, no podían conocer su existencia. O bien si la conocían, si Sachs se lo había dicho, no podían saber cómo era su aspecto. Siguió andando, maldiciéndose por ser un tonto nervioso. Cuando al dar la vuelta a la esquina siguiente miró hacia atrás y le pareció ver una figura que desaparecía rápidamente en la sombra de la pared. Decidió que le convenía dormir algo cuanto antes mejor.

Estaba todavía considerando los peligros de una imaginación sobreexcitada cuando llegó al Café Schwan.

Después de reclamar su maleta y enterarse de que el Hotel Werner, dos calles más allá, era bueno y barato, decidió que después de las excitaciones de la hora pasada una taza de chocolate caliente sería una buena introducción al sueño.

Mientras le preparaban el chocolate, compró cerillas y, al buscar los cigarrillos en su bolsillo sus dedos encontraron la cartera que habían recogido en la habitación de Sachs.

La tocó con cierta desazón. Debía haberla dejado para que la encontrase la policía. No se había propuesto llevársela, se la había metido en el bolsillo sin pensar. Sin embargo, ya que la *tenía*, podía muy bien averiguar lo que pudiese saberse por medio de ella. La sacó.

Era de imitación de cuero con la inicial «B» en un ángulo y, evidentemente, había costado muy poco. No obstante, dentro había más de ochocientos marcos en billetes, de los cuales cuatrocientos cincuenta le pertenecían por derecho.

La única cosa más que contenía la cartera era un cuadernito de notas verde, todas las páginas del cual, menos dos, estaban en blanco. Las dos páginas escritas contenían direcciones, pero la escritura era tan mala que Kenton pospuso la tarea de descifrarlas; las arrancó y se las metió en el bolsillo del abrigo.

Quedaba el dinero. Después de muchas argucias consigo mismo, decidió que tenía un derecho legítimo sobre la propiedad de Sachs, de acuerdo con lo cual transfirió cuatrocientos cincuenta marcos a su propia cartera.

Terminó su chocolate y meditó un momento. Después pidió sobres y sellos al hombre que estaba tras el mostrador.

En el primer sobre metió el resto del dinero y lo dirigió a *Herr Sachs* en el Hotel Josef. La policía se encargaría de él. En el segundo metió cien marcos con una nota de agradecimiento al corresponsal de la agencia Haves. En el tercero metió las fotografías.

Puso sellos en los dos primeros. En el tercero escribió su propio nombre y lo entregó, acompañado de cinco marcos y una historia circunstancial, al hombre que servía en el mostrador para que lo guardase en la caja fuerte.

Había tranquilizado su conciencia en cuanto al dinero de Sachs. Había devuelto el préstamo del corresponsal de la agencia Haves. Se había librado de la presencia

comprometedora de las fotografías. Tenía quinientos marcos y pico en el bolsillo. Además, tenía sueño. Más tarde, en el mismo día, volvería a Berlín. Con el corazón más aligerado, echó las cartas al buzón y se fue al Hotel Werner.

Cuando entró en su habitación el cielo era ya grisáceo.

Tiró la maleta sobre la cama, cerró las cortinas y se sentó en un sillón. Le dolían los ojos; inclinándose hacia la lámpara de la cabecera, apagó la luz. Permaneció quieto un minuto, luego empezó a quitarse la corbata, pero cuando estaba tratando de deshacer el nudo sintió que el sueño le cerraba los párpados. Sus dedos se aflojaron y su cabeza cayó lentamente hacia adelante mientras se hundía en un dormir incómodo. Debieron haber transcurrido unos veinte minutos cuando fue despertado por un golpe en la puerta.

Se puso de pie, vacilante. La llamada se repitió. Se acercó a la puerta.

—¿Qué es?

—Servicio, *mein Herr* —dijo una voz—. El señor puede tener frío. Traigo unas mantas más.

Kenton dio vuelta a la llave, se volvió de espaldas y empezó otra vez a quitarse la corbata.

La puerta se abrió. Hubo un movimiento rápido detrás de él. Al instante siguiente, sintió un terrible golpe en la nuca. Por una fracción de segundo un dolor horrendo atravesó su cabeza y sintió que caía hacia adelante. Entonces quedó inconsciente.

6 — Ortega

Zaleshoff y Tamara llegaron a Linz a las diez de la noche y desde la estación fueron en taxi a una dirección del otro lado de la ciudad.

Kölnerstrasse 11, era una tienda de comestibles de un tranquilo barrio residencial. Mientras su hermana pagaba el taxi, Zaleshoff tocó el timbre de una puerta lateral. Después de varios minutos de espera, la puerta se abrió una pulgada y la voz de una mujer preguntó ásperamente quién llamaba.

—¿Rashenko? —dijo Zaleshoff.

La mujer abrió la puerta. Haciendo señal a Tamara de que le siguiera, Zaleshoff entró. Junto a la puerta empezaba un tramo de escalones de madera; precedidos de la mujer que soplaba y jadeaba, los dos subieron lentamente.

En el segundo rellano la mujer abrió una puerta y dijo, gruñendo, que Rashenko estaba en el último piso y que ella no podía molestarse en subir más, entró y les dejó. Después del tercer tramo de la escalera a partir de allí, llegaron a un rellano sobre el cual el techo estaba agudamente inclinado. Solo había una puerta. Zaleshoff avanzó para llamar, se detuvo y se volvió hacia su hermana.

—¿Nunca has visto a Rashenko?

Tamara sacudió la cabeza negativamente.

—No te sorprenda verlo. Fue apresado por unos oficiales zaristas que le trataron muy mal. Como resultado, entre otras cosas, es mudo.

La muchacha asintió y él golpeó fuertemente la puerta.

El hombre que abrió era alto, canoso y encorvado. Era increíblemente flaco y las ropas le colgaban en largos pliegues como si no hubiese cuerpo bajo ellas. Sus ojos estaban hundidos en la cabeza de tal modo que era imposible verles el color, pero brillaban como dos puntos de luz dentro de las oscuras cuencas. Sus delgados labios se estiraron en una sonrisa de bienvenida al ver a Zaleshoff, y se apartó para dejarle entrar.

La habitación estaba tan llena de muebles que era casi imposible moverse en ella. Una cama deshecha en un rincón y un hornillo en otro contribuían considerablemente al aire general de confusión. Un fuego de leña ardía en el fogón y el lugar estaba insoportablemente caliente. Rashenko les señaló las sillas, luego sentóse y les miró expectante.

Zaleshoff se quitó la chaqueta, la dobló cuidadosamente sobre el respaldo de su silla y se sentó. Luego se inclinó hacia adelante y puso suavemente la mano sobre el brazo del otro.

—¿Cómo estás, amigo mío?

El mudo recogió un periódico del suelo, se sacó un lápiz del bolsillo y escribió en el margen. Después lo mostró.

—¿Mejor? —dijo Zaleshoff—. Bien. Esta es mi hermana Tamara.

Rashenko volvió a escribir y levantó el papel.

—Dice que eres hermosa —dijo Zaleshoff volviéndose hacia Tamara—. Rashenko siempre fue considerado experto en estos asuntos. Debes sentirte halagada.

La muchacha sonrió. Encontraba extremadamente difícil decir algo al mudo. Él movió la cabeza afirmativamente con vehemencia y devolvió la sonrisa.

—¿Tienes noticias de Viena? —preguntó Zaleshoff.

Rashenko asintió.

—¿Te han dicho que yo me encargo de este asunto aquí?

El otro asintió de nuevo y escribió en el periódico: «*Ortega vendrá aquí cuando se haya entrevistado con Borovansky*».

Zaleshoff aprobó con un movimiento de cabeza y miró con simpatía al mudo.

—Vete a la cama cuando estés cansado —le aconsejó—. Tamara y yo esperaremos.

Rashenko sacudió la cabeza con fastidio, se levantó, se acercó a un armario, sacó dos vasos que llenó de vino de una jarra de piedra y los ofreció a los hermanos.

—¿No beberás con nosotros? —dijo Tamara.

Rashenko sacudió gravemente la cabeza, negando.

—Los médicos no le permiten tomar vino —explicó Zaleshoff—, está demasiado enfermo.

El mudo afirmó con la cabeza y, sonriendo para tranquilizar a la muchacha, hizo un gesto de disgusto hacia el vino.

—Rashenko —observó Zaleshoff— es un tipo muy obstinado. En Moscú querían mandarlo a un sanatorio en Crimea para que recobrase su salud, pero prefiere servir a su país aquí.

El mudo volvió a sonreír... de un modo muy patético, pensó Tamara.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Saridza? —preguntó Zaleshoff.

Rashenko negó con la cabeza.

—Estaba en el ejército de Almazoff.

El mudo levantó la cabeza prontamente y miró a uno y a otro de los hermanos. Después abrió la boca y pareció esforzarse por hablar. Por fin salió de su garganta un sonido gutural. Entonces recogió el periódico caído y empezó a garabatear furiosamente.

Zaleshoff se levantó y miró por encima de su hombro; luego, firme pero suavemente, empujó al mudo haciéndole reclinarse en su asiento. Las lágrimas se derramaban por la cara del enfermo, quien se esforzaba débilmente para estrechar las manos de Zaleshoff. De súbito quedó inmóvil y los párpados cayeron sobre sus ojos ardientes.

Zaleshoff se dirigió a la muchacha.

—Fueron los hombres de Almazoff los que le torturaron —dijo—. Hace de eso más de dieciocho años, pero hicieron un buen trabajo —añadió en voz baja.

Rashenko abrió los ojos y les sonrió como pidiendo perdón. Tamara miró hacia otro lado. El calor de la estancia le daba dolor de cabeza. De pronto sonó un timbre de teléfono.

Rashenko se puso de pie penosamente, se acercó al armario de la pared, descolgó, dentro de éste, el aparato y se lo puso al oído. Después oprimió un pequeña llave Morse y marcó tres breves señales en el transmisor. Escuchó un momento, volvió a hacer las señales, colgó el teléfono y se volvió hacia Zaleshoff.

Rashenko asintió, tomó el lápiz, escribió un mensaje y lo entregó a Zaleshoff.

—¿Viena?

Éste se volvió hacia Tamara.

—Viena dice que Ortega telefoneó hace veinte minutos desde Passau. Él y Borovansky llegan a las dos y media.

Para la muchacha los ciento cincuenta minutos que siguieron fueron una insoportable procesión de otras tantas horas. Había dos relojes en la estancia y

durante algún tiempo sus tic-tac de diferente compás la fascinaron con las aparentemente interminables variaciones rítmicas que desplegaban. Pronto, no obstante, encontró que los cambios de ritmo eran parte de una pauta que se repetía cada tres cuartos de minuto. Miró a los dos hombres. Su hermano, ceñudo, fijaba la mirada feroz en el fuego y hacía girar una llave entre sus dedos. Rashenko tenía los ojos cerrados y parecía dormido. Tamara murmuró que iba a fumar un cigarrillo, se puso el abrigo y salió al rellano.

Después del calor de la habitación del enfermo, el aire frío le reconfortó inmediatamente. A través del tragaluz, sobre su cabeza, podía ver el cielo. Era una noche clara y brillante, y las estrellas, amortiguada su luz por la luna que salía, parecían infinitamente irrisorias. Los embates del viento golpeaban la casa con creciente fuerza. Encontró que el ruido era curiosamente calmante, así que permaneció allí hasta que el sonido de un timbre abajo le anunció que el hombre a quien esperaban había llegado por fin.

En el momento en que el español entró en la habitación se hizo evidente que algo andaba mal. Jadeaba por haber corrido y sus grises e hinchados carrillos estaban grotescamente manchados con dos chafallones colorados. Sus ojos turbios, parecidos a guijarros, parpadeando bajo la luz, miraban suspicazmente en torno como los de un animal acorralado. Un ángulo de su boca se contraía ligeramente. Zaleshoff, que le había abierto la puerta, le siguió dentro de la estancia y cerró.

—Bueno —dijo en alemán—, ¿tienes lo que te mandaron ir a buscar?

Ortega negó con la cabeza y se esforzó por recobrar el aliento.

—No —dijo por fin—, no estaban allí.

Zaleshoff le miró fijamente durante un momento; después dio un paso adelante, agarró la manga del abrigo de aquel hombre y lo acercó de un tirón.

—Nada de mentiras, amigo —le dijo ásperamente.

Luego soltó el abrigo y levantó la mano. Tamara vio que estaba manchada de sangre.

—¿Qué sucedió? —preguntó, amenazador.

El español recobraba el aliento. Tomó un aire fachendoso. Su boca exangüe y seca se torció un poco.

—¿Le maté quizás, eh? —Soltó una risotada y sus ojos giraron hacia la muchacha, buscando aprobación—. Me vio en el tren y trató de escaparse en la estación, pero fui acaso demasiado rápido para él. Tomó un taxi y se alejó para escabullirse, pero, aunque era astuto, yo fui más astuto que él y le seguí hasta el Hotel Josef.

Zaleshoff se volvió rápidamente hacia Rashenko.

—¿El Hotel Josef, dónde está?

El mudo escribió velozmente. Zaleshoff miró el papel y asintió. Luego se dirigió otra vez a Ortega.

—Continúa.

—Le sigo a su habitación.

—¿Cómo sabías qué habitación era?

Ortega se encogió de hombros desdeñosamente.

—Es una choza miserable, no como aquello a lo quizás estoy acostumbrado en mi país, donde soy rico. Espero junto a la puerta y oigo al portero decirle el número. Dio el nombre de Sachs. Era la habitación veinticinco en el tercer piso. Después pide para telefonar y esto no lo oigo. Pero también le oigo decir que espera a un tal Kenton que vendrá.

—¿Kenton? Este es un nombre inglés.

—Quizás. En el tren con él, desde Ratisbona, había un norteamericano, o acaso era inglés. Quizás este norteamericano tiene las fotografías. No sé. No pude esperar.

Zaleshoff hizo un ademán de impaciencia.

—Rápido: ¿qué hiciste?

—Voy a su habitación por la entrada posterior de modo que nadie me ve y llamo a su puerta. Dice que entre, *Herr* Kenton, y aunque mi nombre no es Kenton, sino Ortega, un gran apellido en España, entro. Cuando me ve grita y va a por la pistola que tenía. Pero yo le alcanzo primero y me lo cargo. Le hizo daño —añadió el español.

A Zaleshoff se le hincharon las venas de la frente.

—Te ordenaron no matar —dijo en tono bajo.

Ortega se encogió de hombros.

—Fue un poquita cosa... nada.

—¡Necio! —gritó de pronto Zaleshoff—. Te ordenaron no matar. Y matas. Te ordenaron sustraer las fotografías a Borovansky. No las obtienes. Solo hay un lugar para ti, amigo. —Súbitamente bajó la voz—. Ya sabes dónde es, Ortega. ¿No? Lisboa, amigo, Lisboa.

—No había fotografías, ninguna fotografía.

—O acaso —prosiguió Zaleshoff— preferirías la policía austríaca a la portuguesa. El teléfono, por favor.

—¡Madre de Dios! —gritó el español—. Le digo que no había ninguna fotografía. Zaleshoff soltó una risita burlona.

—Esto dices. Pero, mira, no te creo. Hubo sin duda quien pagó mejor tus servicios. ¿Cuánto, Ortega? ¿Cuánto te ofrecieron para traicionarnos?

—¡*Madre de Dios, juro que es mentira!*^[1] —El sudor corría por su cara.

—¿A dónde buscaste?

—Su chaqueta, su equipaje, todo.

—¿El forro de su chaqueta?

—Lo hice pedazos; también su equipaje. No había nada.

—Las había escondido en la habitación.

—No tuvo tiempo.

—¿Buscaste?

—Era necesario irme.

—¿Y ese Kenton, llegó?

—No sé. Me fui.

—¿Cómo era ese norteamericano del tren?

—Alto, delgado, sombrero blando, joven quizás.

Zaleshoff se volvió hacia los otros.

—Es necesario que registremos esa habitación inmediatamente. Iremos tú y yo, Tamara. ¿Tienes una pistola, Rashenko?

Rashenko asintió.

—Bien. Ortega, el traidor, se quedará aquí contigo. Si trata de marcharse, pégale un tiro.

El español explotó en un excitado discurso.

—*¡No hará usted esto! Debo ir. El hijo de zorra tenía una pistola... ¿a qué dudar? Le maté porque era necesario. No tengo fotografías, lo juro. ¡Déjeme escapar, seré perseguido por la policía...! ¡Tenga piedad!*^[2] —Su voz subía históricamente.

Zaleshoff, poniéndose el abrigo, no le hizo caso.

—Dice —tradujo Tamara al ruso— que debe irse.

—Dile —contestó su hermano en el mismo idioma— que es un tonto, y que será más seguro para él quedarse aquí. Más seguro, porque aquí no le buscará la policía y también porque si trata de marcharse, Rashenko disparará.

Cuando, minutos después, salieron corriendo, Rashenko estaba sentado en una silla con un gran revólver en la mano. Ortega se había sacado un rosario del bolsillo y estaba arrodillado junto al fuego mientras las cuentas tintineaban entre sus dedos y las palabras borboteaban de sus labios. El ruso escuchaba y una sonrisa cruzaba su cara alargada, pues sabía un poco de español. Las oraciones del señor Ortega hubieran hecho sonrojarse incluso a un descargador de los muelles de Bilbao.

Andreas Prokovitch Zaleshoff era, como muchos hubieran podido testificar, un personaje engañoso. Por un lado, daba la impresión de ser casi infantilmente ingenuo; por otro, poseía un sentido sutil del valor del histrionismo. Las manifestaciones violentas de emoción, si son oportunas, perturban al observador más sagaz y traban su juicio. La oportunidad de Zaleshoff era invariablemente perfecta. Rara vez decía lo que realmente pensaba sin hacer que sonara como un desmañado intento de fingimiento. La convicción apasionada era en él un signo de indiferencia por el asunto en cuestión. Para Tamara, que lo conocía mejor de lo que él suponía, era motivo constante de diversión.

No obstante, mientras vigilaba en la sombra detrás del Hotel Josef, Tamara estaba preocupada. La cólera de su hermano contra Ortega había sido casi auténtica. Esto solo podía significar una cosa: que Andreas estaba terriblemente intrigado. Ella sabía

perfectamente bien que su hermano no esperaba encontrar las fotografías en la habitación del hombre asesinado; sabía también que él se exponía a un riesgo innecesario para confirmar lo que era obvio.

Estaba dando vueltas a esos pensamientos en su mente cuando le sobresaltó el ruido de la llegada de Kenton sobre el tejado del anexo. Preguntándose por qué su hermano no volvía por donde se había ido (la puerta de servicio), separóse de la pared para ir a su encuentro.

Tamara no estaba acostumbrada a las armas automáticas, pero por esto mismo la carrera de un periodista poco conocido aunque prometía podía haber sido interrumpida por la muerte en, como dicen los periódicos, circunstancias misteriosas. Cuando la luz de su linterna le mostró por una fracción de segundo que el hombre que tenía delante no era su hermano, su índice oprimió involuntariamente el gatillo de la pistola que Zaleshoff le había deslizado en la mano antes de introducirse en el hotel; de no haber estado puesto el seguro, ni siquiera el salto de Kenton hacia la pared le hubiera salvado.

Zaleshoff se reunió con ella unos cinco minutos más tarde con la ya esperada noticia de que las fotografías no estaban. Apresuradamente, Tamara le habló del encuentro que había tenido. Él la escuchó pensativo, después le pidió una descripción precisa del hombre. La que ella le dio no hubiera halagado a Kenton, pero le hubiera impresionado por su exactitud.

—Podía ser muy bien —concluyó Tamara— un norteamericano o probablemente un inglés.

—¿Viste su corbata?

—No, el cuello de su abrigo estaba levantado. Pero el sombrero parecía norteamericano o inglés.

Zaleshoff guardó silencio unos instantes. Finalmente, pasó adelante hacia la calle.

—Vuelve a la Kölnerstrasse y espera allí hasta que te telefonee —dijo.

La observó hasta verla desaparecer, luego dióse vuelta y se dirigió, haciendo un rodeo, a la calle frente al hotel. A medida que se acercaba iba guareciéndose en la sombra y andaba más despacio. Cuando se halló a unos veinte metros del coche parado cerca de la entrada se detuvo.

Por lo que podía ver, había cuatro hombres en el coche, además de los dos que desde la calle, más allá, miraban a las ventanas del hotel, y durante un cuarto de hora permanecieron inmóviles. Zaleshoff empezó a sentirse yerto de frío. De pronto se abrió una portezuela del coche y dos hombres se apearon, anduvieron lentamente hacia el hotel y entraron. Estaba demasiado oscuro para verles las caras, pero cuando desaparecían tras la puerta de cristal esmerilado el hombre que iba delante levantó la mano izquierda con un ademán torpe y la llevó hacia el bolsillo interior del pecho de su chaqueta. Su brazo parecía ligeramente rígido del codo. Si Tamara hubiese estado allí hubiera reconocido la expresión de indiferencia pétreo que apareció en el rostro de su hermano. Andreas Prokovitch se sentía satisfecho de sí mismo.

Hacía unos tres minutos que habían desaparecido los dos hombres cuando la puerta del hotel se abrió de golpe y aquéllos salieron apresuradamente. Zaleshoff oyó una orden tajante en alemán dirigida al chófer del coche mientras los dos hombres subían a él. Solo captó dos palabras: «*der Engländer*». Cerraron de un portazo y el coche se alejó rugiendo.

Zaleshoff fue en busca de una cabina telefónica. Cinco minutos más tarde hablaba con Tamara, a quien dio ciertas instrucciones. Una hora después salía de otra cabina telefónica cerca de la estación y preguntaba a un hombre que estaba regando la calzada la dirección del Hotel Werner.

Pero cuando dobló la esquina de la calle donde estaba el hotel vio, a la luz grisácea y fría del amanecer, que había llegado tarde. Dos hombres llevaban entre ellos lo que parecía a primera vista un gran saco blando desde la entrada del Hotel Werner hasta el coche que esperaba. *Der Engländer* había sido encontrado.

7 — *El «Coronel Robinson»*

Cuando empezó a volver la conciencia al cerebro de Kenton trajo con ella diversas variedades de dolor. La más inmediata era el horrible dolor de cabeza. Después empezó a sentir calambre en las piernas, una superficie dura que golpeaba su muslo izquierdo y un canto afilado que aplastaba el dorso de su mano izquierda. Abrió los ojos.

La primera cosa que vio fue una pernera de tela áspera y de desagradable tono pardo. Siguiéndola hacia abajo, vio que el pie de su poseedor pisaba su mano, manteniéndola contra una estera de fibra. Entonces comprendió que yacía en el suelo de un automóvil que corría rápidamente sobre un terreno abrupto. Instintivamente trató de incorporarse para quedar sentado. Sintió un atormentador latido en la cabeza y soltó un jadeo de dolor. Evidentemente el sonido llegó al oído del hombre que estaba en el asiento sobre Kenton, pues el pie le estrujó los dedos y una mano lo derribó de nuevo. Esforzándose por evitar en su cabeza el contacto con el suelo vibrante, permaneció quieto y cerró los ojos. Durante un rato estuvo medio inconsciente; solo el constante zumbido del coche que subía veloz en primera le recordaba el lugar donde se hallaba. Luego el coche frenó y sintió que su cuerpo se arrastraba sobre la estera cuando el conductor viró en ángulo. La vibración cesó de

pronto, las ruedas corrieron suavemente sobre el pavimento por unos metros y se detuvieron.

La portezuela, a sus pies, se abrió y dos hombres pasaron sobre sus piernas para apearse. Hubo una conversación susurrante, en voz demasiado baja para que él pudiese oírla, y el ruido de pasos que se alejaban. Abrió otra vez los ojos, levantó un poco la cabeza y miró a través de la puerta abierta del coche, parcialmente obstruida por la espalda de un hombre con uniforme de chófer. Pero lo que pudo ver por el espacio que quedaba fue bastante asombroso: las crestas de unos cerros cubiertos de nieve, con las cumbres radiantes en el halo del sol que se levantaba tras ellas.

Kenton era una de esas personas, de las que hay muchas, que encuentran muy aburrida la contemplación del paisaje. Para él, media hora en la terraza de un *Café* al extremo de la Cannebière, pongamos por caso, era preferible a todos los picos de las Dolomitas con la añadidura de una docena de islas del Egeo. Hubiera cambiado un valioso Corot por un no tan valioso Toulouse-Lautrec y consideraría que salía ganando. Prefería Satie a Delius, George Gissing a Richard Jeffries, y bajo sus pies prefería sentir el pavimento que el más blando césped jamás pisado por el poeta georgiano. Pero por un instante contempló el panorama y no se aburrió; por un instante olvidó su cabeza dolorida; luego, mientras aflojaba sus piernas entumecidas y la cabeza se le iba al contraer los músculos del cuello para incorporarse, empezó a pensar de nuevo y a recordar. Había alquilado una habitación en el Hotel Werner. Cuando llegó allí empezaba a amanecer. Si ahora apenas salía el sol, debía encontrarse en algún lugar de las colinas, muy cerca de Linz. ¿Qué diablos había sucedido?

Su mente estaba todavía buscando febrilmente entre una maraña de impresiones, cuando alguien gritó a lo lejos y el chófer dio media vuelta y le golpeó la pierna con la culata de un revólver.

—*Aussteigen!*

Kenton se deslizó hasta que sus pies tocaron el suelo, se puso de pie con precaución y miró en torno.

Se hallaba en un sendero pavimentado que conducía a un garaje rodeado de arbustos de serbal y altos abetos, a través de los cuales Kenton podía ver la parte superior de una casa blanca, con dos torrecillas puntiagudas, asentada en una concavidad de la ladera; detrás de él, ésta bajaba hasta un profundo y angosto valle y volvía a subir hasta una altura cubierta usualmente por las primeras nieves. Todo el paisaje estaba cubierto de abetos. Las únicas indicaciones del relieve eran las carreteras: delgadas rayas blancas que aparecían aquí y allá en ángulos singulares sobre las densas masas de verde oscuro.

Kenton se estremeció. El aire era limpio y vigorizante, pero muy frío, y no llevaba abrigo. El chófer le apretó el brazo con la pistola.

—*Los! Vorwärts!*

Como no se sentía aún lo bastante bien para traducir su resentimiento en palabras,

Kenton obedeció el ademán del chófer y avanzó por un sendero que subía hacia la casa a través de los abetos. El sendero terminaba en un patio enlosado frente a la casa. En la puerta, esperándolos, estaba el dueño de los pantalones pardos.

Era un hombre alto, flaco, de mediana edad, con un rostro duro, estúpido y más bien hermoso. Sobre el estrecho labio superior, un bigotito rubio, como un cepillo de dientes. Llevaba un impermeable con cinturón y tirillas en los hombros y en una mano algo que parecía un palo corto y grueso. Despidió al chófer con un movimiento de cabeza y agarró con fuerza el brazo de Kenton. Con sorpresa del periodista, se le dirigió en inglés.

—¿No te sientes muy bien, verdad, viejo? —Sonrió burlonamente—. Lindo golpecito el que te di, ¿no? Bien, bien; mejor será que te calmes un poco; el jefe quiere verte. Vamos.

—Mira... —empezó a decir Kenton, colérico.

—Cállate la boca y ven.

Sus dedos se movieron ligeramente hacia los músculos del brazo de Kenton. De pronto apretó con fuerza. El periodista lanzó un grito de dolor: era como si le hubiesen tocado el brazo con un atizador candente.

El otro se echó a reír.

—¿Eh? Un buen truco, ¿no? Será mejor que andes, viejo, o lo volveré a hacer.

Empujó a Kenton a través de la puerta.

Hay casas que pueden dar la impresión de riqueza y lujo sin la ayuda de suaves alfombras y muebles espléndidos. Esta era una de ellas. Con la excepción de un par de esteras bonitas, nada cubría el piso encerado de madera de pino del espacioso vestíbulo, en cuyo extremo opuesto a la entrada una escalera ancha subía en curva hasta una pequeña galería. En el rincón, bajo la balaustrada, había una mesa estrecha contra la pared, sobre la cual veíase un par de candelabros estilo Renacimiento. En la pared de la derecha colgaba una buena reproducción del *Miracolo dello Schiavo* de Tintoretto. Un fuego de troncos de pino crepitaba en el hogar en una maciza parrilla.

El sujeto condujo a Kenton a través del vestíbulo hasta una puertecita debajo de la galería, la abrió y le empujó hacia dentro.

La primera cosa que notó fue un agradable olor de café recién hecho. La puerta se cerró tras él y oyó al otro extremo de la estancia el tintineo de una taza sobre el plato. Miró a su alrededor. Sentado tras un gran escritorio, con el sol que ahora se derramaba por las altas ventanas brillando en su pelo gris, había un hombre que tomaba el desayuno de una bandeja.

El hombre levantó los ojos. Hubo una pausa. Después habló.

—Buenos días, señor Kenton. Creo que le iría bien una taza de café.

Era un hombre de aspecto imponente, cercano a los sesenta años, con un elegante bigote gris de oficial de caballería y un monóculo. A primera vista, parecía un término medio entre un dibujo en *Punch* de un general retirado y una concepción francesa de lo que el continente europeo llama, de modo tan curioso, «el deportista

inglés». Sin embargo, el hecho de que hablase con pronunciado acento ruso y que la piel de su cara estuviese extendida como un arrugado pergamino amarillo sobre una estructura ósea que ciertamente no era nórdica, indicaba que no era precisamente inglés. Y que bajo el bigote gris hubiese una boca relajada y curiosamente cruel y que el monóculo no lograra ocultar un par de ojos pálidos, calculadores y amenazadores, sugería que probablemente tampoco era «deportista». Kenton experimentó una inmediata e intensa sensación de disgusto, y fue al grano.

—Me gustaría saber con qué derecho... —empezó a decir con enojo.

El otro levantó la mano en ademán de súplica.

—¡Señor Kenton, señor Kenton, por favor! No he dormido en toda la noche. Debo rogarle que me ahorre la expresión de sus sentimientos heridos. Todos nos sentimos heridos esta mañana, ¿no es cierto, Mailler?

Dirigió las últimas palabras por encima del hombro de Kenton.

—Dios mío, sí —dijo el que escoltaba a Kenton.

—De todas maneras —prosiguió el hombre del escritorio—, comprendo su indignación. ¿Qué derecho tengo yo, un perfecto extraño, a decir a mis hombres que le aporreen y se lo lleven de una manera tan arbitraria e incómoda... a usted, un periodista inglés, si la tarjeta de prensa que lleva en el bolsillo no miente? ¿Con qué derecho, digo?

Golpeó el escritorio con el puño.

—Exactamente —dijo Kenton, un poco asombrado por esta vigorosa presentación de su caso.

El hombre del pelo gris sorbió su café.

—La respuesta es: ¡ninguno! —dijo—. Absolutamente ningún derecho, excepto mis deseos.

—¿Y éstos son?

El hombre levantó las cejas y dijo:

—¿Seguramente no tendrá usted ninguna duda sobre eso?

—Me temo que sí —dijo Kenton con creciente irritación—. Solo puedo deducir que me ha confundido usted con otro. No sé quién es usted ni cuál es su juego; pero se ha colocado usted en una posición muy torpe. Diría yo que el Cónsul británico en Linz no estará dispuesto a interceder ante la policía en su favor, ni lo estaré yo, a menos que se me suelte inmediatamente y se me lleve a Linz. Ahora, si no tiene usted inconveniente, deseo marcharme.

El hombre tras el escritorio sonrió ampliamente, mostrando una hilera de dientes amarillos, largos y desiguales.

—Excelente, señor Kenton, excelente. Puedo ver que Mailler también aprecia su representación. Estoy seguro de que usted y él llegarán a simpatizar mucho. Debe usted hacer que le cuente algunas de sus experiencias. El capitán Mailler perteneció a los *Black-and-Tans* y fue también, en otro tiempo, el único rompe-huelgas profesional de Norteamérica educado en una escuela pública inglesa. En este

momento, naturalmente, está esperando que usted intente salir de esta estancia. Yo espero que no lo haga, porque entonces tendríamos que posponer el resto de nuestra charla por una o dos horas. ¿Eh, Mailler?

—Yo voto por golpearle ahora, jefe —dijo el Capitán.

—Esto es típico de Mailler —observó el hombre del pelo gris, dirigiéndose a Kenton—. Tiene muy poco tacto. Aunque, ciertamente, con su experiencia, generalmente puede conseguir lo que quiere sin él.

Kenton estudiaba un tintero que había sobre la mesa. Tenía la desagradable sensación de que no se había cometido ningún error y que demasiado podía adivinar lo que querían. Levantó los ojos. El hombre tras el escritorio encendía un cigarrillo; lo hacía con cierta torpeza, como si tuviese el codo muy rígido.

Lanzó al aire un largo y delgado chorro de humo, contempló cómo se disipaba y se volvió de nuevo hacia Kenton.

—¿Todavía intrigado, señor Kenton?

—Mucho.

—Bien, bien. Siéntese, señor Kenton. Usted también, Capitán. Siempre soy partidario de hacer los negocios con comodidad. —Favoreció a Kenton con otra de sus sonrisas amarillas. Kenton se sentó—. ¿Negocios? —dijo.

En torno a los ojos del otro, la piel se arrugó súbitamente.

—Sí, señor Kenton, negocios. Vamos al grano.

—Sí, vamos.

—¿Por qué mató usted a Borovansky?

—¿A quién?

—Borovansky.

—No sé de qué está usted hablando.

—Puede haberlo conocido con el nombre de Sachs.

—Jamás oí este nombre.

El capitán Mailler soltó una risa breve. El hombre tras el escritorio suspiró cansadamente.

—Puede ser —dijo con aire de gran paciencia— que dude usted de mis motivos. Puede usted pensar que inquiero sobre la suerte de Borovansky por un mezquino deseo de venganza. No es así. Borovansky, personalmente, no tenía para mí el menor interés. Sin embargo, llevaba cierta propiedad mía. Probablemente la habrá usted examinado, por lo tanto, sabrá que las fotografías no tienen para usted ningún valor monetario. También comprenderá que quien sea tan temerario para inmiscuirse en semejantes asuntos se colocará en una posición muy delicada. La cartera de Borovansky, con todo el dinero que contenía, había desaparecido cuando le encontramos. Descubro que está en su bolsillo, señor Kenton. Ya ve, pues, que fue muy poco diplomático por su parte mencionar la policía, aunque fuese en broma. Austria, creo, es uno de los países que ha abolido la pena capital, pero no resulta muy cuerdo arriesgarse a una cadena perpetua. Ahora, por favor: ¿qué ha hecho usted con

las fotografías?

—Dice usted tonterías. Yo no maté a Sachs.

—¡Ah! ¿Entonces le conoció usted?

Kenton se agitó en su silla. Parecía, quizás debido al golpe que recibió en la cabeza, que no actuaba demasiado bien en la entrevista. Cambió su táctica.

—Difícilmente puede usted esperar de mí que lo trate con mucha confianza. Aparte del hecho que éste, su matón profesional, me ha asaltado y me tiene usted prisionero, no tengo la menor idea de quién es usted.

—Yo de usted no sería descarado, viejo —advirtió el Capitán.

Kenton le ignoró.

—Vamos, vamos —dijo el hombre del pelo gris con reprobación—. Mantengamos la calma. Me ha preguntado usted mi nombre, señor Kenton. No veo que le pueda servir de lo más mínimo conocerlo. Sin embargo, mi nombre es Robinson... Coronel Robinson.

—¿Inglés?

El coronel Robinson sonrió con su cigarrillo entre los dientes.

—No, señor Kenton. ¿Por qué me molestaría en engañarlo? Mi acento no es del todo perfecto, como sabe usted muy bien.

—Habla usted con fluidez.

—Es usted muy amable. —Se inclinó hacia adelante—. Ahora, ¿supongamos que prescindimos de estas cortesías y vamos al asunto, amigo mío? ¿Dónde están las fotografías? Y antes de contestarme, haga el favor de recordar que se ahorrará una gran cantidad de cosas desagradables si abandona la serie de evasiones estúpidas que está revolviendo en su mente. Sé que no lleva usted encima las fotografías. ¿Dónde están y cómo podemos obtenerlas?

Kenton vaciló. Su primer impulso fue dar a aquel hombre la información que deseaba y salir de allí. Miró a los dos hombres. El excapitán *Black-and-Tans* estaba repantigado en su asiento, mordiéndose las uñas con aire ausente. Sobre sus rodillas tenía el corto palo brillante y negro. El «coronel Robinson» se reclinaba hacia atrás en su sillón, con el cigarrillo humeando en los labios. En los ojos de ambos, que lo observaban con atención, había un destello de expectación divertida. Luego, con sorpresa suya, tuvo conciencia de una nueva y no familiar sensación: por primera vez en su vida adulta alguien trataba con amenazas de coaccionarlo para que tomara una decisión, y su mente reaccionaba con un rechazo frío, colérico y obstinado. Aspiró profundamente. Un poquito más arriba del plexo solar sentía un curioso vacío, su corazón latía más aprisa y la sangre al retirarse de su rostro le producía un hormigueo. Se daba cuenta de que por primera vez desde hacía muchos años estaba a punto de perder completa y violentamente el control. Se dominó y dejó que la sangre volviese a sus mejillas. Pero su voz era cortante cuando por fin contestó:

—Me temo que no tengo ninguna intención de decirle a usted nada de eso. Cierta propiedad fue confiada a mi cuidado. El hombre que me la confió ahora está muerto.

No era amigo mío. Para ser exacto, le conocí en el tren viniendo a Linz. Pero me pagó bien para salvaguardar su propiedad y yo acepté la responsabilidad. Que después fuese muerto de una puñalada, no me parece que afecte en lo más mínimo esa responsabilidad.

—¿Entonces, puedo preguntar, cómo piensa usted cumplir con su responsabilidad?

—Al parecer —replicó Kenton con cautela— las fotografías son propiedad del gobierno ruso. Si puede usted mostrarme las credenciales que le autoricen a obrar por cuenta de aquel gobierno, me complacerá entregarle las fotografías cuando se me haya liberado.

Durante unos momentos reinó en la estancia un silencio completo. Después el Capitán se puso de pie lentamente.

—Ahora —empezó a decir— vas a recibir...

El hombre tras el escritorio le hizo señal de que se callara y se dirigió a Kenton.

—Creo que no comprende usted la situación, señor Kenton.

—¿No?

—No. Borovansky o, si usted lo prefiere, Sachs, trabajaba para mí. Era a mí a quien iba a entregar las fotografías.

—¿Entonces por qué me las entregó a mí?

—Temía que le atacaran y le robaran las fotografías antes que yo pudiera facilitarle protección.

—Y, sin embargo, fue asesinado.

—Poco antes de llegar usted, señor Kenton —puntualizó el Coronel—, Borovansky, cuando llegó al Hotel Josef, telefoneó para decir que usted llevaba las fotografías. Mis hombres estaban apostados a tiempo para verlo entrar a usted. No le vieron salir.

—Sachs ya estaba muerto cuando yo llegué. Salí por la parte de atrás.

—¿Con las fotografías?

—Ciertamente.

—¿No cree usted que está haciendo un poco el tonto, señor Kenton?

—¿Por qué?

El cutis amarillo del coronel Robinson se estiró de pronto.

—Porque, cualesquiera que sean sus rígidas nociones de la responsabilidad, quiero esas fotografías y pienso obtenerlas. Además —añadió lentamente—, estoy dispuesto a dar todos los pasos que sean necesarios para vencer sus escrúpulos.

—¿Tales como...?

La cara del Coronel se aflojó. Sonriendo, se puso de pie, dio la vuelta al escritorio y puso la mano en gesto amistoso sobre el hombro de Kenton.

—Vamos, señor Kenton, no malogremos esta deliciosa mañana hablando de cosas desagradables. Sea juicioso, señor Kenton. Estoy seguro de que el bienestar del gobierno ruso no tiene ningún interés para usted. Borovansky, el pobre, está muerto.

Entregue las fotografías, olvide todo el asunto y hasta podremos discutir la cuestión de unos honorarios substanciosos en reconocimiento de sus molestias e incomodidades. ¿Qué dice usted?

Kenton casi se sonrió. ¡Dos sobornos en doce horas! ¡No está mal!

—¿Qué propone usted?

El Coronel se mostró casi ansioso.

—Díganos dónde están las fotografías y, en el momento en que estén en mi poder, quedará usted libre con mil marcos en el bolsillo.

¡Así, el precio de Kenton había subido! ¡Qué tonto confiado debía creerle este hombre!

—¿Y la alternativa?

El Coronel tomó la caja de cigarrillos y la ofreció a Kenton, quien negó con la cabeza. El Coronel encendió el suyo, apagó con cuidado la cerilla y se dejó caer en su sillón.

—¿No ha leído usted a Maquiavelo, señor Kenton?

—Sí.

—«*Fa bene la fortuna questo, che ella elegge un uomo di tanto spirito e di tanta virtù che egli conosca quelle occasioni che ella gli porge*». Probablemente conoce usted este pasaje. Maquiavelo está siempre tan maravillosamente acertado, ¿no cree usted?

Kenton asintió. Era evidente que al hombre le gustaba el sonido de su propia voz.

—Ya ve usted —prosiguió el Coronel con fruición— que la suerte le ha colocado en una situación algo desafortunada. Por ejemplo, mi intuición me dice que usted no mató a Borovansky. Sin embargo, este hecho no me impedirá entregarlo a la policía con la prueba de que mis hombres le vieron entrar en el hotel y la de la cartera en su bolsillo.

—Pero entonces —objetó Kenton con suavidad— usted no obtendrá sus fotografías y yo es casi seguro que saldré libre.

El otro aparentó considerar esas palabras.

—Es una posibilidad. —Se encogió de hombros—. No lo discutiré. La lenidad de la policía siempre me ha irritado. Solo quería sugerir, simplemente, una de las posibilidades de su situación presente. Hay otras. Por ejemplo, ¿para qué periódico trabaja usted?

—Soy un francotirador.

—¿De veras? Caramba, así será muy fácil. ¿Sabe usted, señor Kenton, que yo, a través de mis jefes en Londres, puedo hacerle imposible seguir en su profesión?

—¿Cómo?

—Haciendo que su nombre sea puesto en la lista negra por los propietarios de todos los grupos importantes de periódicos de Inglaterra.

Kenton sonrió.

—Temo que no puedo tomarme esto muy en serio, Coronel. Mire, dejando aparte

completamente el hecho de que muchos directores tienen por principio soslayar esta clase de órdenes de los propietarios, yo uso por lo menos seis seudónimos en mi trabajo, ninguno de los cuales se parece a Kenton. Bajo tales circunstancias, sus jefes pueden encontrarle a usted un poco enfadoso.

En el momento en que terminó de hablar comprendió que su petulancia había sido un error. El hombre tras el escritorio estaba callado; no parecía haberse movido ni un músculo de su cara, pero de alguna manera sutil la máscara había cambiado de la afabilidad vigilante a otra de furia maligna. Cuando por fin habló su acento se hizo muy pronunciado.

—Ya veo —dijo lentamente— que va usted a hacer el tonto. Es una lástima. Había esperado una actitud razonable de su parte, que el asunto podría resolverse sobre este escritorio y que no serían necesarias medidas extremas. Veo que perdí el tiempo.

Con el rabillo del ojo Kenton vio la mano del capitán Mailler caer sobre el brillante bastón negro.

—Lo siento muchísimo —dijo Kenton, no con tanta suavidad como se había propuesto.

—Lo sentirá usted muchísimo más dentro de poco, señor Kenton —fue la respuesta. Se acarició el labio inferior y contempló, pensativo, a Kenton—. El arte de la persuasión —prosiguió— siempre me ha interesado. Los tiempos del potro de tormento, de la rueda y del torno ya pasaron. Podemos permitirnos sonreír un poco ante los estrechos límites del pensamiento medieval sobre el tema. Hoy día miramos hacia nuevos horizontes. Los primeros años veinte trajeron un renacimiento de este arte que todavía no ha llegado a su absoluta realización. Este renacimiento no es ningún simulacro decadente. Los hombres que lo han producido no han necesitado medios nuevos, instrumentos nuevos con qué expresarse. Con la simplicidad y humildad sublimes de todos los verdaderos artistas han empleado los materiales que tenían a mano. El aceite de castor, por ejemplo, este producto vulgar, ha sido empleado con éxito asombroso como agente persuasivo. ¿Sabe usted que cuando es administrado en la cantidad de medio litro produce un efecto doloroso muy parecido al que resulta de comer manzanas verdes, pero muchas veces multiplicado? También causa rupturas internas y hemorragias. Por lo tanto, si el sujeto muere, como sucede con frecuencia, la muerte puede ser francamente atribuida a «causas naturales». El crédito de este descubrimiento se debe a la Italia fascista, como también el de la *bastonatura in stile*, cuyo proceso consiste en tratar la parte inferior de la cara con porras de caucho como esta que tiene el capitán Mailler, hasta que la mandíbula queda destrozada. Es bien curioso que el sujeto a menudo muere de afección pulmonar algunos meses después; es algo que tiene que ver con la congestión causada por el tratamiento, creo. Los alfileres y palillos de dientes bajo las uñas son, naturalmente, bastante pobres; pero la policía norteamericana nos ha dado, hermoso en su simplicidad, el buril taladrador del dentista para triturar los dientes de las bocas

reacias. Las mangueras de caucho, los arcos de luz cegadora, los cigarrillos encendidos y los puntapiés bien aplicados, todos tienen sus defensores. Por mi parte, no tengo preferencias ni aversiones especiales, pero creo que usted comprenderá lo que tengo en la mente. ¿No es así, señor Kenton?

El periodista permaneció callado.

El coronel Robinson se sonrió ligeramente.

—Creo que sí. Pero me explicaré con completa claridad. Le tendré en un cuarto, solo, durante doce horas. Si al cabo de este tiempo no ha decidido usted ser franco conmigo, le entregaré al capitán Mailler y sus ayudantes para el interrogatorio. —Dirigió un movimiento de cabeza al Capitán—. Bueno, Mailler, llévalo al cuarto de arriba.

—Levántate —dijo Mailler.

Kenton se levantó. Su rostro estaba pálido de fatiga, sus párpados hinchados se contraían por el dolor de cabeza; pero su boca tenía una línea obstinada.

—Su nombre puede ser realmente el de coronel Robinson —dijo—. Lo dudo. Pero cualquiera que sea su nombre, es usted, en mi opinión, un insensato. En un momento de esta conversación estuve casi dispuesto a lavarme las manos de todo el asunto y entregarle las fotografías. Cometió usted el error de suponer que se me podría intimidar con resultado satisfactorio. Es un error que actualmente cometen en Europa un buen número de personas de su temperamento. Los campos de concentración nazis y las islas italianas convertidas en penales están rebosantes de hombres que se han negado a pactar con la violencia. Comparar mi actitud presente con el asombroso valor de aquellos hombres es absurdo, pero ahora me doy cuenta de que tengo un vislumbre de su punto de vista. Antes me maravillaba de que pudieran sufrir tanto por cosas transitorias como son los principios políticos. Ahora comprendo que hay en ello algo más. No es simplemente una lucha entre el fascismo y el comunismo, o entre cualesquiera otros «ismos», sino entre el espíritu humano libre y las estúpidas, torpes, bestiales fuerzas de la ciénaga primigenia... y esto, coronel, quiere decir usted y su especie.

El puño de Mailler armado de la porra se estrelló en su cara. Kenton retrocedió tambaleándose, su pie tropezó con la silla y se cayó. Por un momento permaneció inmóvil, luego se arrastró y lentamente se puso de pie. La sangre manaba del ángulo de su boca. Estaba mortalmente pálido, pero sonreía ligeramente.

—Tú también, Capitán —dijo.

Mailler le golpeó y derribó de nuevo y esta vez Kenton tuvo que levantarse apoyándose en la silla. Mailler se dirigió a la puerta y llamó a dos hombres. Luego se acercó a Kenton, quitó la silla de su mano y le dio un empujón que le dejó tendido. A continuación dio una orden breve a los dos hombres en mal alemán y Kenton fue levantado sobre sus pies y arrastrado afuera. Al pie de la escalera cayó de nuevo. Cargaron con él hasta un cuarto situado en lo alto de la casa, donde le arrojaron al suelo. Cerraron los postigos y los aseguraron con una cadena y un candado. Después

sonó un portazo y se oyó dar vuelta a la llave en la cerradura.

Durante cierto tiempo Kenton permaneció donde le habían tirado. Por fin levantó penosamente la cabeza y miró a su alrededor.

Los postigos dejaban pasar unas largas y oblicuas rayas de sol. Gracias a su reflejo, Kenton pudo ver que no había ningún mueble en el cuarto. Por un momento contempló, pensativo, las manchas de sol en el suelo. Después apoyó la cabeza sobre su brazo doblado, se reclinó y cerró los ojos.

Uno o dos minutos después estaba dormido; en sus labios se dibujaba la ligera sonrisa satisfecha del hombre que recuerda un trabajo bien hecho.

8 — *La porra*

Cuando Kenton despertó el sol había desaparecido.

En el cuarto había una oscuridad casi completa y durante algunos segundos no comprendió dónde se hallaba. Después recordó y se puso de pie con movimientos rígidos. Tenía la cara muy magullada y cuando se llevó la mano a la boca sintió su labio inferior hinchado. La cabeza, sin embargo, aunque extremadamente sensible al tacto, ya no le dolía. Encendió una cerilla y se acercó a la ventana. Agachándose pudo ver un cielo negro por las rendijas. Se había quitado el reloj en el Hotel Werner, pero, evidentemente, era muy tarde. El ultimátum del coronel Robinson expiraría muy pronto.

El sueño no es siempre una simple bendición. Trae alivio a los nervios y fuerza al cuerpo; pero también trae la fría sensatez para hacer pedazos las endeble estructuras emocionales de la noche anterior. Las reacciones de Kenton a los métodos empleados por el coronel Robinson y su *edecán* para conseguir las fotografías de Sachs habían sido emocionales. Ahora, casi doce horas de sueño le habían dejado preguntándose por qué diablos había armado tanto jaleo. Si querían las malditas fotografías, que las tuvieran. Todo lo que le había producido aquel absurdo arranque de heroísmo era un labio hinchado y una cara magullada. ¡En buen lío se había metido! Lo mejor que podía hacer era entregar las fotografías lo más pronto posible y volver a Berlín.

Se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared, bajo los postigos, y consideró el aprieto en que se encontraba.

Ante todo y por encima de todo, necesitaba perentoriamente beber algo,

preferentemente agua, pero cualquier otra cosa le vendría bien. No sentía mucha hambre, pero esto era probablemente porque tenía tanta sed. Su última comida había sido el salchichón de ajo de Sachs, en el tren. Parecía que de esto hacía mucho tiempo. Sachs ahora yacía muerto en el Hotel Josef. No, a estas horas la policía ya se lo habría llevado. Le resultó un poco difícil ver en perspectiva los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. ¿En qué curioso asunto se había visto envuelto? ¿Quién era Sachs, o más bien Borovansky? El hecho de que su otro nombre fuese ruso concordaba con su raro acento. Al parecer, por otra parte, trabajaba contra el gobierno ruso, esto suponiendo que el «Coronel» hubiese dicho la verdad..., suposición discutible. Luego había esa cuestión de los «jefes de Londres» del Coronel. ¿Quiénes eran y qué «negocio» estaba ese hombre tramitando para ellos? Kenton presentía que si tuviese la respuesta a la primera parte de esta pregunta, la segunda parte quedaría contestada automáticamente. Esto de unos jefes en Londres que estuvieran en condiciones de influir sobre los propietarios de periódicos sonaba sospechosamente a Grandes Negocios.

Kenton había descubierto que es difícil pasar algún tiempo en la arena de la política exterior sin advertir que las ideologías políticas tenían muy poco que ver con el flujo y reflujo de las relaciones internacionales. Era el poder del Negocio, no las deliberaciones de los estadistas, lo que determinaba el destino de las naciones. Los ministros de Relaciones Exteriores de las grandes potencias podían hacer las declaraciones reales de la política de sus gobiernos, pero eran los hombres de los Grandes Negocios, los banqueros y sus afiliados, los fabricantes de armas, las compañías petroleras, los grandes industriales, quienes determinaban cuál había de ser aquella política. El Gran Negocio plantea las preguntas que quiere hacer cuándo y cómo le conviene; el Gran Negocio también da las respuestas. Roma podría declararse partidaria de una restauración de los Habsburgos; Francia podría oponerse a ella. Algunos meses después la situación podría ser completamente a la inversa. Para los pocos componentes del público que tienen larga memoria y no están mortalmente asqueados de toda la incomprensible farsa, siempre habrá muchas explicaciones ingeniosas de la *volte face*..., muchas explicaciones, pero no la justa. Para lograr ésta habría que investigar las transacciones bancarias en Londres, París y Nueva York, con el ojo de un perito mercantil, el cerebro de un economista, la lengua de un fiscal y la paciencia de Job. Habría que observar, quizás, un aumento en el movimiento bancario húngaro, una oscilación del oro en Amsterdam y una restricción de las facilidades de crédito en el Medio Oeste americano. Habría que avanzar a tientas a través de la niebla de los conjuros técnicos con que el negocio internacional rodea sus operaciones y examinarlos en toda su esencial y horrenda simplicidad. Entonces, uno quizás moriría de vejez. El hombre del Gran Negocio era solo un jugador en el juego de la política internacional, pero era el jugador que establecía todas las reglas.

Kenton se encontró un cigarrillo en el bolsillo y lo encendió. En este caso, parecía

que el «Gran Negocio» estaba interesado en Besarabia o en Rumanía. Chupó su cigarrillo y la punta brilló en la oscuridad. La contempló, pensativo. En algún lugar, recientemente, había oído algo sobre Rumanía que le había interesado. ¡Ah sí! Era aquel asunto de la reforma de las concesiones. Un periódico que publicó un artículo sobre ello había sido suprimido. Bueno, no parecía que pudiese obtenerse gran información sobre aquello; aunque, naturalmente, nunca se sabe. Este era el problema. Una parte del juego se jugaba en la atmósfera enrarecida de las salas de juntas y en las partidas de caza de fin de semana; la otra se jugaba, con personas como Sachs, haciendo de peones, en los trenes, en los hoteles baratos, en los suburbios de las grandes ciudades, en lugares lóbregos alejados de las brillantes autopistas dedicadas a la diosa de mejillas sonrosadas del turismo. Alguien habló en unas oficinas de Birmingham o de Pittsburgh, o quizás a bordo de un yate en aguas de Cannes, y unas pocas semanas más tarde estalló una bomba Mills en una imprenta de Bucarest. Entre esos dos sucesos, ignorada tanto por el hombre que había hablado como por el que había colocado la bomba, había una región brumosa donde los «coroneles Robinson» del mundo se movían silenciosamente en su actividad. Sí, ciertamente, entregaría las fotografías. Su papel había sido siempre, hasta entonces, el de espectador; que siguiera así, pues.

Aplastó la colilla en el suelo y se puso de pie. Mientras lo hacía, oyó el ruido de pasos que se aproximaban, una pausa, luego el chirrido de una llave en la cerradura.

Con el corazón latiéndole un poco más de prisa, permaneció junto a la ventana y esperó. La puerta se abrió, la luz de una linterna atravesó el cuarto, dio la vuelta y brilló directamente en sus ojos.

—Bueno, viejo —dijo la voz del capitán Mailler—, ¿vas a ser juicioso o tendré que aporrearte antes?

Durante unos cinco segundos Kenton no habló. En aquellos cinco segundos, todas sus resoluciones, todas sus sensatas reflexiones sobre la conveniencia de ceder voluntariamente y evitarse daños, fueron aventadas por solamente dos cosas: la voz del capitán Mailler y las palabras del capitán Mailler. En aquellos cinco segundos, toda la estructura del resentimiento, la cólera, la obstinación y el desafío que la razón había derribado tan completamente, se levantó de nuevo. Y esta vez era sostenida por un cuerpo que ya no estaba cansado, y un cerebro no perturbado por los efectos de la contusión.

—Puedes hacer exactamente lo que te plazca —dijo por fin—, pero si crees que puedes amedrentarme hasta el punto de obligarme a hacer algo, estás equivocado.

—No seas tonto, viejo —dijo el Capitán, con suavidad—. No sabes lo que dices. Una vez, en Estados Unidos, un negro se sentía de este modo sobre ciertas cosas, y esos tíos son realmente duros de pelar; pero cuando yo hube terminado con él, hubiera saltado por encima de la luna y afeitado a su padre y a su madre si se lo hubiese mandado.

—Yo soy huérfano.

El Capitán cloqueó en tono de reproche.

—Yo en tu lugar no sería descarado, viejo. No resulta. El jefe no se preocupa mucho por ti y me ha dejado las manos libres. Para decir la verdad, yo tampoco me preocupo por ti. En realidad, no lamentaría que trataras de mantener la boca cerrada durante un rato. Me gustaría divertirme un poco.

Kenton no replicó.

La linterna osciló ligeramente.

—*Vorwärts!* —gritó el Capitán.

Dos hombres aparecieron, salidos de la oscuridad de afuera, y asieron los brazos de Kenton. Este se los sacudió, recibió un puntapié en el tobillo, cuyo dolor le quitó el aliento, fue sacado del cuarto y bajado al vestíbulo.

Mailler desapareció dentro de la estancia del Coronel. Un minuto después reapareció e hizo una seña a los hombres que sujetaban a Kenton.

—El jefe quiere verte, viejo —dijo—. Yo de ti andaría con cuidado. No se siente muy complacido contigo.

—Yo no me siento muy complacido con él —replicó Kenton.

Por un instante creyó que el Capitán iba a pegarle. Luego Mailler sonrió desagradablemente.

—Tú y yo tendremos pronto una pequeña charla, viejo —dijo.

Dirigió un movimiento de cabeza a los que escoltaban a Kenton, y todos entraron.

El Coronel estaba de pie frente al fuego. Con un traje de paño y a la luz ambarina de la lámpara del escritorio parecía un hacendado, imagen de la respetabilidad. Contempló a Kenton en silencio durante uno o dos minutos. Luego preguntó fríamente:

—¿Está usted ya dispuesto a ser razonable?

—Si con esto —replicó Kenton rápidamente— quiere usted decir si estoy dispuesto a entregarle lo que es evidentemente propiedad de otro, la respuesta es no.

El Coronel alargó el brazo, agarró la chaqueta de Kenton y le dio un tirón.

—Escuche, amigo mío —dijo sin levantar la voz—, no estoy de humor para aceptar bromas de salón. Necesito esas fotografías y ningún zoquete de repórter va a impedirme obtener lo que quiero. Cuando salió usted del Hotel Josef fue al Café Schwan. Entonces tenía las fotografías. Cuando llegó al Hotel Werner ya no las tenía. Mis hombres me dicen que no fue usted a ninguna otra parte más que al Café Schwan. ¿Qué hizo usted de las fotografías? —Golpeó al periodista en la cara con el dorso de la mano—. ¿Qué hizo con ellas? —repitió ferozmente.

Kenton se llevó la mano a la cara, luego se miró los dedos. El Coronel llevaba un anillo que le había cortado la mejilla. Decidió vengarse.

—No... no recuerdo —tartamudeó, débilmente.

El Coronel le sacudió violentamente y volvió a pegarle.

—Quizás esto le ayude.

Kenton se humilló.

—Sí, sí —balbuceó—, se lo diré.

Vio que el Coronel miraba triunfalmente a Mailler.

—Venga, pues.

—Las metí en un sobre y lo di al dueño del *Café* para que lo guardara.

El Coronel aspiró profundamente y se volvió a Mailler.

—Rápido ahora. Toma un coche, lleva un hombre contigo y ve inmediatamente al *Café Schwan*.

Y dirigiéndose a la escolta de Kenton:

—Lleváoslo y encerradlo arriba.

—Pero usted prometió soltarme si hablaba —protestó Kenton, estallando de cólera.

El Coronel se sonrió.

—Me temo que deberemos cambiar nuestros planes, señor Kenton. Quizás dentro de una o dos semanas podremos hablar otra vez del asunto. Vete, Mailler.

—Un momento —gritó Kenton.

Mailler se detuvo.

—Siento —prosiguió Kenton, suavemente— frustrar sus esperanzas tan pronto, pero en mi excitación, en mi terror al Coronel, olvidé completamente añadir a mi declaración un pequeño detalle.

Sonrió al Coronel.

—Bueno, a ver qué es —ordenó Mailler.

—Es una cosa tan insignificante —dijo Kenton en tono deprecatorio...

Vio que los labios del Coronel se contraían.

—¡Vamos! —gritó Mailler.

—Bueno —dijo Kenton, lentamente—, fue cuando di las fotografías al dueño del *Café Schwan* para que las guardara en la caja fuerte. Dije que de ninguna manera entregara el sobre a nadie más que a mí mismo en persona, y ya sabe usted la fama de discretos que tienen esos dueños de *Cafés*. Le insinué que se trataba de un asunto amoroso. Me temo que el patrón consideraría al capitán Mailler como el villano de la obra, el hada maligna, si tratase de obtener aquel sobre.

Dirigió una sonrisa de reproche a Mailler.

Durante un minuto entero no se oyó en la estancia más que el tic-tac del reloj. Por fin, el Coronel carraspeó.

—Parece que deberemos insistir en su colaboración.

—No la tendrán.

—Creo que sí.

—¡Sí, por Dios! —dijo el Capitán—. Déjeme a mí este cerdito.

El Coronel se acarició el labio inferior.

—Sí —dijo, pensativo—, te lo dejaré. Solo que no tardes mucho, Mailler. Bastaki me espera en Praga mañana. Y no olvides que la cara de este hombre no debe estropearse y que ha de ser capaz de andar. —Se volvió hacia Kenton—. En vista de

que usted afirma, señor Kenton, que su posesión de las fotografías es puramente accidental, encuentro su actitud completamente incomprensible.

—Así parece —replicó Kenton rudamente—. Pero será bueno que, para aclarársela, vuelva a explicarle que el trato que me da usted no me deja otra alternativa. Todo lo que pueda hacer para causar a usted y a sus encantadores jefes inconveniencias y molestias me produce la más viva satisfacción.

El coronel Robinson se calentó las manos al fuego, sonrió ligeramente y sacudió la cabeza con gesto de pena.

—Créame, señor Kenton —dijo lentamente—, el trato que le he dado hasta ahora le parecerá una caricia maternal comparado con lo que experimentará en las próximas horas. —Hizo un movimiento de cabeza afirmativo en dirección a Mailler—. Muy bien, llévatelo y empieza. —Y añadió—: Señor Kenton, van a bajarlo a usted al sótano; estará separado de esta estancia por varios metros de piedras y tierra, pero creo que podré oírlo reaccionar a los métodos persuasivos del capitán Mailler.

—Haré chillar a este bergante, se lo aseguro —dijo el Capitán—. *Los! Hinunter in den Keller!*

Kenton fue conducido a través del vestíbulo hasta una puerta que había bajo la escalera, la cual al abrirse mostró un tramo de angostos escalones de piedra. Mailler iba adelante y encendía las luces. Los dos hombres, después de una breve consulta en alemán, le asieron por las muñecas y le arrastraron tras ellos.

Al final de los escalones había un largo corredor enlosado a cuyos lados había aberturas en arco que conducían, como pudo ver Kenton al pasar, a una serie de bodegas bien provistas. Mailler pasó por el último arco, oprimió un interruptor y una sola bombilla lanzó una luz amarillenta sobre una polvorienta colección de muebles rotos y mohosos, objetos de hierro oxidados y viejas cortinas. Las cuatro paredes estaban cubiertas de barriles de vino vacíos.

Mailler extrajo de entre la basura una silla con las patas sólidas y la puso en medio.

Los dos hombres empujaron a Kenton para sentarlo en la silla, sacaron un rollo de gruesa cuerda y procedieron, en silencio, a amarrar sus piernas a la silla. Parecían, pensó Kenton, más bien aburridos por todo aquel asunto. Miró a Mailler.

El Capitán parecía estar muy lejos de aburrirse. Se había sacado del bolsillo la porra de caucho, la sopesaba en su mano y azotaba con ella malignamente un lado del arco. Casi no hacía ningún ruido. Kenton miró la cara de Mailler: se había producido en ella un cambio desagradable, la mandíbula había caído ligeramente, sus mejillas estaban hundidas, respiraba de prisa y dirigía rápidas miradas de reojo a Kenton con las pupilas curiosamente empañadas. Ya un poco asustado, Kenton empezó a sentir que se apoderaba de él un terror casi histérico.

Los dos hombres probaron los nudos con cuidado y se levantaron. Uno de ellos refunfuñó algo a Mailler, quien se volvió y dirigió a Kenton una mirada fija y opaca; después avanzó y se detuvo frente al periodista. Había una ligera espuma blanca en

los ángulos de su boca.

De pronto levantó la porra al aire y se puso de puntillas. Kenton apretó los dientes. La porra bajó a una velocidad de relámpago y se detuvo a dos centímetros de la mejilla del periodista.

Kenton empezó a transpirar un sudor frío. Los dos alemanes soltaron la carcajada. Los labios de Mailler sonrieron y la porra golpeó juguetonamente el costado de la cabeza de Kenton; era fría y estaba cubierta de una cierta grasa dura. Al instante la sonrisa de Mailler se cambió por una expresión de ferocidad animal y blandió la porra describiendo malignamente un arco. Otra vez la porra se detuvo junto a la cara de Kenton y otra vez Mailler se sonrió.

—¿Disfrutas, Kenton?

Kenton no dijo nada.

Todavía sonriendo, Mailler le golpeó ligeramente la cara con la porra. Por un momento Kenton creyó que el golpe le había destrozado la mandíbula, pues el dolor era terrible.

Mailler retrocedió.

—¿Vas a ser sensato, viejo, o tendré que empezar de veras contigo? —dijo.

Kenton no contestó. Su silencio pareció enloquecer al Capitán, pues de pronto avanzó y golpeó furiosamente las rodillas y las piernas de Kenton.

Por fin la lluvia de golpes cesó. Casi desmayándose de dolor, el periodista sentía que su fuerza de voluntad cedía. Si Mailler repetía su ataque, con principios o sin principios, aceptaría cualquier cosa.

—¿Tienes bastante ya?

Kenton miró al hombre un momento. Abrió la boca para hablar, pero las palabras no salieron de su garganta. Era como si un gran peso le oprimiera los pulmones, sofocándolo. Quiso chillar, gritar que estaba dispuesto a ceder, que podían tener sus fotografías. Pero su cerebro consciente había perdido el control de su cuerpo. En un jadeo, soltó una única sílaba:

—No.

Vio que Mailler levantaba de nuevo la porra, vio la cara de aquel hombre contorsionarse con furia vengativa. Cerró los ojos y su cuerpo se puso rígido para recibir el golpe.

Pero no cayó ningún golpe. Parecía haberse producido una misteriosa calma. Lentamente, abrió los ojos.

Mailler estaba todavía de pie frente a él, pero la porra había caído al suelo y sus manos estaban levantadas por encima de su cabeza. Detrás de él los dos alemanes permanecían en postura similar. Kenton volvió la cabeza. Parado a la entrada de la bodega había un hombre bajo y regordete de oscura cara agresiva. Una gruesa bufanda de lana daba dos vueltas en torno a su cuello. En la mano tenía un gran revólver azul con el gatillo levantado.

—Al primero que se mueva —dijo Zaleshoff en alemán—, lo mato.

9 — *Zaleshoff dispara dos veces*

Zaleshoff dio un par de pasos adelante y sus ojos se cruzaron un momento con los de Kenton.

—¿*Mister* Kenton?

Hablaba inglés con acento norteamericano.

Kenton asintió con la cabeza.

Zaleshoff miró a Mailler.

—¿Quién es este hombre?

—El capitán Mailler.

—¿Hay alguien arriba?

—Hay un hombre que dice llamarse coronel Robinson; no he visto a nadie más.

—¿Tiene un brazo tieso?

—Sí.

Zaleshoff dirigió el cañón del revólver hacia uno de los asombrados alemanes.

—*Lass ihn los!*

Bajo la mirada vigilante del ruso, el hombre sacó un gran cuchillo de resorte y cortó las cuerdas que amarraban a Kenton. El periodista aflojó sus músculos y trató de levantarse, pero los palos que Mailler le había dado en las piernas hacían doloroso este esfuerzo.

—¿Puede usted sostenerse? —preguntó Zaleshoff ansiosamente.

—Estaré bien dentro de un minuto.

—O.K. Lo más rápido que pueda.

—¡Dios! ¡Pagará usted esto! —exclamó el Capitán de pronto.

Zaleshoff se agachó, recogió la porra de caucho y, sin apartar los ojos de los tres hombres que tenía enfrente, la ofreció a Kenton.

—Aquí la tiene. ¿Quiere probarla con él?

—Mucho lo quisiera, pero en este momento preferiría salir de aquí.

—Bien. Tome la cuerda que le quitaron, amárreles las manos atrás; póngalos contra la pared y sujételos a los barriles. Después amordácelos. Yo vigilaré.

Kenton obró como le decía, pero cuando llegó el momento de amordazarlos no supo cómo hacerlo.

—Arranque trozos de estas viejas cortinas —dijo Zaleshoff, señalando el rincón de la bodega—, retuérzalos, métaselos en sus bocas, después átelos dejándoles las bocas abiertas.

Kenton siguió esas instrucciones. Mailler lanzó un juramento y luego se negó a abrir la boca, pero Zaleshoff le golpeó la mandíbula con la porra y el Capitán ya no opuso más dificultades.

—Ahora —dijo Zaleshoff—, si está usted ya dispuesto nos iremos.

Kenton le siguió a lo largo del corredor, más allá de la escalera que subía al vestíbulo. Al final del corredor había una puerta, pero Zaleshoff pasó de largo y siguió su camino por un estrecho pasaje entarimado, a la derecha. Después de andar un par de metros se detuvo y, volviéndose hacia Kenton, le susurró que ahora debía procurar no hacer ruido. Unos pasos más y se encontraron al aire libre.

Como Kenton había visto anteriormente a través de los postigos, el cielo estaba cubierto de nubes negras. No hacía viento, pero sus dientes empezaron a castañetearle de frío. Luego sintió en la mano algo tibio y suave y vio que su compañero le daba la bufanda. Murmuró las gracias, se la puso y se sintió mejor. La mano del otro le oprimió el brazo, recomendándole el silencio, y le condujo a lo largo de un sendero de piedras sueltas. Apareció de pronto una masa negra y Kenton comprendió que habían llegado a los abetos.

Doblaron a la izquierda y siguieron su camino tan sigilosamente como era posible a través de la franja de arbustos. De súbito Zaleshoff apretó con fuerza el brazo de Kenton. Permanecieron quietos. Durante unos momentos no se oyó nada más que el débil susurro del follaje. Después vino de la oscuridad el son de un hombre que silbaba una canción de amor alemana, suavemente y con una rara dulzura.

Unos segundos después, el haz de luz de una poderosa linterna eléctrica iluminó la cortina de ramaje; enfrente, el silbido cesó y se oyó el ruido de un bidón de petróleo vacío que era arrojado sobre el cemento.

Zaleshoff ahuecó las manos y las puso al oído de Kenton para susurrarle:

—Debemos pasar el garaje y llegar a la carretera. El camino a través del bosque sería demasiado largo.

—El chófer tiene una pistola —advirtió Kenton.

El otro quedó silencioso un momento, luego susurró a Kenton que se quedara donde estaba y se arrastró hasta el borde del claro donde estaba el garaje. Kenton veía su cabeza y sus hombros en débil silueta contra la luz, después desapareció a la izquierda. Se apoyó contra un árbol y esperó.

La muy oportuna intervención del desconocido en la bodega y la evidente urgencia de poner cuanta más tierra posible entre él y el coronel Robinson y su gente, no le habían dado tiempo de considerar la cuestión de la identidad de su compañero. La vecindad de la casa del Coronel no era precisamente el lugar ideal para intercambiar la historia de sus vidas. Sin embargo, estando solo ahora, empezó a pensar en ello. No había duda de que aquél era Andreas, el hombre que había entrado en la habitación de Sachs en el Hotel Josef y la había registrado, con quien había sido confundido en el patio. Aquella gruesa figura con la gran bufanda era inconfundible. Esto quería decir que el ruso podía ser el asesino de Sachs. ¡Una posibilidad no muy alentadora! El acento norteamericano era un poco desorientador, pero, después de todo, muchos europeos que hablaban inglés tenían acento norteamericano. No obstante, el hombre al parecer sabía su nombre y estaba de su parte —cualquiera que ésta fuese—, y hasta el momento no había mostrado tendencias homicidas. Dedicó su

atención al problema más urgente de evitar que sus manos y sus pies se entumecieran con el frío.

Zaleshoff estuvo ausente durante unos treinta minutos. Cuando regresó, hizo retroceder a Kenton por donde habían venido hasta que estuvieron lo bastante lejos para que el chófer pudiera oírlos.

—Está haciendo algo en el coche —informó Zaleshoff—, pero debemos pasar sin que nos vea. No podemos quedarnos aquí. Si Saridza baja a ver cómo progresan esos hombres del sótano, nos atraparán.

—¿Saridza?

—El coronel Robinson. Su nombre es Saridza.

Kenton decidió que esta cuestión también podía esperar.

—Muy bien. ¿Cuál es su plan?

—Tengo un coche, pero está a unos dos kilómetros carretera abajo. Debemos llegar allí antes que puedan salir tras de nosotros. Les sería fácil encontrarnos en la carretera.

—¿Por dónde empezamos?

—El camino de entrada al garaje está cortado a través de una elevación del terreno. Es más estrecho en el punto más alto de la elevación, pero allí los márgenes son demasiado altos. Debemos atravesar más cerca y escoger el momento en que el chófer esté mirando para otro lado.

—Muy bien.

Volvieron al límite de los árboles y empezaron a abrirse camino cautelosamente hacia la izquierda. Parte de su avance fue fácil, pero en algunos lugares la vegetación era muy espesa y tenían que pasar por debajo de las ramas para evitar que crujieran. Por fin se vio la luz del garaje entre el follaje, a la derecha, y Zaleshoff se detuvo.

—Estamos cerca del margen del camino —susurró—; tiene una altura de unos dos metros.

Siguieron adelante. De pronto Kenton vio un pavimento brillante iluminado a unos dos metros bajo él. Se inclinó para ver mejor. A la distancia de unos quince metros estaba el gran coche negro; la tapa estaba levantada y el chófer trabajaba en el motor.

Zaleshoff se asió a una rama colgante y empezó a bajar hacia el pavimento. Kenton le siguió y pronto estuvieron agachados bajo un arbusto desde donde podían ver el chófer y el margen opuesto del camino de cemento.

Durante varios minutos permanecieron allí observando el chófer que trabajaba. Al parecer estaba haciendo algo con el circuito de la luz, pues de cuando en cuando entraba en el coche y encendía y apagaba los faros. Kenton había empezado a desesperar cuando el chófer buscó algo en su bolsillo, miró la colección de herramientas que tenía sobre el estribo y entró en el garaje.

—Ahora —susurró Zaleshoff.

Se puso de pie y atravesó con calma el camino hacia los árboles del otro lado. Kenton se levantó para seguirle, pero sus piernas magulladas se le habían entumecido al tenerlas encogidas. Tropezó y su pie raspó ruidosamente el cemento. Se enderezó, pero el daño ya estaba hecho. Se oyeron pasos rápidos en el garaje, un grito y al instante aquel sordo *crac* que significa que el que lo oye se halla plenamente en la línea de fuego de un revólver de gran calibre.

Sonaron otros dos tiros mientras él corría hacia el abrigo de los árboles. Entonces hubo un fogonazo y el ruido de un disparo entre las sombras de enfrente y un grito de dolor del lado del garaje. Kenton se arrojó ciegamente entre la vegetación y se golpeó la cabeza contra una rama. Entonces una mano agarró su chaqueta y le arrastró hacia arriba de una empinada pendiente de grava.

—¡Rápido! ¡Corra! —murmuró Zaleshoff.

Kenton se levantó tambaleándose y marchó a través de los árboles tras su compañero. El suelo bajaba en pendiente bastante suave hasta una larga zanja, al lado opuesto de la cual había una alambrada. Mientras se deslizaban a través de ésta, oyeron tras ellos el alarido penetrante de un claxon que daba la alarma. Empezaron a abrirse camino a través de los espesos helechos, al otro lado de la cerca.

—Esto nos da unos cinco minutos para llegar al coche —dijo Zaleshoff, jadeando.

—¿Hirió usted al chófer?

—En el brazo; pero no hubiera servido de nada matarlo. Esos tiros hubieran despertado a un muerto. No se necesitará mucho tiempo para soltar a los del sótano.

Dos minutos más tarde se dejaban caer por el alto margen de la carretera y echaban a correr en dirección del coche de Zaleshoff que estaba más abajo, hacia el valle.

Las experiencias de las últimas veinticuatro horas y la debilidad resultante de la falta de alimento no habían dejado a Kenton en condiciones de correr largas distancias. Cuando hubieron recorrido medio kilómetro estaba a punto de caer. Sentía las piernas como si tratara de correr con arena hasta la cintura. El pecho le dolía hasta no poder respirar. Tenía en la cabeza una desagradable sensación de ligereza. Zaleshoff le acuciaba rudamente, pero por fin dejó de correr y siguió andando. Entonces se oyó, montaña arriba, el débil ruido del motor de un coche y la luz de dos faros barrió el espacio y desapareció.

—Vienen tras de nosotros —dijo Zaleshoff, acuciante. Es inútil ir más lejos. No deben saber que está el coche. Si lo descubren, estamos perdidos. Lo único que puede salvarnos es dejarlos que crean que estamos todavía por aquí y esperar la oportunidad de llegar al coche.

Kenton, esforzándose por recobrar el aliento, asintió.

—Vamos —dijo Zaleshoff—, arriba, por aquí. ¡Rápido!

Se encontraban al pie de una larga y empinada pendiente de la carretera. A la

izquierda el terreno caía casi verticalmente hasta otra parte de la carretera, después de una curva cerrada, a unos cien metros más abajo en la ladera del valle. A la derecha, una subida escarpada hasta la cumbre, cubierta de un espesor de abetos. Zaleshoff fue hacia la derecha. Pronto estuvieron unos veinte metros más arriba, en un laberinto de troncos de árbol gruesos y rectos.

—Cuando vengan, póngase detrás de un árbol y haga lo que yo le diga.

Kenton, que había llegada a un grado de agotamiento en el que no era capaz de nada más que obedecer aturdidamente, musitó su asentimiento, se reclinó contra el tronco de un árbol y contempló la intensa oscuridad del bosque.

—¡Ahí vienen!

Kenton volvió la cabeza y vio una lucecita que se movía a distancia. La luz creció de pronto, se alargó y brilló entre los árboles.

—Están dirigiendo el faro del coche hacia la ladera, mientras corren. Manténgase detrás del árbol.

La luz se acercó, proyectando largas sombras retorcidas sobre el suelo del bosque. Cuando les alcanzó, Kenton vio que Zaleshoff apoyaba su revólver sobre un vástago del tronco del árbol tras el cual se hallaba y apuntaba con cuidado. Un segundo después el arma crujió una vez y la luz se apagó. Abajo, hubo un grito.

Zaleshoff soltó en ruso un cacareo de victoria.

—¡Blanco a veinte pasos! —añadió—. Ahora vamos hacia más arriba de la carretera.

Empezaron a avanzar a través de la pendiente y cuando habían andado unos quince metros se oyó abajo el ruido de una rama que se quebraba. Se detuvieron. De pronto, una linterna brilló en las tinieblas por un momento.

—Al suelo —susurró Zaleshoff.

Al instante se oyó el agudo crujido de una pequeña automática y el rápido silbido del rebote cuando la bala dio contra una piedra, más arriba de la pendiente.

Zaleshoff profirió un aullido de dolor y Kenton oyó alzarse en triunfo la voz de Mailler.

—¿Le han tocado? —preguntó Kenton estúpidamente.

—No, pero deben creer que sí. ¡Vamos!

Ahora bajaban y frente a ellos la oscuridad se disipaba al mostrarse la luna débilmente a través de una nube ligera y destacar la borrosa silueta de los árboles en el límite del bosque. Atrás brillaban de cuando en cuando cuchilladas de luz, pues sus perseguidores trataban de localizarlos.

—¡Alto! —susurró Zaleshoff.

Estaban cerca de la carretera. A unos cincuenta metros más abajo se veía la luz trasera del coche negro.

—Ahora —prosiguió—, atraviése la carretera lo más silenciosamente posible; baje por la ladera hasta donde no pueda ser visto desde el margen de la carretera, y espéreme.

—¿Qué va usted a hacer?

—Ver si quedó alguien en el coche de Saridza.

—¿Por qué?

—Las explicaciones más adelante. Atraviese la carretera y no haga ruido.

—Muy bien.

Kenton atravesó lentamente y de puntillas la carretera y empezó a bajar por la pendiente. Durante algunos metros encontró el camino lleno de grandes piedras y debió tener mucho cuidado para no hacerlas rodar. Después empezaban otra vez los árboles y pudo zigzaguear de un tronco a otro. Pronto se encontró de nuevo en la más completa oscuridad y se sentó para esperar a su compañero.

Esperó durante diez minutos, especulando desdichadamente sobre sus probabilidades de evitar una neumonía. Entonces de arriba se oyó un ligero ruido y Zaleshoff le llamó por su nombre. Contestó, y el ruso bajó hasta él.

—No tenemos suerte —informó. Saridza está junto al coche con un rifle. Tenía esperanzas de que lo hubiesen dejado sin guardias. Hubiera metido una bala en la gasolina, pero era demasiado peligroso.

—¿Qué debemos hacer?

—Tendremos que bajar directamente por aquí hasta la próxima curva de la carretera. Será difícil y no me atrevo a usar una linterna, porque la verían. De todas maneras, no hay nada más que podamos hacer.

El descenso fue para Kenton la peor de las pesadillas. La ladera estaba llena de profundos hoyos, de modo que continuamente perdía pie y resbalaba vertiginosamente, hasta que de pronto los árboles le detenían. La rápida pendiente les obligaba a bajar a gatas en algunos lugares y así una rama caída rasgó una pernera del pantalón de Kenton. Tenía la cara y las manos llenas de rasguños y se torció una muñeca. La oscuridad absoluta producía una sensación de impotencia y de pánico. Cuando llegó a la carretera se hallaba en un estado de agotamiento cercano al colapso.

Zaleshoff, cuyas ropas también habían sufrido con el descenso, tomó el brazo de Kenton y le hizo apresurarse por la carretera.

A Kenton le parecía que llevaban horas andando. Por fin Zaleshoff se detuvo y Kenton vio, a través de sus párpados entrecerrados, la forma de un gran coche de turismo con las luces apagadas. Junto a la puerta, de pie, había una muchacha, quien avanzó al encuentro de los dos hombres.

—¿Qué pasa, Andreas? —preguntó una voz conocida.

Kenton empezó a reír histéricamente.

—Andreas —dijo, resollando—, no es necesario que me presente. Nos conocimos antes.

Separó su brazo del de Zaleshoff, avanzó un paso y quedó inmóvil. Sus rodillas parecían aflojarse y dentro de su cabeza había una algarabía de ruidos. Entonces, por primera vez en su vida, se desmayó.

10 — Zaleshoff habla

Kenton tuvo conciencia de una agradable sensación quemante en el estómago y un sabor en la boca de algo como una mezcla de trementina y aceite de oliva.

Una voz de hombre dijo algo en ruso que él no comprendió y un vaso tintineó contra sus dientes. Un instante después se sentó, ahogándose y tosiendo, y abrió los ojos.

Estaba acostado sobre un sofá de felpa roja en lo que a primera vista parecía una tienda de muebles de ocasión. Un hombre viejo, de blancas mejillas cadavéricas y ojos hundidos que resplandecían, se inclinaba sobre él; sostenía una botella con etiqueta verde pálido y un vaso lleno hasta la mitad de un líquido incoloro. Kenton comprendió la razón del calor que sentía adentro y el curioso sabor en su boca. Había bebido vodka.

Sentado ante una mesa y observándole gravemente estaba el hombre a quien conocía como Andreas.

—¿Se siente usted mejor? —preguntó Zaleshoff.

Kenton asintió con un movimiento de cabeza un poco incierto y levantó la mano para secarse los restos de vodka de su barbilla. La mano estaba manchada de yodo. El hombre le ofreció la botella. Kenton negó con la cabeza, miró, interrogativo, a Zaleshoff y abrió la boca para hablar. El ruso se le anticipó.

—Está usted en una casa de la Kölnerstrasse de Linz —dijo—. Mi hermana y yo le trajimos. Pensando que debe usted tener hambre, ella salió para comprar algo de comer.

—Es mucha bondad de su parte —dijo Kenton—. Parece que les causo a ustedes muchas molestias.

—Sí —dijo suavemente Zaleshoff—, muchas molestias, pero no de la manera que usted cree, señor Kenton. Nuestro anfitrión, Rashenko, aquí presente, está muy complacido de poder prestarle servicio. Por favor, no se moleste en darle las gracias —añadió cuando el periodista se volvió—; no entiende el inglés y además, el pobre, es mudo.

Kenton murmuró las gracias en alemán y Rashenko sonrió, asintiendo con la cabeza, alentándole. El periodista sentíase algo asombrado. Se dirigió de nuevo a Zaleshoff.

—Siento causar engorro —dijo—, pero ¿le importaría contestarme algunas preguntas? Por ejemplo: ¿le incomodaría decirme quién es usted y por qué estoy aquí? También me gustaría saber cómo supo usted mi nombre, por qué me rescató de aquella casa y, si no soy indiscreto, si es usted responsable de la muerte de un hombre llamado Sachs o Borovansky. Creo saber por qué registró usted su habitación, pero agradecería más información sobre este tema. Tengo curiosidad, también, por saber

algo sobre un hombre que dice ser el coronel Robinson. ¿Por qué le llama usted Saridza? Hay otras cosas que me intrigan, pero estoy seguro de que captará usted la idea general. Incidentalmente, ¿qué hora es?

—Acaba de dar la medianoche —dijo Zaleshoff. Frunció los labios—. En cuanto al resto de sus preguntas, señor Kenton, sugiero que esperemos hasta después de habernos repuesto con algún alimento para empezar las explicaciones. Tamara ha de estar ya de regreso. Ella y Rashenko cocinarán para nosotros. Usted y yo tomaremos vodka. —Golpeó la mesa como en una subasta—. ¿Qué dice usted?

Kenton se sonrió.

—Usted me gusta, Andreas —dijo—; sabe usted perfectamente bien que yo tengo algo que usted quiere, escucha con bien disimulada sorpresa que le vi registrando la habitación de Sachs y, no obstante, propone que bebamos y comamos antes de hablar. ¡Caramba, ni siquiera le he dado las gracias por haberme rescatado!

Zaleshoff movió la cabeza con gravedad.

—Se equivocaba usted sobre mis motivos, señor Kenton. Trate de ponerse en pie.

Kenton obedeció. La cabeza le dio vueltas y una ola de náuseas le invadió. Volvió a sentarse rápidamente.

—Ya ve, señor Kenton, que sería perder el tiempo ponerse a hablar precisamente en este momento. Rashenko fue médico; dice que se halla usted en un estado de extremo agotamiento nervioso y físico. Sufre usted de grave *shock*, de los efectos de las contusiones y la falta de alimento. La euforia que siente en este momento es producida por el vodka. Será mejor que beba un poco más.

Rashenko ahora estaba ocupado en la estufa. Zaleshoff tomó la botella, sirvió dos abundantes raciones y entregó una a Kenton.

—El vodka —dijo— no debe tocar al paladar. Debe verterse directamente a la garganta. Se lo enseñaré. *Pros't!*

Llevó el vaso a sus labios, echó la cabeza hacia atrás y tragó el licor de una vez. Luego dejó el vaso vacío sobre la mesa.

Kenton le imitó y sintió que el líquido le quemaba el estómago.

—De todas maneras —prosiguió obstinadamente—, me gustaría saber quién...

Una llamada a la puerta le interrumpió. Zaleshoff se volvió en su silla y Kenton vio el revólver azul en la mano del ruso. Rashenko le miró interrogativamente y recibió una señal de asentimiento. Fue abierta la puerta y Tamara entró en la habitación llevando una voluminosa bolsa de malla.

—Señor Kenton —dijo Zaleshoff, blandiendo el revólver en un gran ademán—, esta es mi hermana Tamara. Tamara, este es el señor Kenton.

La muchacha dirigió a Kenton una grave inclinación de cabeza.

—Por favor, Andreas —dijo—, no agites esta pistola de esta manera. Es peligroso.

Su hermano le hizo caso omiso y se dirigió a Kenton.

—¿Qué piensa usted de ella, amigo mío?

—Es extraordinariamente hermosa —contestó Kenton—; tan hermosa como su voz.

Zaleshoff, encantado, le golpeó la rodilla.

—Ya ves, Tamara, lo que puede hacer el vodka incluso en un inglés de sangre fría. «Extraordinariamente hermosa; tan hermosa como su voz». ¿Lo oíste, Tamara?

Tradujo la frase a Rashenko quien sonrió y movió la cabeza.

—Vas a turbarlo —dijo la muchacha con calma. Y vació la bolsa sobre una silla—. Tenga cuidado, señor Kenton —dijo mirando por encima del hombro—, mi hermano se propone arrullarlo para darle una sensación de falsa seguridad con la esperanza de que se confíe a él.

Zaleshoff se puso en pie de un salto, derribó una silla y lanzó un juramento. Señaló a su hermana con un dedo acusador.

—¡Mire! —rugió dirigiéndose a Kenton—. ¡Contrariado y frustrado a cada momento por la hija de mi madre! Le cuido a usted, le doy a beber vodka, nos hacemos amigos, estamos *en rapport*, y entonces... ¡pif!... Tamara rompe el hermoso hechizo con su tontería.

Volvió a sentarse y hundió la cabeza entre sus manos.

—Muy divertido —dijo Kenton suavemente—. ¿Cree usted que puedo tomar un vaso de agua?

Zaleshoff levantó la cabeza lentamente y miró a Kenton con ceño. De pronto golpeó la mesa con la palma de la mano produciendo un estruendo y se echó a reír a carcajadas.

—Vamos, Tamara —resolló por fin—, no le engañamos, ¿ves? Es incommovible. Ve a través de nuestros truquitos para ganar su confianza. Comprendemos por qué los ingleses son tan grandes diplomáticos.

—¿Sí? —dijo Tamara, quitándose el abrigo.

—¡Pero naturalmente! —Se volvió, radiante, hacia Kenton—. Mis excusas, señor Kenton. Debíamos haber comprendido que este histrionismo tonto era un insulto a su inteligencia. ¿Nos perdona usted?

—Naturalmente —contestó Kenton, incómodo.

Realmente, pensó, aquel hombre era bastante pueril.

El ruso respiró con alivio.

—Es bueno oírlo —dijo fervientemente—. Si tan solo —continuó, como en sueños—, si tan solo supiéramos un poco más de los pensamientos del señor Kenton. —Súbitamente se inclinó hacia adelante—, ¿por qué, por ejemplo, el señor Kenton está dispuesto a llegar tan lejos para preservar la propiedad del gobierno soviético?

Lo repentino del ataque agarró al periodista completamente por sorpresa. Quedó silencioso un momento. No se oía en la habitación más que el tic-tac de los relojes y un débil silbido de la estufa. La atmósfera había cambiado de cierta manera indefinible. Hasta Rashenko lo sintió y se detuvo en su trabajo. La muchacha, de pie, de espaldas a la puerta, miraba fijamente a la mesa. Zaleshoff, que ya no se mostraba

benignamente teatral, observaba a Kenton penetrantemente con unos ojos azules que se habían vuelto extraordinariamente sagaces y calculadores.

Todo eso lo vio Kenton en una fracción de segundo. Después sonrió tranquilamente.

—Creí que habíamos aplazado la conversación sobre el asunto hasta después de haber comido. De todas maneras, si usted lo desea...

Instantáneamente Zaleshoff se deshizo en excusas.

—Sí, sí, naturalmente, el señor Kenton tiene razón. Entretanto, el vaso de agua, o acaso un poco más de vodka. ¿No? Rashenko se dará prisa.

A continuación habló rápidamente en ruso y Rashenko asintió varias veces con la cabeza. Zaleshoff empezó a dirigir a la muchacha una descripción ampulosamente exagerada y dramática de su huida de la casa de la montaña. A Kenton le parecía que su presencia había sido completamente olvidada.

Vino por fin la comida.

Consistió en *bortsch* con crema agria y pequeños pasteles rellenos de verduras. Se comió en silencio, exceptuando una pequeña felicitación dirigida por Zaleshoff a Rashenko. Kenton estaba caviloso y extremadamente intrigado; pero también extremadamente hambriento, y comía sin parar. En cuanto hubieron terminado, Rashenko empezó a retirar los platos de la mesa.

—¿Un cigarrillo, señor Kenton?

—Gracias.

Lo encendió y aspiró profundamente. Empezaba a sentirse mejor.

Zaleshoff dijo a la muchacha:

—¿Dónde pusiste aquel papel, Tamara?

Ella fue al armario y volvió con una hoja de papel gris cubierta de una escritura pequeña. Su hermano lo tomó, hizo sentarse a Kenton en el sofá y él sentóse en una silla frente al periodista. La muchacha tomó asiento detrás de la mesa con un lápiz en la mano y un cuaderno de notas delante.

—¿Un tribunal inquisidor? —preguntó Kenton.

Vio pasar rápidamente por la cara de la muchacha una expresión ligeramente divertida.

—De ninguna manera —replicó Zaleshoff, con énfasis algo excesivo. Levantó el papel gris—. ¿Sabe usted lo que es esto, señor Kenton?

El periodista movió la cabeza negativamente.

Zaleshoff se lo tendió.

Kenton miró el papel. Estaba encabezado así: *Dossier K.4596*, y empezaba *Demond d'Esterre Kenton, periodista, nacido en Carlisle en 1906*. Continuaba, en alemán, describiendo a sus padres y sus respectivas historias, su aparición, su carácter, su carrera, sus inclinaciones políticas y su trabajo para varios periódicos, con una exactitud y una penetración que le resultaron muy desconcertantes. Lo leyó dos veces y lo devolvió.

—Muy bueno —dijo—; pero se equivocan al decir que pasé la mayor parte del año mil novecientos treinta y cuatro en Hungría. Estuve en Roma durante la mayor parte de ese año.

Zaleshoff frunció el ceño e hizo un sonido de disgusto.

—Tamara, haz el favor de tomar nota de esto y comunicarlo. —Se volvió hacia Kenton—. Es difícil —prosiguió, quejoso— lograr que la gente tome las medidas adecuadas para comprobar su información. Constantemente le hacen a uno parecer tonto.

Kenton no creyó que se esperara de él que comentara esa afirmación.

—Sin embargo, se lo enseñé a usted —continuó diciendo el otro—, más para explicar claramente mi posición que para impresionarle a usted. No tiene importancia. —Lo arrojó sobre la mesa—. Tamara, puedes romperlo.

No obstante, Kenton observó que la muchacha colocó el papel cuidadosamente al final del cuaderno de notas.

—Y ahora, al asunto —dijo el hermano, afablemente—. Supongamos que nos dice usted, señor Kenton, cómo fue exactamente que estuvo en el Hotel Josef la otra noche.

Kenton examinó su cigarrillo.

—Tendría mucho gusto en decírselo —murmuró—, pero creo que ha pasado usted por alto un preliminar muy necesario.

—¿Sí?

Kenton levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los del ruso.

—Quiero saber antes con quién estoy hablando —dijo.

Hubo una breve pausa, puntuada por el ruido de platos en el otro extremo de la estancia.

Zaleshoff frunció ferozmente el ceño. Por fin dijo:

—No veo qué tiene que ver mi nombre con este asunto. No le diré nada a usted. Sin embargo —se encogió de hombros—, me llamo Andreas Prokovitch Zaleshoff.

—¿Zaleshoff?

El ruso lo confirmó a desgana. Kenton, pensativo, se reclinó en el sofá. Luego chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo!

Zaleshoff levantó las cejas.

—Ahora lo recuerdo —prosiguió Kenton—. ¿No fue usted deportado de los Estados Unidos, en mil novecientos veintidós, por agitación comunista? En Pittsburgh, me parece, aunque podría ser Detroit. ¿Dónde fue?

Esperó, previendo un estallido de indignación teatral. Entonces, con gran sorpresa, vio que el rostro del ruso se sonrojaba intensamente.

—Chicago —musitó Zaleshoff, casi con timidez.

La muchacha se echó a reír.

Era, pensó Kenton, un sonido muy agradable, pero su hermano se volvió

encolerizado y golpeó la mesa.

—¡Basta, Tamara, basta! ¡Inmediatamente! —Se dirigió a Kenton—. Tiene usted razón —dijo con un cómico intento de mostrarse airoso. Se encogió de hombros, como excusándose—. Yo era muy joven entonces. Fue una escapada pueril. Pero fue en mil novecientos veinticinco, amigo mío, y en Chicago. —Se echó a reír de un modo poco convincente—. Está bien que haya recordado el nombre, pero sus datos eran muy equivocados.

—Esto no es de extrañar —dijo Kenton—. Cuando usted fue deportado de Chicago yo era un adolescente de cara algo desvergonzada. Hasta que habló usted, hace un momento, nunca había oído su nombre.

Zaleshoff se echó atrás en su silla y resopló ruidosamente por la nariz.

—¿Quiere usted decir, señor Kenton —dijo Tamara con la voz entrecortada por la risa contenida—, que no tenía usted idea de que nosotros hubiésemos estado en Norteamérica y que inventó esa historia sobre mi hermano?

Kenton asintió.

—Sí, la inventé. Ambos hablan inglés con acento norteamericano y lo hablan con tanta fluidez como yo. Tenían que haber pasado varios años en los Estados Unidos, y tenía todos los motivos para creer que su hermano era un empleado del gobierno soviético. Quería hurgarle para que me mostrase su juego. El asunto de la deportación era el más oportuno para ello.

—Bueno, me... —empezó a decir Andreas Prokovitch Zaleshoff.

Pero su hermana le interrumpió.

—Nuestro padre fue muerto secretamente por la Ochrana en mil novecientos diez. Nuestra madre escapó con nosotros a Bakú hacia los Estados Unidos, a través de México, donde yo nací. Pero nunca arregló debidamente sus papeles y cuando Andreas tuvo problema con la policía por su propaganda nos descubrieron y fuimos deportados. Nuestra madre había muerto. Hablábamos el ruso mejor que el inglés, así que pedimos ciudadanía soviética. Muy sencillo.

—Si has terminado del todo, Tamara, estas revelaciones domésticas —gruñó su hermano—, desearía hablar yo con el señor Kenton. —Se volvió hacia el periodista—. Ahora, señor, Kenton, parece que hemos contestado su pregunta. ¿Va usted a contestar la mía? ¿Cómo fue que se encontró en el Hotel Josef?

Kenton reflexionó un momento. Luego dijo:

—Muy bien, no parece haber ningún daño en ello.

Zaleshoff escuchó con atención mientras Kenton describía su encuentro con Sachs, sus razones para aceptar la oferta de éste y su visita al Hotel Josef. Sin embargo, cuando llegó a su entrevista con el «coronel Robinson» el ruso empezó a interrumpirle con preguntas. ¿Qué había dicho exactamente el «Coronel»? ¿Se había mencionado el tema del petróleo? ¿Hasta dónde parecía Mailler tener la confianza de su jefe? Cuando Kenton habló de los «jefes en Londres» del Coronel, los ojos de Zaleshoff brillaron y dirigió un excitado comentario en ruso a su hermana. La

intención del Coronel de ir a Praga fue anotada con cuidado.

—Y entonces —concluyo Kenton por fin—, apareció usted en escena; no puedo imaginarme cómo.

—Esto tiene fácil explicación. Vi a los hombres de Saridza sacarlo a usted del Hotel Werner. Más tarde, registré su habitación. Encontré en uno de los bolsillos de su abrigo un pedacito de papel arrancado de un cuaderno. Había en él dos direcciones, ambas escritas evidentemente por un ruso. Una de ellas era la del Hotel Josef, la otra de la Villa Peschik. Este era el nombre de la casa donde le encontré.

—¿Pero cómo sabía usted mi existencia? —Tuvo una idea—. ¿Supongo que aquel ejemplar de cara de pastel de quien Sachs me dijo que era un espía nazi no sería uno de los amiguitos de usted?

Zaleshoff pareció desconcertado.

—¿Quién asesinó a Sachs? —insistió Kenton.

Los dos rusos cambiaron una rápida mirada de entendimiento. Luego Zaleshoff se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo?

—Muy bien —replicó Kenton, irritado—, dejémoslo. ¿Hay alguna otra información que yo pueda darles? —añadió con ironía.

Empezaba a dolerle la cabeza.

—Bueno, señor Kenton —murmuró Zaleshoff—, hay solo otras dos cosas.

—¿Cuáles son?

—Oí el final de su conversación con Saridza desde el otro lado de la ventana, antes que le llevaran al sótano. ¿Por qué, señor Kenton, no entregó las fotografías para ahorrarse aquel interludio más bien penoso con el capitán Mailler?

Kenton soltó una risa breve.

—Zaleshoff —dijo—, mi padre era irlandés, mi madre era francesa. Con bastante sorpresa, descubro que he heredado de ellos dos curiosas cualidades: la obstinación y la capacidad de resentimiento.

El ruso miró a su hermana.

—¿Tiene sentido esto para ti, Tamara? Ya te conté lo que le estaban haciendo.

La muchacha hizo un movimiento afirmativo. Su hermano se volvió de nuevo hacia Kenton.

—La única cosa que quiero saber —dijo— es dónde puedo encontrar esas fotografías.

Kenton reflexionó con rapidez. Era evidente que Zaleshoff no había oído lo suficiente de su entrevista con el Coronel para saber lo del *Café*.

—¿De veras no lo sabe?

Zaleshoff negó moviendo la cabeza lentamente. Kenton percibió en la actitud del otro un retorno a la ligera hostilidad que había matizado la primera parte de su diálogo.

—Entonces, *Monsieur* Zaleshoff —dijo—, voy a proponerle un trato.

—¿Ah, sí?

—Sí. Durante las últimas veinticuatro horas me han sucedido muchas cosas desagradables. Pido compensación.

El ruso apretó los labios y avanzó la mandíbula agresivamente.

—¿Cuánto? —dijo tranquilamente.

Kenton expresó horror.

—¡Válgame Dios, nada de dinero! Esta es la tercera vez que han tratado de sobornarme en relación con ese puñado de fotografías tan poco interesantes. No lo esperaba de usted, *Monsieur* —añadió con reproche.

El rostro de Zaleshoff se oscureció.

—Vaya al grano, por favor.

—Ciertamente. Soy un periodista. Precisamente antes de encontrarme con el difunto Borovansky, me estaba preguntando de dónde podría sacar una información que no fuese manoseada por todos los corresponsales extranjeros y agentes de noticias en la Europa central cinco minutos después de haberse conocido la noticia. Bueno, ahora creo que tengo la pista de ella. Quiero saber algo más sobre los jefes en Londres del amigo Saridza. Quiero saber quiénes son y qué son, y por qué se interesan tanto por Besarabia y Rumanía. Quiero saber qué tiene que ver el petróleo con todo ello y exactamente dónde interviene usted. Quiero informes confidenciales, el urdido, la pasta o cómo sea que lo llamaran ustedes en Chicago, a cambio de las fotografías. ¿Qué le parece a usted la idea?

Zaleshoff tenía la expresión torva.

—Me temo, señor Kenton, que le espera a usted una decepción. En realidad, me sorprende un poco que un hombre de su experiencia pueda hacer semejante proposición. Le aseguro que yo por lo menos no tengo ninguna revelación sensacional que hacer. —Sonrió ligeramente—. ¿Acaso a Tamara se le ocurrirá algo?

—¿No quiere usted sus fotografías?

—Sí, señor Kenton, las quiero; pero no estoy autorizado a hacer declaraciones a la prensa. En todo caso, el asunto es puramente comercial. No tiene ningún significado político.

—Me inclino a dudarlo.

—Ningún periódico publicaría una cosa tan carente de importancia.

—Esto se lo diré cuando conozca los hechos.

Hubo una larga pausa, luego la muchacha habló:

—Creo, Andreas —dijo—, que debemos entendernos con el señor Kenton.

El ruso contempló al periodista por unos instantes. Después se encogió de hombros.

—Muy bien. Supongo que lo mismo da.

—¿Lo mismo da?

A Kenton le pareció un poco rara la afirmación.

Pero Zaleshoff no la explicó.

—Uno solamente puede lamentar —dijo, malignamente— no haber dejado al señor Kenton un rato más en manos del excelente capitán Mailler.

Rashenko les sirvió té en vasos. Zaleshoff exprimió una rodaja de limón en su vaso y revolvió el contenido con aire pensativo.

Por fin levantó los ojos.

—Debe usted comprender, señor Kenton —dijo con expresión de viva sinceridad—, que mi relación con este asunto es puramente accidental. Soy un ciudadano soviético privado con intereses comerciales en Suiza: la importación de maquinaria, precisamente.

Hizo una pausa.

—Sin embargo —prosiguió, sorbiendo su té—, el ciudadano soviético, en común con sus otros compatriotas en el extranjero, está siempre dispuesto, si se presenta la ocasión, a anteponer el interés de su país a sus negocios privados. Por lo tanto, cuando se me pidió, por varias razones que no le interesarán a usted, que ayudara en un asunto algo inusitado de los negocios del gobierno, no tuve otra alternativa que aceptar. Esto, señor Kenton —concluyó con cierto desafío—, explica mi posición en este asunto.

Kenton, secretamente divertido por esta ingenua evasión, asintió con un solemne movimiento de cabeza y encendió un cigarrillo.

—¿Y el asesinato de Borovansky? —preguntó.

Zaleshoff desechó la cuestión.

—Un incidente insignificante. Hablaremos de ello después. —Se inclinó afanosamente hacia adelante—. Usted es un periodista, señor Kenton; sabe más que el hombre ordinario; solo necesito insinuar y usted comprenderá. Cuando le diga que cierto prominente ruso exiliado trata de volver a saborear el poder, mucho quedará claro para usted. En mil novecientos diecisiete y dieciocho ese hombre prestó grandes servicios a Rusia; pero había en él la mácula de la ambición personal. Ansiaba el poder. Rusia no tiene hoy lugar para aquellos que se ponen al servicio de sus vanidades por encima del servicio del pueblo. Fue expulsado.

—¿Habla usted de Trotsky?

Zaleshoff asintió con un gesto ominoso.

—Quizás hubiera sido mejor fusilarlo —dijo en tono de lamento—, pues no ha dejado de conspirar contra el Estado. Ha reunido a su alrededor una casta de fanáticos sedientos de poder. Son peligrosos. Francia les expulsó. Noruega y Suecia, también. De los otros países del mundo, solamente México les aceptó. Han estado años trabajando para hacer los soviets; muchos grandes servidores del pueblo han sido corrompidos por su veneno sutil; esos desdichados han tenido que pagarlo. Cuando un miembro está envenenado debe amputarse, de lo contrario infectará todo el cuerpo.

—¿Los procesos de mil novecientos treinta y seis? —preguntó Kenton.

Zaleshoff asintió con cierta impaciencia por esta intrusión de lo específico.

—Los procesos del mil novecientos treinta y seis pusieron en conocimiento del público el peligro existente; pero existe todavía. El objetivo de esas sabandijas es desacreditar a la Unión Soviética a los ojos de sus vecinos. Persiguen esta finalidad con incansable determinación. Llegarán a todos los extremos. Usted, señor Kenton, ha experimentado algunos de sus métodos. Borovansky era un ciudadano soviético, un hombre del pueblo. Por casualidad, esas descaradas falsificaciones que usted mismo examinó, cayeron en sus manos; informó de ello a Moscú y se le ordenó que abandonase su trabajo y las trajera aquí, a Linz, para examinarlas. Como verdadero patriota que era, partió inmediatamente. Pero siguieron prontamente su pista. Para salvaguardarlas se las entregó a usted, un inglés en quien vio que podía confiar. Después los villanos le asesinaron y dirigieron su atención hacia usted. Los resultados los conoce usted demasiado bien. Con lo que nuestros enemigos no contaban es la lealtad del ciudadano soviético para con el pueblo del que es solamente una unidad insignificante. Me llamaron. Contesté a la llamada y pude salvarle a usted de la tortura. Prosigo el trabajo de Borovansky donde él lo dejó. Ahora ya lo sabe usted todo. En nombre de Borovansky, señor Kenton, le requiero para que me devuelva las fotografías que le fueron confiadas.

Extendió un brazo en ademán de súplica. Estaba radiante de sinceridad. La muchacha tenía la mirada fija en su cuaderno de notas.

Kenton observó por un momento a ambos, después se reclinó hacia atrás y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Desea usted que yo comprenda —dijo lentamente— que las fotografías son falsificaciones, que Borovansky era un patriota ruso y que el coronel Robinson y el capitán Mailler están a sueldo de los trotskistas?

Zaleshoff asintió.

—Estos son los hechos.

Kenton se puso de pie.

—Bueno —dijo con amargura—. Sé que a veces me he portado como un tonto. Incluso se me ha dicho que lo soy. Pero nunca hasta ahora había comprendido que debo parecer el mayor mentecato de Europa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que nunca había oído tanta y tan absoluta insensatez en boca de un solo hombre en el espacio de cinco minutos. Le felicito. Fue una realización magnífica. Pero es tarde y estoy cansado. Tengo la seguridad de que me excusarán si vuelvo a mi hotel a dormir un poco.

Se dirigió a la puerta.

—Un momento, señor Kenton.

Se volvió. Zaleshoff estaba de pie detrás de la mesa; tenía en la mano el revólver azul.

El periodista se encogió de hombros.

—Empiezo a estar un poco fastidiado de todo este melodrama —dijo con acidez—. ¿Qué pasa?

—Las fotografías, señor Kenton.

—Le hice ya una oferta.

Zaleshoff avanzó la mandíbula coléricamente.

—Lo que pide es absurdo. Se interfiere usted en un asunto que no le interesa en lo más mínimo. Sea sensato, señor Kenton.

—También el coronel Robinson ansiaba que fuera sensato.

—No me interesan las ansiedades del coronel Robinson.

—Ni a mí las de usted. Seré sensato desde mi propio punto de vista. Este asunto me interesa profesionalmente.

Durante un momento los dos hombres se miraron, enojados, en silencio.

—Creo —dijo Tamara— que sería mejor y más cómodo si todos nos sentáramos otra vez.

—No te metas en esto.

La muchacha se sonrojó ligeramente.

—No dejaré de meterme en esto, Andreas. Has obrado en este asunto de un modo muy chapucero, y lo sabes. Si persistes en tratar a este hombre como si fuera un cretino parecido a Ortega y...

—Cállate —rugió su hermano.

—Muy bien, Andreas. Me callaré. Pero primero te digo que será mejor que analices la situación antes que vayas demasiado lejos.

—No seas tonta, Tamara. ¿De qué servirá hablar más?

—Depende de qué modo se hable. Creo, Andreas, que deberías aceptar las condiciones del señor Kenton.

Durante un instante esperó un estallido de rabia por parte del ruso, pero no se produjo. De pronto se metió el revólver en el bolsillo, se sentó y empezó a servirse más té. Kenton miró vacilante a la muchacha. Ella le hizo seña de volver al sofá. Zaleshoff levantó la mirada con mofa.

—Así —dijo, sardónico—, se siente usted seguro de sí mismo, ¿eh? Andreas Prokovitch se ve obligado a ceder a las exigencias de la prensa chismosa.

—¿Una cuestión de *quid pro quo*, seguramente?

—¡*Quid pro quo!* —repitió Zaleshoff con profundo desprecio—. Hay demasiado *quid* y no bastante *quo* en este asunto.

—Dentro de un momento dejará de decir tonterías —dijo con calma la muchacha.

—¡Silencio! —gruñó su hermano—. Este entrometido chismoso de repórter te dirige un piropo estúpido y pierdes completamente la cabeza. —Se volvió a Kenton de pronto—. ¿Por qué supone usted, mi entrometido amigo, que deseo que usted me entregue esas fotografías?

—Porque los documentos originales no son falsificaciones —replicó prontamente

Kenton.

—Muy inteligente. Las fotografías fueron tomadas ilegalmente por un hombre que trabajaba en un departamento del gobierno de Moscú.

—¿Borovansky?

—Sí. El hombre que le dijo a usted que era Sachs.

—¿Y qué tiene que ver el coronel Robinson?

—Saridza es el hombre que sobornó a Borovansky para que tomase las fotografías.

—¿Entonces decía la verdad cuando dijo que Sachs venía a entregárselas?

—Sí.

—¿Quién era el hombre del tren de quien Sachs tenía miedo?

—No sé de ningún hombre en el tren —replicó Zaleshoff, cortante—. Fue probablemente la imaginación culpable de Borovansky.

Kenton decidió soslayar la cuestión de momento.

—¿Quién es Saridza?

El rostro de Zaleshoff se oscureció.

—Creo que, bien mirado, le conviene a usted este nombre —dijo lentamente—. Por lo que yo sé, solo un periódico en Europa lo ha publicado. En aquel tiempo Saridza se llamaba algún otro nombre, pero el periódico, al sondear en cierto escándalo financiero con el que aquél estaba relacionado, empleó su nombre verdadero. Ignoro cómo fue conocido. El periódico pudo tener en su archivo la ficha de Saridza. Fuese como fuese, el día siguiente a la aparición del artículo el hombre que lo había escrito fue muerto a tiros junto con su esposa en la escalera de su casa. —Miró pensativo al vaso que tenía en la mano y a Kenton le pareció que el ruso hablaba para sí mismo—. Dicen que las personas como Al Capone y John Dillinger son producto de la corrupta administración norteamericana y su zafia legislación. Saridza y su especie deben ser producto del sistema mundial de los negocios. La principal diferencia entre Al Capone y Stefan Saridza es que mientras Capone trabajaba para él, Saridza para otra gente. Cuando ordenaba a sus rufianes que ametrallaran a un par de hombres en la acera desde un cupé blindado, era para conservar o aumentar sus propios ingresos. Cuando Saridza ordenó a ese capitán Mailler que le pegase a usted con un *totschläger* hasta que le entregase unas fotografías, era para aumentar los ingresos de los que nombraba como sus jefes en Londres... unos caballeros que, con toda probabilidad, vacilarían antes de matar a una mosca. Ya ve usted, su hombre de negocios desea el fin, pero le desagradan los medios. Es un hombre de buen corazón. Le gusta tener la conciencia tranquila. Le gusta pensar que la gente que está contenta y feliz de ser explotada. Le gusta sentarse en su despacho y tratar honradamente con otros hombres de negocios. Para esto es necesario Saridza. Porque, en algún punto u otro de la sorprendentemente complicada estructura mundial de los negocios, siempre hay algún trabajo sucio que hacer. Puede ser simple soborno, puede ser la manipulación de la opinión pública por medio de

incidentes, rumores o escándalos, puede ser un asunto de asesinato..., pero sea lo que sea, Saridza y los de su ralea están allí para hacerlo, con grandes honorarios en sus bolsillos y las instrucciones más evasivas que puedan imaginarse...

»Saridza empezó su carrera en Bulgaria a principios de siglo. Su tarea entonces era intimidar a los tenderos: el “plan de protección”, como se llama ahora en los Estados Unidos. Pero ha progresado. Hoy día su especialidad es moldear la opinión pública, y es una persona de curiosa importancia. Ha sido condecorado por la mayoría de los gobiernos europeos. Por otra parte, esos mismos gobiernos tienen su *dossier* en los ficheros de agentes extranjeros peligrosos. Se llama a sí mismo “propagandista”, pero sería una mejor definición la de “saboteador político”.

Kenton preguntó con impaciencia:

—¿Pero que quiere con estas fotografías?

Zaleshoff agitó un dedo expresivamente.

—¡Ah! Ahí está la cosa. ¿Qué quiere, en efecto? Tan pronto como hube identificado a Saridza en este asunto, nos dedicamos a examinar el problema.

—¿Nos?

—Tamara y yo —dijo Zaleshoff suavemente.

Kenton se encogió de hombros.

—Muy bien.

—Dedujimos —prosiguió Zaleshoff— que la clave de la situación estaba en Rumanía.

—No era difícil.

—No. Pero este simple hecho no nos llevó a ninguna parte. Tuvimos que buscar más lejos.

—¿Solamente usted y su hermana?

—Ciertamente. Solo teníamos un indicio, y era que Saridza, hace algunos años, estuvo en contacto con la Pan-Eurasian Petroleum Company y que, además, había sido también empleado por el actual presidente, el señor Balterghen.

—¿Balterghen? Es un pez gordo en la City, ¿no?

—Muy gordo. Y lo que es más: su compañía es la que estuvo detrás de la agitación por la reforma de las concesiones petrolíferas en Rumanía.

—Espere un momento. Hubo cierto asunto de un periódico que fue suspendido por haber publicado un artículo sobre eso, ¿no es cierto?

—Así fue. Esta mañana hemos sabido que la orden de destrozar las oficinas del periódico salió del agente de la Pan-Eurasian Company en Bucarest. Parece que la idea era destruir la edición en la que aparecía el artículo, pero ya había sido distribuida antes del suceso. No era muy bueno el artículo, pero hizo zozobrar las proposiciones de reforma de las concesiones y dio por resultado una investigación oficial. Hace de esto unos tres meses.

—¿Quiere usted decir que los jefes de Saridza en Londres son los de la Pan-Eurasian Petroleum Company?

—Parece probable.

—¡Hum! A mí me parece más bien circunstancial. De todas maneras, aunque sea verdad, sigo sin comprender dónde encaja Sachs y su montón de fotografías.

—Nosotros tampoco lo comprendíamos. Pero investigando un poco obtuvimos otro indicio. —Zaleshoff encendió un cigarrillo y miró extasiado al techo—. ¿Ha estudiado usted recientemente la política rumana, señor Kenton?

—A fondo.

Pero la pregunta evidentemente había sido retórica, pues Zaleshoff apartó los ojos del techo y prosiguió como si el periodista no hubiese hablado.

—Hasta mil novecientos treinta y seis —dijo— Rumanía, políticamente, podía resumirse en una palabra; Titulescu. La política exterior de Titulescu se basaba en su amistad con la Rusia soviética. La Pequeña Entente fue el primer eslabón de la cadena en torno a Alemania. El último eslabón fue el pacto franco-soviético. Pero hay una reacción en el aire de Rumanía, como la hay en todos los demás países europeos. Con el fascismo en Italia, el nacional-socialismo en Alemania, la *Croix de Feu* en Francia y el nacionalismo en España, era muy poco probable que Rumanía escapara al contagio. Incluso en Inglaterra los síntomas se hacen aparentes en el creciente poder de la burocracia. El pequeño Hitler de Rumanía es Cornelius Codreanu, quien tiene a un Goering en la persona del general Zizi Cantacuzino. Codreanu era abogado hasta que formó un partido llamado la Liga del Arcángel Miguel, nombre que posteriormente fue cambiado por el de Guardia de Hierro; más tarde todavía le dio el nombre de «Liga de Todo por la Patria». Sin embargo, el nombre no tiene importancia. La política del partido es la ya conocida: antisemitismo, un estado corporativo, alianza con Alemania y el «salvar a Rumanía de la amenaza judía y comunista». Los miembros del partido llevan camisas verdes y se dedican casi exclusivamente a recaudar fondos y al asesinato y terrorismo político. Cuando Tatarescu obligó a dimitir a Titulescu y éste huyó de Rumanía, un contingente de hombres de Codreanu le siguieron; obra de estos hombres creyeron muchos que era el envenenamiento de Titulescu en St. Moritz, lo cual es muy posible. El hecho fue que Antonescu fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores en lugar de Titulescu, y Rumanía y Polonia formaron una alianza de estricta neutralidad hacia Alemania y Rusia *igualmente*. En cierto sentido fue una acción beneficiosa, pues eliminó toda idea alemana de atacar a Rusia a través de Ucrania. A menos que suceda algo grave, el poder personal y la alianza con Alemania están tan lejos de Codreanu como siempre.

»¿Ahora ve usted el papel de Stefan Saridza, señor Kenton?

—¿Quiere usted decir que Saridza ha sido contratado para provocar ese «algo grave»?

—Exactamente. Ya conoce usted la antigua pugna entre Rusia y Rumanía sobre Besarabia. La Guardia de Hierro está esforzándose por llevar a Rumanía a los brazos de Alemania inflamando la opinión pública contra Rusia. Declararán que los Soviets

proyectan atacar y apoderarse de Besarabia. Asustarán a la gente; después de súbito, dramáticamente, exhibirán la prueba —esas fotografías— para hacer evidentes las intenciones rusas. Es simplemente una cuestión de hábil oportunidad. La histeria de la masa hará el resto.

—¿Será así? Me extraña.

Zaleshoff, irritado, resopló.

—Mi querido señor Kenton, si buscase usted lo bastante en el departamento de Guerra británico, encontraría probablemente un plan completo de ataque de Inglaterra contra Francia. Forma parte de la tarea de los departamentos de guerra desarrollar esas cosas. Nadie en Inglaterra sueña en atacar a Francia. Los dos países son aliados. Pero suponga que publica usted en Francia ese plan de ataque, y jura que Inglaterra ambiciona el Marruecos francés..., ¿qué clase de efecto supone que produciría en la opinión pública francesa? El menor daño causado sería una disposición a desconfiar en el futuro de los motivos de Inglaterra. Sin embargo, Inglaterra y Francia son ahora tan amigas como pueden serlo dos naciones en este mundo. Imagine, pues, el daño en las relaciones de dos países que están en la posición de Rusia y Rumanía. Por menos han habido guerras.

—Comprendo su punto de vista. ¿Pero qué tiene que ver con ello la Pan-Eurasian Petroleum?

—Está en la base. El precio de la ayuda de Saridza para ganar el poder es el inmediato empleo de este poder para revisar las concesiones petroleras a favor de la Pan-Eurasian. Es un viejo juego: el que jugaron durante años en México los grandes intereses petroleros. Es por esto que habían tantas revoluciones.

Kenton quedó pensativo un momento.

—¿Qué le hace estar tan seguro —dijo por fin— de que lo que me ha dicho no me impedirá entregarle las fotografías? Usted ignora si yo puedo ser un *tory* recalcitrante poseedor de una buena cantidad de acciones de la Pan-Eurasian.

Zaleshoff sonrió agriamente.

—Hágame el favor de atribuirme un poco de sensatez. Si hubiese tenido usted acciones de algún valor, no hubiera estado en Nuremberg tan necesitado de dinero como me dijo. Podía haber mentido, pero yo lo hubiese percibido. De todas maneras, su *dossier* le atribuye cierta clase de modesto radicalismo, muy común entre los periodistas ingleses.

Kenton bostezó.

—Bueno, pierda cuidado. Tendrá usted las fotografías. Tuvo razón, naturalmente, cuando dijo que desde mi punto de vista no había nada en este asunto. Algo que casi sucedió no constituye una noticia. Sin embargo, me ha dado usted una idea: puedo ir a Bucarest y pergeñar algo sobre Codreanu. A propósito, para mi propia satisfacción, podría decirme si *fue* usted quien mató a Sachs.

Otra vez observó aquel curioso intercambio de miradas.

—No, señor Kenton, no fui yo.

El periodista se encogió de hombros.

—No hay más que hablar, pues. ¿No le importará, verdad, que yo saque mis propias conclusiones?

—En absoluto.

—Bien. Bueno, voy a volver a mi hotel.

Se levantó.

—¿No olvida usted las fotografías, señor Kenton?

Fue la muchacha quien habló.

—Naturalmente que no. La tiene el *patrón* del Café Schwan. Convine con él que no las entregaría a nadie más que a mí en persona; está abierto toda la noche y se halla cerca del Hotel Werner. Iremos ahora si gustan.

—¿El sobre está depositado a su nombre? —preguntó Zaleshoff secamente.

—Claro.

Zaleshoff miró a la muchacha interrogativamente.

Ella negó con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos —dijo.

Zaleshoff asintió y se dirigió de nuevo a Kenton.

—Lamento —dijo— que haya usted de pasar lo que resta de la noche aquí. Por la mañana consideraremos lo que hay que hacer.

Kenton miró ceñudo a uno y a otro.

—No comprendo bien.

—Será más cómodo... —empezó a decir Zaleshoff en tono conciliador.

Pero la muchacha le interrumpió diciendo:

—Es mejor que sepa la verdad. Señor Kenton, le es completamente imposible volver a su hotel. También le es imposible reclamar aquel paquete en el Café Schwan. Incluso sería peligroso ser visto en aquella calle.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Tamara—, no hay ni un periódico en Austria esta noche que no lleve su nombre y descripción y una gran reproducción de una huella dactilar encontrada en el lavabo de la habitación veinticinco del Hotel Josef. Toda la policía de Austria le está buscando. Han puesto precio a su cabeza: mil *schillings*. Lo buscan por el asesinato de Herman Sachs.

A las dos y cuarto de aquella madrugada el propietario del Café Schwan telefoneó a la policía para dar la noticia de que, diez minutos antes, se habían presentado tres hombres enmascarados en un coche negro cerrado, habían amenazado a los presentes con revólveres y habían saqueado el lugar. Uno de los dos clientes que se hallaban presentes en aquel momento, empleado de la estación del ferrocarril, había intentado resistir a los bandidos y había recibido una bala en el pie. No se habían llevado nada de dinero, sino solo un paquetito que había dejado un joven norteamericano y que

estaba en la caja de la correspondencia; según creía, el paquete contenía cartas comprometedoras de una dama. El hombre que había disparado contra el empleado de los ferrocarriles era alto y delgado; los otros dos eran de estatura mediana. Uno de ellos le había parecido que tenía el codo del brazo izquierdo un poco rígido; pero no estaba seguro. Habían declarado que era una cuestión de honor. No, no podía describir a los hombres, a causa de las máscaras. No se había fijado en sus ropas. No, no había observado la marca ni el número del coche..., ¿quién lo haría, en aquellas circunstancias? No, no podía recordar el nombre del norteamericano... Si tuviera que recordar a todos los viajeros que dejan cosas a guardar, no le quedaría cabeza para dirigir su negocio. El nombre podría ser Krause.

La policía prometió investigar el asunto.

11 — *Kenton medita*

Los más imaginativos de los recientes intérpretes de la historia han llamado la atención frecuentemente sobre la grotesca intrusión de lo trivial en los grandes problemas de la humanidad. Han elaborado esta idea. ¿Cuál podría haber sido — preguntan— el curso de la historia si, por ejemplo, Napoleón hubiese librado la batalla de Marengo con el juicio ofuscado por un fuerte catarro?

Semejantes especulaciones caprichosas son sintomáticas de una época sin religión. No obstante, en la compleja anatomía de la causa y el efecto, en ese loco *pastiche* que algunos desechan como «obra ciega del Destino», a menudo se puede observar cierto talento artístico.

En 1885 vivía en Salzburgo un joven matrimonio llamado Hoesch. Karl, el marido, estaba empleado en la oficina de un tal Buscher, fabricante de abalorios. A principios de 1886, Buscher murió. En su testamento, entre otros legados a sus empleados, dejó a su escribiente Hoesch dos libros «para nutrir y mejorar su mente y la de su buena esposa». Uno de los libros era una *Vida de Carlomagno*, publicada en Berlín en 1850; el otro era una traducción al alemán de *La Ilíada*. Con una generosidad tan característica como inútil (pues *Frau* Hoesch no sabía leer), Karl compartió su fortuna con su esposa dándole uno de los libros, la *Vida de Carlomagno*, que fue cuidadosamente empaquetado y guardado con el vestido de fiestas de la señora y algunos recuerdos de su madre. Karl leía asiduamente *La Ilíada*

y se la leía a su mujer. Cuando, en 1887, supieron los cónyuges que iba a nacer su primer hijo, decidieron inmediatamente que si fuese una niña le pondrían el nombre de Elena, mientras que si fuese varón, como Karl secretamente esperaba, le llamarían Aquiles. En agosto de aquel año fue bautizado Aquiles Karl Hoesch.

Podía esperarse que cuando creciese el joven Hoesch se avergonzaría de su primer nombre de pila, pero no fue así, quizás porque su madre invariablemente lo llamaba por su segundo nombre. Después de dos o tres años de oír cada noche leer *La Ilíada*, Frau Hoesch había llegado a tener una antipatía casi activa por Homero. Una vez propuso que leyeran la *Vida de Carlomagno*, pero su marido se negó, haciendo constar que le había dado a ella el libro y no podía quitárselo. Ella aceptó aquel puntilloso veredicto sin discusión, pero su desagrado por *La Ilíada* se intensificó. Fue entonces cuando empezó a llamar Karl al niño.

Para el mundo, fuera de su familia, sin embargo, el joven Karl fue siempre Aquiles; y como era un muchacho fornido y belicoso, el nombre era considerado con envidia y no con burla por sus contemporáneos. Fue quizás la confianza en sí mismo engendradora por la distinción de que era objeto lo que, al dejar la escuela, le hizo rechazar el plan de su padre de emplearlo en la fábrica de abalorios y entrar al servicio de los Ferrocarriles del Estado.

De la carrera de Aquiles Hoesch poco hay que decir. Prosperó de un modo apagado. Después de veintiséis años de empleo en diversos servicios fue nombrado subdirector del transporte de mercancías en Linz; y fue unos dos años después de este nombramiento que adquirió el hábito de dejarse caer en el Café Schwan, cuando le tocaba el turno de noche, para tomar un *Kaffee ausgeheizter* y comer un pedazo de *Kuchen*.

En eso estaba ocupado cuando el coronel Robinson y sus ayudantes aparecieron, aquella noche de noviembre, con pistolas en las manos y amenazas en los labios. Temblando con una rabia digna de su tocayo, Aquiles agarró una silla y la arrojó a la cabeza del capitán Mailler.

El Capitán se agachó, disparó a las piernas de Aquiles y le hirió en el pie. En el hospital se vio que la bala había atravesado la parte carnosa del talón.

Casi toda ciudad más o menos grande tiene su cuota nocturna de violencia. Solo el carácter de ésta cambia de un país a otro y de un barrio a otro. En el East End de Londres las armas comunes son la llave inglesa, la navaja y la botella rota. En los suburbios parisinos los cuchillos y las pistolas comparten el trabajo. En la Europa central, al norte de la línea Basilea-Trieste, domina el revólver. Los periódicos rara vez publican esos incidentes sórdidos; a menos que el caso posea esa misteriosa cualidad llamada «valor de noticia», poco se sabe de ellos. La herida en el talón de un desconocido funcionario del ferrocarril de Linz no hubiera tenido valor de noticia, ni la hubiera tenido tampoco la herida en cualquier parte no especificada del cuerpo de Aquiles Hoesch. Pero la herida en el talón de un hombre llamado Aquiles sí tenía valor de noticia: era un buen chiste.

Media hora después de haber sido llevado Aquiles al hospital, una noticia de agencia era recibida en las redacciones de todos los periódicos de la mañana de Viena y todos, menos una hoja de extrema izquierda, la embutían rápidamente en la primera página de las últimas ediciones, bajo el título de EL TALON DE AQUILES.

Poco después de las siete y media de aquella mañana, Zaleshoff se levantó entumecido de su asiento junto a la estufa, en la habitación de Rashenko en Kölnerstrasse 11, se dirigió a tientas, en la semioscuridad, al lavabo y se lavaba cara y manos con agua fría. Hecho esto, miró a su hermana enroscada en un sillón.

—Tamara —susurró suavemente.

—¿Sí?

—Voy a tomar un poco el aire.

—Está bien.

Escuchó durante un momento los leves ronquidos que venían del sofá y la pesada respiración de Rashenko.

—No los despiertes —añadió.

La puerta crujió levemente y Zaleshoff desapareció.

La muchacha contempló un momento el débil resplandor del fuego que se extinguía, después volvió a cerrar los ojos. Le pareció que apenas acababa de hacerlo cuando su hermano, a su lado, le sacudió el brazo y le susurró que se levantara y se pusiera el abrigo. Tenía un periódico en la mano.

Cuando Kenton despertó, dos horas más tarde, Zaleshoff y Tamara no estaban. En los ojos del periodista brillaba un rayo de pálido sol que se filtraba por la abertura entre las cortinas. Sentóse en el sofá y algo cayó al suelo a su lado. Era una hoja de papel doblada en tres. La abrió.

Querido señor Kenton (leyó):

Sobre la mesa del centro de la habitación hay un periódico de hoy. Dos noticias en la primera página le interesarán. La que se refiere a usted creo que no debe tomarse demasiado seriamente. ¿Desde cuándo la policía no ha esperado hacer una detención dentro de las próximas horas? La otra, cuando la vea usted, se explicará por sí misma y explicará nuestra ausencia. El más rápido ganará la carrera. No intente comunicarse con nadie. Sugiero que se quede aquí con Rashenko hasta que yo pueda arreglar su salida de Austria. Como usted insinuó tan claramente anoche, no estoy exento de responsabilidad por su desagradable predicamento. Mi hermana, cuyos instintos maternos se hacen evidentes, le manda sus mejores deseos.

La nota no está firmada. Zaleshoff era muy cauteloso.

Kenton leyó los «últimos acontecimientos» referentes al asesinato de Linz con ligero interés.

Su primera reacción ante la noticia de que era buscado por asesinato había sido la de echarse a reír. Después le fueron mostrados los periódicos de la noche y la risa había sido substituida por un sentimiento de divertida indignación. Iría inmediatamente a la policía, les maldeciría por su estupidez, exigiría disculpas, dirigiría quejas a diestro y siniestro. Finalmente se había enfurecido y había acusado a Zaleshoff del asesinato de Sachs. Hubo una escena tempestuosa.

La muchacha les había calmado.

Como ella observó, las sospechas de la policía no eran, después de todo, disparatadas. Debía parecer que Kenton era la última persona que había visto vivo a Sachs. Faltaba dinero. Había el testigo acusador del Hotel Werner. Terminó sugiriendo que todos los interesados necesitaban descanso y que sería mejor tomarlas decisiones por la mañana.

Bueno, la mañana había llegado y Zaleshoff y su hermana se habían largado. Dudando un poco, Kenton buscó la noticia a la que se refería la nota. Finalmente, vio el parrafito jocosos referente a la herida en el talón de Aquiles Hoesch y comprendió. ¡Así, después de todo, Saridza había obtenido las fotografías! Listo. Entretanto...

Apartó las cortinas y miró por la ventana, abajo, al pavimento. Había unos niños jugando, una vieja, uno o dos hombres que andaban de prisa. Experimentó un súbito deseo de salir de la sofocante habitación de Rashenko y andar al aire libre. Al fin y al cabo, no había ninguna razón para no hacerlo. No había cometido ningún crimen. Era absurdo que sospecharan de él. Absurdo que... pero, pensó de pronto, no *sospechaban* de él. Esto era Austria, no Inglaterra. Hasta que pudiese probar su inocencia, no era solo sospechoso... ¡era culpable!

Dejó caer la cortina y se levantó. La mitad inferior de su cuerpo le dolía mucho. Esto, según descubrió, era debido en parte al entumecimiento de sus articulaciones y en parte a un colorido despliegue de magulladuras. No obstante, sus brazos y su espalda habían sufrido menos. Un espejito en la pared le mostró que, exceptuando un desagradable crecimiento de la barba, su cara había recobrado las proporciones normales. Sus ropas habían salido malparadas. Además de la enorme rasgadura de la pernera del pantalón, había pequeñas roturas en las mangas y la espalda de la chaqueta. Su ropa interior estaba como podía esperarse después de setenta y dos horas de uso continuo e inusitadamente rudo. Necesitaba urgentemente un baño. Se desnudó, se acercó al lavabo e hizo lo que pudo con un pequeño lavamanos y un jarro de agua fría.

Con algo de sorpresa, descubrió que ser buscado por asesinato le producía un efecto casi idéntico al de hallarse en la sala de espera de un dentista: una sensación de molestia en la región intestinal, cierta opresión en el pecho. Supuso que en ambos casos las mismas glándulas vertían las mismas secreciones en el flujo sanguíneo. La

naturaleza puede ser absurdamente parsimoniosa. Quizás esto explica el por qué los asesinos se portan tan a menudo de una manera en extremo carente de discreción cuando se enfrentan a la policía. El exceso de seguridad en aquellas circunstancias puede ser más peligroso que el pánico ciego. Kenton no debía hacer nada con apresuramiento.

Se secó no muy bien con una pequeña toalla y volvió a ponerse la camisa y los pantalones. Cuando Rashenko despertase le pediría prestada una navaja y se afeitaría. Encontró algunos cigarrillos, encendió uno y se sentó a meditar.

La cuestión inmediata era si debía aceptar o no la sugerencia de la nota de Zaleshoff.

La decisión podría ser fácil de tomar si verdaderamente hubiese asesinado a Sachs, pues entonces solo tendría que pensar en salvar su pellejo. En su caso, había la engorrosa necesidad de probar su inocencia. Un verdadero asesino no tendría que preocuparse por esto; habiendo pruebas, la última cosa que podría desear sería un proceso. Por su parte, Kenton la última cosa que deseaba era un proceso; pero no había matado a Sachs; por lo tanto, no podrían, no lo juzgarían por ese asesinato. Todo era fantástico.

Entonces otra idea le empezó a germinar. Supongamos que *sí* lo juzgaban por asesinato. Supongamos que sus esfuerzos por probar su inocencia fracasaban y que el cónsul no podía hacer nada. Era muy bonito decir que el Derecho triunfa al final, que la Justicia busca los culpables y los castiga. En la práctica, el Derecho y la Justicia estaban lejos de ser infalibles. Estúpidos, honrados y ciegos, se equivocan en la persecución de su presa. A veces el inocente cruza su camino; el Derecho y la Justicia se abalanzan; a veces el inocente es condenado y con la condena la Justicia queda satisfecha. El caso queda cerrado por lo que concierne a la policía. Entonces, no sirve de gran cosa tener esperanza en el triunfo del Derecho.

Su corazón latió un poco más de prisa. Tomó un periódico de sobre la mesa y se puso a leer con más atención el relato de las actividades de la policía en relación con el crimen. ¡Huellas dactilares! Creyó haber limpiado todo lo que había tocado. Debió olvidar el lavabo donde se limpió las manos para quitarse la sangre de Sachs. Había la declaración del portero nocturno. La descripción era bastante buena, aunque el nombre estaba escrito Kenten. Podía ser que el hombre no estuviera tan borracho como parecía. Faltaba el dinero. Sachs había pagado la habitación por anticipado y el portero había visto la cartera. No se hacía mención del dinero que él había enviado por correo al hotel, pero sin duda la policía guardaría la escritura del sobre como una prueba conclusiva para el proceso. ¡Qué tonto había sido mandándolo! El Hotel Werner había contribuido ampliamente a la evidencia. El asesino, declaró el gerente, había llegado en las primeras horas de la madrugada muy desgredado, como si hubiese luchado con alguien. Cuando más tarde, el mismo día, se había descubierto su huida, en la habitación había un gran desorden. Esto, concluyó Kenton, era muy posible teniendo en cuenta el hecho de que tanto Saridza como Zaleshoff habían

registrado sus pertenencias. Era un caso circunstancial indiscutible. Su única defensa podría ser la afirmación más bien débil de que Sachs ya estaba muerto cuando él, Kenton, llegó. La historia de las fotografías haría más daño que bien. Aun cuando no fuese considerada como una insolente fanfarronada, solo serviría para proporcionar al fiscal un motivo más para el crimen. Una cosa era clara: sería demasiado peligroso entregarse. Su única probabilidad de salvarse era encontrar al verdadero asesino y hacerlo detener. La única alternativa, fuera de eso, era volver a Inglaterra, con la ayuda de Zaleshoff o por su cuenta, y quedarse allí. Le parecía recordar que no se puede ser entregado en extradición del propio país.

Apenado, se paseaba por la habitación. Si por lo menos Zaleshoff no se hubiese largado. Hubiera obligado al ruso a decirle la verdad sobre el asesinato. O bien el «espía nazi» o el mismo Zaleshoff habían apuñalado a Sachs, de esto estaba convencido. La noche anterior debía haber exprimido a aquel hombre para sacarle la verdad. ¡Si hubiese pensado más y hablado menos! De todas maneras, cuando uno no está acostumbrado a ser de pronto injustamente acusado de asesinato, se halla propenso, suponía, a dejar que el sentimiento de la inocencia ultrajada oscurezca las realidades de la situación. Recordaba amargamente que se había dormido con complacencia, acuñando las frases irónicas que dirigiría a los necios que habían cometido la pifia.

La perspectiva de permanecer escondido durante días en la habitación de Rashenko, era algo que no podía soportar. Aparte del peligro de ser descubierto, había el hecho de total importancia de que sus posibilidades de librarse de la acusación disminuirían cada día que pasara. Zaleshoff, obrando sin duda de acuerdo con la información que él le había dado anoche, iba camino de Praga. El matón de cara de pastel que iba en el tren Nuremberg-Linz podía estar, y estaba indudablemente, a centenares de kilómetros lejos. A Zaleshoff, naturalmente, no le importaba un pito lo que sucediera; con tal que se logaran los objetivos de su gobierno, la suerte de un oscuro periodista inglés era una cuestión de importancia mínima. Kenton se enfurecía por la perfidia de aquel hombre. En cuanto a la muchacha, ella, por lo menos, podía haber tenido un poco más de consideración por él. Sonrió ácidamente. ¡Consideración! ¡Qué palabra tan relamida y respetable para usarla en relación con un asunto tan grotesco! Decidió que estaba perdiendo el sentido de la proporción. Las recriminaciones eran una pérdida de tiempo. La cuestión era: ¿él qué debía hacer?

¿Debía marcharse a Inglaterra? La idea no dejaba de tener atractivo. Allí, por lo menos, tendría seguridad física. Por otra parte, su libertad de movimiento estaría gravemente trabada. Si se aventuraba a poner los pies fuera de Inglaterra, podría ser, y probablemente sería, detenido inmediatamente. En Inglaterra mismo quizás estaría vigilado. Era una cosa, decidió, sobre la que debería consultar a un abogado. De todas maneras, la posibilidad de librarse de la acusación estando en Inglaterra sería remota. Quizás tendría que confiar definitivamente en que el verdadero asesino hiciese una

confesión en su lecho de muerte. Entretanto, de la vida en Inglaterra lo menos que podría decir es que no sería precisamente como yacer en un lecho de rosas. Un hombre reclamado por un asesinato particularmente sórdido no sería un miembro de la sociedad muy aceptable. Todo desembocaba en lo mismo: encontrar al asesino y entregarlo a la justicia.

Examinó sombríamente ese propósito. Parecía sin esperanza alguna. Aun cuando pudiese encontrar a Zaleshoff, tendría además que persuadirle para que le ayudase. ¡Sacarle la verdad! Sí, pero ¿cómo? Recordaba las miradas vacías, las frías negaciones que habían contestado a sus anteriores preguntas sobre el asesinato de Sachs. Suspiró. Si al menos hubiese jugado mejor. Zaleshoff y su hermana habían sido demasiado listos para él. Antes de hablarle de la policía habían descubierto ya lo que había hecho con las fotografías. Toda aquella charla sobre el precio de su entrega de las fotografías había sido simple comedia para distraer su atención del verdadero asunto. ¡Qué aliviados debieron sentirse al ver que no insistía por saber el nombre del asesino de Sachs! Recordaba pequeños incidentes significativos: la muchacha que hacía desaparecer rápidamente un periódico arrugado, aquellas miradas curiosas cada vez que se mencionaba el asesinato de Sachs. Sí, había sido «manejado» de un modo muy hábil. Observó que sentíase casi complacido de que, después de todo, no hubiesen podido obtener las fotografías. Luego...

Dio un respingo.

Zaleshoff quería de todas maneras aquellas fotografías. Él, Kenton, les había cedido a cambio de una información periodística que no podía utilizar. Las fotografías eran su única arma. Suponiendo que de alguna manera podía volver a posesionarse de esa arma... entonces...

Volvió, asqueado, al decaimiento.

Era una locura, una imposibilidad. ¿Cómo podría apoderarse de las fotografías? Saridza probablemente ya estaba en Praga. Zaleshoff en este momento corría tras él. ¿Qué probabilidad tenía Kenton de anticiparse al ruso? Aplastó lentamente la colilla y apoyó la cabeza en sus manos.

Un psiquiatra hubiera observado el comportamiento del periodista durante los dos minutos con un melancólico interés profesional. Después de un minuto y medio la expresión de total desaliento de su rostro cambió súbita y curiosamente; la mandíbula inferior cayó, los ojos se abrieron de par en par, la frente se arrugó, pensativa. Después la frente volvió al aspecto normal y la boca se abrió ligeramente en el inicio de una sonrisa burlona. Se levantó rápidamente, castañeteó los dedos, exclamó «¡Ja!» y silbó suavemente. Porque había recordado algo —algo de total importancia—: el hecho de que el coronel Robinson iba a Praga *para encontrarse con alguien llamado Bastaki*.

En su apresuramiento por contar su historia a Zaleshoff y contestar el torrente de preguntas del ruso, olvidó aquel nombre. En realidad, no había puesto en él particular atención. Sus pensamientos en aquel momento se habían concentrado en gran parte

sobre la porra de caucho del capitán Mailler. Después, ocupado en huir y en seguir las acrobacias mentales de Zaleshoff, aquel detallito en apariencia insignificante se había borrado de su mente. En todo caso, no había considerado que el destino de Saridza tuviese importancia. Había creído que las fotografías estaban seguras en el Café Schwan.

Sin embargo, ahora las cosas eran diferentes. El destino de Saridza se había vuelto importante; y determinaba la medida de esa importancia el solo hecho de que él, Kenton, poseía una información que Zaleshoff no tenía. Esa información podía hacerle posible recobrar la posesión de las fotografías antes que el ruso pudiera apoderarse de ellas, a pesar de que había salido más temprano. Praga era una ciudad grande. Con nada absolutamente sobre qué trabajar, la tarea de Zaleshoff era formidable. El nombre «Bastaki», ciertamente, podía resultar inútil como pista; pero era igualmente posible que fuese de un valor inapreciable. Fuese como fuese, se dijo, no tenía nada que perder. Si no lograba encontrar a Saridza o si, habiéndolo encontrado, no lograba obtener las fotografías, podía aún tratar de llegar a Inglaterra a través de Polonia. En todo caso, Checoslovaquia era el mejor país a donde ir. Podía llegarse a la frontera suiza solo viajando por la ruta más larga a través de Austria, mientras que, como no se atrevía a usar su pasaporte, Alemania e Italia resultaban demasiado arriesgados; en cualquiera de estos dos países tendría que registrar su verdadero pasaporte. Ir a Hungría sería simplemente alejarse más de Inglaterra y no realizar nada. Tenía que ser Praga.

La sensación de tener en vistas un objetivo definido le alegró enormemente. En el fondo sabía que las posibilidades de hacer algo útil en Praga con la clave que poseía, eran fantásticamente débiles; pero también sabía que, fuera de permanecer escondido en la habitación de Rashenko, no tenía otro camino. Se concentró con gusto en el problema más inmediato: el de ir de Austria a Checoslovaquia sin ser detenido o exponerse a la captura mostrando su pasaporte.

La primera necesidad era la ropa. Su sombrero y su abrigo estaban en el Hotel Werner o había sido llevados a la delegación de policía. Sus pantalones eran inservibles para ir a alguna parte sin llamar la atención. La segunda cosa esencial era el dinero. Contó lo que tenía en la cartera: cuatrocientos sesenta y cinco *Reichsmark* y un poco de calderilla. Si gastaban los sesenta y cinco en ropa, le quedaría lo suficiente para vivir una o dos semanas. Pronto sabría si estaba o no estaba perdiendo el tiempo en Praga. Si fuese necesario, podría ir a Danzig y tomar pasaje en un barco para Hull.

Se acercó a la cama.

Rashenko yacía de espalda, los ojos cerrados. Su respiración era inaudible y Kenton juzgó que estaba despierto.

—Rashenko —dijo.

Los ojos se abrieron.

—¿Sabe usted —dijo Kenton en alemán— que Zaleshoff y su hermana se han

ido?

Rashenko asintió con la cabeza. Luego salió lentamente de la cama y se puso sobre los hombros una vieja bata. El periodista le vio ir hacia una mesa y garabatear rápidamente sobre un pedazo de papel. Por fin levantó el papel para que Kenton lo viera.

Ha decidido usted marcharse —leyó—, pero le suplico que se quede aquí. Es más seguro. Andreas Prokovitch no le fallará.

—¿Cómo supo usted que me iba?

Rashenko escribió de nuevo:

He estado observando su cara. Vi que se decidía. Es peligroso salir. Le atraparán.

Sus ojos se fijaron en los de Kenton. Movi6 la cabeza afirmando con vehemencia.

—Si usted me ayuda, no me atraparán.

Rashenko dijo no con la cabeza.

—¿Quiere usted decir —preguntó Kenton— que no me ayudará, o que seré atrapado?

Rashenko sonrió débilmente y escribió:

Deseamos ayudarle; pero si sale de esta casa no podemos hacer nada.

—Debo probar suerte.

¿A dónde va usted?

—A Inglaterra. Así estaré a salvo de ser detenido.

Le detendrán en la frontera alemana, si no antes.

—Iré vía Checoslovaquia.

Durante un segundo brilló la sospecha en los ojos hundidos del ruso, después se encogió ligeramente de hombros, se acercó a la estufa y empezó a hacer café y a calentar algunos panecillos que sacó del armario.

Mientras tomaban el café y comían los panecillos, Kenton expresó sus necesidades: una navaja, un poco de moneda austríaca a cambio de sus billetes alemanes y algo de vestir. Rashenko asintió, sombrío, tomó uno de los billetes de cien marcos de Kenton y le mostró dónde estaba la navaja. Luego desapareció por la puerta que conducía a la escalera y a la calle.

Preguntándose si el ruso pensaba ir de compras en bata y camisa de dormir, Kenton empezó a afeitarse la barba. Había decidido dejarse bigote. Sin embargo, cuando llegó el momento de darle forma topó con una dificultad: nunca antes había tratado de llevar bigote y dudaba sobre la técnica; un efecto de cepillo de dientes resultaría demasiado inglés; decidió finalmente dejar que los pelos llegaran hasta el ángulo de la boca; el resultado, observó con interés, le daba un aspecto de muy mal genio.

Estaba examinando críticamente su obra cuando Rashenko reapareció con un gran fardo de ropa.

Kenton se apoderó de él con afán. Encima había un montoncito de moneda

austríaca. Las ropas consistían en un sombrero blando gris de ala redonda, plana, europea, unos gruesos pantalones marrón y un voluminoso abrigo gris oscuro. Evidentemente, no eran nuevas las prendas.

—¿De dónde lo sacó? —preguntó.

Rashenko sonrió, pero no hizo nada por contestar.

Kenton se puso el sombrero y se miró al espejo. Había algo curiosamente conocido en la manera como había sido ahuecada la copa que no pudo identificar. Había visto aquel sombrero en algún lugar. Se encogió de hombros. Debía haber sombreros como aquél en toda Europa.

Diez minutos más tarde se abrochaba el abrigo, estrechaba la mano de Rashenko y salía de Kölnerstrasse 11. En la calle se detuvo un momento, aspiró profundamente el aire puro y frío y dobló a la izquierda.

12 — Mister Hodgkin

Siguiendo el camino que le había descrito Rashenko, Kenton se dirigió al centro de la ciudad.

Reprimiendo prudentemente las tentaciones de levantarse el cuello del abrigo para ocultar su cara y de adentrarse por cada calle lateral que atravesaba, andando rápidamente, pasó por el Parkbad y junto al Hotel Weizinger. En la Brücknerplatz encontró lo que buscaba: una agencia de viajes. Entró.

Para su alivio, el lugar no estaba vacío ni mucho menos. Ante el largo mostrador que se extendía en una esquina del local, una pareja suiza preguntaba sobre los trenes que iban a Basilea. Junto a ellos una inglesa de aspecto cansado afirmaba con voz alta y penetrante que los hoteles eran mejores en El Cairo. A la izquierda del local, sentados en sillas alineadas bajo un gran cartel que anunciaba en alemán, en francés y en inglés que a las doce exactamente saldría en autobús de lujo una expedición con guía para una excursión por la selva bohemia, había un grupo charlatán cargado con cámaras y binóculos.

Miró alrededor en busca de un mapa de Austria y vio que había uno en la pared, detrás de su cabeza. Se concentró en el área nordeste de Linz.

Había decidido que el mejor plan sería ir en tren hasta algún punto cercano a la frontera checa, esperar la noche y, dejando la carretera, emprender la marcha a campo

traviesa, confiando en que la suerte y la oscuridad le favorecerían para pasar inadvertido de los guardias fronterizos que pudiesen patrullar los parajes poco frecuentados. Entonces podría volver a la carretera del lado checo, andar hasta una población y abordar un tren para Praga.

El mapa le reveló dos posibles alternativas. Podía ir hasta la terminal del ferrocarril en Aigen y tratar de llegar a Schwarzbach, al otro lado de la frontera, o bien por la ruta de Garsbach y Summerau del lado austríaco hasta Budweis y Praga directamente. Esta última ruta parecía muy poco prometedora: en primer lugar, no estaba marcada en el mapa ninguna población fronteriza, lo cual podía significar que los pasaportes serían examinados en cualquier punto del viaje y que no tendría oportunidad de apearse del tren; en segundo lugar, era una línea principal para la salida de Austria y la policía probablemente escrutaría con mucho cuidado a todos los viajeros. El otro plan le pareció mejor hasta que, mirando con más atención, vio cierto número de pequeños triángulos negros en la frontera, al norte de Aigen, los cuales significaban que en aquellos puntos había grandes altitudes; se le ocurrió que el mismo hecho de que el tren se detuviera a pocos kilómetros de la frontera indicaba que la región próxima era impracticable para el transporte.

Estaba empezando a pensar que debería tomar una ruta más larga hacia el Este, cuando observó que hacia el oeste de Freistadt se veía una sola línea fina, que cruzaba la frontera y penetraba en Checoslovaquia: era una carretera. Miró de nuevo y vio que sobre el área vacía que rodeaba aquella línea había la palabra: *Böhmerwald*.

Durante un instante continuó con la vista fija en el mapa. *Böhmerwald*... ¡la Selva de Bohemia! Y precisamente tras él, esperando en las sillas, había un grupo que iba hacia allá en autobús. Miró el reloj: eran las doce menos veinte. Volvió a mirar el mapa. Su carretera pasaba por un lugar llamado Neukirchen. Dirigióse al mostrador y un hombre se adelantó presuroso.

—Tengo solo algunas horas que pasar en Linz. ¿Hay quizás alguna excursión que pudiese hacer? —preguntó.

Ciertamente, había varias. Había las excursiones de la tarde a las excavaciones de Hallstätter, a las cumbres de Bauernberg y Freinberg. O bien, si *mein Herr* lo deseaba, había viajes a Postlingberg y Steyr, con muchos lugares de interés artístico y cultural: mucho barroco.

Kenton señaló con la cabeza, sin mucho interés, al grupo de la excursión en autobús.

—¿Esa excursión, es buena?

—Sí, sí; un viaje de una belleza inolvidable; por Neukirchen hasta el punto más alto de los bosques, mil metros, desde donde se contempla el corazón de la vieja Bohemia. Desgraciadamente, si *mein Herr* solo disponía de poco tiempo no sería posible, pues el regreso no sería hasta la noche.

Kenton se apresuró a explicar que no salía hasta tarde de la noche, compró un billete, se sentó tan rápidamente y tan discretamente como pudo entre el resto del

grupo y se sintió empapado de un nervioso sudor. «El punto más alto a mil metros», «se contempla el corazón de la vieja Bohemia»..., las dos frases resonaban en su cabeza. Se esforzó por respirar regularmente y con calma y examinó a sus compañeros de viaje.

Los contó: eran diecinueve y, por lo que podía ver, la mayoría austríacos. Frente a él, sin embargo, había un joven francés de aspecto algo severo que hablaba en voz baja y tono apasionado a una mujer sentada a su lado. El periodista captó las palabras *ta famille, ce vieux salop y vicieuse*. Junto a ellos, un hombre sumergido en un periódico; daba la espalda a Kenton pero el periodista vio, con angustioso terror, que estaba leyendo sobre el asesinato del Hotel Josef. Kenton fijó la mirada al suelo y lamentó no haber comprado un libro o una revista con que esconder la cara. Con el rabillo del ojo vio que el hombre que tenía al lado le miraba expectante con ganas de entablar diálogo. Se dijo que, costase lo que costase, debía actuar normalmente, y que aparecer reticente e insociable solo serviría para atraer la atención; se volvió y dijo que era un día hermoso para la excursión. Sin embargo, su vecino ahora estaba enfrascado en una conversación con una corpulenta austríaca sentada frente a él, y no le oyó. Sintiéndose algo tonto, Kenton volvió a su contemplación del suelo. Después de unos instantes sus ojos se desviaron furtivamente hacia una mesita que estaba a unos dos metros de él, sobre la cual había ocho ordenados montones de folletos de viajes. Los miró con ansia: con uno de ellos en la mano resultaría menos conspicuo. Sin embargo, para tomarlo tendría que ponerse de pie, recorrer dos metros de piso, volver y sentarse otra vez. Para ello se necesitaba valor; pero por fin se levantó y se dirigió a la mesa. En su excitada imaginación, todos los que estaban en el local suspendieron de pronto lo que estaban haciendo y fijaron los ojos en él. Enervado, tomó un folleto de la pila más cercana y volvió rápidamente a su asiento. La hebilla de metal del cinturón de su abrigo, que colgaba suelto, se balanceó y golpeó la mesa con fuerte ruido.

Sonrojado, aturrullado, Kenton se sentó y hundió la cara en el folleto, que resultó ser una lista de los barcos que zarpaban de Génova en diciembre. Dos minutos más tarde, para su gran alivio, un hombre con una larga chaqueta con galones dorados y gorra de visera entró y anunció que el autobús había llegado y los que tenían billete para la excursión podían ocupar sus asientos.

La mitad de los asientos del autobús estaban ya ocupados por un grupo recogido en un gran hotel; Kenton, que había maniobrado para quedar a la cola de la procesión, cuando subió se encontró con que solo había un lugar vacío. Se halló colocado entre una austríaca de mediana edad y cara de boba y el lector del periódico, hombrecito de cara delgada, con lentes sin aro y un par de ojos azules muy agudos. Se instaló en su asiento y miró por la ventana. Al instante su corazón casi dejó de latir, porque le estaba mirando fijamente a los ojos un policía parado en la calle.

Durante un momento perdió la cabeza. Su primer impulso fue escurrirse por la puerta lateral y echar a correr. Después se dio cuenta de que, debido al reflejo del

crystal de la ventana, el policía no podía verle. Aflojó los músculos, se secó la frente furtivamente con el dorso de la mano y oró silenciosamente porque el chófer dejase de hablar con el guía y pusiera el autobús en marcha.

—¿Chistosos arreos, verdad?

Kenton tuvo un violento sobresalto. Era el hombrecito de la cara delgada que estaba sentado a su lado, y hablaba inglés con el inconfundible acento de los suburbios londinenses.

Haciendo un esfuerzo para conservar la calma, Kenton se volvió hacia su interlocutor.

—*Bitte?*

Los agudos ojos azules brillaron, divertidos.

—¡Vamos! ¿No va a decirme que no es usted británico?

Kenton se echó a reír débilmente.

—Perdone. Uno se acostumbra tanto a hablar alemán. —Sintió que se sonrojaba—. Sí, en efecto, se ven un poco raros —añadió presuroso.

—Eficiente, sin embargo, la policía austríaca —prosiguió el otro—. Hace años que entro y salgo del país y reconozco que son los tipos más listos de Europa. No como los alemanes, todo papeleo y afectación. Pescan siempre al hombre que buscan, me dijeron. Todos son entrenados en Viena.

Kenton, desesperadamente, cambió de tema.

—¿Cómo supo usted que soy inglés?

El otro parpadeó pesadamente.

—Lo noté tan pronto como entró usted en este lugar —señaló la agencia de viajes—. No adivinaré cómo.

—¿El traje? —preguntó astutamente Kenton.

—Sí y no. —Palpó con desprecio el abrigo de Kenton—. Esto es paño continental y corte continental. El sombrero es alemán. No, fue la solapa de su chaqueta, el trocito que se veía bajo el cuello de su abrigo.

—¿Mi chaqueta?

—Sí, es inglesa.

Kenton recordó que había comprado el traje en Londres.

—No comprendo cómo puede adivinarlo. Podría haberla comprado en París o en Berlín o en cualquier parte.

El hombrecito sacudió la cabeza triunfalmente.

—No, no hubiera podido, amigo; y le diré por qué. El único tejido de este estambre que hay en el continente está en mi maletín de muestras, en el hotel. Soy el representante continental de la firma que lo fabrica: Stockfield, Hadley and Sons, de Bradford. Hoy es mi día de descanso. Míster Hodgkin es mi nombre.

—Es usted muy observador —dijo Kenton, que empezaba a sentirse ligeramente histérico.

—Uno se acostumbra a mirar las telas cuando está en el negocio —dijo Hodgkin.

Se reclinó en su asiento y levantó la voz—: *Sie da! Sollen wir den ganzen Tag hier sitzen bleiben, oder wann geht's los?*

Hubo un murmullo de adhesión en el resto del autobús y el guía miró por encima de las cabezas buscando al autor de esa llamada a la acción.

—Haraganeando como un par de viejas —gruñó Míster Hodgkin—, y luego ponen cara de inquisidores cuando uno se lo dice. Estos son los peores de los austríacos. Tipos simpáticos cuando se les conoce, pero ¡chismosos, Dios mío! Harían que una reunión de comadres pareciera una fiesta de sordomudos. ¡Siempre hablando!... de política principalmente. Hace quince años que entro y salgo del país... Mi actividad cubre todo el oeste de los Cárpatos; más allá no hacemos gran cosa; mi hermano hace Londres y los condados... y, créame, nunca he oído semejantes charlatanes. El otro día estaba hablando con un chico de Viena... Keller. Tiene un montón de tiendas de ropa para hombres. ¿Le conoce?

—No creo conocerlo.

—Es un gran comprador. Todo el mundo conoce a Keller. Con todo, estaba desgañitándose sobre Hitler y el *Anschluss*. «La situación en Alemania es grave pero no desesperada —dice—; la situación en Austria es desesperada pero no grave». ¿Ha oído usted nunca semejantes despropósitos de chiflado? Así son ellos: charla, charla, charla, en vez de poner manos a la obra.

Para alivio del periodista el autobús se puso en marcha y durante algunos minutos Hodgkin miró por la ventana. Kenton tomó la decisión de cambiar de asiento a la primera parada que hicieran. Si tenía que llevar a cabo su propósito de alejarse del grupo cerca de la frontera, era esencial, aunque significase ser rudo, desembarazarse de Hodgkin. El hombre era, evidentemente, de los que se pegan como una sanguijuela si se les da pie en lo más mínimo.

—Los checos, ve —dijo Míster Hodgkin, reanudando súbitamente el discurso—, son diferentes. Cuando digo checos, naturalmente, no quiero decir eslovenos. Un esloveno es tan checo como mi tía Muriel. Saben lo que hacen, los checos. Van al grano. Nada de tonterías. Fe, esperanza y treinta y tres y un tercio de beneficio... este es su lema. La policía checa es de órdago, también —añadió inconsecuentemente.

Kenton empezó a encontrar un poco inquietantes esas referencias a la eficiencia de la policía.

—¿El negocio va bien? —preguntó.

Míster Hodgkin soltó una breve risa.

—¿Soy acaso la reina de Saba? —preguntó con amargura—. Le digo a usted, amigo, que al precio que está la mano de obra en Checoslovaquia y Hungría, es un milagro si alguna vez llegamos a oler un paño bueno. Yo vendo calidad y esto es algo que esos tíos continentales no comprenden. Los viejos compradores me conocen y aceptan mis telas porque les gustan al tacto, pero no las venderán, y lo saben. Demasiado caras. Un compañero mío viajaba para una fábrica de calzado de Northampton antes de la guerra; vino después la guerra y acabó completamente con

su negocio. Es lo mismo en todas partes. La única cosa que se podría vender aquí hoy día es una linda nueva línea de ametralladoras, pero los chicos del Continente tienen también completamente acaparado este negocio. En uno de mis informes a la casa dije que en mi opinión deberíamos empezar a fabricar uniformes militares para animar el negocio. Naturalmente, solo me chanceaba. ¿Una broma, eh? ¿Qué cree usted que me contestaron?

—¿Qué?

—Decían que habían establecido otra fábrica que no hacía otra cosa, pero que, como trabajaban día y noche para los contratos con el gobierno, no podían aceptar más pedidos. Esto es para reírse, ¿no? Sin embargo —dijo Míster Hodgkin, pensativo—, espero que tendrá usted bastante con sus problemas, sin los míos. ¿Puedo preguntarle cuál es su línea?

—Oh, estoy más o menos de vacaciones.

—¡No me diga! —Míster Hodgkin sacó una enorme pipa que tenía esculpida en el hornillo una cabeza de mujer y empezó a llenarla del tabaco de una petaca de hule. Tenía los ojos fijos en su tarea mientras proseguía—: ¿Sabe usted? Hasta que vi esta chaqueta suya, le hubiera tomado por alemán. Hablaba el alemán tan bien como un nativo, allá en el mostrador. Este abrigo, además...

El corazón de Kenton se detuvo un momento.

—He estado en un sanatorio en Baviera durante algún tiempo —dijo, desatinadamente—. Enfermo del pecho —añadió.

—¡Qué pena! —dijo Hodgkin con simpatía—. Espero que ahora todo esté bien. Conocí a un tipo... —Se interrumpió de pronto y señaló con la pipa hacia afuera de la ventana— ¿ve eso? Eso significa nieve esta noche.

Kenton siguió la mirada del otro. El autobús bajaba suavemente por una larga pendiente arbolada. Brillaba el sol, pero a lo lejos, hacia el Nordeste, había un curioso aspecto plomizo en el cielo.

—No me disgustará la cama esta noche —dijo Hodgkin alegremente—. ¿Dónde para usted en Linz?

—Salgo para Viena esta noche.

—¿Con el tren de las diez?

—Sí.

—Es el mejor.

Míster Hodgkin encendió su pipa. Hubo una andanada de excitadas protestas por parte de la mujer que estaba a la derecha de Kenton. Míster Hodgkin la miró, chupó dos veces su pipa, aspiró, arrojó el humo por la nariz y sacudió con cuidado el tabaco en el suelo.

—Esto es el Continente —dijo con calma—; fume usted un cigarro como un trozo de cuerda grasienta y a nadie le importa, pero saque una honrada pipa y ¿qué pasa?

Kenton reconoció la anomalía y hubo silencio durante un rato.

Míster Hodgkin, decidió el periodista, era típico de esa extraña especie de inglés:

la de los viajantes exportadores. Uno se topa con ellos en los lugares más inesperados: en remotas ciudades del Lejano Oriente, en trenes locales del Continente, en los más pequeños hoteles de las poblaciones de toda Europa. Hablan los idiomas extranjeros fluidamente, gramaticalmente, pero con un acento espantoso, y están en excelentes relaciones con las diversas personas del país con las que tienen contacto. Toman bebidas extranjeras, comen manjares extranjeros, escuchan los puntos de vista extranjeros y permanecen absolutamente faltos de curiosidad e indomablemente ingleses. Para ellos el viaje de París a Estambul solo es diferente del viaje de Londres a Manchester porque es más largo y puntuado a intervalos irregulares por el examen de los equipajes. Las ciudades de la tierra son otras tantas estaciones de ferrocarril, distinguibles solamente por el idioma de los letreros y la clase de moneda que esperan los cargadores. La mayoría son solteros y pasan las vacaciones de verano, solos, en Bognor o Clacton-on-Sea, tomando té o sentados cerca del bar. No se necesitaba mucha imaginación para representarse a Míster Hodgkin en aquellas circunstancias. Tenía, quizás, una hermana casada que vivía en Clapham o en Hendon y le escribía una vez al mes. Quizás...

Míster Hodgkin interrumpió esas reflexiones dando a Kenton con el codo.

—Nos detenemos en Neukirchen para *Mittagessen*. Probablemente tratarán de meternos en uno de esos restaurantes para turistas donde hacen pagar hasta el aire. Usted y yo nos escabulliremos por nuestra cuenta, amigo. Tendremos mejor pitanza y una estupenda vista, más barato.

Kenton pensó rápidamente. Esta era la ocasión de desprenderse del hombre, de ser rudo. Débil, perdió la oportunidad.

—Estará muy bien.

—Estupendo. Hay que vigilar con esos tiburones del turismo.

—Supongo.

—¡Claro! Yo hago a menudo estas excursiones. Me gusta un poco de paisaje de cuando en cuando. Aunque, creo que Devon o el distrito de los Lagos dejan todo esto pequeñito.

—En un aspecto diferente, claro.

—En el aspecto que quiera. ¡Mírelo! —Corrían a través de un majestuoso valle—. Pinos, nada más que pinos. No hay nada más que pinos de aquí a Vladivostok. Aburrido, sin interés, sin ninguna variedad.

—Dijo usted que le gustaba el paisaje.

—Y es cierto. Siempre hago esta excursión cuando estoy en Linz. Pero no es por el paseo. Esto es lo último que lo hace valer la pena. Se sube hasta mil metros...; en realidad, son novecientos y pico... y puede ver a muchos kilómetros en un día claro. Naturalmente, en realidad no hay mucho que pueda *verse*, pero produce verdadera impresión mirar todo eso. Por lo menos, a mí me la produce. Sentí verdadera pena cuando hablaban de derribar la Torre Eiffel.

Cinco minutos más tarde el autobús se detuvo en Neukirchen.

Como Hodgkin había predicho, el grupo fue llevado en rebaño a un pintoresco restaurante de la plaza. Kenton siguió a su compañero, por una calle lateral, hasta una casa de comidas sin pretensiones detrás de la iglesia.

Durante la comida de *Wicklkrout* y cerveza, Hodgkin contó varias viejas anécdotas picantes. Todas eran del género rabelaisiano y se referían a las aventuras amorosas de los viajeros de comercio.

—Es un regalo —dijo— estar contando cuentos con un británico. Estos chistes de los extranjeros son siempre sobre política o cosas así. Nadie lo creería ante el modo como obran, pero es un hecho.

Kenton expresó, de un modo un poco ausente, estar de acuerdo, y se dedicó a su comida. Podrían pasar muchas horas antes que pudiera comer otra vez con tranquilidad. Se le ocurrió, sin embargo, que había la posibilidad de que Hodgkin fuera capaz de resolver un problema muy importante. Con la copa de brandy delante, interrumpió un largo relato sobre una competencia entre asesinos en Yugoslavia preguntando si Míster Hodgkin conocía Praga.

—Como la palma de mi mano —fue la rápida respuesta—. Es una ciudad muy bonita. Los lavabos son tan limpios como sus similares alemanes, lo cual es más de lo que se puede decir de Italia, a pesar de que tienen cañerías alemanas. Para Mussolini deben ser una preocupación; lo mismo sucede con los trenes. No es que la exactitud en la hora de salida sea mi manía. Lo esperaría solamente de los trenes de turistas. La última vez que fui de Cremona a Roma llegamos con cuatro minutos de retraso y apretujados como sardinas entre un montón de *carabinieri* que iban a recibir medallas.

—A mí también siempre me ha gustado Praga —afirmó Kenton—. ¿Acaso conoce usted a un hombre llamado Bastaki?

—¿Quién?

—Bastaki.

Míster Hodgkin inclinó hacia abajo los ángulos de su boca y movió la cabeza lentamente.

—No. El nombre parece que de alguna manera me suena, pero no puedo situarlo. ¿Qué hace?

—No lo sé. Un amigo mío lo mencionó.

Míster Hodgkin contrajo los ojos, levantó la mano derecha y castañeteó los dedos varias veces como si reclamara la ayuda divina.

—¿De qué nacionalidad? —preguntó súbitamente.

Kenton, convencido de que Hodgkin no podría ayudarlo, disparó al azar.

—Rumano.

Una expresión de asombro se extendió por el rostro de Hodgkin. Después, ligera pero triunfalmente, golpeó la mesa con el índice.

—¡Ya le tengo!

—¿Le conoce usted?

—¡Ya le tengo! Sabía que había oído el nombre en algún lugar. ¡Bastaki! Está en Praga.

A Kenton se le paró el corazón.

—Sí, sé que estaba en Praga.

—¡Bastaki, ése es! —Míster Hodgkin continuó, excitado—: ¿supongo que su amigo no será Eccles, de Parker, Sons and Kelsey, de Oldham?

—Me temo que no.

—Bueno, es una lástima. Le gustaría Eccles. Solo me encuentro con él de tarde en tarde. Es un gran tipo. Parker, Sons and Kelsey hacen mucho negocio por aquí, pero Eccles pasa la mayor parte del tiempo en Oldham. Pero Oldham le gusta, claro; tiene una linda casa en las afueras. Casado. Tiene dos hijos ya crecidos. El muchacho está en la Marina.

—¿Conoce a Bastaki?

—Naturalmente, es lo que le estoy diciendo. Bastaki es uno de sus clientes en el ramo de electricidad. Eccles está en el del algodón, naturalmente.

—Pero dijo usted que Bastaki es del ramo de la electricidad.

—Sí, así es: fabricante de cables. Emplea centenares de kilómetros de hilaza al año para los aislantes. Trenza, así lo llaman. Eccles le vende el material en bobinas... centenares de kilómetros. Tiene una fábrica en las afueras de Praga.

—¿Quién? ¿Eccles? —Kenton se hacía un lío.

—No, Bastaki. Montones de dinero, naturalmente, que le llega como las moscas. Eccles dice que el padre de Bastaki es dueño de casi la mitad de Rumanía: industria, no tierras, naturalmente. Como ese tipo De Wendel en Francia, aunque no tan grande. Su mujer es checa o algo así.

—¿La mujer de Bastaki?

—Exacto. Es lástima que no conozca usted a Eccles. Es un gran tipo. Si se topa con él, exprésele mi afecto y dígame que me debe un par de francos. Ya sabrá él por qué. —Miró de soslayo picarescamente.

Kenton percibió que se trataba de alguna broma, se echó a reír y prometió transmitir el mensaje.

—Bueno —continuó Hodgkin con seriedad—, supongo que ahora debemos regresar. Aunque no estarán a punto de marchar.

Media hora después el autobús salió de Neukirchen y corrió otra vez a campo abierto.

Míster Hodgkin parecía que de momento no tenía nada más que decir y, después de un segundo intento fracasado de fumar su pipa, miraba sombrío por la ventana. Kenton, quien tenía hartas cosas en que pensar, fingía dormir.

Bastaki era rumano. Su padre era un importante industrial rumano. Saridza iba a encontrarse con él. Estos hechos, por asociación, contaban su historia. Y era una

historia muy conocida. Lo que los Thyssen y los Krupp hicieron por Hitler, los Bastaki y los Balterghen podrían hacerlo por Codreanu. Por primera vez desde que había dejado la habitación de Rashenko, sintió que había sido sensato hacerlo. Ni siquiera la conciencia de que sus planes eran, cuando menos, nebulosos, que en realidad no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer con lo que sabía, pudo disipar su sensación de tranquilo júbilo. Recordó que se hallaba todavía dentro de Austria, que debía pasar una frontera sin mostrar su pasaporte, y que había adquirido, con la información sobre Bastaki, aquella garrapata que era el representante de Stockfield, Hatley and Sons, de Bradford. Llegó a la conclusión de que su euforia era un poco prematura. Debía idear algún plan de acción, algo simple y, sin embargo, ingenioso y eficaz. Pero el autobús era tibio y cómodo; llevaba sueño atrasado; le era difícil concentrarse en problemas del futuro, por muy inmediatos que fuesen. Inexplicablemente, se encontró pensando en la hermana de, Zaleshoff; en su nota, Zaleshoff declaraba cáusticamente que se hacían evidentes los instintos maternales de la joven. Se sonrió. Era agradable pensar en ella. Tenía las manos bonitas. ¿Maternales? Esto es lo que *diría* Zaleshoff, naturalmente. Una boca adorable.

La charla de los otros pasajeros y el zumbido del autobús parecieron menguar ligeramente. Un minuto después la cabeza le cayó sobre el pecho y quedó dormido.

Despertó con un sobresalto, sintiendo el codo de Hodgkin en sus costillas.

—Ya llegamos, amigo.

—¡Ah sí! Debo haberme dormido durante un rato.

—Casi una hora —dijo Hodgkin.

Kenton miró por la ventana.

El autobús avanzaba lentamente por la cresta de un cerro escarpado. Los árboles crecían casi en los bordes de la carretera. Un poco más adelante había una pequeña posada de madera pintada con varios colores, un poco apartada de la carretera, en un calvero. El autobús se detuvo frente a ella.

—Vamos, amigo.

Se apearon, estremeciéndose. Míster Hodgkin miró a Kenton por encima de sus lentes empañados.

—¿Quiere usted seguir a los demás o le muestro un lugar mejor? Lo descubrí hace dos años.

Kenton miró, dudando, al resto de los pasajeros que eran conducidos por el guía a un paseo hasta las cumbres.

—¿El guía no creerá que nos hemos perdido?

—¡Mucho que le importa! Ya tienen nuestro dinero.

—Está bien.

Míster Hodgkin le condujo por un sendero que había detrás de la posada. Por un centenar de metros más o menos el camino se veía claramente definido, luego se perdía entre los árboles.

—Derecho, adelante —dijo Hodgkin.

Ahora se había perdido de vista completamente la posada y ellos se abrían paso entre los troncos de los altos abetos, tan juntos que el ramaje casi ocultaba la luz del sol. Hacía mucho frío y reinaba un gran silencio. Fuera del leve roce de las ramas, arriba, no se oía nada más que el crujido de las piñas bajo sus pies. Al cabo de un rato el terreno subió en pronunciada pendiente y entre los árboles resplandeció la luz. Un minuto después habían salido del bosque y estaban de pie, a pocos metros, sobre un claro rocoso. En tres de sus lados se levantaban los abetos como empalizadas; en el cuarto no había nada más que las boscosas montañas de Bohemia que ondulaban alejándose, en una ola ininterrumpida de monotonía verdinegra.

—¡Aquí! —dijo Hodgkin.

—Es una vista espléndida.

Hodgkin respiró profundamente y movió la cabeza asintiendo.

—Es bonito —murmuró.

Suspiró y dirigió solemnemente la mirada hacia el gris y brumoso horizonte.

Kenton se estrujaba los sesos buscando una idea. Hubiera sido mejor ir con el grupo. Por lo menos hubiera podido perderse hasta que se fueran. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Echar a correr? Parecía la única manera. La pendiente que bajaba de la cima no era muy pronunciada y a poca distancia empezaban de nuevo los árboles. Aun cuando Hodgkin corriera tras él, le perdería entre los árboles. El hombre se cansaría pronto de buscarlo. Pero podría informar del hecho al guía. Si...

Entonces vio que los astutos ojos del hombrecito le observaban. Sonrió.

—Es bueno el aire —dijo.

Hodgkin miró a lo lejos.

—La frontera está a seis kilómetros de aquí —dijo lentamente—; si sale usted ahora, llegará a ella al anochecer, «señor Kenten».

Por un momento Kenton se sintió como si hubiese explotado una bomba a sus pies. Sabía que tenía que decir algo, pero su cerebro estaba como paralizado. Le parecía haber permanecido allí durante horas sin emitir ningún sonido. Por fin:

—Kenton, no Kenten —dijo.

No pudo hacer otra cosa.

Hodgkin volvió la cabeza. Había la sospecha de una sonrisita en sus labios delgados.

—Perdone, amigo; en los periódicos dicen Kenten.

—Un detallito —dijo Kenton suavemente. Empezaba a recobrase—: ¿cuándo me reconoció usted?

—Tan pronto como entró usted en aquella agencia. —Tenía un aspecto grave—. Le digo, amigo, que ha tenido usted mucha suerte hoy. Merecía que le atraparán. Entra en una agencia de viajes dos minutos después que la policía había estado allí haciendo preguntas sobre usted, mira a derecha e izquierda como si fuera el villano de las películas y empieza a contemplar un mapa y a musitar en inglés. Tiene un poco de rastrojo sobre su labio superior que no parece contar más de un día y una chaqueta

de paño inglés asoma por debajo de un abrigo que no es a su medida. Luego se dirige al mostrador y dice que solo dispone de una o dos horas, pero se decide por una excursión que durará ocho. Casi se cae por la terrible prisa que tiene de alcanzar un asiento de atrás; luego agarra una lista de salidas de barco de Génova como si fuera su salvación. Ve a un policía y parece que va a darle un ataque cardíaco, me dice que sale para Viena en un tren que no existe, y empieza a hacerme preguntas sobre uno de los más grandes extorsionadores que hay de aquí hasta Shanghai. Dice que estuvo en un sanatorio en Baviera, pero habla el alemán con el mejor acento berlinés que he oído desde hace mucho fuera de Berlín. Y, si me perdona que lo mencione, hay una mancha del tamaño del lago de Ginebra en la parte de atrás de su manga derecha, que parece sangre. Ese franchute del autobús le tenía el ojo encima y si no hubiésemos estado hablando tan amistosamente hubiera hecho algo; mientras usted dormía habló de ello a su mujer y si ésta no hubiese estado con murria porque él la regañaba y no le hubiese dicho que veía visiones, se hubiera usted visto en un aprieto cuando nos detuvimos. Vi que miraba la recompensa ofrecida en el periódico, y ya sabe usted cómo son los franceses en cuanto al dinero. Sí, amigo, ha tenido usted una gran suerte.

Kenton se echó a reír a sacudidas.

—No es cosa de risa —dijo severamente Hodgkin— y no está usted salvado todavía. La frontera está a seis kilómetros y tendrá usted que virar un poco hacia la derecha, porque la carretera hace una curva a la derecha en dirección a la frontera. Y cuando realmente cruce usted la frontera, tenga cuidado con las campanillas de alarma. A veces las ponen para los contrabandistas. Si pasa, y digo «si» porque, fíjese, no creo que lo consiga, si pasa, puede tomar un autobús en uno de los pueblos del otro lado que lo llevará a Dudweis. Allí estará bien para tomar un tren. Pero, despréndase de este abrigo y este sombrero: son veneno.

Hodgkin se volvió y empezó a llenar su pipa. Hubo una pausa.

—¿Se ha ido ya? —preguntó por encima de su hombro.

—No —dijo Kenton—, esperaba para darle las gracias, decirle adiós y estrecharle la mano.

Hodgkin volvió la cabeza haciendo una mueca.

—Escuche, amigo —dijo—, he hecho muchísimo por usted hoy. No diré que ha sido una molestia, porque sería mentira. He gozado teniendo a un compatriota mío para hablar. Pero si cree que voy a estrechar la mano de un asesino inhumano, tendrá que cambiar de parecer.

—Entonces —dijo Kenton con enojo—, ¿le importaría explicarme por qué, si cree que soy el asesino inhumano, como esos asnos de policías parecen pensar, no me entrega y cobra la recompensa?

Una curiosa expresión cruzó el rostro agudo y marchito de Hodgkin.

—¿Por qué? —repitió, burlón—. Le diré por qué, amigo. Escuche. Si esto fuese Inglaterra le entregaría al primer polizonte que viese, porque esto sería lo debido,

culpable o no culpable. ¿Por qué no le entrego ahora? La respuesta es, amigo, porque me escuece la llaga. Hace quince años que estoy recorriendo este maldito continente, y he detestado todos los momentos que he pasado en él. Odio sus bazofias, odio sus bebidas, odio su manera de andar, les odio a todos ellos. Dicen que todos los británicos son muy estirados ante los extranjeros, que al fin no somos sino hombres y mujeres como los demás, que ellos tienen muchas cosas buenas que nosotros no tenemos. Todo son mentiras, y cuando haya estado usted lejos de nuestra tierra tanto tiempo como yo, lo sabrá también. No son como nosotros, en absoluto. La gente viene aquí para una quincena de vacaciones y ve una cantidad de bonitos *chalets* y *châteaux* y *Schlösser* y dice qué lugar tan bonito para vivir. No saben lo que dicen. Solo ven lo de encima. No ven las verdaderas diferencias. No ven lo que hay detrás del decorado. No los ven cuando les sube la sangre a la cabeza. Yo sí los he visto. Me encontré en una soleada Italia cuando los fascistas perseguían a los masones, el año veinticinco. En Florencia, era. Noche tras noche con tiros y golpes y chillidos, hasta que uno tenía ganas de vomitar. Estuve en Viena el treinta y cuatro cuando cañonearon los apartamentos municipales con mujeres y niños adentro. Muchos de los hombres que ahorcaron después tuvieron que ser subidos en brazos al cadalso porque estaban heridos. Vi las asonadas en París con la *garde mobile* tirando contra la multitud como si fuesen moscas y todo el mundo aullando «*mort aux vaches*» como locos. Vi a los nazis en Frankfurt matar a un hombre a patadas en el jardín de su casa; después de la primera patada no emitió ni un sonido. Fui detenido aquella noche porque lo había visto, pero tuvieron que soltarme.

»Tíos simpáticos, ¿no? Pintorescos, alegres, más listos, más lógicos que los tontos de nosotros. También son buenos comerciantes. No puede uno mover su dedo meñique sin pagar soborno. Los fabricantes tratan a los obreros casi como si fuesen cerdos. ¿Por qué no? Siempre hay otros pobres diablos a la esquina, tan desesperados por comer que harán de esquirols para cualquiera. Si un hombre es despedido, todos los fabricantes del distrito le ponen en la lista negra. Hable usted con un escribiente extranjero: pasa la mitad de su vida lleno de pánico por si el hombre del pupitre contiguo trata de quitarle el empleo. Los amos, por el estilo. No dejan que los trabajadores pidan más dinero y esto significa que pueden lograr más producción masiva de asquerosa basura, más barata que antes. No ponen ningún orgullo en la mercancía que producen. No saben qué quiere decir la artesanía. No les importa. Se dedican a ganar dinero. No se lo reprocho, todos hacemos lo mismo. Pero ellos no quieren dar algo valioso a cambio del dinero. No tienen este modo de pensar. El negocio para ellos no es el comercio honrado; es simplemente otra clase de política casi igual de torcida. “¿Cuánto, esta tela?”, me preguntan. Les digo el precio. Se echan a reír; y cuando les digo que miren la calidad, se enfurecen y me muestran una porquería de trapo que yo no usaría ni para limpiarme las botas, y dicen que es más barato. No hablan el mismo lenguaje que nosotros. No quiero decir que no hablen inglés, sino que sus mentalidades son diferentes. Son como animales, y porque odio

verlos y oírlos, y porque usted es un británico, le digo que se largue ahora que todavía es tiempo. Por el amor de Dios, lárguese ahora y déjeme.

Su cara flaca estaba enrojecida, respiraba de prisa, había lágrimas brillando detrás de sus lentes. Miró hacia otro lado.

El periodista le contempló durante unos momentos, después giró sobre sí mismo y empezó a bajar la pendiente hacia los árboles. Cuando llegó a ellos se detuvo y miró hacia atrás, a la cumbre de la colina, pero Hodgkin había desaparecido.

Acongojado, Kenton avanzó entre los árboles. En el aire pesaba el aroma de los pinos y el sol que se filtraba oblicuamente del lado oeste dibujaba figuras luminosas sobre la blanda superficie parda de la ladera. Era mejor, pensó, que la vista de Míster Hodgkin desde la cumbre.

13 — *Alambrada*

Al caer la noche Kenton se hallaba a pocos metros de la frontera.

Había sido más largo de lo que esperaba. Recordando vagamente alguna lectura sobre las personas no acostumbradas a los bosques que pierden el sentido de la dirección y andan en círculo, había hecho repetidos rodeos para establecer contacto con la carretera. De esta manera los seis kilómetros se habían convertido en unos nueve. El sol se había puesto y la luz se iba cuando por fin vio, desde el margen de la carretera, a unos cuatrocientos metros de distancia, la casita blanca del guardia y la barrera listada del puesto fronterizo contra un cielo de crepúsculo brumoso.

Retrocedió hacia adentro del bosque hasta que hubo puesto cosa de un kilómetro entre él y la carretera, y entonces empezó a avanzar.

Ahora reinaba la oscuridad y solo la subida del terreno le servía de guía. Continuó de este modo durante unos veinte minutos; entonces el terreno se volvió llano, el bosque de pinos más claro y, alargando la mano para tentar si había algún obstáculo, tocó la suave y fría superficie de un tronco talado. Se detuvo. A la débil luz del anochecer, ya no obstruida por los árboles, pudo distinguir la silueta de un grupo de arbustos. Avanzó y se topó con otro tocón. Estaba en el raso de la frontera.

Permaneció quieto durante un instante y escuchó. No se oía ni un ruido, excepto el débil suspiro de la brisa fría. Luego, lejos, a la izquierda, brilló un punto de luz. Vigiló, y un minuto después la luz apareció de nuevo. Esta vez, sin embargo, no se

apagó, sino que saltó de un lado a otro. Durante un par de segundos se sintió intrigado, pero, cuando la luz se hizo un poco más grande y más brillante, comprendió que alguien se acercaba y que, quienquiera que fuese, iluminaba los arbustos con una linterna eléctrica. Retrocedió rápidamente hacia la sombra de los árboles y se agachó.

La luz se acercó y Kenton pudo oír el crujido de unos pasos de hombre sobre lo que evidentemente era un camino. El ruido de los pasos creció y la luz hizo guiños a través de los arbustos. El hombre seguía derecho. Canturreaba suavemente. La luz barrió el suelo una vez y pasó.

Kenton se levantó rápidamente y atisbó hacia el hombre: llevaba uniforme y un rifle colgado del hombro izquierdo. De interés más inmediato para Kenton fue lo que pudo ver a la luz de la linterna. Le deprimió profundamente.

Se encontraba a unos treinta metros de la verdadera línea fronteriza. Desde donde estaba, al borde del bosque, hasta el camino había unos veinte metros de terreno medio desbrozado, con algunos tocones y arbustos escuálidos. El sendero tendría unos seis palmos de ancho y estaba cubierto de grandes guijarros de piedra gris entre los que brotaban algunas hierbas. Al otro lado del camino, el suelo subía en aguda pendiente hasta la valla de aspecto más formidable que Kenton había visto en su vida.

Tenía casi tres metros de alto y era de alambre espinoso tendido entre sólidos postes de acero plantados sobre bases de cemento a intervalos de tres metros. Los alambres estaban tan juntos que hubiera sido difícil pasar ni siquiera una mano entre ellos sin herirse; pero el que ideó la cerca evidentemente no había querido dejar nada al azar, pues los alambres horizontales habían sido festoneados con otros adicionales enrollados de tal modo que la estructura parecía más bien un espesor de zarzas que una valla.

Kenton sentóse sobre un tocón para reflexionar.

Una cosa era clara: no había manera de pasar a través de la valla. Si hubiese tenido unos buenos alicates y un par de guantes gruesos y blindados, hubiera podido intentar cortarla; pero no tenía ni alicates ni guantes. Por otra parte, no quería dejar ninguna huella de su paso por la frontera si podía evitarlo. No tenía ningún deseo de que las autoridades checas estuvieran buscándole en las poblaciones fronterizas. Pensó en poner su abrigo sobre la alambrada y trepar por ella, luego decidió que era imposible; se hubieran necesitado varios gruesos de frazada para cubrir suficientemente las púas; y suponiendo que lograrse saltar al otro lado de este modo, sería difícil rescatar su abrigo clavado en los alambres. Jugó un rato, desesperadamente, con la idea de buscar una rama larga y emplearla como pértiga para saltar la alambrada, pero pronto la abandonó; nunca había intentado saltar a una altura de dos metros y medio, ni siquiera con una verdadera pértiga; probablemente se rompería una pierna y quedaría empalado sobre la alambrada. Se estremeció, lleno de desdicha. El viento soplaba más fuerte y hacía un frío mordiente. Recordó que Hodgkin había profetizado nieve. ¿Debería volver a Linz? Rápidamente rechazó la

sugerencia. Aunque pudiese encontrar algún medio de volver allí, había el riesgo de ser capturado. El catálogo de resentimientos de Hodgkin había debilitado su confianza en su capacidad de evitar la detención. No había nada más que hacer salvo pasar la frontera... como fuese. No debía ser tan difícil. Según sus respectivos biógrafos, hombres como Lenin y Trotsky, Masaryk y Benes, Mussolini y Bela Kun, sin hablar de sus amigos, habían pasado la mitad de su vida política deslizándose a través de las fronteras, sin pasaportes en los bolsillos y con precio puesto sobre sus cabezas. Pero quizás las nuevas generaciones de guardianes fronterizos también habían leído esas biografías.

Miró en la dirección por donde se había ido el guardia, vio que el campo estaba libre y cruzó el sendero hacia la alambrada.

Pensó que podría ser posible trepar por uno de los postes empleando los alambres horizontales como escalones. Sin embargo, una breve y cuidadosa exploración con los dedos le mostró que el espesor de los alambres entrelazados lo hacía imposible. Solo era posible una cosa: si no podía pasar a través de la alambrada o por encima de ella, tenía que pasar por *debajo*. Se arrodilló e investigó. Descubrió con alegría que el terreno al pie de la valla consistía principalmente en grandes piedras que habían sido amontonadas para formar un pequeño terraplén. Empezó a retirarlas y al cabo de cinco minutos de trabajo pudo meter la mano por debajo del último alambre. De pronto se levantó y escabullóse de nuevo al abrigo de los árboles: el guardia de la linterna regresaba.

Kenton estuvo agachado tras un árbol hasta que el hombre hubo pasado. Entonces volvió a la alambrada y trabajó furiosamente con las piedras y la tierra. La rapidez era esencial, pues a medida que la brecha crecía, aumentaba el riesgo de que fuese descubierto por otros guardias que pudiesen patrullar a lo largo de la alambrada. Había también un peligro más: los guardias del lado checo. Hasta aquel momento no había visto ninguna señal de vida al otro lado de la alambrada, pero no podía confiar en que aquel estado de cosas continuase.

Transcurridos veinte minutos la brecha era suficientemente ancha y profunda para que pasaran su cabeza y sus hombros. Estaba haciendo la prueba de esto cuando tuvo que correr otra vez a ponerse al abrigo de los árboles porque se aproximaba la luz del guardia que volvía.

Esta vez Kenton tuvo mucho miedo. La brecha en el terraplén tenía ahora como un metro de ancho y estaba rodeada de piedras sueltas y tierra. El guardia tenía que verla. Maldiciendo el concienzudo rondar de aquel hombre, Kenton, entre los árboles, se frotaba los dedos raspados y helados.

El guardia seguía acercándose. De pronto, a un metro o dos de la brecha, se detuvo. Kenton le oyó emitir un gruñido. Con el corazón en la garganta, el periodista esperó el tiro que daría la alarma. Se agachó, latiéndole dolorosamente el corazón. Entonces, en el silencio, oyó el ruido de unos pasos que se acercaban por la derecha. Uno o dos segundos después alguien tosió y dijo:

—*Guten Abend.*

—*N'Abend* —contestó el hombre que estaba en el camino.

—*Heute abend wird's schneihen.*

—*Jawohl.*

—*Ich bin mal wieder schwer erkältet.*

—*Das tut mir leidgute Besserung. Bei mir sind's die Füße.*

—*Gerade diese Woche muss ich Nachtdienst haben.*

—*Ich hab's besser. Schultz hat morgen Abend diesen Dienst.*

—*Ich mach mir nichts aus Schultz. Er tut so vornehm.*

—*Er ist nicht besonders beliebt. Er kommt von Kärnten und ist immer unzufrieden.*

Kenton escuchó un ratito ese chismorreo, luego, con cautela, se levantó hasta poder ver a los que hablaban. El guardia austríaco estaba en el sendero y su linterna brillaba a través de la alambrada hasta los pies de un hombre en uniforme de soldado checo de infantería; y, para horror de Kenton, se hallaban a poco más de un metro de la brecha. Afortunadamente el guardia checo había apagado la pequeña linterna que llevaba, pero mientras hablaban el austríaco mostraba creciente tendencia a hacer grandes ademanes con la mano que tenía la linterna.

—Nos han dicho —decía el austríaco— que vigilemos especialmente por si pasa el inglés, Kenten, el que asesinó a ese alemán en Linz.

—¿Le han visto?

—Una mujer declaró que había dos ingleses en un autobús de turistas que hacía una excursión hacia acá. Cuando se apearon en la posada, uno de ellos no regresó. La mujer ha sido interrogada por la policía y dice que cree que el que regresó es el asesino. Dice que la miraba con ceño y fumaba en pipa; pero, según parece, los papeles del inglés están en orden. Del otro no se dice nada, pero debemos estar vigilando. Los policías de Neukirchen son tontos.

Agitó con desdén la mano que sostenía la linterna y el rayo de luz danzó cerca de la brecha. Kenton, sin aliento, esperaba que fuese descubierta; pero el guardia siguió hablando y por fin el checo anunció que debía presentarse a la casilla de guardia y se alejó. El austríaco prosiguió su camino hacia la derecha.

Apenas dejaron de oírse, Kenton volvió a su trabajo. Bajo las piedras encontró tierra sólida y el progreso fue más lento; pero después de otro cuarto de hora y de un poco de experimentación febril, vio que arrastrándose de espaldas y sosteniendo el último alambre lejos de su cara y sus ropas podría pasar. Después de amontonar cuidadosamente las piedras junto al agujero de modo que pudiese rellenarlo desde el otro lado, se dispuso a partir. Dos minutos después, desgreado y muy sucio, entró arrastrándose en Checoslovaquia.

Acababa de poner en su lugar la última de las piedras cuando oyó pasos que se acercaban en la dirección de la carretera. En su excitación había dejado caer su reloj en el camino y el hombre ya estaba muy cerca. El brillo intermitente de la linterna le

dijo que era el guardia checo, pues el austríaco la llevaba siempre encendida. No había un momento que perder. Se volvió y corrió ciegamente en busca de abrigo, pero no había dado más de una docena de pasos cuando su pie tropezó con un tocón. Trató desesperadamente de recobrar el equilibrio, luego dio otro traspié y cayó de cara al suelo. Al instante sus dedos extendidos tocaron un grueso alambre oxidado. Como un relámpago, le vino el recuerdo de la advertencia de Hodgkin sobre las campanillas de alarma. Ahora no tenía tiempo de levantarse y seguir adelante. Permaneció quieto, rogando febrilmente que la buena suerte que lo había salvado de tropezar con la señal de alarma le acompañase durante un par de minutos.

Los pasos, a medida que se acercaban, parecían acelerarse ligeramente, luego volver a ser más lentos. A pocos metros de donde yacía el periodista, paralizado de miedo, los pasos se detuvieron. Evidentemente el guardia había oído algo del ruido que hizo Kenton al caer. La luz de linterna osciló entre los troncos de los árboles. Luego el hombre empezó a toser. Era una fuerte tos bronquial, y dolorosa, porque Kenton oyó al hombre lanzar un juramento cuando el paroxismo menguó. La luz se apagó y las pesadas botas crujieron una vez más sobre las piedras. El hombre se fue y el ruido de sus pasos se extinguió a lo lejos.

Kenton respiró profundamente y se puso de pie. Entonces, sosteniendo con cuidado el oxidado alambre entre el pulgar y el índice, pasó por encima de él y avanzó despacio.

Sin embargo, en cuanto estuvo otra vez dentro del bosque se puso a andar tan de prisa como pudo. No convenía, decidió, volver a la carretera demasiado cerca del puesto fronterizo. Los viajeros a pie probablemente serían raros en aquella parte y era muy posible que le parasen y le pidieran el pasaporte. Por lo tanto, siguió un rumbo que juzgó le llevaría a la carretera a cosa de un kilómetro y medio de la frontera; pero, en la oscuridad y entre los árboles, pronto perdió la orientación y al cabo de una hora de andar salió a la carretera a menos de cien metros del puesto fronterizo. Pensó que ya debía ser tarde y decidió seguir la carretera junto el borde del bosque y ocultarse entre los árboles solamente si pasaba alguien. Pero la carretera estaba desierta. Diez minutos más tarde, cuando, después de sacudirse el polvo y enderezar su corbata, entraba en la aldea de Manfurth, un reloj en algún lugar daba las ocho.

En la minúscula plaza un destartalado autobús estaba parado frente a la oficina de correos con las luces encendidas y el motor en marcha. Dentro estaba sentada una campesina con una canasta llena de pollos vivos. En el estribo, llevando una enorme maleta de pasta, un sonriente y ruboroso joven obrero decía adiós a un grupo bullicioso que estaba en la calzada.

Kenton echó una mirada al letrero que indicaba el destino del autobús: iba a Budweis, vía Hohenfurth, Silberberg y Kaplitz.

Aquella noche, a las doce menos cuarto, el tren de Budweis entraba lentamente en

Praga.

En su compartimiento, Kenton se levantó, se metió la mano izquierda en el bolsillo a fin de ocultar la manga de su abrigo y salió al pasillo.

El tren se paró. Kenton apeóse y anduvo a lo largo del andén. Entregó su billete en la barrera y se dirigió a la salida más cercana.

La estación estaba llena de gente y él no se dio cuenta de los dos hombres hasta que estuvieron a su lado. De pronto sus brazos fueron enlazados fuertemente con los de aquellos hombres que tenía uno a cada lado y Kenton sintió el duro círculo del cañón de una pistola contra sus costillas. Su corazón desfalleció.

—*Herr Kenton?*

Vaciló, luego se encogió de hombros. Le habían atrapado. Cómo, no podía adivinarlo; pero, ya que le habían atrapado, era inútil tratar de negar. Mejor sería inclinarse ante lo inevitable. Asintió.

—*Ja.*

—*Gut.*

Le condujeron a la salida y, bajando los peldaños, hasta un gran Mercedes cerrado, con chófer uniformado.

Uno de los hombres se colocó detrás. El otro arrastró a Kenton tras él.

—*Einsteigen!*

Kenton subió, seguido por el hombre del revólver, y se sentó en medio. Bajaron las cortinillas y el coche se puso en marcha. Por primera vez el periodista se preguntó si no debía haber pedido identificación a aquellos hombres. Parecían policías, pero en su comportamiento había algo inusitado, no formalista.

Se volvió de pronto hacia el hombre que tenía a la izquierda.

—¿A dónde me llevan? —preguntó en alemán.

—*Stillschweigen!*

El revólver le oprimió el costado para reforzar la orden.

Kenton se reclinó en el asiento mientras su pensamiento trabajaba con furia. Si no eran policías, ¿qué diablos eran y a dónde le llevaban?

Al parecer, su destino no era la misma Praga. El coche corría veloz y a los diez minutos de dar vueltas y sacudidas y sonar el claxon, tomó una marcha regular por una carretera que, a juzgar por la lisura de la superficie y la inclinación de las curvas, debía ser una de las principales que salían de la ciudad.

Miró a sus captores. Unos hombres indescriptibles, bien afeitados, con impermeables negros y sombreros de fieltro gris oscuro, que parecían los típicos policías de paisano continentales, y con esto excusó su error. Como medio de entablar conversación, preguntó si podía fumar. El hombre del revólver, que parecía tener el mando, refunfuñó dando el permiso; pero, sacudió la cabeza negando cuando Kenton le ofreció un cigarrillo. El otro hombre no contestó nada. Kenton renunció.

Unos minutos después el coche viró a la izquierda y bajó por una pendiente; dobló de nuevo a la derecha, frenó y se detuvo.

Durante unos segundos nadie hizo ningún movimiento para salir. Luego la puerta del coche fue abierta desde afuera.

—*Heraussteigen!*

Kenton se apeó y, flanqueado por su escolta, subió una ancha escalinata que llevaba a unas puertas imponentes. No había tenido tiempo más que de echar una ojeada a la fachada de una gran casa de rico aspecto cuando las puertas fueron abiertas por el chófer y fue introducido en un largo y estrecho vestíbulo brillantemente iluminado.

Al otro extremo se abrió una puerta y por ella salió un hombre que se adelantó presuroso y radiante. Durante un momento Kenton se sintió demasiado sorprendido para poder hablar. Luego movió la cabeza lentamente.

—Pude haberlo pensado —dijo con una mueca.

—Pudo, en efecto —cloqueó Zaleshoff—. Pero le esperaba en un tren más temprano. Debe estar cansado. Entre y tome una copa. Tamara está deseando volver a verle —añadió, y en sus labios había la sonrisa confidencial de una casamentera.

Kenton avanzó por el vestíbulo, sintiéndose ofuscado. Empezaba a preguntarse si no sería posible que estuviese loco.

14 — Maniobras

Kenton contempló la sala en la que había sido introducido y movió la cabeza con aprobación.

—Bonito lugar tiene usted aquí.

Zaleshoff levantó la vista de la bandeja de las bebidas.

—El propietario es un secreto admirador de la llorada emperatriz Eugenia. Esto explica la decoración. Francamente, a mí me pone un poco incómodo.

Entregó a Kenton un whisky con soda. El periodista le miró a contraluz.

—¿No contiene unas gotas para hacer perder los sentidos, ningún veneno vegetal poco conocido, ninguna droga? —preguntó.

Zaleshoff frunció el ceño.

—Ya tuve ocasión de observar en usted, Kenton, un irritante hábito de chancearse. Si no quiere la bebida, dígamelo antes que me sirva otra para mí.

—Perdone, Andreas, pero no puede culparme. Se larga y me deja en los brazos un

asqueroso bebé en forma de una acusación de asesinato; pido a su secuaz, Rashenko, que me ayude un poco a escapar, y me da un abrigo manchado de sangre que, no puedo menos que pensarlo, perteneció a un caballero llamado Borovansky... la sangre, quiero decir; después manda a un par de matones disfrazados de detectives a que me rapten. Ahora me ofrece una bebida. ¿Por qué, en nombre del cielo, no estaría envenenada?

Se abrió la puerta de la sala y Tamara entró. Su rostro se iluminó al ver a Kenton. Inclino la cabeza y sonrió.

—Me alegro de que haya usted llegado aquí sano y salvo.

—El señor Kenton me estaba explicando —dijo su hermano— que sospecha que yo haya envenenado su whisky.

—¡Qué tontería!

—Por Dios —explotó Kenton, enojado—, vayamos al grano y dejemos esta charla para más adelante. ¿Por qué diablos me ha traído usted aquí? No se moleste en dorar la píldora. Lo que quiero son los hechos escuetos, esto es todo. Estoy cansado.

—Vamos, vamos —dijo Zaleshoff, calmándole—, sentémonos y hablemos. Quítese el abrigo.

—No me lo quito.

—Como guste. De todas maneras, siéntese.

—Sabe usted condenadamente bien que no es «mi gusto». No soy tan zoquete como para creer que me trajo aquí para beber y charlar.

—Bueno, entonces, ¿por qué no se quita el abrigo?

Kenton miró fijamente al ruso un momento. Luego dominó su creciente cólera. Se dijo que debía mantenerse frío. Se quitó el abrigo. Zaleshoff lo tomó y enseñó la manga izquierda a la muchacha.

—¿Ves? —dijo—. No se nota a menos que uno esté buscando al hombre que lo lleva puesto. No se puede culpar a Rashenko, es posible que no lo viese.

—Naturalmente —dijo Kenton, sarcástico—, yo no soy más que el majadero que ha llevado puesto el abrigo. Difícilmente puedo esperar que me dé usted ninguna clase de explicación.

Zaleshoff le dio una palmadita en el brazo.

—Escúcheme ahora, señor Kenton. Cuando salí de Linz esta mañana le dejé escrita una nota en la que le pedía que esperase en la habitación de Rashenko hasta que yo pudiese arreglarle las cosas. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque no me fío de usted. ¿Por qué habría de fiarme? ¿Por qué habría usted de molestarse por mí? Tiene su tarea que hacer. Probablemente le conviene mucho que yo sea acusado de asesinato en vez de ese repugnante empleado suyo que iba en el tren.

—¿Empleado? ¿El tren?

—Ciertamente. Los sombreros de hombre adquieren una personalidad propia cuando han sido usados algún tiempo. Probablemente lo habrá observado usted. Mis

sombreros, cuando hace una semana que los llevo, siempre parece como si los hubiese recogido de la basura. Es por la manera como me los encasqueto. Sus sombreros diría que siempre parecen como si usted se sentara sobre ellos todas las mañanas. Probablemente es que agarra la copa con demasiada fuerza cuando se los pone.

—Muy interesante, pero...

—Cuando Rashenko me dio este sombrero me pareció vagamente familiar. En el tren, esta noche, he reflexionado un poco. Entonces recordé dónde lo había visto. Estaba sobre la cabeza del hombre que Sachs me dijo era un espía nazi. No recordé lo bastante el abrigo para identificarlo también, pero, atando cabos, me pareció que el dueño del sombrero era también, probablemente, el dueño del abrigo, y amigo de usted. El abrigo tenía una mancha de sangre en la manga, Sachs se había aterrorizado al ver al hombre que lo llevaba, yo encontré a Sachs apuñalado. Bueno, ¿qué le parecería a usted todo esto?

Zaleshoff frunció los labios.

—Dijo usted «atando cabos», señor Kenton. ¿Qué quiso decir con esto?

—Rashenko sacó este sombrero y este abrigo de algún lugar de su casa. No salió a la calle porque iba en bata.

—¿Y así decidió usted venir a Praga?

—Sí.

—¿Cómo llegó aquí? ¿Enseñó usted su pasaporte?

—No soy necio a todas horas. Pasé la frontera por Manfurth.

Zaleshoff silbó.

—¡Manfurth! ¡Por qué eligió usted ese lugar! Es mucho más fácil hacia el sur.

—No encontré otro camino en el mapa. Por otra parte, los bosques me ocultaron bastante bien.

—Y mucho que lo necesitaba. ¿Dice usted que pasó la frontera? ¿Quiere decir que la saltó?

—Para ser preciso, la pasé por debajo.

Explicó lo que había hecho.

—¡Mira, Tamara! —exclamó Zaleshoff con deleite—, ¡aquí hay recursos para ti! Solamente recuerde otra vez, mi querido amigo, que las líneas de frontera que en el mapa parecen más fáciles son siempre las mejor guardadas.

—Espero no tener que practicarlos a menudo.

Zaleshoff soltó una sonora carcajada.

—Sabes, Tamara, me gusta este tipo Kenton. Me divierte.

—No tanto como usted me divierte a mí, Andreas —dijo Kenton, ácidamente—. Tiene un modo realmente encantador de llevar la conversación lejos de un tema peliagudo. Volvamos al grano.

Zaleshoff suspiró.

—Muy bien.

—Magnífico. Ahora bien, yo vine a Praga con un objetivo. Este objetivo era quitarle a Saridza esas fotografías y hacer un trato con usted. Mi precio por las fotografías será su amigo el de la cara repugnante, empaquetado todo completo con las pruebas a punto para la policía.

—Y, siempre suponiendo que pudiera usted obtener las fotografías, suposición insensata. Le ruego que me diga, ¿cómo se proponía ponerse en contacto conmigo?

—A través de la embajada soviética.

Hubo una pausa. La muchacha fue quien rompió el silencio.

—Era usted un poco optimista, ¿no, señor Kenton?

—No tan optimista como usted puede imaginar. Esta mañana recordé una pequeña información que había olvidado comunicar a Andreas. Era algo que Saridza dijo a Mailler. En aquel momento no parecía importante. Ahora, creo que se ha convertido en vital.

—¿Qué era? —preguntó prontamente Zaleshoff.

Kenton movió la cabeza negativamente.

—Nada que hacer, Andreas —dijo—. El hecho de ser buscado por un asesinato que uno no ha cometido produce un curioso efecto. Uno se vuelve extrañamente reservado.

Hubo otra pausa.

—¿No comprende usted, señor Kenton —dijo por fin Zaleshoff—, que yo podría, si quisiera, *hacerle* hablar?

—Ahora se pone usted verdaderamente tonto.

—De ninguna manera. Suponiendo, solo suponiendo, téngalo en cuenta, que yo pudiese decirle que sé quien asesinó a Borovansky. Suponiendo que yo le dijese que me he propuesto desde el principio aplicar este conocimiento a librarlo a usted de la sospecha. Suponiendo que le dijera que, en vista de su testarudez, he decidido entregarlo a la policía en el acto. ¿Qué diría usted?

—Seguiría diciendo que es usted tonto.

—¿De veras? Creo que no comprende usted lo sólidas que son las pruebas que tiene la policía en su contra.

—Demasiado bien lo comprendo. Digo que usted es tonto porque sé que es mucho más importante para usted echar el lazo a Saridza que proteger al asesino o entregarme a mí.

La muchacha se rió.

—¡Muy bien, señor Kenton! ¡Muy bien, de veras! Ahora tome su whisky con soda. Es realmente inofensivo del todo.

—Y, por piedad, siéntese —añadió Zaleshoff en tono irritado—. Es completamente imposible pensar, estando usted de pie.

Kenton se sentó al lado de la muchacha y sorbió con cautela su bebida.

—En verdad tiene usted muy poco sobre qué pensar, Andreas —dijo—. ¿Va usted a hablar de negocios conmigo, o no? Es muy sencillo.

Zaleshoff le miró pensativo un momento.

—¿Sabe, Kenton? —dijo por fin—. Lo malo en usted es que nació miembro de una de las razas dominantes. Su sentido del peligro es deficiente, su presunción es monumental. ¿O será, me pregunto, que le falta imaginación?

—¿Quiere decir que no estoy en situación apropiada para dictar condiciones?

—Exactamente. Los hombres que le trajeron aquí son ambos buenos tiradores con revólver. Y, lo que es más, no tienen inhibiciones que malogren su puntería cuando el blanco es un ser vivo. No podría salir usted de esta casa sin mi permiso expreso.

—No puedo adivinar por qué me trajo usted aquí.

—Probablemente no. ¿Se sorprendería mucho si le dijese que fue en gran parte para su propio bien?

—Mucho me sorprendería; y, si me perdona que se lo diga, me dejaría más bien escéptico.

—Naturalmente. —El ruso se levantó, anduvo hasta el extremo de la sala y volvió. Se detuvo frente al asiento del periodista y miró a éste agresivamente.

—Oiga —dijo—, no creo que sepa absolutamente nada sobre Saridza que no me haya dicho. Creo que es un alarde suyo, pero no sé cuál. Francamente, necesito muchísimo tener estas fotografías. Si no las obtengo... bueno, habrá problemas y no solo en Rumanía. Si usted tiene alguna pequeña información que yo no tenga, no puedo arriesgarme a ignorarla. ¿*Tiene* usted alguna información?

—Sí.

—Así lo espero. En todo caso voy a darle lo que usted quiere. Voy a decirle quién mató a Borovansky y cómo saldrá usted de la situación en que se halla. Pero le digo esto: no hará usted nada sobre eso hasta que yo se lo permita. Ahora está aquí y se quedará aquí hasta que yo esté dispuesto. Ya verá por qué. Entonces podrá decirme lo que sabe... si sabe algo.

—Sé algo, ciertamente.

—Lo dudo.

Zaleshoff se sirvió otro vaso de whisky, lo engulló de un trago y se sentó en una butaca.

—Cuando Borovansky salió de Berlín un amigo mío de allí mandó a un hombre llamado Ramón Ortega, español, a que le siguiera y en Austria recobrará las fotografías.

—Ortega es el dueño de mi sombrero y mi abrigo —puntualizó Kenton.

—Si me interrumpe usted...

—Perdone.

—A Ortega se le ordenó robar las fotografías. Se excedió. Cuando fue al Hotel Josef apuñaló a Borovansky. Dijo que Borovansky había sacado una pistola, pero seguramente mentía. A Ortega, ¿comprende?, *le gustaba* apuñalar a la gente. Una vez estuvo trabajando en un matadero de Ceuta; puede ser que allí adquiriese este gusto.

—Sachs sí llevaba una pistola en una pistolera bajo el brazo; había desaparecido

cuando yo le encontré.

—Ortega se la llevó. Lo que no se llevó fue las fotografías. Las tenía usted. De todas maneras, Ortega salió por la puerta de atrás y fue a Kölnerstrasse 11. Rashenko le dispuso un escondrijo en una habitación vacía del piso de abajo. Lo primero que sucedió fue que la policía anduvo tras la pista de usted. Esto era penoso porque, aunque no soy sentimental, no soy de ninguna manera el hombre que usted evidentemente me considera; no me gusta mucho la idea de que un hombre sea perseguido por un homicidio que no ha cometido. Por lo tanto, persuadí al maestro Ortega para que escribiera y firmara una confesión.

—¿Solo le preguntó usted amablemente si le importaría firmar su condena a cadena perpetua en un presidio austríaco? —dijo Kenton con desagrado.

Zaleshoff se puso en pie de un salto con un rugido de rabia.

—Tamara —gruñó—, dile a este repórter, a este... a este vagabundo escritor, que cuando él esté dispuesto a escucharme yo estaré dispuesto a hablar.

—Está bien, está bien —se apresuró a decir Kenton—, no quise ofenderlo. Solo preguntaba.

—No le pido que pregunte —replicó Zaleshoff con violencia—, solo le digo que escuche.

—Escucho.

—Bueno, entonces está bien. Solamente escuche y no salga con más chanzas.

—Perdone.

—Ortega confesó porque no le quedaba más remedio y porque le importaba un bledo. Es reclamado en Lisboa por asesinato y le amenacé con entregarle para la extradición si no confesaba haber dado muerte a Borovansky. Naturalmente, no le dije para qué quería la confesión. Creyó que era porque queríamos tener otro tornillo con que apretarle en el futuro. Por otra parte, qué significa un cargo de culpabilidad más o menos para un tipo como ése. Puede ser que le busquen también en España, por lo que sé de él. Tanto Portugal como Austria han abolido la pena de muerte por asesinato, y no podría estar en dos presidios a la vez, entonces, ¿qué diablos importa? De todas maneras, yo tenía su confesión a punto de ser empleada si las cosas se ponían mal para usted. La dificultad era que yo tenía un trabajo que hacer. Si fuese usted detenido sin duda contaría su cuentecito y esto podría ser un inconveniente en este momento. Si hubiese hecho detener a Ortega, él también hubiera soltado su historia, con algo añadido, además. Cuando Rashenko me dijo por teléfono que usted se había marchado, mi primera idea fue que había decidido entregarse. Fue una suerte para usted no haberlo hecho. Se hubiera metido en un lío muy feo y me hubiera sido difícil ayudarlo. La policía no gusta de tener que pensar más de una vez que tiene en su poder al que ha decidido que es su hombre. Pero Rashenko dijo que venía usted a Praga, y como yo no le había dicho que le retuviese a la fuerza, le dejó marchar y además le dio las prendas de Ortega. Si hubiese pensado que había alguna posibilidad de que fuese usted a la policía, le habría metido una bala antes que dejarlo marchar;

pero es muy sagaz cuando se pone a juzgar a la gente, y creyó que decía usted la verdad sobre su venida a Praga. La única cosa que no advirtió fue la mancha de sangre en la manga. Cuando se lo dije por teléfono casi le dio un ataque. Debo decir que estuve un poco angustiado hasta que llegó usted. ¿Supongo que comprende que fue esa mancha en la manga lo que permitió a aquellos dos hombres recogerlo en la estación?

—¿Cómo habla por teléfono Rashenko, si es mudo?

—Tiene un sistema especial de señales.

—¡Hum! Todavía no veo por qué tuvo que darme las prendas de Ortega.

Zaleshoff suspiró ruidosamente.

—Porque, mi querido señor Kenton, hubiera sido demasiado peligroso ir a comprarlas a una tienda en una ciudad de las dimensiones de Linz. Los policías, ¿sabe?, no son tontos completos.

—Bien, bien, ¿y qué es lo que viene ahora? Supongo que se espera de mí que permanezca aquí hasta que usted esté dispuesto a decir a la policía austríaca que soy inocente.

—Esto es —dijo Zaleshoff con suavidad—. Aunque, naturalmente, no será tan sencillo como eso. Ortega debe ser descubierto en circunstancias convenientes. De ninguna manera ni yo ni Rashenko debemos aparecer implicados. En todo caso Rashenko tendrá que cambiar de casa.

—¿Por qué?

Zaleshoff no contestó.

—¿Supongo —dijo Kenton— que no será porque yo sé dónde vive?

—¿Otro trago, señor Kenton?

—Gracias. Es usted un diablo con sangre fría, ¿no es cierto, Andreas? Ortega puede ser un asqueroso destripador, pero no me gusta del todo la idea de entregarlo a la policía con una confesión que escribió para salvarse.

Zaleshoff hizo funcionar el sifón.

—Se pone usted muy remilgado de pronto, ¿no? Hace un ratito estaba tronando por la injusticia de ser acusado. Ahora que hay una buena perspectiva de que se haga justicia, no le gusta. —Se dirigió a la muchacha—. Esto, Tamara, es una muestra típica del pensamiento anglosajón.

La muchacha tomó un cigarrillo de una caja que había en la bandeja.

—No creo que el señor Kenton deba preocuparse —dijo—; creo que verá que Ortega considera filosóficamente todo el asunto, cuando llegue el momento.

—Esto, querida —dijo su hermano—, no es del mejor gusto.

Kenton iba a pedir que le fuese explicada esa observación algo críptica cuando se oyó un golpe seco en la puerta. Zaleshoff, con una palabra de excusa, se levantó, salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

—¿Qué sucede? —preguntó Kenton.

—No lo sé —contestó Tamara.

Kenton dejó pasar esa mentira obvia.

—Estoy intrigado —dijo—. ¿Le importaría explicarme exactamente cómo llegaron ustedes a mezclarse en este negocio? ¿Supongo que se puede llamar negocio?

—Sí, se puede llamarlo negocio. En cuanto a su otra pregunta, es la que yo me hago constantemente. Nunca encuentro la respuesta. Un día, espero que pronto, por primera vez desde hace años mi hermano y yo nos tomaremos unas vacaciones. Durante algún tiempo, quizás, viviremos como gente normal, lejos de este juego imbécil.

—Parece que no le gusta a usted.

—No es cuestión de gustar o no gustar, se trata solo de si uno resulta ser un tonto o no.

—¿Y de si gana o pierde?

—No. Esto no me importa. A mi hermano le importa. Si gana se siente bien; si pierde es desdichado. Para mí no hay diferencia. Siento nada más que es otro juego imbécil.

—No me gustan mucho todas esas metáforas alegóricas. Al final le conducen a uno a toda clase de tonterías.

—Tampoco a mí me gustan mucho, pero ahorran esfuerzo de pensar. Mi hermano a esto lo llama «filosofía de *wagon-lit*», porque parece que la gente siempre se pone así en los trenes.

—Es cierto. He visto algunos casos. Un hombre a quien encontré una vez en el coche-cama, yendo a Atenas, me tuvo despierto toda la noche explicándome el universo en función de una partida de poker que había jugado la noche anterior; huelga decirlo, había ganado.

Ella se echó a reír, pero, antes que pudiese contestar, la puerta se abrió de golpe y Zaleshoff entró en la sala.

Sus maneras habían cambiado. El semblante más bien afable de unos minutos antes había sido substituido por un aire de afectada despreocupación que Kenton no pudo interpretar. Miró a la muchacha, pero ésta contemplaba el fuego con indiferencia.

—Siento haber tardado tanto —dijo Zaleshoff—; tenía un pequeño asunto que atender.

—¿Secuestrar a alguien o solo tumbarlo de un porrazo?

El ruso ignoró la ocurrencia y se sentó en el borde de una silla.

—Ahora, señor Kenton —dijo animadamente—, vayamos, como a usted le gusta tanto decir, al grano. Ya le he tranquilizado sobre el desdichado tema de la muerte de Borovansky. ¿Supongamos que usted cumple su parte del trato dándome esa preciosa información de la que me habló?

Hablaba ligeramente, casi con indiferencia; pero detrás de la ligereza y la indiferencia Kenton percibió algo muy parecido a una caldera pocos segundos antes

de explotar. Se veía claramente que algo importante había sucedido mientras él permaneció solo con Tamara.

—¿Bien? —dijo Zaleshoff.

Kenton asintió.

—Bueno, pero con una condición.

—¿Más condiciones, señor Kenton?

—Una muy sencilla. Quiero la posibilidad de participar en la función. Tengo el particular deseo de ver la cara de Saridza cuando se obtengan las fotografías.

—Quiere usted decir si se obtienen las fotografías.

—Quiero decir *cuando*.

—No discutiremos sobre esto. Veo pocas probabilidades de encontrarnos con Saridza.

—No comprendo cómo puede usted obtener las fotografías sin encontrarse con él.

—Quizás no. Pero estoy esperando su información.

—Muy bien, pues, ahí va. —Kenton se inclinó hacia adelante con solemnidad—. Cuando le dije que Saridza se iba a Praga, olvidé una cosa: que había dicho que iba a encontrarse con un hombre llamado Bastaki. En el autobús que me llevó a la frontera encontré a un viajante de comercio inglés llamado Hodgkin, por el cual supe no solo que Bastaki es rumano, sino que su padre es uno de los más grandes industriales de Rumanía. Bastaki mismo tiene una fábrica de cables eléctricos en las afueras de Praga y ese tal Hodgkin le describió como uno de los mayores extorsionadores que existen desde aquí a Shanghai. Ahora, si esto no es una información útil, me comeré el abrigo de Ortega.

Zaleshoff se puso de pie lentamente y anduvo hasta la ventana. Durante unos instantes estuvo contemplando la muestra de las pesadas cortinas. Después giró en redondo.

—Señor Kenton —dijo solemnemente—, me faltan palabras. Me he hecho a mí mismo un grave daño. Sin ninguna duda, debí haberlo entregado a la policía de Linz. He gastado una considerable cantidad de tiempo y aliento con la esperanza de que tuviese el más mínimo retazo de información que darme, ¿y qué es lo que obtengo?

—¿No me cree?

Zaleshoff se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos como pidiendo fortaleza.

—Ciertamente le creo, señor Kenton. ¡Ciertamente! —Su voz se elevó y, de pronto, las palabras se atropellaron furiosamente en sus labios—. Le creo, mi querido amigo, porque hace tres minutos recibí exactamente la misma información por teléfono. Incluso puedo añadir algo, aunque indudablemente será una gran sorpresa para usted. Saridza se encontró con Bastaki en la fábrica de cables hace exactamente una hora. Con Saridza estaban las fotografías. Media hora más tarde, cuando usted se ocupaba en decidir si yo había envenenado su bebida, Bastaki salió para la estación y tomó el tren de las doce veinte. Saridza fue con Mailler a la casa de Bastaki, al otro lado de la ciudad. Hace media hora, señor Kenton, esas fotografías estaban a nuestro

alcance. Gracias a usted, ahora están camino de Bucarest. —Hizo una pausa y aspiró profundamente—. Bueno, ¿qué tiene usted que decir a esto, señor Muchacho Listo Kenton?

Kenton miró a la alfombra.

—No mucho.

Zaleshoff se echó a reír desagradablemente.

—¡No! Espléndido. Por lo menos conservamos nuestra cordura.

—Dije no *mucho*.

Zaleshoff resopló impacientemente y empezó a pasearse furiosamente.

—Tamara —dijo de súbito—, telefona a la policía y di que te han robado un collar, un collar de diamantes. Di que te fue arrancado del cuello por un hombre que detuvo tu coche en Altstadt. Da la descripción de Bastaki; está en las fichas. Di que tu chófer persiguió al hombre hasta dentro de la estación y vio que tomaba el tren de las doce veinte que va a Bucarest. Di que le detengan en Brünn. No, esto no irá bien. Inventa la historia tu misma y haz que suene bien, pero arregla las cosas de modo que Bastaki sea retenido en la frontera hasta que llegemos nosotros. Di a Serge que prepare el coche pequeño y que se ponga el uniforme. Tendrás que entrevistarte con la policía. Grigori sacará el Mercedes para mí. ¡Haz lo que quieras, pero corre!

La muchacha se dirigió a la puerta.

—Espere un minuto a salir —dijo Kenton.

La muchacha se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —prorrumpió Zaleshoff.

—Yo no me preocuparía por Bastaki.

—¿Qué quiere decir con esto? Ve, Tamara.

—Bastaki no tiene las fotografías.

—¿Qué?

Kenton se reclinó en su asiento.

—Sabe usted, *Monsieur* Zaleshoff —dijo en una maliciosa parodia de las maneras del ruso—, su gran punto débil es que se pega demasiado a su tarea.

—Si tiene algo que decir, dígalo, y rápido.

—Ciertamente, pero tenga calma. Usted salta a las conclusiones. Si le hubiese dicho lo de Bastaki en el momento en que entré aquí no hubiera tenido usted tiempo de hacer nada si, como dice, el encuentro con Saridza terminó hace media hora.

—Esto es perder el tiempo.

—Espere un momento. Digo que usted salta a las conclusiones. Bastaki se encuentra con Saridza que tiene las fotografías. Bastaki después va a la estación y toma un tren. Está usted tan obsesionado por el espectro de esas fotografías camino de Bucarest que inmediatamente supone que Bastaki debe llevarlas allá. No es así.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque con frecuencia he tomado el tren de las doce veinte en Praga. Es un tren muy cómodo, pero no va a Bucarest. Va a Berlín.

—¿Berlín?

—Exactamente. Y si tuviese usted la mitad de la perspicacia que yo le atribuía, sabría por qué Bastaki va a Berlín después de encontrarse con Saridza.

—Bueno, ¿por qué va?

—¿Recuerda aquella exposición tan clara que me hizo usted sobre las relaciones de Saridza con los fascistas rumanos?

—Sí.

—Entonces recordará haber indicado que uno de los principales objetivos de Codreanu es una alianza con Alemania.

Zaleshoff asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Se le ha ocurrido preguntarse precisamente por qué Bastaki entra en escena? ¿Por qué Saridza viene a Praga en vez de ir directamente a Bucarest?

—No se me ha ocurrido.

—Debía haberlo hecho. Bastaki es una persona relativamente insignificante. El hecho de que su padre sea un gran industrial rumano desorienta. ¿Por qué Saridza no trata con el padre, que es, probablemente, parte financieramente interesada? ¿Dónde interviene Bastaki hijo? Éstas, Andreas, son las preguntas que me hice esta tarde mientras esperaba el tren en Budweis. En consecuencia, como me sobraba tiempo, me divertí entrando en una agencia de noticias de Praga, fingí ser su corresponsal en Viena, el cual sucede que es amigo mío, e hice unas cuantas preguntas sobre los Bastaki. Descubrí algo jugoso. La esposa de Bastaki es checa, por esto él trabaja aquí, pero es una checa alemana y, créalo usted o no lo crea, su hermano es Schirmer, el subsecretario nazi del ministerio de Relaciones Exteriores alemán. ¿Ahora ve usted por qué Bastaki va a Berlín después de encontrarse con Saridza? La misión de Bastaki era examinar las fotografías, asegurarse de su autenticidad y correr hacia el cuñado Schirmer para darle la buena noticia. Codreanu no es tonto. Quiere estar seguro del apoyo de Schirmer antes de hacer nada. Entretanto Saridza espera sentado hasta que vuelva Bastaki con la bendición oficial. Balterghen tampoco es tonto. No hará nada en favor de Codreanu hasta estar completamente seguro de que se lo cobrará. Yo diría que puede usted confiar en que Saridza estará sentado sobre las fotografías en la casa de Bastaki durante treinta y seis horas... esto es, hasta el regreso de Bastaki. Naturalmente, podría usted telefonar a su amiguito de Berlín para que retenga a Bastaki, pero no se lo recomendaría: podría fracasar y entonces tendría las castañas en el fuego. Saridza saldría como una bala sale del cañón.

Zaleshoff dejó de pasearse y miró al techo. Kenton vertió un poco de soda en un vaso y se la bebió.

—Creo, señor Kenton —dijo Zaleshoff—, que debo estar envejeciendo. O acaso es porque no he dormido en estas tres últimas noches. Lamento haberle insultado.

—Está bien.

—Pero ¿por qué —intervino la muchacha— no nos dijo usted todo esto antes, señor Kenton?

—Porque —dijo su hermano con enojo— no le di la oportunidad de decirlo. —Se volvió suavemente hacia Kenton— ¿treinta y seis horas, calcula usted?

—Acaso un poco más. Calcule el tiempo razonable para que llegue a Berlín, vea a Schirmer y vuelva a Praga.

Ensimismado, Zaleshoff fue hacia la puerta. Entonces giró en redondo.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, amigo mío? ¿Algo con que pueda recompensarlo? Esto es —añadió, presuroso—, aparte del asunto de Ortega.

—Sí, hay algo —dijo Kenton rápidamente—. Me gustaría un baño caliente y una cama cómoda.

El ruso se volvió hacia su hermana.

—Sabes, Tamara —dijo—, me gusta este tipo, Kenton. Es razonable.

Cuarenta minutos más tarde, por primera vez en tres días, Kenton se metió en la cama.

Durante un par de minutos yació de espaldas, aflojando sus músculos y gozando del alivio de su dolorido y cansado cuerpo. Después alargó la mano y apagó la luz. Mientras lo hacía, se oyó un ligero crujido afuera, en el pasillo, y un suave *clic*, al ser cerrada la puerta con llave. Se sonrió agriamente en la oscuridad y se volvió de lado. Cuando empezaba a extenderse sobre él la tibieza del sueño, oyó débilmente el ruido de un coche que se ponía en marcha frente a la casa. Entonces se durmió.

Frau Bastaki era una mujer silenciosa de mediana edad, con un pelo grisáceo desaseado y un cutis manchado y enfermizo. Estaba sentada, rígida, en una silla de alto respaldo y miraba fijamente sus manos juntas y apretadas. Era obvio que encontraba a los invitados de su marido tan poco simpáticos como ellos a ella. A las dos y media, al ver que habían terminado sus copas de brandy, se levantó y sugirió que podría mostrarles sus habitaciones.

El hombre que se hacía llamar coronel Robinson se puso de pie e hizo una ligera reverencia.

—Vamos, Mailler —dijo en inglés—, la señora está ansiando librarse de nosotros.

El capitán Mailler musitó una monosilábica y poco galante descripción de su anfitriona, vació su copa otra vez y les siguió.

Pocos minutos después los dos hombres se saludaron con un vulgar «buenas noches» y entraron en sus habitaciones contiguas.

Saridza no se desnudó inmediatamente, sino que se acercó a una de sus maletas y sacó de ella una caja de cápsulas, una botellita y un vaso plegable. Se tragó una cápsula, llenó el vaso de agua hasta la mitad, añadió una pequeña cantidad de líquido de la botella y bebió la mezcla. Al cabo de una hora podría dormir. Apagó la luz, se puso una manta sobre los hombros y se sentó junto a la ventana.

Durante media hora estuvo sentado, inmóvil, en la oscuridad. Afuera, las nubes arrastradas por el viento pasaban corriendo sobre la luna que se levantaba. Luego

hubo una brecha entre las nubes y durante unos pocos segundos la luz de la luna iluminó claramente los jardines. De pronto, Saridza se inclinó hacia adelante y limpió el vaho de la ventana. Hecho esto se levantó y se dirigió a la puerta de comunicación.

El capitán Mailler ya estaba acostado cuando Saridza entró.

—Hola, jefe. ¿Todavía no está en la cama?

—Baje sin hacer ruido a la sala de al lado de aquella donde estuvimos y encienda las luces. Haga como si hubiese bajado a buscar un cigarrillo. Esto es todo. Hay alguien afuera, en la terraza. Quiero ver quién es.

—No comprendo...

—En aquella sala no están echadas las cortinas. Quiero que la luz dé en su cara. No, no tome una pistola; solo haga lo que le digo.

Volvió a la ventana y se quedó de pie mirando a la terraza, abajo. Un minuto después la luz inundó súbitamente la terraza y una figura baja y gorda retrocedió rápidamente hacia las sombras.

Cuando el capitán Mailler volvió, encontró a Saridza desnudándose para acostarse.

—¿Le vio, jefe?

—Sí, es Zaleshoff, el hombre que se llevó al periodista.

—¡Dios mío! Pronto me cargaré al cerdito.

Se dirigió a la puerta.

—Vuelva, Mailler, y acuéstese.

—Pero, maldito sea...

—Haga lo que le digo.

El Capitán se retiró a su habitación algo mohíno. En la puerta se detuvo.

—Me gustaría poner las manos sobre ese cerdito.

Saridza miró a la cara de su subordinado y sonrió débilmente.

—Creo que tendrá usted oportunidad de hacerlo. Buenas noches.

Saridza se acostó, rendido. Esa pócima tardaba en producir efecto, pero cuando lo hacía, Gott sei dank, lo hacía bien.

15 — *Plan y ejecución*

Kenton despertó al oír dar vuelta a la llave de su puerta. Hubo una pausa, luego

un golpe discreto. Kenton dijo:

—*Herein!*

Entró un hombre con una bandeja. Kenton reconoció al jefe de la banda del secuestro de la noche anterior.

El hombre dijo:

—*Guten Tag, Kamerad.*

Dejó la bandeja sobre la mesa, junto a la cama, y corrió las cortinas. Después de entrar en el cuarto de baño adyacente y abrir el agua, se retiró con un movimiento de cabeza amistoso.

Kenton comió su desayuno y entró en el cuarto de baño. Encontró dispuesto para el uso una navaja, cepillo de dientes, toallas, peine y cepillo.

Cuando volvió al dormitorio encontró que durante su ausencia le habían dejado sobre la cama un traje, ropa interior limpia y una camisa. El traje era de un paño verde de aire alpino, pero comprobó con alivio que le quedaba razonablemente bien. Terminó de vestirse y se dirigió a la sala donde había sido introducido la noche anterior.

Encontró a Zaleshoff sentado frente a un fuego que rugía, tomando té y leyendo un periódico.

Cuando entró, el ruso dejó el periódico y le contempló con mirada crítica.

—Muy bien —dijo—, muy bien. Me alegro que se haya dejado el bigote. Encontrará unos anteojos de cristales claros en uno de los bolsillos. Póngaselos.

Kenton lo hizo y examinó el resultado en un gran espejo dorado que había en la pared.

—¿Un poco teatral, quizás? —sugirió.

—Esto es solo porque no está acostumbrado a verse de esta manera. Pregunte a Tamara; bajará dentro de un minuto. ¿Pasó una buena noche?

—Muy buena, gracias. Su raptor en jefe es un excelente ayuda de cámara. Me llamó «camarada».

—Grigori hace de mecánico en Praga cuando no trabaja para el dueño de esta casa... o para mí.

—Sigo diciendo que es un buen ayuda de cámara. Espero que se sienta usted mejor después de una noche de descanso.

Zaleshoff soltó una risita.

—¿Me oyó salir, pues? Fui a hacer un reconocimiento en la casa de Bastaki. Ya ve que tomé en serio sus deducciones. Se halla a unos seis kilómetros de aquí en medio de terrenos propios.

—Esto no me dice nada. ¿Dónde es «aquí», exactamente? He mirado por todas las ventanas que pude encontrar y todo lo que he visto son árboles.

—Oh, estamos muy cerca de Praga.

—Esto es lo que supuse cuando me trajeron. Bien, bien, supongamos que esto no importa mucho. ¿Qué va usted a hacer? ¿Lanzar un ataque masivo contra la casa de

Bastaki, matar a Saridza y Mailler y agarrar las fotografías?

Zaleshoff dio un respingo.

—Nada tan brutal, espero. —Agitó el periódico—. A propósito, sale usted otra vez entre las noticias, esta mañana. Le han detenido en Viena.

—¿Han hecho qué?

—Le han detenido a usted. La policía austríaca siempre emplea este truco. Anuncian una detención, el hombre buscado sale de su escondrijo riéndose para sus adentros y cae en brazos de los policías.

—¿Supongamos que Ortega lo ve?

—No lo verá. Rashenko se ha preocupado de esto.

—Me alegra saberlo. Volviendo a Saridza, me interesaría mucho saber qué es lo que va usted a hacer en cuanto a esas fotografías.

Zaleshoff se sirvió más té.

—Iba a hablar con usted de esto. —Examinó pensativamente una rodaja de limón— ¿le gustaría asistir al rescate de las fotografías?

—Muchísimo. Pero ¿qué puedo hacer?

—Varias cosas —fue la evasiva respuesta—; ve usted, necesitaré más hombres de los que tengo aquí, aun cuando Tamara conduzca el coche.

Kenton dirigió una mueca al ruso.

—Cuando diga usted exactamente lo que quiere decir, sin hacer primero dos o tres rodeos —dijo—, sabré si algo está mal. ¿El problema es, supongo, que no puede dejar a nadie aquí para vigilarme?

—Qué tontería, amigo; dijo usted anoche que quería participar en la función. Esta es su oportunidad.

Kenton suspiró.

—Como usted quiera. ¿Qué hago?

—Llevar una automática descargada y acompañarme.

—Esto no parece muy útil.

—Lo será. Mire, aunque creemos que Saridza tiene las fotografías, no sabemos exactamente dónde las tiene. ¿Las lleva encima o están escondidas en su habitación? Debemos tener libertad para registrar. Esto es imposible si al mismo tiempo tenemos que vigilar a la gente.

A Kenton le pareció una explicación algo débil, pero lo dejó pasar. Era seguro que Saridza llevaría las fotografías encima. De todas maneras, si Zaleshoff temía dejarlo solo en la casa, tanto mejor. Sería agradable restablecer contacto con el coronel Robinson y el capitán Mailler.

—¿Cuál es el plan de campaña? —preguntó.

Zaleshoff sacó de su bolsillo un rudimentario plano de una casa y estuvo hablando durante diez minutos.

—Es enteramente sencillo —concluyó—; todo lo que usted debe hacer es seguir las instrucciones. Serge tomará el garaje, Peter vigilará la verja de entrada, Grigori,

usted y yo nos dedicaremos al interior.

—¿Y si Saridza tiene a sus matones allí?

—No los tiene. Solo están él y Mailler, aparte de tres criadas y *Frau Bastaki*. Grigori se encargará de las mujeres. Usted y yo nos dedicaremos al verdadero asunto.

—No veo cómo puedo atender a nada con una automática descargada.

—No ha de haber tiros. Ya es usted reclamado por asesinato por la policía austríaca. Sería una desdicha que realmente matase a alguien. Las automáticas son unos chismes traviesos cuando no se está acostumbrado a ellas; una automática descargada, parece tan peligrosa como si está cargada.

—Muy bien. ¿Cuándo empezamos?

—Hacia las diez, creo. No quiero esperar a que estén acostados. Saldremos de aquí hacia las diez menos cuarto.

En aquel momento entró Tamara.

—Estaba explicando el programa de esta noche al señor Kenton —dijo Zaleshoff—. Se siente decepcionado porque le digo que su automática no debe estar cargada. Le digo que podría matar a alguien.

—El señor Kenton parece muy capaz de ello, vestido así —dijo Tamara.

En cuanto a ella, observó Kenton, estaba extremadamente atractiva con su blusa y su falda.

—Su hermano dijo que usted aprobaría el disfraz.

Ella se sonrió.

—Si Saridza lleva anteojos oscuros tendrá que mirarlo dos veces antes de reconocerlo.

—Esto no suena muy bien.

—No tiene que preocuparse —dijo Zaleshoff—; Saridza no se pondrá en contacto con la policía, tendría que explicar demasiadas cosas.

Kenton quedó silencioso un momento.

—Me pregunto —dijo por fin—, qué dirá Saridza cuando pierda sus fotografías.

Zaleshoff miró su reloj.

—Dentro de nueve horas —observó— estaremos oyendo la respuesta a esta pregunta. Ven, Tamara, tenemos trabajo.

Kenton, solo, encendió un cigarrillo y se acercó a una librería que estaba en el rincón de la sala. La mayoría de los libros que había en ella eran rusos. Buscando, sin mucho ánimo, entre ellos con la esperanza de encontrar uno escrito en un idioma que él pudiese leer fácilmente, vio un raro volumen del *Montaigne* de Florio. Lo llevó bajo la luz y lo abrió al azar. A la mitad de la página un párrafo le llamó la atención.

«Por lo que hace a las empresas militares, ningún hombre es tan ciego para no ver qué parte tiene en ellas la suerte: aun en nuestros consejos y deliberaciones, alguna casualidad o buena suerte tiene que añadirse, pues aquello a lo que nuestra sabiduría puede afectar no es una cosa importante.»

Cuanto más agudo y rápido se es, más debilidades se encuentra en sí mismo, y tanto más se desconfía de sí mismo».

Cerró el libro suspirando y lo devolvió a su lugar. Después se dirigió lentamente hacia el fuego y permaneció contemplando las llamas que salían silbando de los lados de un carbón blando y embreado. ¡Ojalá Sachs hubiese elegido otro compartimiento!

Un poco después de las nueve y media de aquella noche, Zaleshoff inspeccionó la cámara de una gran Luger automática, se aseguró de que estaba vacía y la entregó a Kenton.

El periodista se la metió en el bolsillo del impermeable de cuero con que le habían provisto y se sintió mejor. Podía estar descargada, pero le proporcionaba lo que hasta entonces le había faltado: el tacto de lo dramático.

Durante aquel día había tenido sobradas oportunidades de dejar trabajar a su imaginación. Se había representado la escena: la asamblea, torva y decidida, en el vestíbulo, las últimas instrucciones de Zaleshoff, la atmósfera silenciosa y tensa a medida que se acercaba la hora cero, y el hecho de que la verdad no se conformara en lo más mínimo a lo que imaginó le trastornaba.

Pensó que de esta forma podrían salir para una merienda en el campo. Tamara mostró, con cierto orgullo, un termo lleno de café caliente; Zaleshoff no acababa de decidir si llevaba o no llevaba bufanda; los dos hombres, Serge y Grigori, disputaban por sus lugares en el coche. Kenton, que en aquel momento ya tenía los nervios de punta, iba a estallar furioso contra todos ellos cuando Zaleshoff, mirando su reloj, anunció que saldrían inmediatamente.

Todas las esperanzas que había sustentado Kenton de ver el lugar donde Zaleshoff tenía su cuartel general se desvanecieron. La muchacha se instaló en el asiento del conductor y bajó las cortinillas de la separación, detrás de ella. Grigori repitió el proceso con las restantes ventanillas. Kenton fue instalado junto a Zaleshoff en el asiento de atrás, de cara a Grigori y Serge. El tercer hombre, Peter, se sentó delante, con la muchacha.

—¿No se expone a ningún riesgo, verdad, Andreas?

Zaleshoff soltó una risita pero no contestó; se puso a hablar en ruso con Grigori.

El coche torció a la derecha y salió a la carretera, pero, después de recorrer por ella una distancia corta, viró a la izquierda y tomó una carretera secundaria mal pavimentada. Durante quince minutos o más el Mercedes brincó y se balanceó entre los baches, después frenó y el coche se paró.

—Silencio ahora —dijo Zaleshoff.

El Mercedes se había parado, con las luces apagadas, frente a la entrada de una pequeña vereda oscura. A la débil luz del cielo Kenton pudo ver que había árboles a su alrededor. La pálida y confusa forma de la carretera por la que habían venido se alejaba en curva hacia la izquierda y se perdía en las sombras. Hacía mucho frío. Mientras se levantaba el cuello del abrigo alguien le rozó el codo.

—*Vorwärts* —dijo Zaleshoff—, los otros van delante.

Cuando entraban en la oscuridad de la vereda vio el resplandor del cigarrillo de la muchacha a través del parabrisas del coche y le pareció que se movía con un ademán de despedida. Luego los árboles ocultaron el cielo y ellos avanzaron a ciegas. La mano de Zaleshoff encontró el brazo del periodista.

—Cuidado aquí.

Pocos segundos después dejaron la intensa oscuridad de los árboles, anduvieron por una pronunciada cuesta y Kenton oyó un débil murmullo de agua. Un instante después caminaba sobre algo muy duro y sus pasos parecían resonar. Esforzó la vista y vio que cruzaban un puente de hierro sobre un arroyo.

En la otra orilla el sendero iba hacia la izquierda y durante un minuto o dos Kenton pudo ver el camino bastante bien. Entonces vieron levantarse ante ellos una masa oscura y Zaleshoff frenó el paso.

—Esas son las puertas, junto a los árboles. Los otros nos esperarán.

Mientras hablaba se oyó el leve ruido de un pie removiendo una piedra y las sombras de enfrente parecieron moverse. Alguien habló en susurro. Al instante Kenton quedó solo. Avanzó unos pasos, se detuvo y tendió la mano: encontró pared de ladrillo. Se hallaba junto a uno de los pilares de la puerta. Entonces Zaleshoff volvió junto a él.

—Adelante ahora, y silencio.

Por el plano que Zaleshoff le había mostrado a Kenton sabía que se llegaba a la casa por una avenida semicircular que encerraba una extensión de césped con algunos árboles y arbustos. La ruta de Zaleshoff la atravesaba hasta un punto más allá del final de la avenida y un poco a la izquierda de la casa. Sobre el plano había parecido muy simple, pero cuando no habían recorrido más que unos pocos metros desde la puerta, Kenton ya estaba desorientado. Abandonó todo intento de orientarse y concentró la atención en seguir a las dos confusas figuras que tenía delante, que por fin se detuvieron y Kenton las alcanzó.

—Ahora solo hay una línea de árboles entre nosotros y el jardín —susurró Zaleshoff—. Dentro de un momento veremos la casa. Pero debemos dar tiempo de llegar a Serge.

Durante cinco minutos los tres permanecieron inmóviles. La hierba era húmeda y a Kenton se le entumecían los pies cuando Zaleshoff por fin les indicó que avanzaran. Al cabo de un par de segundos salieron de los árboles.

La casa estaba construida sobre una pendiente y el jardín formaba terraplenes hasta una larga terraza con baranda de piedra a la que daban tres puertas vidrieras de las estancias de la planta baja. A la derecha de la terraza había un ala saliente, pequeña, que llegaba junto a la avenida que daba la vuelta desde la verja y en la que estaba la entrada principal de la casa. Exceptuando la luz que se veía por las rendijas de las cortinas de las dos salas que daban a la terraza más lejos de la entrada, toda la casa estaba a oscuras.

Zaleshoff murmuró algo en ruso a Grigori y éste se alejó silenciosamente.

—Va a la parte de atrás para ocuparse de la cocina. Le daremos un minuto, luego iremos hacia la terraza.

Esperaron, después empezaron a avanzar al abrigo de un seto bien recortado. Un par de minutos después se encontraron en un sendero de piedra un poquito más bajo que la terraza y frente a ella.

—Ahora, de puntillas —susurró Zaleshoff.

Se arrastraron a lo largo del sendero. A los pocos pasos llegaron a una abertura en la balaustrada a la que se subía por tres escalones de piedra. En cinco segundos más se hallaron a la sombra del muro. Zaleshoff empezó a deslizarse lentamente hacia la primera de las vidrieras iluminadas. Kenton le siguió, con el corazón latiéndole locamente.

A unos treinta centímetros de la ventana Zaleshoff se detuvo. Kenton se inclinó. El débil murmullo de una voz de hombre llegaba a través de la ventana. Zaleshoff escuchaba con atención.

—Polaco —musitó por encima del hombro.

Escuchó un poco más, después se volvió y, suavemente, empujó a Kenton a lo largo de la pared.

—La voz llega demasiado ahogada para entender lo que dice —susurró—. Saridza no habla polaco, pero supongo que debe estar ahí. Por aquí.

Avanzó a lo largo de la terraza hasta la vidriera no iluminada y Kenton vio que se sacaba del bolsillo algo que parecía una herramienta de grabador, que insertó con cuidado en la jamba de la puerta y apretó. Inmediatamente la puerta se abrió.

Zaleshoff se apartó rápidamente.

Durante un par de segundos permaneció inmóvil.

—Buen trabajo —murmuró Kenton.

El ruso volvió la cabeza.

—No estaba cerrada —dijo—. No me gusta esto. —Entonces se encogió de hombros—. Vamos.

Entraron en la estancia oscura. Kenton sintió bajo sus pies una alfombra gruesa y su mano tendida tocó una mesita. Experimentó un súbito deseo de retroceder. Por alguna razón que no podía penetrar, una frase martilleaba en su mente: «allanamiento de morada». El polvoriento clisé legal repiqueteaba con rítmica persistencia. En aquel momento, mientras sus dedos se movían sobre la pulida superficie de la mesa, todo fue abandonado por el deseo de huir; debía salir, alejarse de aquella blanda alfombra y aquella pulida mesa que pertenecían a otro, lejos de la tibia y levemente perfumada oscuridad de la estancia, a las calles iluminadas de una ciudad con gente que transita apresurada. Dio un paso adelante.

—Zaleshoff... —susurró.

El ruso le agarró el brazo.

—Cuidado con esta silla. ¿Tiene la pistola preparada?

Kenton metió la mano en el bolsillo lateral. La pistola se enganchó en el forro cuando tiró de ella. Tenía las manos calientes y resbaladizas. Tentó el liso y frío metal y maldijo entre dientes. Zaleshoff ya había abierto la puerta y atisbaba al vestíbulo oscuro. Kenton vaciló, luego le siguió.

Se hallaban en un gran vestíbulo. Zaleshoff cerró con cuidado la puerta tras ellos y avanzó hacia la izquierda. A poca distancia había una puerta bajo la cual se veía una delgada raya de luz. Otra vez oyeron el murmullo de una voz de hombre. Kenton vio que Zaleshoff se apoyaba contra la jamba y daba vuelta lentamente al pomo de la puerta. La sangre latía en su cabeza; levantó la mano que sostenía la automática. De pronto, el brazo de Zaleshoff se movió. La puerta se abrió de par en par y la luz de una araña inundó el vestíbulo y deslumbró a Kenton. En una porción de segundo Zaleshoff había entrado en la sala.

Un fuego ardía alegremente en la chimenea. En el aire flotaba el aroma de un puro. A un lado había un gran aparato de radio. Cuando Kenton entró en la estancia la voz que hablaba en polaco cesó y del altavoz salió un débil zumbido. Pero el periodista apenas se dio cuenta de estas cosas, pues fijaba la mirada estúpidamente en el único ocupante de la sala. Era Serge. Yacía en el suelo, con la boca abierta y los ojos empañados. De su espalda, entre las paletillas, salía el mango de un puñal.

Zaleshoff fue el primero en moverse. Se agachó rápidamente y tomó la muñeca del hombre muerto. Casi inmediatamente la soltó y se levantó.

—Rápido —musitó roncamente—, algo ha salido mal, debemos marcharnos de aquí.

Empezó a dirigirse a la puerta. Kenton adelantó un pie para seguirlo. No avanzó más.

—Quédense completamente quietos y dejen caer las armas.

Hubo un segundo de helado silencio. Luego Kenton aflojó la mano que sostenía la automática y ésta dio un golpe sordo sobre la alfombra. La sangre se había retirado de su cabeza y le zumbaba los oídos. Vio el revólver de Zaleshoff caer al suelo, pero no lo oyó.

—Vuélvanse.

La orden tajante sonaba como si llegase a través de varias capas de algodón en rama. Se volvió lentamente.

En el umbral, con una amarilla sonrisa en los labios y un pesado revólver en la mano, estaba Saridza.

16 — *Baja civil*

Saridza les señaló con el cañón del revólver que se alejaran de las puertas vidrieras.

—Apártense de esas armas y pongan las manos detrás de la cabeza —ordenó—. Esto está mejor.

Hubo silencio durante un momento. Saridza, despacio, amartilló su revólver y se apoyó en el respaldo de una silla.

—Esta —prosiguió— es una agradable reunión, camarada Zaleshoff; espero que no la malograrán ustedes haciendo ningún necio intento de escapar.

Zaleshoff sacudió la cabeza negativamente.

—No —dijo; y añadió dirigiéndose a Kenton—: Saridza tiene fama de buen tirador con el revólver.

Saridza tomó una expresión radiante.

—¡Qué memoria tiene usted, Zaleshoff! Me pregunto si recuerda usted nuestro último encuentro en Nueva York. ¿Era Nueva York, no?

—Exacto, en mil novecientos treinta.

Kenton escuchaba como en un sueño. Aquellos dos parecían unos individuos que se conocen en los negocios y charlan sobre los viejos tiempos.

—¿Qué le sucedió —decía Saridza— a aquel hombre suyo en Nueva York? ¿Cómo se llamaba? Algo que empegaba con R, creo. Ah, sí, Rogojin, esto es. ¿Dónde está ahora?

—En Moscú.

—¡Qué extraordinario! Debo confundirme. Creía que ahora era su agente en Basilea. Quizás es otro del mismo nombre. —Sonrió y su mirada se dirigió al periodista—. Y el señor Kenton. ¿No es él? Me sorprende un poco verlo a usted aquí. Mire, yo creí de veras su historia sobre el encuentro con Borovansky en el tren... Cruel decepción. Sin embargo, Mailler se alegrará de saber que, después de todo, la policía austríaca fracasó. Tiene ansia de verlo a usted de nuevo, y a usted también, camarada Zaleshoff. Deben excusarlo por un momento. Está atendiendo a un amigo de ustedes a quien encontró rondando por las habitaciones del servicio. Parece que hay mucha gente esta noche rondando por la casa de *Frau Bastaki*. A este pobre tipo que está aquí en el suelo, Mailler le encontró en el garaje manoseando los coches. El cadáver fue traído aquí para proporcionarles a ustedes una pequeña sorpresa. Idea de Mailler. Un poquito macabra quizás, pero es que los gustos de Mailler se inclinan por este lado. A mí la idea me atrajo por una razón diferente. ¿Conoce usted el antiguo concepto mosaico: ojo por ojo? Me complace saber que ahora el alma de Borovansky puede descansar en paz, vengada.

—Sigue usted hablando tanto como antes —dijo Zaleshoff.

La sonrisa de los labios de Saridza se disipó un poco.

—Sí, Zaleshoff, sigo hablando. Sigo obrando, también. Este hecho probablemente no se le ha escapado.

—No. Tengo curiosidad por enterarme de cómo supo usted de mi visita.

—Debo agradecerérselo a mi insomnio.

—Quiere decir que me vio anoche. Fue cuando Mailler encendió la luz, supongo. Creí haber sido suficientemente rápido.

—No del todo. Podía haberle metido un tiro fácilmente, pero pensé que seguramente volvería usted y traería a sus amigos. Tomé la precaución de instalar una pequeña guarnición y de mandar a la señora Bastaki y las criadas a Praga. Acerté, aunque no contaba con la presencia de este joven. Parece usted extrañamente silencioso, señor Kenton. ¿Es el bigote o los anteojos lo que le molesta? La última vez que nos vimos tenía usted muchas cosas que decir.

En aquel momento chasquearon unas palabras en el altavoz de la radio y un segundo después, con un redoble de tambores y unos floreos, irrumpió una orquesta con una ruidosa interpretación del vals del *Danubio azul*. Zaleshoff se echó a reír.

—Un curioso toque grotesco —comentó con seriedad—. Un hombre muerto en el suelo, dos hombres condenados, con las manos detrás de la cabeza, y un vals de Strauss como marcha fúnebre... ¿Qué puede haber más divertido? A propósito, nuestra bromita con el altavoz fue idea mía. Ustedes respondieron magníficamente. Es una lástima, sin embargo, que vinieran tan pronto. Lo mejor que pudimos ofrecerles fue esa conferencia de Cracovia, sobre las danzas populares de Galicia. Media hora más tarde hubieran oído ustedes al doctor Goebbels hablando desde Leipzig. Lo que a mí me hubiera gustado, naturalmente, es la estación de Moscú. Pero el sentido del humor puede ser una cosa peligrosa. Hubiera sido embarazoso que hubiesen tocado la *Internacional*. Hubiera podido suscitar sus sospechas.

Kenton apenas oía lo que se estaba diciendo. Serge estaba muerto. El mecánico, Grigori, podía estar muerto también. ¿Qué había sucedido a los otros dos, el hombre que quedó en la puerta y Tamara? Mientras esos pensamientos pasaban a través de su mente, llegó el ruido distante de tres disparos en rápida sucesión. Hubo una pausa, luego otro tiro aislado que pareció más sonoro que los primeros.

Miró de soslayo a Zaleshoff. La cara del ruso era completamente inexpresiva. Kenton miró a Saridza, quien seguía sonriendo, pero había una tirantez en su rostro que mostraba que estaba escuchando con atención. Durante un minuto entero reinó un completo silencio en la estancia.

Después Zaleshoff carraspeó.

—Qué desgracia si el capitán Mailler ha recibido un tiro —observó.

—No es probable, creo.

—Yo de usted no estaría tan seguro, Saridza. Mi hermana es buena tiradora y está bien cubierta en el coche.

Kenton saltó. ¿Qué estaba diciendo aquel hombre?

—Seguramente no creerá usted que vinimos aquí sin estar preparados para lo imprevisto —prosiguió Zaleshoff con calma.

Kenton tosió para advertirlo, pero el ruso no hizo caso de ello.

—Naturalmente que puede ser el hombre que dejé en la puerta. Mailler y su banda pueden haberse encontrado rodeados.

El periodista miró fieramente a su compañero de cautiverio. Después vio algo que le hizo volver la cabeza rápidamente y mirar de frente. Zaleshoff avanzaba casi imperceptiblemente hacia una esquina de la chimenea y los dedos de sus manos sostenidas detrás de la cabeza se extendían para agarrar un jarrito de cobre. Kenton retuvo el aliento.

Pero en aquel momento se oyeron pasos en el vestíbulo y Mailler entró en la sala.

El antiguo *Black-and-tans* dirigió una mirada rápida a los dos prisioneros.

—Apártese de la chimenea, rápido —espetó de pronto.

Zaleshoff dio un paso adelante y el corazón de Kenton desfalleció.

—Bueno, jefe —dijo Mailler—, atrapó usted a los puercos. Hay otro amarrado en la cocina. Tuve que aporrearlo un poco. Había otro par en un coche. Disparé algunos tiros al aire y escaparon corriendo. Traté de darles en el depósito de gasolina, pero estaba demasiado oscuro.

Saridza gruñó con enojo.

—Debía haberlos parado, Mailler. Pueden volver aquí. Tendremos que llevarnos a estos hombres. Reténgalos usted aquí. Yo voy a arreglar las cosas.

Mailler levantó un pesado revólver Colt hasta el nivel de su pecho.

—Muy bien.

Saridza salió de la estancia. Mailler vigilaba a Kenton y Zaleshoff con los párpados entrecerrados. El periodista vio que había sido reconocido.

—Lindo botín —dijo Mailler suavemente. Levantó la voz—. Heinrichs, *komm hier*.

Un hombre alto y delgado, con una marca de nacimiento que le desfiguraba un lado de la cara, entró en la estancia. Tropezó con las piernas de Serge muerto y las apartó malvadamente de un puntapié.

—Apúntalos con tu revólver y procura que no se acerquen demasiado a la chimenea —ordenó el capitán Mailler en alemán.

—*Jawohl, Herr Kapitän*.

El hombre se colocó en posición conveniente y amartilló su revólver.

Mailler se metió las manos en los bolsillos de su trinchera y contempló a los prisioneros un momento. Kenton observó que había una mancha de sangre larga y delgada en la parte de delante de su trinchera. De pronto el Capitán levantó su revólver y se dirigió hacia Zaleshoff. A un palmo de él, se detuvo.

—Así, tú eres el puerco rojillo, ¿no?

Zaleshoff le miró imperturbable.

—Me complace volver a encontrarle, Capitán. ¿Sabe?, he descubierto algunas

cosas sobre usted. Su verdadero nombre es Hollinder. Y, lo que es más, en Nueva Orleans es reclamado por el asesinato de una mujer de color llamada Robbins.

Mailler levantó su puño enguantado y lo estampó contra la cara del ruso. Zaleshoff trastabilló. El otro levantó la mano que sostenía el revólver y golpeó con él un lado de la cabeza del ruso. Zaleshoff cayó de cara y quedó inmóvil.

Mailler se volvió hacia Kenton.

—Tendrás lo tuyo dentro de un minuto, viejo.

Buscó en su bolsillo, sacó un trozo de grueso alambre de cobre y unos alicates y procedió a amarrar las muñecas de Zaleshoff a su espalda. Apretó el alambre retorciéndolo fuertemente con los alicates y cortó los cabos.

—Ahora tú. Baja las manos... poco a poco... y pónelas detrás.

Kenton obedeció y el alambre mordió su carne. Durante un par de segundos trató de mantener las muñecas ladeadas de modo que después pudiese aflojar el cable, pero una vuelta de los alicates pronto derrotó su propósito. El dolor era terrible; Kenton dobló el cuerpo.

Mailler se echó a reír.

—¿Un poco apretado, viejo? Muy bien; tus muñecas quedarán entumecidas en un minuto. Siéntate.

Empujó a Kenton hacia atrás y alargó el pie. Kenton tropezó con él y cayó pesadamente. Sus tobillos fueron amarrados por el cable; Mailler estaba dándole el apretón final cuando volvió Saridza llevando puestos abrigo y sombrero. Miró a Zaleshoff que permanecía sin sentido.

—¿Qué es esto, Mailler?

—El cerdo se descaró.

Saridza frunció el ceño y miró a Kenton.

—Siento —dijo rápidamente— que debemos separarnos nuevamente tan pronto. *Partir c'est mourir un peu*; pero me temo que sean usted y sus compañeros de desgracia quienes tengan a su cargo el morir. Van a salir para dar un paseíto. Mailler, métalos en el coche. Les llevaremos a la fábrica de cables. No creo que el hombre de la cocina viva mucho tiempo, en todo caso, pero puede ir con ellos. —Miró, pensativo, al cadáver que yacía en el suelo—. Esta travesura suya, Mailler, ha ensuciado la alfombra. Esto debe arreglarse antes que vuelva Bastaki por la mañana. El lago que hay detrás de la casa y muchos pesos se cuidarán de este desecho. Dése prisa.

—En seguida, jefe.

Salió de la estancia y regresó a los pocos instantes con un joven pálido de aire maligno a quien llamó «Berg». Bajo la dirección de Mailler, el recién llegado y Heinrichs se llevaron el cadáver de Serge.

Saridza contemplaba la operación en silencio. Cuando aquéllos hubieron salido, atravesó la sala y miró al periodista.

—Usted, amigo mío —dijo—, es un tonto.

—Por primera vez estoy de acuerdo con usted —replicó Kenton.

—Y, sin embargo —prosiguió el otro—, no estoy enteramente satisfecho de verle morir. Dentro de ciertos límites, parece usted ser inteligente. Es un periodista capaz. Posee una cualidad que yo, como hombre de negocios, considero de alto valor: el sentido de la lealtad. Lo encuentro muy raro. La lealtad puede asegurarse por medio de la coerción, también puede comprarse; pero tengo muy poca confianza en lealtades de ese calibre. Yo podría emplear sus servicios, señor Kenton.

—¿Me ofrece usted un empleo?

—Sí. No le pido que traicione a este hombre, Zaleshoff. Él ya no cuenta. Le ofrezco una alternativa a la muerte. Si acepta usted mi proposición, se quedará aquí en vez de ir con esos dos.

—¿Cuál es su proposición?

—Muy sencilla. Continuará usted en su trabajo como antes, pero bajo mi dirección. De cuando en cuando se le darán noticias especiales para publicar. Esto es todo. A cambio de ello, le pagaré un sueldo de cincuenta mil francos por año. En realidad, ganará más. Como protegido mío encontrará caminos abiertos que permanecerían cerrados para un señor Kenton común.

—Esto parece muy atractivo.

—Me alegro de que piense usted así. Pero hágame el favor de no creer que fingiendo aceptar mi proposición podrá inmiscuirse más en el asunto presente. No se le devolverá la libertad hasta dentro de varias semanas.

—¿Hasta que Codreanu tenga el control, la alianza con Alemania esté asegurada y las concesiones petroleras revisadas en favor de la Pan-Eurasian Petroleum?

—Es usted todavía más inteligente de lo que yo esperaba. Sí, hasta que se hayan arreglado los asuntos en Bucarest.

—¿Y esto es todo?

—No enteramente. Mire, también puede usted estar pensando que si ahora acepta puede salvar el peligro y más tarde retractarse. No será así. Exigiré pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—En la cocina está el hombre capturado por Mailler. En el suelo, al lado de usted, está el que lo empleaba, Zaleshoff. Mañana a esta hora, ambos hombres habrán muerto. En un mundo incierto, nada puede ser más cierto que esto. Por lo tanto, ¿y si le pidiéramos a usted que nos los mate de un tiro? Sería muy sencillo. Solo dos tiros, con los ayudantes de Mailler como testigos, y todo habría terminado. Usted no haría más que anticipar lo inevitable. Ahora, ¿qué dice usted?

Es difícil portarse con dignidad cuando uno yace en el suelo amarrado como una gallina, pero de alguna manera Kenton lo consiguió.

—Digo —contestó deliberadamente— que debería estar usted en un establecimiento para maníacos homicidas.

Los labios de Saridza se apretaron sobre sus dientes amarillos.

—¿No cree usted, señor Kenton, que algo podría hacerle cambiar de idea?

—No lo creo.

Saridza suspiró.

—Es la primera vez —dijo— que veo a un hombre suicidarse pronunciando tres palabras. —Se volvió hacia Mailler que regresaba—. Rápido, ahora; no tenemos tiempo que perder. Meta a estos dos en el coche.

Kenton fue llevado a través del vestíbulo y dejado en el suelo de la parte trasera de un coche que esperaba con el motor encendido. Pocos minutos después, Zaleshoff, todavía inconsciente, fue arrojado a un lado. Después Mailler y Berg reaparecieron llevando a Grigori. A la luz del vestíbulo, Kenton vio que la cara del mecánico estaba cubierta de sangre. El hombre gimió débilmente cuando fue echado sobre el asiento; su respiración era estertórea.

Un minuto después salió Saridza. Kenton le oyó decir:

—Llévese a Berg con usted. Heinrichs y yo les seguiremos con el otro coche. Ustedes dos se encargarán del vigilante. No hay que hacerle daño, pero, recuerden, de ninguna manera ha de identificarles.

Mailler asintió con un gruñido, cerraron de golpe la portezuela del lado del conductor y pusieron el coche en marcha.

El coche rugía por la carretera llena de baches que habían recorrido horas antes, a una velocidad peligrosa. Amarrado y desvalido, Kenton era sacudido sin piedad. Para empeorar las cosas, el cuerpo flácido de Grigori resbalaba sobre el asiento y Kenton tuvo que esforzarse por evitar que cayera sobre él y Zaleshoff.

Después de veinte minutos de soportar aquella situación el coche se detuvo y los dos hombres que iban delante se apearon. Kenton oyó sus pasos alejarse crujiendo por un camino, y un murmullo de voces más adelante; poco después hubo un grito ahogado y ruido de un forcejeo, que solo duró un par de segundos; luego hubo silencio durante un rato. Entonces Kenton oyó el rechinar de unas pesadas puertas al abrirse. Debían hallarse, pensó, en la fábrica de cables. El grito debió provenir del vigilante. Ahora Mailler y Berg volvían al coche, subían y permanecían, sentados en silencio, hasta que se oyó otro coche en la carretera, detrás de ellos. Entonces pusieron el coche en marcha otra vez y dieron vuelta lentamente a la izquierda, para detenerse de nuevo a los pocos metros. Se oyeron portazos y pasos que se alejaban. Transcurridos unos minutos volvieron Berg y Heinrichs, levantaron a Kenton y le llevaron por un sendero de cemento hasta una puerta de madera que había en una pared de ladrillo. Abrieron la puerta y Berg la sostuvo mientras Heinrichs arrastraba al periodista.

A pesar de la luz débil, Kenton vio, por la forma del techo, que se hallaba en una construcción muy larga, fabril. Había un olor muy fuerte de caucho y betún. Divisó las sombras de una larga hilera de curiosas máquinas que en la penumbra parecían enormes insectos agachados. En el extremo más apartado de la sala de máquinas salía luz de un vano parcialmente separado del taller por un tabique de hierro corrugado. Hacia allá le llevaron.

Una sola lámpara con reflector de acero suspendida de una de las vigas del techo iluminaba el cubículo. Bajo la lámpara, en el centro de un piso de cemento cubierto de polvo gredoso, estaban Saridza y Mailler. Los que traían a Kenton le tiraron sobre el cemento.

—Déjenlo y vayan a por los otros dos —ordenó Saridza en alemán.

Los dos hombres se fueron. Saridza y Mailler se pusieron a hablar en voz baja. Kenton se volvió sobre el costado izquierdo y miró a su alrededor.

El lugar tenía unos ocho metros de ancho y el doble de largo. No contenía maquinaria. Lo atravesaban dos rieles hundidos en el cemento y con una separación entre ellos de unos tres metros; terminaban en un extremo bajo una grúa corredera montada sobre un puente que en ángulo recto entraba en la sala de máquinas. El otro extremo de los rieles llegaba hasta dos puertas de hierro redondas y convexas, de seis metros de diámetro cada una y con macizos goznes. En uno de los rieles había tres vagonetas, dos de ellas cargadas.

Mailler desapareció en la penumbra de la sala de máquinas y Saridza se acercó a Kenton.

—¿Intrigado, señor Kenton?

—Mucho.

—Déjeme explicarle. No vale mucho la pena esperar a los otros dos. Tendrá usted mucho tiempo para contarles todo. Mire, he decidido cambiar mis planes. Pensaba traerlo a usted aquí, pegarle un tiro y dejarlo. Pero le ahorraré esta cosa desagradable. ¿Sabe usted qué día es hoy?

—No.

—Es sábado; más bien dicho, era sábado hasta hace poco. Nadie vendrá aquí hasta el lunes por la mañana. El vigilante vive en la fábrica, pero no se entrometerá hasta que alguien venga a soltarlo. Entonces yo ya estaré a centenares de kilómetros lejos. Aunque es apropiada para pegar tiros, sin embargo, esta fábrica ofrece otras amenidades; Mailler sugiere que hagamos uso de ellas. De este modo, en vez de tiros, los cuales, lo reconozco, podrían oírse desde algunas de las casas de los obreros que están detrás; más allá de la desviación del ferrocarril, habrá silencio. —Indicó las dos puertas de hierro— ¿sabe usted qué es esto?

—Parecen un par de cajas fuertes.

—Son cámaras de vulcanización. Los rollos de cable recubierto de caucho son metidos dentro con esas vagonetas, dos a la vez; se abre el vapor y más o menos una hora después se sacan las vagonetas con el cable preparado para trenzar. Es un proceso interesante.

—Según eso, piensa usted hacernos morir asados.

—Dios mío, no. No se dispone de vapor, ahora. No, solo serán dejados aquí para que reflexionen. Las puertas se cierran casi herméticamente.

—¿Quiere decir que va a dejarnos encerrados para que nos asfixiemos?

—Créame, señor Kenton, lamento la necesidad de esto casi tanto como usted.

Usted es un periodista y, naturalmente, inquisitivo. Su desdicha es haber tropezado con un asunto que todavía no está maduro para la atención del mundo entero. Más adelante, quizás, cuando Codreanu se esté pavoneando a la cabeza del gobierno rumano, su presencia hubiera sido aceptable. Pero ha oído y visto usted demasiado. El periodista debe informar solamente de lo que ha sucedido, no de lo que va a suceder. Reconozco que lo lamento por usted. Los hombres como Zaleshoff saben lo que hacen y los riesgos a que se exponen. Usted, por así decirlo, es una baja civil. Sin embargo, no quiero deprimirlo indebidamente. Hay maneras peores de morir que la asfixia. Nada más se quedará dormido. Un poco duro al principio, quizás; pero en los últimos grados creo que todo resulta muy pacífico.

De súbito, Kenton perdió la cabeza. Luchó locamente por soltarse las muñecas. Sintió vahidos. Sabía que estaba gritando hasta desgañitarse contra Saridza, pero ignoraba lo que decía. Durante un rato solo estuvo consciente a medias. Comprendía vagamente que Zaleshoff había sido dejado en el suelo junto a él y que los ojos del ruso estaban abiertos, mirándole. Luego su mente se aclaró y se dio cuenta de que estaba temblando violentamente. Unos pies rozaban el suelo a su lado y alguien se echó a reír. Después vio que Mailler había soltado la tuerca que sujetaba una de las puertas y abría la cámara. La puerta de hierro era evidentemente muy pesada y se abría lentamente. Por fin, no obstante, el negro interior fue visible y Mailler se acercó a Kenton.

Uno de los hombres agarró los brazos de Kenton y le arrastró por el suelo de cemento. Un segundo después yacía sobre los rieles, dentro de la cámara. Oyó que Saridza susurraba algo a Mailler y que éste gruñía.

—Murió ya —oyó Kenton que decía.

El cadáver de Grigori fue arrojado dentro de la cámara y quedó grotescamente agachado contra la pared curvada. Zaleshoff vino el último. Entonces la puerta empezó a cerrarse.

Kenton contempló la decreciente curva de luz en silencio y sin emoción. Estaba mareado. La luz nada más un hilo. Luego desapareció. En las tinieblas, Kenton escuchó el débil chirrido de la tuerca que se apretaba al otro lado de la puerta.

17 — La hora de matar

Durante algún tiempo Kenton mantuvo los ojos abiertos, mas pronto la absoluta oscuridad pareció oprimir de un modo insoportable sus pupilas. Cerró los ojos y escuchó la respiración de Zaleshoff.

La cámara estaba todavía caliente por su empleo durante el día. La atmósfera olía a caucho caliente. Pensó que no tardaría mucho la inconsciencia en poner fin a su miedo y angustia. Entretanto, había que soportar el tiempo, segundos, minutos, quizás horas; el tiempo durante el cual su cerebro seguiría pensando y su cuerpo sintiendo. Era esto decidió, lo que temía. El verdadero asunto de morir parecía, en comparación, sin importancia. Que su alma se fuese revoloteando hacia las llamas del purgatorio o que su ser sucumbiese sin pasión a las leyes de la bioquímica, no importaba en aquel momento. Había que matar el tiempo. Recordó que Cornelius de Witt, torturado hasta la muerte, pasó el tiempo recitando la Oda a Régulo, de Horacio. Empezó a recitarse algunos versos sueltos que le gustaban: un soneto de Donne, un fragmento de Wilfred Owen, parte de «Kubla Khan», un discurso del «Tamburlaine» de Marlowe... Pero al cabo de un rato se encontró repitiendo una y otra vez el mismo verso, y renunció. La poesía se concentraba en el amor y la vida y el miedo a la muerte más que en las perspectivas de inmortalidad. Es curioso, reflexionó, qué poco alivio ofrecía a la adversidad física. Acaso de Witt buscaba, simplemente, dar prisa a sus verdugos. Acaso...

—¡Kenton!

El nombre fue pronunciado en un susurro, pero resonó en el espacio cerrado.

—¿Es usted, Zaleshoff?

—Sí.

—¿Acaba de despertar?

—No; recobré el sentido cuando me sacaban del coche.

Kenton guardó silencio un momento. Luego:

—¿Sabe dónde estamos, pues?

—Sí. Lo siento. Fue culpa mía.

—¿Cómo se siente?

—No muy bien. He estado tratando de persuadir a un taladro neumático que tengo en la cabeza de que cesara, pero sigue taladrando.

—¿Oyó usted lo que me dijo Saridza?

—No, pero oí lo que usted dijo a Saridza. Estaba gritándole como un loco, cuando llegué.

Kenton decidió darle las noticias.

—Esto es una cámara de vulcanización.

Zaleshoff gruñó.

—Lo suponía.

—Cierra herméticamente.

—Esto también lo suponía. ¿Qué diámetro tiene la puerta?

—No lo sé. Unos dos metros, supongo.

—¿Y qué profundidad tiene esto?

—Saridza dijo que caben dos vagonetas de cable. Diría que unos cuatro metros.

¿Por qué?

Zaleshoff estuvo musitando para sí mismo durante un momento.

—Esto significa —siguió diciendo— que tenemos aquí aproximadamente doce metros cúbicos y medio de aire. Deduciendo el volumen de nuestros cuerpos, digamos que son once. ¿Vive Grigori?

—No lo creo.

—Esto nos da cinco metros cúbicos y medio a cada uno. Con un poco de suerte y si esta cámara se enfría bastante rápida, con este aire podemos vivir hasta siete horas, a condición de estar quietos y no hablar. Entonces los obreros deberán estar aquí.

Kenton reprimió la respuesta que acudía a sus labios.

—¿Hay alguna probabilidad —preguntó— de que Tamara o su otro hombre, Peter, nos busquen aquí?

—Tamara lo hará si sabe que estamos aquí; pero no pensará en mirar dentro de este agujero. Además, tiene trabajo que hacer. ¿Oyó usted aquellos tres tiros?

—Sí.

—Era la señal de Tamara indicando que escapaba. Estará arreglando cuentas con Saridza y poniéndose en contacto con nuestra gente de Praga. Lo que me intriga es por qué Saridza no nos pegó unos tiros. Debe volvérselo el corazón tierno.

Kenton respiró profundamente.

Ojalá nos hubiese matado de un tiro. No habrá ningún obrero aquí durante treinta horas. Es domingo.

Durante un minuto no se oyó otro sonido que el del reloj de pulsera de Zaleshoff. Luego el ruso soltó una risita.

—Ya veo —dijo—. Esto significa que tendremos que pensar un poco.

—¿Pensar qué?

Pero Zaleshoff no contestó. Durante largo rato nadie habló. Kenton sentía que aumentaba el calor. Empezó a sudar profusamente y se dio cuenta de que respiraba un poco más de prisa que de costumbre. Supuso que la cantidad de oxígeno de la cámara había empezado a disminuir. Yacía completamente inmóvil, tratando, sin lograrlo, de respirar de un modo profundo y regular.

—¿Está usted seguro —preguntó Zaleshoff al cabo de un rato— de que Saridza dijo que aquí caben *dos* vagonetas?

—Sí, ¿por qué?

—El aire se enrarece ya. No puede hacer más de una hora que estamos aquí.

—Parece más.

—Debe parecerlo. ¿Hay un vigilante?

—Aporreado por Mailler.

—Tenemos que hacer algo. ¿Tiene usted algo con que podamos golpear esta puerta? Si Tamara viene o si el vigilante se suelta podríamos llamar la atención.

Kenton sintió que ésa era una oportunidad muy dudosa, pero proporcionaba algo en qué pensar.

—No tengo nada. ¿Y Grigori?

—Pueden haberle dejado el arma. ¿Tiene usted cerillas?

—En mi bolsillo, pero no puedo sacarlas.

—Ruede a mi lado.

Kenton hizo lo que se le decía. Sintió las manos amarradas de Zaleshoff buscando en el bolsillo de su abrigo. Unos instantes después Zaleshoff musitó que tenía la caja.

—No podemos permitirnos gastar oxígeno para las cerillas —dijo—. Encenderé una y la apagaré a los tres segundos. En este tiempo debe usted ver dónde está Grigori y dónde está su bolsillo de la derecha. Allí tenía el arma. Luego acérquese a él, de espaldas, y busque el arma.

El palo de la primera cerilla se rompió.

—Dedos entumecidos —murmuró Zaleshoff.

Un instante después brilló la llama de una cerilla, iluminó el costado negro de la cámara y se apagó. Kenton empezó a arrastrarse hacia el cadáver. Necesitó varios minutos para ponerse en la posición conveniente; el esfuerzo le hacía jadear y el sudor se le metía en los ojos, pero por fin rodó sobre sí mismo y sus nudillos tocaron el abrigo del muerto. El bolsillo estaba vacío. Se alejó rodando otra vez y permaneció quieto, procurando recobrar el aliento.

—¿No? —dijo Zaleshoff.

—No. Pero puedo decirle por qué el aire se enrarece rápidamente.

—¿Por qué?

—Aquí con nosotros hay una vagoneta cargada con un rollo de cable.

—¿Es hueco el centro del rollo?

—No lo observé.

—Si lo es, constituirá casi una tercera parte del volumen, con el cable y la vagoneta. Parece que ahora solo tenemos por delante cuatro horas y media.

—Cuatro y media de más.

—Puede que tenga usted razón.

Callaron. A Kenton empezaba a dolerle la cabeza. Trató de dormir, pero, a pesar de la laxitud que sentía en todo su cuerpo, el sueño no vino. Le parecía que hacía semanas y años que yacía allí. Si por lo menos su corazón no mandase la sangre tan de prisa a la cabeza. Quizás si se incorporara para sentarse sobre los rieles, con la espalda apoyada contra la pared curvada de la cámara se descongestionaría la cabeza, pero vio que no podía reunir la suficiente energía para hacer estos movimientos. Una y otra vez, contó mentalmente hasta diez con la decisión de hacer, cuando llegara a once, el esfuerzo de sentarse, pero cada vez solo se movió en su imaginación, su cuerpo permanecía donde estaba. Había un débil zumbido en sus oídos que,

curiosamente, parecía de un mosquito. De pronto, tuvo un sobresalto convulsivo: había dormitado. Ahora sabía que no quería dormir, que debía mantenerse despierto a todo coste. Alguien podría venir. Tan pronto como este pensamiento cruzó su mente llegó en seguida la amarga reflexión de que entre todas las locuras humanas la más lastimosa es la esperanza que brota, eterna, de la negativa a aceptar lo inevitable aun cuando los pasos del verdugo suenan afuera, en el corredor. Alguien podría venir. Algo, lo imposible, podría suceder. La era de los milagros... una sutura en el tiempo... asombrosa salvación. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Zaleshoff —dijo por fin—, ¿cree usted que podríamos desatarnos las manos uno al otro?

No hubo respuesta.

—¡Zaleshoff! —gritó.

—Está bien, estaba pensando. ¿Por casualidad observó usted cómo se cierra la puerta?

—Creí que se había usted dormido. Sí, hay una especie de agarradera con una hendidura. Un largo cerrojo que tiene una tuerca entra en la ranura, luego se atornilla la tuerca.

—¿La agarradera es parte de la puerta o se coloca en ella?

—Parte de la puerta, creo. ¿Por qué? No se puede tocar desde este lado.

—¿Y los goznes?

—Tienen unos diez centímetros de grueso.

—¿Forman parte de la puerta?

—No lo sé. ¿A dónde quiere usted llegar?

—Hace un ratito buscábamos algo con que golpear la puerta. Ya lo tenemos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Esta vagoneta de cable. Está sobre rieles. Uno de ellos se me clava en la rabadilla; esto es lo que me lo recordó. Si nos ponemos detrás de la vagoneta tendremos que hacerla correr un poco más de un metro hasta la puerta. ¿El carrete del cable está lleno?

—Sí.

—Entonces, probablemente pesa cerca de media tonelada, con la vagoneta. Si pudiésemos darle un poco de impulso, sacudiría tremendamente la puerta.

—Y haría mucho ruido. Sí, comprendo.

—Puede hacer algo más que ruido. He palpado la superficie de esta puerta. No hay mucha presión dentro de una cámara de vulcanización y no hay necesidad de nada blindado como en una caldera. La puerta es de hierro fundido. Por eso le pregunté si la agarradera forma parte de la puerta.

—No comprendo.

—El hierro fundido es quebradizo.

El corazón de Kenton dejó de latir un instante. Por primera vez había una migaja de justificación para la esperanza. Dominó firmemente su ánimo optimista.

—Pero no podemos hacer nada con las manos y los pies atados.

—No. Esto es lo primero que hay que resolver. Podemos tratar de desatarnos las manos uno al otro, como usted propuso, pero no creo que se consiga con el alambre. Mis dedos están paralizados.

—También los míos, pero podemos probar.

Rodaron y maniobraron hasta que estuvieron espalda contra espalda, sus brazos tocándose. Kenton sintió que sus manos se apretaban contra algo, pero tenía los dedos entumecidos y no pudo saber si tocaba las muñecas de Zaleshoff o el riel que estaba debajo.

—Es inútil —dijo al cabo de un par de minutos—, no tengo el más mínimo tacto en los dedos.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Zaleshoff—; la única cosa que podemos hacer es limar, un alambre con el borde del riel. El borde interior es muy afilado.

—No lo conseguiremos.

—Tenemos que probar.

Kenton se incorporó hasta sentarse y descubrió que ladeándose podía poner las manos a uno y otro lado del riel. Sin embargo, en aquella posición era imposible hacer ninguna fuerza. Tuvo que tenderse al lado del riel, sobre las cortas piezas de acero transversales que servían de durmientes. Empezó con el cabo de alambre más cercano a sus manos.

Ambos trabajaban en silencio. Durante un rato el borde del riel raspó de un lado a otro los dos centímetros de alambre entre las muñecas de Kenton; pero llegó un momento en que se hizo una mella en el cobre y entonces el trabajo fue más fácil. Pero aún así, el esfuerzo, en el aire que se enrarecía rápidamente, y el alambre, a causa de la posición, lo dejaron pronto jadeante y bañado en sudor. Por fin permaneció quieto, descansando la dolorida cabeza contra el tibio costado de la cámara.

—Siga —dijo Zaleshoff jadeando.

—Bueno.

Kenton apretó los dientes y atacó de nuevo al alambre. Ahora no hacía nada por conservar sus fuerzas. Raspándose las muñecas y los brazos, cortándose los dedos, frotaba desesperadamente el alambre. Toda su conciencia estaba centrada en un pedacito de duro alambre de cobre. Con veinte toques más quedaría cortado. Los veinte se convirtieron en cuarenta, ochenta, cien. Empezó de nuevo a contar desde uno. Pero el alambre seguía resistiendo mientras el tiempo corría y la provisión de oxígeno se reducía y reducía. Casi sollozaba de agotamiento cuando, de pronto, Zaleshoff soltó un ronco grito de triunfo.

—¡Lo hice!

Kenton echó mano de sus últimas fuerzas. Dos minutos más tarde el alambre cedió y la presión en sus muñecas se aflojó. Se echó de espaldas y estiró los dedos con deleite; empezó a hacerles masaje para restablecer la circulación. Los dedos

empezaron a dolerle; el dolor se hizo agudísimo, como pinchazos de agujas, al volver a circular la sangre por sus manos. Se inclinó, se desató los tobillos y entonces, con mucho cuidado, se puso en pie. Una mano le tocó.

—¿Está bien? —preguntó Zaleshoff.

—Más o menos.

—Ahora, a por la vagoneta.

—¿Y Grigori?

—Hay un espacio debajo de las traviesas de los rieles.

Se acercaron al cadáver y lo arrastraron hasta el centro de la vía. Después lo deslizaron, empezando por los pies, entre dos traviesas. Cuando soltaron la cabeza, Zaleshoff murmuró unas palabras en ruso.

—Era un buen ciudadano soviético —añadió—, y también de la iglesia griega. —Calló un momento—. Vamos —dijo por fin.

Pasaron al otro lado de la vagoneta y vieron que quedaban treinta centímetros de espacio entre el rollo de cable y la pared de la cámara.

El aire se había puesto insoportablemente caliente y viciado. Antes de hacer algo más se desnudaron hasta la cintura.

—Ahora —dijo, jadeando, Zaleshoff—, empujemos juntos. Tenga cuidado de no poner el pie entre las traviesas.

Empujaron la vagoneta, que avanzó algunos centímetros.

—¡Otra vez!

La vagoneta ganó velocidad. Un instante después hubo un gran estruendo al chocar la vagoneta contra la puerta. Se acercaron y la empujaron, pero permanecía firme.

—Atrás con ella.

Hicieron retroceder la vagoneta y probaron otra vez, pero la puerta seguía resistiendo. Después del octavo intento, Kenton cayó de rodillas, agotado. La cabeza le daba vueltas y le dolía el pecho; tenía ganas de vomitar y los brazos y las piernas parecían que no pertenecieran a su cuerpo.

—Es inútil —logró decir, en un jadeo—, estamos perdidos.

Oyó que el ruso luchaba por recobrar el aliento.

—Tenemos que seguir —musitó Zaleshoff, por fin—, pero descanse primero.

Kenton se abandonó a la desesperada lucha por hacer entrar suficiente oxígeno en sus pulmones. Parecía que tuviese encima un gran peso que lo aplastaba y le hacía inclinar la cabeza cada vez más...

Un fuerte bofetón le hizo volver en sí con una sacudida.

—¡Kenton!

—¿Sí?

—Vamos, levántese.

Se puso de pie lentamente y se inclinó para apoyarse contra la pared.

—A ello otra vez, Kenton... ¡Por el amor de Dios, empuje!

Casi sin saber lo que hacía, el periodista arrimó el hombro a la vagoneta y empujó, tropezando. La vagoneta rodó ruidosamente hasta el fondo de la cámara.

Esforzándose por respirar, Kenton se arrastró por el lado de la vagoneta.

—Yo... —empezó a decir.

Zaleshoff le sacudió.

—¡Rápido... Kenton —resolló—, la última oportunidad... después duerma... rápido!

A través del rugido de la sangre en su cabeza, Kenton oyó la voz del otro. Con un esfuerzo tremendo, se enderezó y agarró el extremo de la vagoneta. Sintió el cuerpo del ruso arrimarse contra el suyo.

—¡Ahora!

La vagoneta empezó a moverse. De los labios del ruso salió un sollozo. Kenton se echó hacia adelante. La vagoneta chirrió sobre los rieles y se aplastó contra la puerta. En el momento del impacto hubo un ruido como el chasquido de un látigo. Zaleshoff gritó. Confusamente, Kenton oyó que gateaba hacia la puerta. Después tuvo la conciencia de ser arrastrado sobre los rieles. Un momento después comprendió que estaba respirando aire frío.

Durante un cuarto de hora ninguno de los dos dijo una palabra. Fue Zaleshoff quien por fin rompió el silencio.

—Será mejor que nos pongamos la ropa —dijo—, o agarraremos una neumonía.

Entraron a tientas en la cámara, recogieron sus ropas, las llevaron al aire y se vistieron.

El cielo, afuera, había empezado a clarear y la claraboya del techo se había vuelto azul oscuro. Zaleshoff encendió una cerilla y miró su reloj.

—Señala las cinco menos diez, pero está aplastado —dijo—. Debemos haber estado en este asqueroso agujero más de cuatro horas.

—¿Nada más?

—¿No es bastante?

—Bastante, gracias. Pero creí que habían sido unas seis horas.

—No hubiéramos durado tanto. Debía haber gran cantidad de emanaciones de caucho allá adentro. ¿Cómo se siente usted?

—Aparte de una cabeza que parece partirse en dos y un pulso todavía alborotado, no muy mal. Tengo que darle a usted las gracias por esto, Andreas.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida... Yo no hubiera podido hacer nada sin usted.

—No hubiera estado usted aquí adentro si yo no hubiese sido tan necio. ¿Cómo se siente las piernas?

—Un poco temblonas.

—¿Lo bastante buenas como para seguir andando? Tenemos que salir de aquí.

—Estoy dispuesto.

—Entonces, vamos.

—¿Y Grigori?

—Se queda donde está.

—¿Qué sucederá cuando le encuentren?

—Casi lo mismo que si nosotros hubiésemos sido hallados con él. Llamarán a la policía.

—¿No deberíamos hacer algo para comunicárselo?

—¿Para que puedan detenerlo a usted? Además, me retendrían para interrogarme y tengo todavía que obtener esas fotografías. Bastaki llegará, a lo más tardar, dentro de una o dos horas.

—Bien.

Entraron en la sala de máquinas.

La puerta por la que habían sido introducidos estaba cerrada. Zaleshoff sacó la «herramienta de grabador» de su bolsillo y atacó el cerrojo. Pocos minutos después se enderezó.

—No puedo hacer nada.

—¿Cómo la abrieron?

—Probablemente quitaron las llaves al vigilante.

—¿Y una ventana?

—No creo que haya ninguna, pero miraremos.

Una búsqueda cuidadosa demostró que tenía razón. Encontraron otras tres puertas, una de las cuales tenía un candado por fuera; los cerrojos de las otras dos no cedieron a los intentos del ruso de forzarlos. Zaleshoff lanzó un juramento, impaciente.

—Esta herramienta no sirve para esta clase de cerrojos —dijo.

—Debe haber alguna forma de ventilación en este lugar —dijo Kenton.

—Probablemente en el techo.

—Bueno, ¿por qué no salimos por ahí?

—¿Cómo?

—Vi una grúa colgante al extremo de la sala de vulcanización. Deben poder subir para arreglarla, si se descompone.

Zaleshoff no quiso encender las luces y Kenton gastó la mayor parte de una caja de cerillas hasta que encontraron una escalera de acero sujeta a uno de los puntales que sostenían el puente. Zaleshoff dijo a Kenton que se quedara donde estaba, trepó por la escalera y se arrastró a lo largo del puente. El periodista le veía moverse entre las vigas, vaga sombra oscura contra la luz brumosa del cielo que empezaba a iluminarse. Un minuto después anunció que bajaba.

—Hay una ventana —informó—, en la parte del techo que no tiene claraboya y se abre desde aquí abajo. Tendremos que hacer avanzar la grúa hasta debajo de la ventana, para poder alcanzarla.

En una nueva búsqueda descubrieron un cuadro de distribución y, junto a él, la caja de control de la grúa. El ruso tiró de uno de los conmutadores: hubo una chispa y

el mango del conmutador retrocedió con ruido.

—¡Diablo! —exclamó Zaleshoff.

—Este es el que pone en marcha uno de los motores —dijo Kenton—; tiene que moverlos sucesivamente. Pero no debemos poner en marcha toda la fábrica. Déjeme ver.

Zaleshoff encendió una de las pocas cerillas que les quedaban y Kenton exploró el cuadro.

—¿Entiende usted algo de esto? —pregunto el ruso.

—No mucho, pero si hay un conmutador conectado por un cable a esa caja de control, creo que deberíamos probarlo primero. ¡Aquí está!

Bajó el mango de un conmutador y se acercó a la caja de control. Un segundo después se oyó un chirrido arriba y ruido de ruedas.

—Siga así —dijo Zaleshoff—; le avisaré cuando esté debajo de la ventana.

Después de mucho maniobrar, Zaleshoff dijo que la grúa estaba en la posición conveniente y Kenton cortó la corriente. Encontró al ruso trabajando con el dispositivo que abría la lumbrera.

—Solo se abre unos cuarenta y cinco centímetros —dijo—; será muy estrecho el paso.

Se dirigió a la escalera de acero y empezó a trepar. Kenton le siguió. La escalera terminaba a tres palmos antes del extremo del puntal; Kenton tuvo que sostenerse agarrado a una viga hasta que puso los pies sobre el puente.

—Tenga cuidado —dijo Zaleshoff—, está engrasado.

El puente tenía unos veinte centímetros de ancho. El riel por el cual corrían las ruedas de la plataforma de la grúa ocupaba unos diez centímetros en el centro y por lo tanto dejaba dos estrechos bordes a los lados.

Kenton avanzó con precaución hasta donde estaba Zaleshoff, junto a la plataforma.

—Habría que andar a gatas aquí, Kenton.

Él mismo se arrastró a lo largo de las dos traviesas hasta el cajón que contenía el mecanismo levantador, trepó en él y se puso de pie. Unos segundos después Kenton estaba a su lado. La lumbrera abierta estaba a dos metros y medio sobre sus cabezas.

—Usted pasa primero —dijo Zaleshoff—. Puede hacerlo desde esa viga.

Kenton se agarró a la viga, saltó y se izó. Durante un momento colgó en el aire, después puso el pie en la intersección de dos ángulos de acero y se asió al marco de la ventana. A los pocos segundos se encontró yaciendo boca abajo sobre un inclinado techo de hierro galvanizado. Una llovizna fría le acariciaba la cabeza.

Se oyó un forcejeo y Zaleshoff se tendió a su lado.

Ahora el cielo era gris y Kenton pudo ver el irregular contorno del resto de la fábrica de cables, más allá de una alta chimenea de metal que se alzaba al extremo del techo sobre el cual yacían. Exceptuando el ruido de un tren que corría a distancia y el leve golpeteo de la lluvia sobre el techo, reinaba el silencio. Entonces Zaleshoff se

acercó a él; cuando habló, su voz parecía curiosamente remota, al aire libre.

—Deslícese hacia abajo como medio metro. Hay un canal donde puede poner el pie.

Kenton lo hizo.

Zaleshoff empezó a avanzar a lo largo de la canal hasta el borde del techo. A los pocos minutos bajaban por una tubería de desagüe hasta un camino cubierto de ceniza que corría entre las paredes de dos construcciones de la fábrica.

—Por aquí —dijo Zaleshoff.

Llegaron al final del camino, donde el ruso se detuvo.

—Ahora tendremos que andar con cuidado.

Salieron del abrigo de la pared y se encontraron en un gran patio. Frente a ellos vieron las puertas de la entrada principal: armazones de acero rellenos de lámina oxidada y coronados de púas. Estaban cerradas. A su lado había una pequeña construcción con una ventana que daba al patio.

Dando la vuelta al patio llegaron hasta la puerta de aquella construcción. Zaleshoff levantó la mano pidiendo silencio. Esperaron unos instantes, hasta que un débil gemido se oyó en el interior.

—El vigilante —susurró Zaleshoff.

Permanecieron algunos minutos allí. Después, al no oír más señales de vida adentro, se deslizaron hasta las puertas. Estaban cerradas con llave. Kenton miró las púas, arriba, después miró a Zaleshoff. El ruso se encogió de hombros.

—La suerte está contra nosotros —dijo—; vamos.

Retrocedieron hasta el punto donde habían bajado del techo. Zaleshoff señaló un espacio entre los edificios, a pocos metros.

—Probaremos esto.

Durante un trecho continuó la ceniza, pero más allá de una angosta puerta abierta en la pared de la derecha el suelo se hallaba cubierto de hierba y matojos, cuyo extremo estaba en sombras; durante un minuto Kenton creyó que se encontraban en un callejón sin salida. Zaleshoff profirió una súbita exclamación de contento y corrió hacia adelante. Kenton le alcanzó.

—¿Qué es?

—Una desviación particular del ferrocarril. ¡Mire!

Cuando salieron del pasaje Kenton vio lo que obstruía la luz: junto a los muros de la fábrica había un terraplén bajo que sostenía una sola vía; en él estaba parado un tren de mercancías con los vagones vacíos.

—No veo a dónde nos llevará esto —dijo.

—La desviación tiene que apartarse de la fábrica en algún lugar —contestó Zaleshoff en tono irritado.

Kenton le siguió arriba del terraplén y a lo largo de la vía hasta el final del tren. En la penumbra pudo ver los rieles mojados que en una curva se alejaban de la fábrica hacia una elevada valla de hierro corrugado, a cierta distancia.

—Debe haber una puerta que cierre la desviación cuando no está en uso —dijo Zaleshoff.

Cruzaron la vía y se dirigieron a la valla a través de lo que era, evidentemente, el basurero de la fábrica. Se les enredaban los pies en trozos de alambre, se hundían hasta los tobillos en la ceniza y los carbones. Luego hubo una bajada rápida y siguieron andando sobre hierba mojada hacia el punto en que la desviación daba vuelta hacia la valla. Marchaban en silencio. La hierba apagaba el ruido de sus pasos. De pronto, enfrente, se oyó el crujido de unos goznes herrumbrados. Los dos se detuvieron en seco.

—Quédese aquí —susurró Zaleshoff—; voy a ver qué es.

Kenton vio que el ruso había recogido un trozo de cable recubierto de plomo, de más de dos centímetros de grueso, en los montones de basura y que mientras avanzaba iba sopesándolo siniestramente. Se perdió en las sombras, junto a la valla, y durante un par de minutos el periodista no vio nada. De pronto oyó pasos rápidos sobre la hierba y un grito. Se lanzó adelante. Vio dos figuras enlazadas y balanceándose.

Se detuvo. Una de las figuras era Zaleshoff. La otra era Tamara.

18 — *Smedoff*

Cuando el hombre, Peter, hubo salido corriendo de la oscuridad con Mailler, Heinrichs y Berg tras él, Tamara casi perdió la cabeza. Que no llegase a eso fue debido, según después explicó, menos a su presencia de ánimo que al hecho de que su pie derecho descansaba sobre el arranque eléctrico del Mercedes. En su agitación, oprimió la palanca. El rugido del motor la sobresaltó. A partir de entonces actuó con decisión; casi antes que Peter subiese al estribo ponía el coche en marcha y daba vuelta al volante para sacar al Mercedes de la vereda. Mientras aceleraba, metió la mano en una bolsa de la puerta, sacó una automática y disparó por la ventana los tres tiros de señal. La bala con que contestó Mailler dio en la puerta de atrás junto a las piernas de Peter.

En la carretera, a un kilómetro de distancia, encendió las luces y detuvo el coche. Peter entró y se sentó a su lado.

—¿Qué pasó? —preguntó en ruso.

—Vinieron hacia mí en la oscuridad. Oí sus pasos y creí que eran Andreas Prokovitch y el inglés que volvían. Entonces, a poca distancia, dos de ellos hablaron y supe que eran enemigos. Escapé. No me vieron, pero en la oscuridad tropecé y me cayeron.

—¿Cómo supiste que eran enemigos?

—Oí lo que decían. Uno de ellos dijo: «¿Quién les pegará el tiro?» El otro se echó a reír y dijo: «Nos lo jugaremos a las cartas».

Tamara, pensativa, golpeó el volante con la automática.

—Tú, Peter —dijo por fin—, debes volver atrás y vigilar desde la carretera para ver si salen. Regresaré tan pronto como pueda.

El hombre se apeó.

—¿No tardará usted mucho, Tamara Prokovna? Si salen no puedo hacer nada.

—No tardaré mucho.

Tamara fue al alojamiento de su hermano, marcó en el teléfono un número de Praga y sostuvo una breve conversación, como resultado de la cual dos hombres de aspecto común, cada uno con una fotografía de Peter Bastaki en el bolsillo e instrucciones muy precisas referentes al original de aquella, pasaron la noche cerca del andén de llegada del tren de Berlín en la estación de Praga. Después abrió un armario, sacó un par de revólveres Colt y una caja de municiones y volvió al coche. Cinco minutos después de haberse reunido con Peter cerca del extremo de la vereda, vio dos coches que salían para la fábrica de cables. Los siguió a una discreta distancia y esperó media hora no lejos de la entrada de la fábrica. Cuando los cuatro hombres salieron, les siguió hasta la casa de Bastaki. Entretanto se habían unido a Peter los refuerzos de Praga que ella había pedido: un hombrecito con una moto muy grande que anunció que venía de parte del camarada Smedoff. Tamara dio instrucciones detalladas a ese hombre, volvió al Mercedes y se dirigió de nuevo a la fábrica de cables.

Pasó una hora tratando en vano de encontrar alguna manera de entrar. Finalmente abandonó el intento y se dirigió hacia la ciudad hasta que encontró una cabina telefónica. Habló y escuchó durante cinco minutos. Después colgó el teléfono, volvió al coche y se dirigió a una carretera tranquila cercana a la fábrica de cables. Allí estuvo sentada, tomando café del termo y fumando hasta que los primeros pálidos destellos del alba aparecieron en el cielo. Entonces, una vez más, salió en busca de su hermano.

La reunión de Zaleshoff y Tamara fue afectuosa pero apresurada. Zaleshoff dio cuenta de un modo breve y, pensó Kenton, muy menguado, de la aventura nocturna y preguntó ansiosamente por lo que se había hecho en su ausencia.

—Saridza volvió a la casa de Bastaki después de dejaros aquí —dijo Tamara—. Puse a uno de los hombres de Smedoff a vigilarle. Saridza y Mailler fueron, al poco

rato, al Hotel Amerika, de Praga. Iban dos hombres con ellos, pero se apearon solos. También puse a dos de los hombres de Smedoff en la estación para que se apoderaran de Bastaki si llegaba antes de que estuviéramos preparados. Pensé que quizás esto retendría a Saridza.

—Bien, pero ahora debemos ponernos en contacto con Smedoff para que dé la contraorden de esas instrucciones. No quiero meterme con Bastaki si puedo evitarlo. ¿Cómo salimos de aquí?

—Hay un terreno baldío atrás. Hubiera llegado a ti antes, pero estaba demasiado oscuro para ver nada y no podía permitirme correr riesgos estando tú fuera de combate. Smedoff solo tenía cuatro hombres, incluyendo a Peter, que están donde te dije. De otro modo hubiera tenido quién me ayudase para ir a tu encuentro. ¿Dónde están Grigori y Serge?

Zaleshoff se lo dijo.

Tamara guardó silencio un momento. Kenton vio la expresión pétrea que había visto antes en la cara de su hermano, aparecer en la de ella. Después Tamara dijo:

—Tus muñecas y tus manos están sangrando, Andreas, y también las del señor Kenton.

—Nos ocuparemos de esto por el camino.

Ella les condujo, después de pasar las puertas, por la desviación, a través de un terreno desolado y lodoso hasta una valla de madera derribada. Kenton vio, más lejos, el contorno de una hilera de pequeñas construcciones y un grupo de gasómetros. Después siguieron una estrecha carretera con rodadas entre eriales cruzados por líneas eléctricas.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Kenton cuando llegaron al coche.

—Primero a un teléfono y después a casa —contestó Zaleshoff.

Pasó unos treinta segundos en la cabina telefónica y volvió al coche.

—Cambio de planes —dijo bruscamente mientras subía—; iremos a ver a Smedoff. Señor Kenton —añadió cuando el coche se ponía en marcha—, me gustaría que guardase usted la mayor discreción sobre lo que pueda ver u oír durante la próxima hora.

—Muy bien.

—¿Qué pasó, Andreas? —preguntó la muchacha por encima del hombro.

—Bastaki llegó al Hotel Amerika hace diez minutos.

—Pero los hombres en la estación...

—Vino por aire.

Durante el trayecto hasta Praga Zaleshoff ignoró al periodista y permaneció mirando con ceño adusto el suelo del coche. Rechazó un cigarrillo con un gruñido impaciente.

Era ya de día y el Mercedes entró en las calles desiertas de la ciudad a gran velocidad. En la Altstadt, Tamara frenó y entró en un laberinto de limpias y silenciosas calles de edificios de despachos. El Mercedes se detuvo frente a un

estrecho edificio que pertenecía, ostensiblemente, fuese como fuese, a una firma de fabricantes de chapa de madera. La puerta de las oficinas estaba abierta.

Se apearon, entraron y avanzaron por un corredor de piedra hasta un ascensor. Entraron en él y Zaleshoff oprimió el botón marcado «Sótano». Con sorpresa de Kenton, el ascensor subió lentamente hasta el sexto piso y se detuvo. Zaleshoff abrió la puerta opuesta a aquella por la que habían entrado y se encontraron en un descansillo desnudo. Por un momento Kenton no vio ninguna salida, hasta que observó una puerta disimulada en la pared del extremo del descansillo.

—Esperad aquí —dijo Zaleshoff.

Fue a la puerta, la empujó y entró. La puerta se cerró.

—¿Qué es esta casa? —preguntó Kenton.

—El apartamento de un persona amiga —fue la respuesta.

Kenton digirió en silencio aquella insípida información. Después Zaleshoff volvió y les hizo una seña.

—¿Le gustaría un baño y un poco de café, Kenton?

—Mucho.

—Bien.

Les hizo pasar.

Kenton se encontró en un pequeño vestíbulo alfombrado, con tres puertas enfrente.

—Alcoba, sala, cuarto de baño —dijo Zaleshoff, señalando las puertas una tras otra—. Tamara, tú puedes meterte en la alcoba y lavarte un poco. El señor Kenton está muy, pero muy sucio. Yo también. Vaya al cuarto de baño primero y sea rápido. El café estará listo en un minuto.

Kenton entró en el cuarto de baño.

La primera cosa que vio fue un gran bajorrelieve de *papier-mâché* con la cabeza de Lenin, colgado en el centro de la pared, sobre la bañera. Cerró la puerta y examinó el resto del cuarto. Una esquina estaba llena de botellas y frascos de sales para baño en una asombrosa variedad de colores y perfumes. Un estante estaba cargado de cremas para el cutis, lociones, astringentes y cosméticos. Todo parecía ser usado con frecuencia. No había enseres para afeitarse. Se veía claramente que aquello pertenecía a una mujer que vivía sola. Lo dejó de lado y se dedicó a bañarse.

La cámara de vulcanización había cubierto su cuerpo de herrumbre. La grúa había añadido una espesa capa de grasa negra a su cara y manos. Cuando se hubo quitado la mayor parte de la suciedad, Zaleshoff golpeó la puerta.

Se vistió apresuradamente y fue a la «sala».

Era una pequeña estancia amueblada con sillas de acero con asientos rojos, una mesa de acero y cristal y un diván forrado de hule negro. Sobre una estufa eléctrica cromada colgaba una reproducción de una naturaleza muerta de Juan Gris. En la pared opuesta había una fotografía borrosa de Rosa Luxemburg en un cuadro rococó dorado. El efecto general era, cuando menos, raro.

Sentados a la mesa, tomando café, estaban Zaleshoff y Tamara. Frente a ellos había la mujer más gorda que Kenton había visto en su vida. Hablaba a Tamara, en ruso.

Zaleshoff le indicó que se sentara.

—Tome café. Esta —indicó a la mujer gorda— es Smedoff.

La mujer le miró, hizo una inclinación de cabeza y prosiguió su conversación con Tamara. Zaleshoff se fue al cuarto de baño. El periodista sorbió su café y miró fascinado a *Madame Smedoff*.

Podía tener cualquier edad entre sesenta y noventa años. La carne de su cara, que le temblaba al hablar, era una masa de minúsculas arrugas llenas en parte por la gruesa capa de polvos blancos que se pegaban como hongos a la máscara que había debajo. Su pelo era corto, teñido de negro y peinado en innumerables rizos que se mantenían tiesos en torno a su cabeza, de manera que, de espaldas a la luz, parecía un crisantemo algo maltrecho. Su boca estaba pintada cuidadosamente para corregir un labio inferior deformado. Dos febriles pegotes de colorete, demasiado arriba de las mejillas, unas cejas depiladas y pintadas, y en torno a los ojos un sombreado azul oscuro, completaban la obra. En las facciones no quedaba ni un vestigio de carácter. Llevaba un vestido de seda negra con mangas largas a cuyo extremo asomaban dos manos pequeñas y bien formadas. En el tercer dedo de la mano izquierda lucía una gran sortija de galactita. Sobre los hombros llevaba —¡qué ocurrencia!— un chal de tartán rojo que se ajustaba repetidamente mientras hablaba.

De pronto se interrumpió en medio de su conversación con Tamara y fijó en Kenton una mirada penetrante. Después, con gran sorpresa del periodista, los párpados azules aletearon coquetamente y una sonrisa arqueada retorció sus labios.

—Me han hablado de usted, señor Kenton —dijo en inglés—. Me recuerda usted mucho a Maupassant. Tiene la misma boca.

—Esto es imposible, *Madame Smedoff*.

—¿Qué quiere decir?

—Es imposible que usted le recuerde. Usted debía ser muy pequeña cuando Maupassant murió.

Madame Smedoff pareció sorprendida, después se puso oronda, soltó una risita y se volvió a la muchacha.

—¿Dice usted que es inglés, Tamara Prokovna? No puedo creerlo. Es tan insincero como un francés, y tan grave como un alemán. Es gracioso.

Su cuerpo se sacudió en una risa silenciosa.

Sintiéndose algo necio, Kenton untó un pedazo de pan con mantequilla. La mujer gorda reanudó su conversación con Tamara; pero ahora de cuando en cuando lanzaba maliciosas miradas en su dirección, por lo que al cabo de un rato Kenton mantuvo los ojos fijos en la bandeja que tenía delante. Se sintió aliviado cuando Zaleshoff volvió a la sala.

Sin embargo, a pesar de la turbadora presencia de *Madame Smedoff*, reflexionó

un poco. Comprendía que, casi imperceptiblemente, había llegado a considerarse aliado de Zaleshoff y adversario de Saridza. Quedaba al margen el hecho de que la inclinación de sus simpatías había sido producida en gran parte por la táctica brutal de Saridza. ¿Dónde se encontraba, exactamente? Era reclamado por la policía austríaca por el asesinato de Sachs. Su presencia en Checoslovaquia era ilegal y precaria. Había perdido muchas horas de sueño y su sistema nervioso probablemente había sufrido incalculables daños. Este ruso, Zaleshoff, tenía en sus manos el librarlo de peligro por lo que a la policía austríaca se refería. No lo haría. Kenton era virtualmente un prisionero que esperaba la decisión del gobierno soviético a través de su representante. Este pensamiento le irritó. Debía mostrarse firme con Zaleshoff, presentarle un ultimátum. Zaleshoff debía disponer la inmediata entrega de aquel hombre, Ortega, o él, Kenton... ¿qué haría? ¿Entregarse? Ni pensarlo. ¿Escapar a Inglaterra? Había meditado esto antes. Llegó amargamente a la conclusión de que no podía hacer nada excepto escribir al *Times* sobre el asunto. Masticaba su desayuno sombríamente. La vista de Zaleshoff, sonrosado y dispuesto a la acción después del baño, intensificaba su sentimiento de frustración. ¡El tipo ni siquiera era bueno en su misión! Ahí estaba ese matón de Saridza disponiéndose a salir para Bucarest de un momento a otro, mientras el campeón de las fuerzas de la democracia pasaba el tiempo bañándose y tomando café con una vieja arpía ridícula que debía ser...

—Bueno, Andreas —dijo con un matiz acerbo en su voz—, ¿qué hacemos ahora?

—Esto —dijo *Madame Smedoff* volviéndose de súbito y hablando en inglés— es lo que yo quiero saber. ¿Qué ha decidido usted, Andreas Prokovitch?

Zaleshoff encendió un cigarrillo.

—No he decidido.

La gorda resopló y se volvió hacia Kenton.

—Usted, joven, parece tener caletre. ¿Qué piensa?

—Pienso que están ustedes perdiendo el tiempo aquí. Saridza puede marcharse.

—No hay ningún tren para Bucarest hasta las cuatro de la tarde. No hay ningún avión para Bucarest hasta mañana por la mañana. Hay un hombre vigilando el coche de Saridza y otro en el segundo piso del hotel vigilando su habitación.

—Yo no sabía esto.

—¿No oyó lo que estábamos hablando?

—No sabe el ruso —dijo Tamara.

Madame Smedoff emitió una risita como un crujido.

—¡Entonces el pobre muchacho no sabe qué vieja malvada soy! —Y retorció su enorme cuerpo como un gatito.

—¡Olga! —exclamó Zaleshoff.

Ella desechó la interrupción con un ademán. Sus ojos miraban a Kenton, brillantes y astutos.

—Oiga, señor Kenton —dijo—, este hombre, Zaleshoff, es muy bueno a su manera, pero no tiene sentido de la estrategia. Habla mucho, nadie le gana en hablar;

pero en cuanto a la estrategia, que es distinta de la táctica, fíjese bien, no tiene en absoluto el sentido de ella. Yo lo tengo. Cuando entró usted en esta habitación me miró. Yo supe lo que pensaba: a pesar de su edad, se decía usted, esta mujer tiene encanto, es atractiva, tiene imán, es preferible a las muchachas inexpertas.

—¡Uf! —exclamó Zaleshoff.

—¿No pensó usted esto? —insistió la gorda.

—Sí —contestó Kenton.

Madame Smedoff se dirigió triunfalmente a los otros.

—Ya ven. He maniobrado para colocarlo inmediatamente en una posición falsa. Se ve forzado a mentir. Si yo hubiese decidido —añadió con aire contemplativo— aprovecharme de esta posición hubiera resultado difícil para él.

Kenton sintió que se le ponía la cara de un rojo intenso.

—La idea es esta —resumió vivazmente—: no hay sustituto para la buena estrategia. Su intento en la casa de Bastaki, Andreas Prokovitch, estaba condenado al fracaso.

—Fracasó por un poco de maldita mala suerte —dijo Zaleshoff con energía.

—Condenado al fracaso —insistió *Madame Smedoff*—. La estrategia era defectuosa. Era tosca. Ahora vuelve usted a cometer la misma equivocación. Quiere ir al Hotel Amerika y amenazar a esos hombres con pistolas, derribarlos a porrazos, amarrarlos, registrar buscando las fotografías. Yo le digo, amigo mío, que aun cuando tuviera éxito con su violencia no encontraría las fotografías.

—¿Por qué no?

Madame Smedoff se arregló el chal.

—Porque no están allí.

—Esto es ridículo. Han de estar allí.

—No están allí. Usted toma a Saridza por tonto, y no lo es. Hasta cierto momento usted estaba acertado: cuando Saridza se encontró con Bastaki en la fábrica de cables llevaba consigo las fotografías. Bien. Pero olvida usted una cosa, y es que aquella misma noche le vio a usted y sabía lo que usted quería. Es obvio que puso las fotografías en un lugar seguro. Pero ¿dónde? Esto es lo que debemos descubrir, y rápidamente. Creo que Saridza saldrá en coche esta mañana.

—¿Por qué?

—El tren de las cuatro no es conveniente: hay que cambiar en Budapest, hay que esperar mucho y después, hasta Bucarest, hay muchas paradas. Además Saridza raramente viaja en tren.

—Praga es muy grande y las fotografías son pequeñas.

—Entonces, hay que esperar que Saridza parta y seguirlo. Debe usted ser capaz de hacer algo de aquí a la frontera húngara.

Zaleshoff avanzó su mandíbula.

—No me gusta cómo suena esto.

—A mí tampoco —dijo *Madame Smedoff* complacientemente—; pero quizás

pueda usted sugerir dónde podemos encontrar las fotografías. Ahora son las ocho y media. Bastaki ha salido y se ha ido con su esposa a su casa. Saridza partirá pronto.

—Es absurdo, Olga, y usted lo sabe. Puede haber dejado las fotografías en la caja del hotel o en la oficina de equipajes de la estación... en cualquier parte.

—¿Si yo pudiese hacer una sugerencia? —intervino Kenton, en tono de excusa.

—¿Bien, joven?

—Si yo estuviese en el lugar de Saridza, sabiendo que pueden hacerse nuevos intentos para recobrar las fotografías, mandaría hacer una copia fotográfica de los originales y la pondría en lugar seguro.

Madame Smedoff se alzó de su silla, se acercó a Kenton y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Aquí está, Andreas Prokovitch, ya ve que tiene inteligencia. Una copia, naturalmente. Debíamos haber pensado en esto. —Sonrió a Kenton—. ¿Y cómo sugiere usted que encontremos el fotógrafo al que acudíó?

—No hubiera ido a un fotógrafo ordinario; el hombre podría considerar que es una cosa rara y hacer una copia extra. No sé si ha visto usted esas órdenes de movilización, Andreas; tienen en cada página el sello del gobierno correspondiente; tienen un aspecto muy oficial y auténtico.

—Este es el inconveniente —dijo Zaleshoff con impaciencia.

—Por lo tanto, si Saridza quiere salvaguardarse irá a un lugar donde tenga influencia sobre el fotógrafo. Apuesto a que esas fotografías y una serie duplicada de ellas están esperando en una redacción de periódico que Saridza las recoja cuando sea el momento. Se llevará una serie, naturalmente, y dejará la otra en la caja fuerte. Es fácil.

—Pero ¿por qué una redacción de periódico?

—Tiene estudio fotográfico. Está bien protegida. Hay gente allí día y noche. Es el lugar ideal.

—Así —dijo Zaleshoff con ironía—, las fotografías están en una redacción de periódico. Gran ayuda. Puede haber más de cincuenta redacciones de periódicos en Praga.

Madame Smedoff gruñó, irritada.

—Use su cabeza, Andreas Prokovitch. Saridza no las dejaría en cualquier periódico. Tengo una idea.

Dirigió a Kenton una mirada socarrona y salió de la estancia balanceándose.

Zaleshoff suspiró ruidosamente e hizo un ademán de desesperación.

—Esta vieja siempre me hace sentir como una piltrafa —dijo.

—¿Cuántos años tiene?

—¡Sabe Dios! Yo diría que se acerca a los ochenta. Fue amiga de Clara Zetkin y conoció a Lenin en Londres. Una vez mencionó de un modo muy simple que había conocido a Marx, y dijo que había tenido lástima de *Frau Marx*. Era entre los años ochenta y ochenta y cinco que murió Marx; por lo tanto, Olga ha de tener bastante

más de setenta. No olvida nunca ni un hecho ni una cara, habla nueve idiomas y ha traducido el *Jobelin* de François Villon a la jerga parisina moderna; se imprimieron solo cincuenta ejemplares de la obra y actualmente valen mil dólares cada uno.

—¿Por qué se maquilla de esta manera?

—Era bonita. Una vez se encontró en un lío, cuando organizaba una huelga allí por Galicia, y una mujer le echó vitriolo a la cara. No le hizo mucho daño, pero le quedaron algunas cicatrices. Por esto se pone tantos afeites. Dicen que antes se maquillaba muy bien, pero últimamente se ha vuelto un poco descuidada.

Madame Smedoff volvió a la estancia con una sonrisita de triunfo en los labios.

—El periódico es el *Prager Morgenblatt*.

—¿Cómo lo sabe?

—Miré la lista de accionistas de los periódicos de lengua alemana: el veinticinco por ciento de las acciones ordinarias del *Prager Morgenblatt* están a nombre de Elsa Schirmer o sea *Frau Bastaki*. Probablemente las tiene en representación de su hermano, pero de todas maneras tendrá mucha influencia en el *Morgenblatt* y Saridza lo sabrá.

Zaleshoff se puso de pie.

—Tamara, iremos inmediatamente. Kenton, puede usted ir con nosotros si lo desea. Olga, creo que esto es una pérdida de tiempo. Por favor, procure que Saridza no se vaya sin que nosotros lo sepamos.

Mientras salían presurosos, Kenton miró hacia atrás.

Madame Smedoff se había hundido en su asiento, su blanca máscara muerta se estiraba en una amplia mueca sonriente, su pelo tenía destellos rojizos. Sus ojos se encontraron con los de Kenton y soltó una risita; luego, muy deliberadamente, hizo un guiño.

19 — *Morgenblatt*

Las oficinas del *Prager Morgenblatt* estaban situadas en la esquina de una calle estrecha paralela a la vía principal a Karlsbrücke. Tamara detuvo el Mercedes detrás de un camión que descargaba papel. De las ventanas venía el tecleo y martilleo de las linotipias. Zaleshoff y Kenton se apearon del coche y se dirigieron a la entrada principal; una puerta angosta en el costado del edificio.

Habían convenido que el primer paso iría a cargo de Kenton, el cual, por ser conocedor de las redacciones, podría ofrecer un frente más circunstancial que el ruso. A la entrada, dentro de un pequeño despacho de cristales, estaba sentado el portero. Kenton se le acercó seguido de Zaleshoff.

—Esta mañana debía estar preparado un paquete para el coronel Robinson. Vengo a recogerlo de su parte.

El hombre movió la cabeza lentamente.

—No sé nada de esto. ¿Tenía que ser recogido el paquete, dice usted?

—El coronel Robinson no pudo venir personalmente.

—No sé nada de esto.

—Vamos —murmuró Zaleshoff—, estamos perdiendo el tiempo.

—Es curioso —insistió Kenton—; estaba convenido.

Su mano, en la ventanilla, frente al rostro del portero, se abrió ligeramente e hizo crujir un billete de banco.

—Si acaso pudiese usted decirme con quién se convino el asunto, *mein Herr*, yo averiguaría.

Kenton se arriesgó.

—Con el *Herr Redakteur*.

—¡Ah! Un momento, *mein Herr*.

El hombre tomó un teléfono y oprimió un botón.

—*Entschuldigen Sie, Herr Direktor*. Dos caballeros vienen de parte del coronel Robinson. Desean un paquete, como se convino. —Hubo una pausa—. *Ja, Herr Direktor*.

Colgó el receptor y se volvió hacia ellos.

—Sírvanse esperar unos minutos; el paquete estará listo.

—*Danke*.

Kenton abrió la mano y el billete cayó en la mesa del portero.

—*Danke schön, mein Herr*.

—Bueno —murmuró Kenton, triunfalmente— ¿qué sabe usted de esto? Un director no está en su despacho a las nueve de una mañana de domingo por nada.

—No me gusta —contestó el ruso, sombrío—; es demasiado fácil; y, además, olvida usted las otras copias, ¿no?

—Diremos que nos han dicho que llevemos también las copias. O bien Saridza habrá pensado dejar las copias en otra parte. En este caso nos darán las dos. Supongo que Saridza no habrá dicho demasiadas cosas a este hombre, de todas maneras.

—Puede ser una trampa.

—No olvide que se supone que estamos agonizando dentro de aquella cámara.

—Bueno, no me gusta.

Esperaron unos diez minutos. Entonces sonó el teléfono del portero y éste levantó el aparato y escuchó. Kenton vio que una curiosa expresión cruzaba la cara del hombre y que sus ojos se dirigían a ellos dos. Después dijo:

—*Ja, Herr Direktor.* —Y colgó el teléfono.

—El *Herr Redakteur* les recibirá. El paquete está en su despacho. Por aquí.

No había ascensor. El portero les precedió por una estrecha escalera de piedra hasta el quinto piso y a lo largo de un corredor formado por tabiques con cristales hasta una puerta, al extremo. Entraron en un despachito donde había la mesa de la secretaria y, enfrente, unas altas puertas de caoba. El guía llamó con los nudillos y abrió las puertas. Ellos dos entraron.

Era un gran despacho con paneles de cedro y una ventana que ocupaba casi toda una pared. A la derecha había una puerta más pequeña. El hombre sentado tras el macizo escritorio era un corpulento alemán de cabeza cuadrada y anteojos de gruesos cristales que agrandaban grotescamente los ojos azul pálido que había tras ellos.

—Siéntense, señores.

Ellos permanecieron de pie.

—Tenemos muy poco tiempo —dijo Zaleshoff—; tenemos entendido que las fotografías ya están listas. Podemos añadir que el Coronel nos ha dicho que llevemos también las copias.

Los ojos azul pálido se movieron de uno a otro.

—Esto ya está entendido. Todo estará listo dentro de poco rato.

—Deseamos, naturalmente, examinar las fotografías para ver si todo está bien. Quizás podemos empezar ahora con los originales.

—Hagan el favor de tener paciencia. He dado instrucciones para que las fotografías estén listas inmediatamente.

—Muy bien.

Quedaron en silencio. El alemán permanecía sentado, inmóvil, detrás de su escritorio. Kenton se acercó a la ventana y miró hacia abajo, a la calle. Podía ver el Mercedes parado detrás del camión. De pronto, un coche cerrado dio la vuelta a la esquina y se detuvo frente al edificio con chirrido de frenos. Al instante se abrieron las portezuelas del automóvil y unas figuras uniformadas salieron de él y corrieron por la acera.

—¡Zaleshoff!

—¿Qué?

—¡Venga, rápido! ¡Es la policía!

El ruso se precipitó a la ventana, miró abajo y lanzó un juramento.

Se volvieron.

El alemán les apuntaba con un pequeño revólver.

—Levanten las manos y no se muevan.

Obedecieron. Los ojos pálidos del alemán brillaron.

—Tomé la precaución —dijo lentamente— de telefonar al coronel Robinson antes de invitarles a pasar aquí. Él me aconsejó que llamara a la policía. El portero les conducirá aquí arriba en un momento. La prueba de la perfidia soviética está ahora en camino por medio de un mensajero especial. Rumanía estará pronto convencida, en

común con el resto del mundo, de la realidad de la amenaza judío-comunista.

—¿Y las copias de la prueba?

El alemán vaciló, luego se encogió de hombros.

—Como ya no tendrán ustedes más interés por este asunto, puedo decírselo. Están en la caja fuerte, en la pared detrás de mí. Cuando llegue el momento, la prueba será entregada a la nación alemana.

Kenton miró a Zaleshoff. El ruso estaba un poco más adelantado que él con los brazos levantados sobre la cabeza; tenía la actitud de un hombre que reconoce la derrota cuando la ve.

—Mantenga los ojos fijos en su cara, Kenton —murmuró en inglés.

—¡Silencio!

Se oyó un murmullo de voces en el corredor, más allá del antedespacho, y el ruido de pasos apresurados.

—¡No, Kenton! —gritó Zaleshoff, en tono de advertencia y en alemán.

El truco resultó bien. El periodista vio que el alemán se sobresaltaba y apuntaba el revólver en su dirección. Entonces Zaleshoff saltó.

El revólver se disparó y la bala perforó el techo, cayendo yeso del mismo mientras los dos hombres rodaban por el suelo.

—¡Cierre la puerta, rápido! —dijo Zaleshoff, jadeando.

Kenton se lanzó hacia la doble puerta. La llave estaba en el otro lado. Abrió una hoja de la puerta y se apoderó de la llave mientras el policía que iba a la cabeza entraba por la puerta opuesta, lanzaba un grito y corría a través del antedespacho. Kenton cerró de un portazo y se apoyó contra la puerta mientras trataba febrilmente de meter la llave en la cerradura. Cuando lo logró, el pomo se le escapó de los dedos y la puerta se abrió unos centímetros. La punta de una bota apareció en la brecha. Kenton clavó fuertemente, su tacón sobre la bota, se oyó un grito de dolor y la bota desapareció. Durante un segundo la presión contra la puerta se aflojó. Kenton cargó todo su peso contra la puerta y dio vuelta a la llave. Se oyó el clic del cerrojo.

Se dio vuelta a tiempo para ver a Zaleshoff golpear con fuerza, con la culata del revólver del alemán, la cabeza de su dueño, quien cayó cara al suelo. La puerta temblaba bajo las embestidas. Se daban órdenes a gritos.

—Apártese de la puerta —dijo Zaleshoff—. Dentro de un minuto empezarán a disparar contra el cerrojo.

Mientras hablaba cesaron las arremetidas contra la puerta y una bala atravesó la madera, junto a la cerradura. El ruso registraba los bolsillos del alemán; luego se levantó con un manojito de llaves en la mano. Se dirigió a la pequeña caja fuerte empotrada en la pared y empezó a probar las llaves una por una. Miró a su alrededor cuando sonó otro tiro.

—Vea a dónde conduce la otra puerta.

Kenton ya estaba junto a la puerta pequeña y la abría. Adentro había un pequeño lavabo. Su corazón desfalleció. Sobre el lavabo, sin embargo, había una estrecha

ventana de vidrio esmerilado. La abrió y miró. A unos pocos palmos, abajo, había un techo plano de metal con dos claraboyas cuadradas. Volvió corriendo al despacho.

—Hay una ventana por la que podemos salir al tejado.

—Bien.

Una andanada de balas atravesó la cerradura. Se apoyaron los hombros a la puerta, la cual fue sacudida con violencia y produjo un fuerte ruido de resquebrajadura. Zaleshoff ya había abierto la caja y esparcía su contenido a derecha e izquierda. Kenton permanecía en la puerta pequeña presa de angustiosa impaciencia.

—Por Dios, dése prisa, Zaleshoff.

—Está bien. Váyase usted.

El periodista vaciló. Entonces, por encima del estruendo de afuera, oyó un grito de satisfacción del ruso. Al instante hubo el tintineo de vidrios rotos y vio que Zaleshoff había arrojado un paquete de placas fotográficas sobre la alfombra y las estaba pulverizando con el tacón. Al mismo instante la puerta estallaba.

—¡Cuidado!

Pero casi antes que el grito saliera de la boca de Kenton, Zaleshoff había atravesado el despacho y pasaba la pequeña puerta. Kenton la cerró y corrió el pasador.

—¿Tiene usted las fotografías?

Zaleshoff mostró un gran sobre de papel, lo partió por la mitad y se metió los pedazos en el bolsillo.

—¡Pase por la ventana!

Ya la puerta del lavabo era sujeta a furiosas embestidas y una bala atravesó la delgada madera y se aplastó en la pared opuesta.

Kenton aterrizó sobre el techo a cuatro patas. Un segundo después Zaleshoff caía a su lado. El periodista empezó a atravesar el techo entre las dos claraboyas. Zaleshoff le asió el brazo.

—Pase junto a la pared, de lo contrario nos verán desde las ventanas.

Pero evidentemente su huida había sido adivinada, pues los forcejeos contra la puerta habían cesado.

—Debe haber una salida de este condenado techo —musitó Zaleshoff—. Probaremos por aquí.

Avanzaron a lo largo de la pared de ladrillo, arrimados a ella. El techado tenía la forma de una «E» muy gruesa y lo limitaban por todos lados las paredes del quinto piso. De pronto dieron vuelta a una esquina, en el centro de la «E», y se encontraron frente a una puerta abierta en el muro de ladrillo. En aquel momento se oyó un grito y Kenton se dio cuenta de que los habían visto desde una ventana del otro extremo del tejado. Al tiempo que daban un salto para protegerse, una andanada de balas salpicó la pared, a su lado. Zaleshoff probó la puerta: estaba cerrada.

—Van a dar la vuelta hasta donde puedan acertarnos con los disparos —dijo

Kenton.

Zaleshoff se sacó un revólver del bolsillo y disparó tres balas en la cerradura, la cual resistió. El ruso retrocedió, luego saltó hacia adelante y golpeó con el pie la cerradura. La puerta se abrió y los dos se precipitaron por una escalera de hierro. A pocos metros del final de la escalera había dos puertas giratorias a través de las cuales llegaba el martilleo de las linotipias. El ambiente olía a tinta de imprenta y a plomo fundido.

—Por aquí —dijo rápidamente Zaleshoff—; no corra, ande deprisa.

Empujaron la puerta giratoria y entraron. Sobre sus cabezas había una de las claraboyas, pero el ruido de las máquinas probablemente había ahogado el de los disparos, pues los hombres estaban trabajando como si nada hubiese sucedido. El local era largo y estrecho y tuvieron que recorrerlo en toda su longitud para llegar a la puerta del otro extremo. Estaban más o menos a la mitad del camino cuando un hombre, que parecía el regente, levantó los ojos de una mesa llena de montones de galeradas, frunció el ceño y se movió para interceptarles el paso. Zaleshoff se dirigió a él instantáneamente.

—¿Han visto ustedes a dos hombres pasar corriendo por aquí?

—*Nein*.

El hombre les miró con suspicacia.

—Somos policías. Dos criminales han escapado y están en el edificio. Si les ven deténganlos inmediatamente. ¿Hay algún lugar por donde puedan salir, además de la entrada principal?

—*Jawohl, Herr Kapitän*. Hay la escalera de incendios.

—¿Dónde está?

—Hay una puerta, *Herr Kapitän*, entre este local y la sección de grabado. Se lo enseñaré.

Empezó a andar hacia la puerta.

—No es necesario —dijo Zaleshoff, bruscamente—; la encontraremos nosotros solos. Debe ponerse un hombre aquí de guardia inmediatamente. Vigilen y avísennos inmediatamente si ven a esos hombres.

—*Jawohl, Herr Kapitän*.

El hombre se fue apresuradamente y dándose importancia para comunicar la orden a sus subordinados. En aquel momento la policía irrumpió por las puertas giratorias y gritó algo. El regente miró a su alrededor, vacilante.

—¡Corra! —ordenó Zaleshoff.

Se precipitaron por la puerta que daba a la salida de incendios. A la izquierda había dos tramos de escalera, uno hacia arriba, otro hacia abajo. Frente a la escalera estaba la puerta de salida de incendios. Más adelante, la entrada a la sección de grabado. Mientras Zaleshoff abría la puerta salió un hombre de la sección de grabado; Kenton vio la expresión de sobresalto en la cara del hombre al ver los uniformes de los policías tras ellos y adivinó su propósito de no dejarlos pasar. Levantó el puño, el

hombre retrocedió rápidamente para evitar el golpe y resbaló en el liso suelo de piedra. Fue suficiente. Un segundo después, ambos bajaban por la escalera de incendios. Una bala sonó en los escalones de acero sobre sus cabezas, pero en cuanto llegaron a dos pisos más abajo quedaron bien protegidos.

Al pie de la escalera se hallaron en un patio de cemento, entre la parte posterior del edificio del *Prager Morgenblatt* y el costado de un edificio de la calle contigua. Kenton miró hacia arriba y vio que tres de los policías estaban a la mitad de la escalera. Salieron a la calle. Cuando se hallaban a unos seis metros del extremo del patio un policía dio vuelta a la esquina frente a ellos, vaciló durante una fracción de segundo y se llevó la mano a la pistolera. Zaleshoff se lanzó y su puño se estrelló contra un lado de la cabeza del policía, el cual se arrimó a la pared, tambaleándose, y levantó el arma. Kenton le agarró el brazo en el momento de disparar; la bala rebotó en el cemento, con un silbido. Zaleshoff arrancó el arma de la mano del policía; éste empezó a enderezarse.

—¡Corra hacia el coche! —gritó Zaleshoff.

Kenton echó a correr.

A pocos metros esperaba el Mercedes. Mientras los dos corrían hacia él, Tamara retrocedió para apartarse del camión que tenía delante. Cuando ellos llegaron ya la muchacha había abierto la portezuela. Mientras ellos subían, una bala atravesó el vidrio de atrás y se clavó en el respaldo del asiento delantero.

—¡Agáchense! —gritó Zaleshoff.

El Mercedes arrancó y viró, resbalando sus neumáticos sobre el asfalto mojado, hacia la calle que llevaba al Karlsbrücke. Tamara puso la segunda, apretó el acelerador y metió el compresor; salió un rugido estridente del escape y el gran coche voló calle arriba como una bala.

—¡Al Hotel Amerika, rápido! —ordenó Zaleshoff.

La muchacha hizo un viraje resbaladizo hacia la vía principal y atravesaron el puente sobre el Moldau, disparados. Zaleshoff sacó de su bolsillo las dos mitades del sobre de las fotografías, las rasgó en menudos pedazos y fue tirándolos por la ventanilla.

Kenton empezaba a recobrar el aliento.

—¿No fui mal adivino, verdad? —dijo.

Zaleshoff soltó los últimos pedazos de papel.

—No —dijo, ásperamente—, no lo fue. Pero lo que oímos hace todavía más necesario obtener las fotografías originales. ¿Oyó usted lo que dijo?

—¿Lo que dijo quién?

—Ese alemán. Los nazis van a emplear esas fotografías como trampolín para otra embestida antisoviética. Rumanía no será el único país que se entere de esto. No correré más riesgos, Kenton. Tenemos que obtener esas fotografías. Con estrategia o sin estrategia, voy derecho a arremeter a Saridza.

Kenton se echó a reír. Se sentía un poco trémulo.

—¿Qué pasa?

—Me estaba preguntando qué dirá Saridza cuando nos vea.

—Pronto lo sabrá usted. —Se inclinó hacia la muchacha—. Métete en una calle tranquila y anda despacio durante un minuto.

—¿Sucede algo? —preguntó Kenton.

Zaleshoff no contestó, pero retiró la alfombra y levantó una tabla. El coche frenó la carrera. Kenton vio que el ruso agarraba un alambre cubierto de barro que pasaba por debajo de las tablas del suelo y tiraba de él bruscamente. Algo metálico cayó, y el coche aceleró de nuevo.

—¿Qué diablos es esto?

Zaleshoff volvió la tabla a su lugar.

—Es una antigua costumbre de Chicago. He quitado la placa austríaca. Ahora hay una matrícula belga. ¿Tienes los papeles belgas, Tamara?

—Sí, Andreas.

—Tira los otros a una cloaca cuando nos detengamos. Tome, Kenton, es mejor que lleve esto consigo si quiere oír lo que dirá Saridza. —De una bolsa de la puerta sacó un revólver similar al suyo y lo entregó al periodista—. Tenga cuidado; éste está cargado.

Kenton tomó con cuidado el arma.

—Esto, naturalmente —añadió Zaleshoff con una débil sonrisa—, si sus instintos profesionales todavía funcionan.

Kenton se metió el revólver en el bolsillo.

—Andreas Prokovitch —dijo en tono cansado—, es usted uno de los tres hombres más irritantes que he conocido en mi vida.

—¿Quiénes son los otros dos?

—Saridza y el capitán Mailler.

Dos minutos después se detuvieron frente al garaje del Hotel Amerika. Un hombre salió de una puerta opuesta a la del garaje y se acercó al coche. Zaleshoff se asomó por la ventanilla. Hubo una rápida conversación susurrante, Zaleshoff metió la cabeza y se sentó, con una mueca en el rostro.

—El mapa, Tamara.

La muchacha le pasó un grueso mapa doblado.

—¿Qué hay? —preguntó Kenton.

—Saridza y Mailler salieron en su coche hace cinco minutos. Mailler conducía. Tamara, toma la carretera de Brünn. ¡Y por lo que más quieras, pisa el acelerador!

20 — *La carretera del Este*

Un cuarto de hora más tarde corrían a gran velocidad por la carretera de Brünn, en las afueras de la ciudad.

Zaleshoff estaba hundido en su asiento, la cara sin expresión. A las preguntas de Kenton contestaba con gruñidos. Por fin, se inclinó hacia adelante y dijo a la muchacha que se detuviera en la próxima aldea.

—¿Por qué detenerse? —preguntó Kenton.

Zaleshoff volvió ligeramente la cabeza. Habló como si el periodista le hubiese pedido un comentario sobre el tiempo.

—Tenemos a un hombre que sigue el coche de Saridza con una moto. No irá más allá de veinte kilómetros fuera de la ciudad. Cuando se detenga telefonaré a Smedoff. Quiero que me informe para asegurarme de que vamos por buen camino.

—Comprendo.

Tres minutos después se detenían frente a una pequeña oficina de correos. El ruso se apeó tranquilamente y entró en la estafeta. A los dos minutos salió, entró en el coche y cerró de un portazo.

—Vamos mal —anunció—. Habrán comprendido por la llamada telefónica desde la redacción del *Morgenblatt* que solo nos avanzaban un poco. Han tomado la carretera del Este hacia la frontera alemana, por Nachod. Se proponen salir de Checoslovaquia tan pronto como puedan y dirigirse a Bucarest por Cracovia.

Durante un par de minutos estudió el mapa, después lo dobló.

—Ve para Nimburg, Tamara. Smedoff tiene un control ahí. Tenemos que intentar alcanzarlos entre Nimburg y Nachod. ¿Tienes bastante gasolina?

—Mucha.

—Entonces, vamos.

El Mercedes se disparó. Un minuto después Kenton vio que el velocímetro marcaba más de cien.

Después de media hora de camino viraron a la izquierda y tomaron la dirección nordeste. Tamara conducía con la pericia y la seguridad de un profesional de carreras y el Mercedes subía y bajaba las colinas sin apenas ninguna variación en la velocidad. Zaleshoff miraba por la ventana y fumaba los cigarrillos de Kenton. El periodista trató de dormir, pero, a pesar de su agotamiento físico, no pudo pegar los ojos. Cada vez que Tamara frenaba por una curva, el pie derecho de Kenton se movía pisando un imaginario acelerador para hacer correr más y más el coche. Se dijo que esto era simplemente la pura excitación de la caza, pero sabía que había algo más en ello. Separados por kilómetros de carretera, había dos coches; en el primero iban quince pedazos de papel recubiertos de substancia química más peligrosos que el más potente explosivo y el gas más mortífero; quince pedazos de papel con un mensaje de

miedo y recelo y odio para millones de campesinos que creían que su Dios es bueno y justo y que sus destinos están en Sus manos. Si se permitía al primer coche llegar a su destino, ese mensaje sería entregado. Todo lo que se oponía a tal acto era un lastimoso grupo de tres: un ruso preocupado, una muchacha y un periodista cansado con una fuerte jaqueca y un revólver que no sabía manejar. Sonrió amargamente. «Oponerse» al acto no era un modo particularmente feliz de describir la posición de los tres. Alcanzar un coche rápido que llevaba mucha ventaja no era una tarea fácil, ni siquiera para un potente Mercedes con un buen conductor.

La llovizna de primeras horas de la mañana había cedido a un persistente aguacero que azotaba los cristales y oscurecía las lomas bajas a través de las cuales corrían. Tardaron cuarenta minutos en llegar a Nimburg. Tamara frenó cuando entraron en la población. Zaleshoff se inclinó hacia adelante.

—Para frente a la *Spielhaus*.

Tamara siguió avanzando durante un par de minutos, hasta que se detuvo y Zaleshoff se apeó.

Kenton limpió el cristal empañado y vio al ruso acercarse a un hombre que estaba de pie en la calle, bajo un paraguas. El hombre jugueteaba ostensiblemente con una cinta roja que llevaba en el ojal. Zaleshoff se quitó el sombrero cortésmente y el de la cinta en el ojal dijo algo y señaló en la dirección en la cual el coche estaba colocado. A cualquiera que lo viese parecería que un automovilista preguntaba la dirección a un transeúnte. Zaleshoff levantó de nuevo su sombrero y volvió al coche.

—Rápido, Tamara —dijo en cuanto estuvo adentro—; pasaron por aquí hace ocho minutos. Esto quiere decir que estamos a unos doce kilómetros detrás de ellos. Solo hay dos horas de aquí a la frontera. Tenemos que correr para alcanzarlos.

El coche se disparó de nuevo. Cuando dejaron la población atrás, el velocímetro fue subiendo constantemente hasta llegar a los ciento cuarenta, y así se mantuvo. Kenton no había nunca alcanzado tal velocidad en su vida. Había poco tránsito en la carretera y se alegró de ello, pues los cálculos de Tamara del espacio requerido para el paso del Mercedes parecían basarse en una medida de centímetros. La carretera, aunque recta y buena, era estrecha y resbaladiza a causa de la lluvia. La muchacha no parecía tener en cuenta estas limitaciones.

—¿Han tenido muchos accidentes conduciendo su hermana? —preguntó Kenton, después de un momento especialmente espeluznante.

—Nunca ha tenido un solo accidente en su vida.

Pero aquel tono de seguridad le pareció a Kenton demasiado enfático para ser del todo convincente.

Dos veces fueron detenidos por pasos a nivel. Una vez, en las afueras de una pequeña población llamada Königgratz, les detuvo una patrulla de policía. Zaleshoff bajó la cortina sobre el vidrio de atrás agujereado por la bala y enseñó los documentos belgas. El policía los examinó, los devolvió y señaló que pasaran, mientras daba excusas y les informaba que tenían la orden de detener a todos los

coches con matrícula extranjera porque aquella mañana una banda de ladrones internacionales había asaltado la redacción de un periódico en Praga. Algo abrumados por el peligro corrido, siguieron adelante.

Después de la primera y, para Kenton, interminable hora, Zaleshoff empezó a atisbar hacia adelante por el pedazo del parabrisas que el limpiador eléctrico aclaraba.

Atravesaban una región montañosa salpicada aquí y allá de minúsculas aldeas arracimadas en torno a campanarios. Ahora ya la lluvia no azotaba las ventanillas pero las nubes eran muy bajas y el coche corría a trechos dentro de una niebla leve y húmeda. La muchacha tuvo que reducir un poco la velocidad. Entonces, a unos cuatrocientos metros, vieron el gran coche negro.

Casi inmediatamente el coche negro se sumergió en la niebla, pero su presencia había sido suficiente para que un estremecimiento de excitación recorriera el cuerpo de Kenton.

—Avanza hasta que llegues a unos cincuenta metros de él y entonces síguelo un rato —ordenó Zaleshoff—. Agáchese, Kenton. No podemos arriesgarnos a que nos vean.

Ambos se agacharon en el suelo. Transcurrido cosa de un minuto, el Mercedes aminoró la velocidad y Kenton pudo oír el débil zumbido del otro coche. Tamara habló por encima del hombro.

—Hacen unos noventa kilómetros por hora.

Zaleshoff levantó la cabeza cautelosamente hasta que pudo mirar por encima del hombro de Tamara.

—Espera hasta pasar la curva —le oyó murmurar Kenton—, entonces pásalos y adelántalos unos cien metros.

Tamara aceleró y tocó el claxon. Zaleshoff se agachó de nuevo. Kenton, con el corazón golpeándole las costillas, escuchó el ruido que se acercaba del coche de enfrente.

De pronto, Tamara dijo:

—Aceleran.

—Alcánzalos en la próxima curva.

Kenton oyó el aullido del condensador y sintió que el coche se disparaba y, un instante después, se desviaba bruscamente. El rugido del otro coche creció súbitamente. Hubo un crujido violento y el Mercedes se desvió de nuevo.

—Les di con un guardabarros —dijo Tamara.

—Frena rápido y atraviésate en la carretera.

Hubo un chillido de frenos y Kenton fue arrojado contra el respaldo del asiento delantero. Sintió resbalar el coche, luego crujir y dar una sacudida hacia atrás. El motor se paró. Hubo un momento de silencio y luego Kenton oyó el rugido de un escape.

—¡Dan la vuelta! —exclamó Tamara.

—¡Rápido, Kenton! ¡Afuera!

Zaleshoff saltó a la carretera. Kenton le siguió, sacándose el revólver del bolsillo. A veinticinco metros de distancia el coche negro retrocedía para dar la vuelta. Se vio una pequeña llama en una de las ventanillas y una bala se clavó en la carrocería del Mercedes, a un palmo de la cabeza de Kenton; éste, con el rabillo del ojo, vio a Zaleshoff levantar su arma deliberadamente. El ruso disparó. Al instante salió un chorro de fuego del depósito de la gasolina, en la parte trasera del coche negro.

—¡Rápido! —gritó Zaleshoff—. ¡Fuera de la carretera!

La carretera estaba construida sobre un terraplén bajo bordeado a ambos lados por abedules. Los dos hombres saltaron al lado del terraplén y, con las cabezas agachadas, corrieron a lo largo de la cuneta hacia el coche en llamas; ya éstas se elevaban a más de tres metros y la gasolina encendida se derramaba por la carretera como fuego líquido. Zaleshoff se detuvo y levantó la cabeza con cautela. Por encima del rugido de las llamas sonó un tiro y una bala dio en el borde de la carretera, a medio metro de distancia. Zaleshoff se agachó de nuevo.

—Se han parapetado en el otro lado de la carretera. Tenemos que hacer algo rápidamente. Si pasa alguien estamos listos. Vuelva al coche y colóquese detrás de él, en medio de la carretera. Desde allí podrá dispararles fácilmente. No importa que les toque o no... a esa distancia no podrá... pero quiero tenerlos ocupados para poder alcanzarlos desde este lado.

—Muy bien.

Kenton volvió corriendo por la cuneta y se colocó detrás del coche. Por el espacio entre las ruedas de recambio y la trasera del coche podía ver a Mailler y a Saridza agachados tras un montón de piedras, por debajo del nivel de la carretera. Tamara se apeó y se quedó de pie a su lado. Apoyó el revólver en la rueda de recambio, cerró un ojo y apretó el gatillo. El arma dio una sacudida y Kenton vio que Mailler escondía la cabeza.

—¿Había usted disparado alguna vez un revólver? —preguntó la muchacha.

—No. ¿Por qué?

—Casi hizo blanco.

Todavía le zumbaban los oídos por el disparo cuando Kenton probó de nuevo, pero el humo del coche incendiado oscureció su blanco. Al tercer tiro tuvo la satisfacción de ver a Mailler mirar incierto a su alrededor, buscando el origen del peligro. Al instante siguiente la muchacha lanzó un pequeño grito.

—¿Qué pasa?

—¡Mire!

Entonces vio que Zaleshoff había dejado la protección del terraplén y se arrastraba a través de la carretera.

—¡Está loco! ¡Le matarán!

Mientras decía esto, Kenton vio levantarse el brazo del ruso y salir una llama de su revólver. Mailler se llevó las manos a la cabeza. Casi al mismo instante Saridza disparó y Zaleshoff cayó de cara. Saridza se dio vuelta y desapareció entre los

árboles.

Kenton corrió por la carretera. Cuando llegó junto a Zaleshoff, éste trataba de ponerse en pie, con la mano contraída en su costado y la cara contorsionada de dolor. Kenton quiso ayudarle. El herido le rechazó con un ademán.

—Saridza —dijo, jadeando—. Ha huido.

—Está bien —dijo Kenton.

Se volvió hacia la muchacha que venía corriendo, pálida.

—Vuelve al coche. Podría tratar de huir con él.

—Haz lo que él dice, Tamara.

La muchacha se dio vuelta y echó a correr. Kenton, revólver en mano, bajó del terraplén y avanzó entre los árboles. Luego se detuvo y escuchó. Durante un par de segundos no se oyó más que el gotear del agua del follaje. Luego oyó un ligero movimiento adelante y hacia la izquierda. Avanzó cautelosamente en dirección del ruido. De pronto crujió una rama bajo su pie. Un segundo después sonó un tiro y la bala movió los matorrales. Kenton se inclinó y avanzó gateando. El hombre volvió a disparar. Kenton se detuvo. Entonces, por una brecha entre los árboles, vio a Saridza, que miraba a su alrededor como un animal perseguido. Kenton levantó el arma y en aquel momento Saridza le vio, levantó el brazo con una sacudida, con el revólver en la mano, y apretó el gatillo dos veces, pero no salió ningún tiro. Kenton vio que el pánico se apoderaba de Saridza, quien soltó el revólver y levantó los brazos.

—Me rindo —dijo rápidamente.

El periodista, con el dedo temblándole en el gatillo, avanzó y entró en el claro. Sus ojos se encontraron con los del otro y supo que no podría disparar.

Saridza se lamió los labios.

—¿Qué va usted a hacer?

—No lo he decidido. Estoy tratado de pensar en una sola razón para no matarlo de un tiro como usted lo hubiera hecho conmigo hace un minuto.

—Estaba usted armado.

—Si nuestra situación se invirtiera, usted me diría que quedarse sin municiones es parte de los azares de la guerra... es decir, suponiendo que se molestara en dar alguna explicación.

Saridza le contempló con aire astuto.

—Sé que quiere usted las fotografías. Déjeme en libertad y las tendrá. Es un trato justo.

—No está usted en situación para hacer tratos. Podría sacar las fotografías de su cadáver. Sé lo que está usted pensando en este momento. Piensa que cuánto más tiempo me pueda entretener hablando menos probable será que le mate a sangre fría. Olvida usted que no puedo permitirme dejarlo vivo. Mailler puede estar muerto. Usted acudiría a la policía.

Esperaba protestas. Para sorpresa suya, en los ojos de Saridza apareció una expresión verdaderamente divertida.

—Debe usted tener una muy pobre opinión de su amigo Zaleshoff si cree que se dejaría atrapar de este modo. Tendría docenas de testigos para probar que ni él ni usted han salido de Praga hoy.

Kenton levantó el revólver y apuntó al pecho del otro.

—No creo que necesitemos prolongar esta entrevista.

La expresión divertida desapareció de los ojos de Saridza. La cara se le puso de un amarillo grisáceo.

—Le doy a usted medio minuto para sacarse las fotografías del bolsillo y tirarlas al suelo donde yo pueda recogerlas. ¿En qué bolsillo están?

—En el interior de mi abrigo, a la derecha.

—Meta en él poco a poco su mano izquierda y sáquelas. Mantenga la otra mano en alto. Espero que sus nervios sean buenos, porque si su mano se desvía una fracción de centímetro, dispararé.

Saridza obedeció. Un paquete cayó a los pies de Kenton. Sin apartar la mirada del hombre que tenía enfrente, Kenton se agachó y lo recogió. Sacó las fotografías del paquete y las contó.

—Aquí solo hay diez. ¿Dónde están las otras cinco?

Saridza vaciló. Kenton amartilló el revólver.

—En el bolsillo de la izquierda.

Unos segundos después otro sobre caía al suelo. Kenton contó las fotografías restantes con atención y se las metió en el bolsillo con las otras.

—Está bien, retroceda cuatro pasos.

Saridza lo hizo. Kenton se adelantó y recogió el revólver que Saridza había soltado. Se miraron cara a cara.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Kenton?

—¡Sí!

—¿Quién les sacó a ustedes de aquella cámara?

—Nadie. Nos liberamos nosotros mismos.

—Me inclino ante su ingenio. ¿Se puede preguntar cómo lo hicieron?

—Me temo que ahora no tendré tiempo para hablar de esto. Dé media vuelta.

El otro obedeció.

Kenton dio vuelta al revólver que había recogido y lo sostuvo por el cañón como si fuese una maza. Avanzó detrás de Saridza.

—Un momento, señor Kenton.

—¿Qué hay?

—Antes que me golpee y me deje inconsciente quiero recordarle una oferta que le hice anoche.

—¿Y bien?

—Esa oferta está todavía en pie, pero, si le interesara a usted considerar de nuevo su decisión, podría doblarle el sueldo. Una carta dirigida a mí a través del señor Balterghen de la Pan-Eurasian Petroleum Company, Londres, siempre llegará a mis

manos. Esto es todo.

Kenton retrocedió...

—Dése vuelta, Saridza.

Saridza se volvió. Kenton le contempló haciendo una mueca.

—El sentido anglosajón del humor, Saridza, es una de las influencias más castrantes que conoce la humanidad. Yo soy el desdichado poseedor de semejante sentido del humor. Puede irse. Váyase. Lárguese. Pero le advierto que si muestra su cara dentro de las próximas veinticuatro horas le dispararé inmediatamente.

Saridza se volvió sin pronunciar una palabra y se alejó entre los árboles. No miró hacia atrás.

Kenton volvió a la carretera.

Zaleshoff se había arrastrado hasta el margen y yacía en el barro tratando de restañar la herida de su costado con un pañuelo empapado de sangre. Tenía la cara pálida y alargada, sus ojos buscaron ansiosamente la cara del periodista mientras Kenton subía el terraplén.

—¿Fracasó usted?

Kenton se sacó del bolsillo los dos sobres y esparció el contenido por el suelo, junto al herido. Zaleshoff lo examinó febrilmente. Después levantó los ojos.

—Oí tiros. ¿Le mató usted?

Kenton negó con la cabeza. El ruso quedó silencioso un momento.

—Es una lástima —dijo por fin—, pero me alegro de que no lo hiciera usted. Le hubiera ocasionado preocupaciones.

Kenton miró el cuerpo de Mailler que yacía en la cuneta.

—¿Qué pasa con ése?

—Muerto. ¿Tiene usted una cerilla?

Kenton dobló una rodilla, amontó las fotografías y les pegó fuego. Cuando estuvieron quemadas, esparció las cenizas con el pie.

Era a última hora de la tarde y empezaba a anochecer cuando *Madame Smedoff* entró balanceándose en su sala de estar. Kenton se sentó en el diván sobre el cual había estado dormitando.

—¿Cómo está?

Madame Smedoff se bajó las mangas de su vestido de seda negra que tenía remangadas y se arregló el chal.

—Tiene un poco de fiebre, pero la herida no es peligrosa. La bala pasó por el costado, debajo de las costillas. Dentro de quince días podrá levantarse.

—¿No deberíamos traer un médico?

Ella le miró parpadeando y le sonrió con travesura.

—Yo soy médico, señor Kenton. Estudié en la Sorbona.

—Perdone.

—No sea tonto. Vaya a ver a Andreas Prokovitch. Necesita mucho dormir, pero dice que ha de verle a usted.

Le miró con solemnidad.

—Está confuso. Me pidió que le diera a usted las gracias por lo que hizo hoy por él. No quiere que usted le considere ingrato.

Dio una palmadita al brazo de Kenton. Éste sonrió y entró en el dormitorio.

Tamara estaba sentada al lado de la cama. Sus ojos brillaban de una manera que Kenton no le había visto antes.

Zaleshoff le saludó débilmente.

—Mire a Tamara —añadió—: es feliz. Desde hace muchos años no le había visto un aspecto tan feliz. Y todo porque le digo que iremos a Moscú por unas vacaciones. Es increíble.

Cerró los ojos cansadamente.

Kenton vio que había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—¿No más serpientes y escaleras por algún tiempo?

Ella sonrió.

—¿De qué están hablando? —murmuró Zaleshoff—. ¿Le dijo Tamara, Kenton, que Ortega fue detenido esta mañana?

—Sí. ¿Cómo se las arregló usted?

—Fue encontrado junto a la vía del tren, muerto.

—¡Muerto!

—Murió aquella noche después de matar a Borovansky. Junto a su cadáver se encontró la confesión y el arma que le causó la muerte. Se suicidó.

—Estoy dispuesto a hacer concesiones a un enfermo, Andreas, pero ¿no espera usted que crea esto, verdad?

—Se suicidó tan de verdad como si él mismo hubiese disparado el arma. Poco antes que le lleváramos a usted a Kölnerstrasse, intentó huir de Rashenko. Esto es suicidio.

—Entonces, ¿dónde estuvo todo este tiempo?

—En la habitación desocupada debajo de Rashenko. Como le dije a usted, Rashenko tiene la casa entera. La mujer que vive abajo es su prima.

—¿Y quiere usted decir que dejó que la policía siguiera persiguiéndome cuando hubiera podido usted aclarar el asunto como lo ha hecho ahora?

—Le dije a usted que se quedara con Rashenko. Cuando se presentó en Praga pedí instrucciones. Me dijeron que le retuviese conmigo para que no se comunicara con los periódicos o las autoridades inglesas. Así lo hice.

Kenton tragó saliva.

—Bueno, Zaleshoff —dijo por fin—, cuando le clasifiqué a usted con Saridza y Mailler como los seres más dañinos, hice a ellos dos una gran injusticia. Les gana usted de mucho.

Zaleshoff abrió los ojos. Su mirada vagó de Kenton a su hermana. Luego una

lenta sonrisa se esparció por su cara y volvió a cerrar los ojos.

—¿Sabes, Tamara? —murmuró en tono adormilado—. Me gusta este tipo, Kenton. Me divierte.

Dos días más tarde Kenton tomó en Praga el tren de Berlín.

Mucho dormir, numerosos baños y ropas nuevas (proporcionadas por un Zaleshoff insistente) habían reparado grandemente los estragos de los últimos días. Una invitación hecha por Zaleshoff a través de Tamara y finalmente recibida vía *Madame Smedoff* para visitar Moscú al cabo de dos meses le había dado un ánimo optimista. Se sentía bien.

El tren iba muy lleno. En su compartimiento iban otros tres hombres. Uno de ellos le pareció húngaro. Los otros dos eran checos. De su conversación Kenton dedujo que eran viajeros de comercio. Se puso a leer el periódico que había comprado en la estación.

El tren se puso en marcha lentamente. Kenton dejó el periódico y buscó un cigarrillo en su bolsillo. El húngaro le miró.

—Perdón, *mein Herr* —dijo—, vamos a jugar una partida de dados de poker; un *pfenning* es la máxima apuesta. Somos tres. ¿Quiere usted jugar también?

Kenton vaciló. Después se sonrió y sacudió la cabeza.

—Muchas gracias, *mein Herr*. Es usted muy amable. Pero yo no juego.

Notas

[1] En español en el original. <<

[2] En español en el original. <<